

**ANTOLOGIA
DELLA
LETTERATURA
SPAGNOLA**

Secoli
XVII-XVIII
XIX-XX

a cura di
Jesús Jurío Marín
e
Giuseppe Mazzocchi

FRANCISCO DE QUEVEDO

AMOR CONSTANTE MÁS ALLÁ DE LA MUERTE

SONETO

Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra que me llevare el blanco día,
y podrá desatar esta alma mía
hora a su afán ansioso lisonjera;

mas no, de esotra parte, en la ribera,
dejará la memoria, en donde ardía:
nadar sabe mi llama el agua fría,
y perder el respeto a ley severa.

Alma a quien todo un dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado,
medulas que han gloriosamente ardido,

su cuerpo dejará no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrá sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.

COMUNICACIÓN DE AMOR INVISIBLE POR LOS OJOS

SONETO

Si mis párpados, Lisi, labios fueran,
besos fueran los rayos visuales
de mis ojos, que al sol miran caudales
águilas, y besaran más que vieran.

Tus bellezas, hidrónicos, bebieran,
y cristales, sedientos de cristales;
de luces y de incendios celestiales,
alimentando su morir, vivieran.

De invisible comercio mantenidos,
y desnudos de cuerpo los favores,
gozaran mis potencias y sentidos;

mudos se requebraran los ardores;
pudieran, apartados, verse unidos,
y en público, secretos, los amores.

CON EJEMPLOS MUESTRA A FLORA LA BREVEDAD DE LA HERMOSURA PARA NO MALOGRARLA

SONETO

La mocedad del año ⁽¹⁾, la ambiciosa
vergüenza del jardín, el encarnado
oloroso rubí, Tiro abreviado,
también del año presunción hermosa;

la ostentación lozana de la rosa,
deidad del campo, estrella del cercado;
el almendro, en su propia flor nevado,
que anticiparse a los calores osa,

NOTE - Seguiamo per la lirica l'ed. di J.M. Blecua (*Poemas Escogidos*, Madrid, Castalia, 1980), per la prosa l'ed. di Felicidad Buendía, Madrid, Aguilar, 1961. Traduzione di parte delle liriche in Gallo Gasparetti e in Francisco Quevedo - *Sonetti Amorosi e Morali*, a c. di Vittorio Bodini, ed. Einaudi. Per il Buscón si veda la traduzione di A. Del Monte in *Narratori Picareschi Spagnoli del Cinque e Seicento*, Milano, Vallardi, 1965.

⁽¹⁾ La mocedad del año: sonetto (ABBAABBACDECDE).

5

10

5

reprehensiones son, ¡oh Flora!, mudas
de la hermosura y la soberbia humana,
que a las leyes de flor está sujeta.

Tu edad se pasará mientras lo dudas;
de ayer te habrás de arrepentir mañana,
y tarde y con dolor serás discreta ⁽²⁾.

A UN HOMBRE DE GRAN NARIZ

SONETO

Érase un hombre a una nariz pegado ⁽³⁾,
érase una nariz superlativa,
érase una alquitara ⁽⁴⁾ medio viva,
érase un peje espada mal barbado;

era un reloj de sol mal encarado ⁽⁵⁾.
érase un elefante boca arriba,
érase una nariz sayón y escriba,
un Ovidio Nasón mal narigado.

Érase el espolón de una galera,
érase una pirámide de Egipto,
los doce tribus de narices era;

érase un naricísimo infinito,
frisón ⁽⁶⁾ archinariz, caratulera ⁽⁷⁾,
sabañón ⁽⁸⁾ garrafal, morado y frito.

⁽²⁾ Discreta: saggia.

⁽³⁾ Érase un hombre a una nariz pegado: sonetto (ABBAABBACDCDCD).

⁽⁴⁾ Alquitara: alambiccio.

⁽⁵⁾ Mal encarado: di brutto aspetto.

⁽⁶⁾ Frisón: grande.

⁽⁷⁾ Caratulera: maschera.

⁽⁸⁾ Sabañón: gelone.

SONETO

Yo te untaré mis obras con tocino ⁽⁹⁾,
porque no me las muerdas, Gongorilla,
perro de los ingenios de Castilla,
docto en pullas ⁽¹⁰⁾, cual mozo de camino.

Apenas hombre, sacerdote indino, 5
que aprendiste sin christus la cartilla;
chocarrero de Córdoba y Sevilla,
y, en la Corte, bufón a lo divino.

¿Por qué censuras tú la lengua griega 10
siendo sólo rabí de la judía,
cosa que tu nariz aun no lo niega?

No escribas versos más, por vida mía;
aunque aquesto de escribas se te pega,
por tener de sayón la rebeldía.

A ROMA SEPULTADA EN SUS RUINAS

SONETO

Buscas en Roma a Roma, ¡oh peregrino!,
y en Roma misma a Roma no la hallas:
cadáver son las que ostentó murallas,
y tumba de sí propio el Aventino.

Yace donde reinaba el Palatino; 5
y limadas del tiempo, las medallas
más se muestran destrozado a las batallas
de las edades que Blasón Latino.

Sólo el Tibre quedó, cuya corriente, 10
si ciudad la regó, ya, sepultura,
la llora con funesto son doliente.

¡Oh, Roma!, en tu grandeza, en tu hermosura,
huyó lo que era firme, y solamente
lo fugitivo permanece y dura.

DESDE LA TORRE

SONETO

Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos, pero doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos
y escucho con mis ojos a los muertos.

Si no siempre entendidos, siempre abiertos, 5
o enmiendan, o fecundan mis asuntos;
y en músicos callados contrapuntos
al sueño de la vida hablan despiertos.

Las grandes almas que la muerte ausenta, 10
de injurias de los años, vengadora,
libra, ¡oh gran don Iosef!, docta la emprenta.

En fuga irrevocable huye la hora;
pero aquélla el mejor cálculo cuenta
que en la lección y estudios nos mejora.

SIGNIFÍCASE LA PROPRIA BREVEDAD DE LA VIDA, SIN PENSAR, Y CON PADECER, SALTEADA DE LA MUERTE

SONETO

¡Fue sueño ayer; mañana será tierra!

¡Poco antes, nada; poco después, humo!
¡Y destino ambiciones, y presumo,
apenas punto al cerco que me cierra!

Breve combate de importuna guerra, 5
en mi defensa, soy peligro sumo;
y mientras con mis armas me consumo,
menos me hospeda el cuerpo, que me entierra.

Ya no es ayer; mañana no ha llegado;
hoy pasa, y es, y fue, con movimiento 10
que a la muerte me lleva despeñado.

Azadas son la hora y el momento
que, a jornal de mi pena y mi cuidado,
cavan en mi vivir mi monumento.

REPRESÉNTASE LA BREVEDAD DE LO QUE SE VIVE Y CUÁN NADA PARECE LO QUE SE VIVIÓ

SONETO

“¡Ah de la vida!” ... ¿Nadie me responde?
¡Aquí de los antaños que he vivido!
La Fortuna mis tiempos ha mordido;
las Horas mi locura las esconde.

¡Que sin poder saber cómo ni adónde 5
la salud y la edad se hayan huido!
Falta la vida, asiste lo vivido,
y no hay calamidad que no me ronde.

Ayer se fue; mañana no ha llegado;
hoy se está yendo sin parar un punto; 10
soy un fue, y un será, y un es cansado.

En el hoy y mañana y ayer, junto
pañales y mortaja, y he quedado
presentes sucesiones de difunto.

⁽⁹⁾ Yo te untaré mis obras con tocino: sonetto
(ABBAABBACDCDCD).

⁽¹⁰⁾ Pullas: volgarità.

SALMO XVII

Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía.

Salíme al campo: vi que el sol bebía
los arroyos del yelo desatados,
y del monte quejosos los ganados,
que con sombras hurtó su luz al día.

Entré en mi casa; vi que, amancillada,
de anciana habitación era despojos,
mi báculo, más corvo y menos fuerte;
vencida de la edad sentí mi espada.
Y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte.

HIMNO A LAS ESTRELLAS

SILVA

A vosotras, estrellas ⁽¹¹⁾,
alza el vuelo mi pluma temerosa,
del piélago de luz ricas centellas;
lumbres que enciende triste y dolorosa
a las exequias del difunto día,
güérfana de su luz, la noche fría;

ejército de oro,
que, por campañas de zafir marchando,
guardáis el trono del eterno coro
con diversas escuadras militando;
Argos ⁽¹²⁾ divino de cristal y fuego,

⁽¹¹⁾ A vosotras, estrellas: sestine di schema ABABCC.

⁽¹²⁾ Argos: gigante con cento occhi posto a guardia di Io, la ninfa amata da Giove e di cui Giunone era gelosa.

por cuyos ojos vela el mundo ciego;

señas esclarecidas
que, con llama parlera y elocuente
por el mudo silencio repartidas,
a la sombra servís de voz ardiente;
pompa que da la noche a sus vestidos,
letras de luz, misterios encendidos;

de la tiniebla triste
preciosas joyas, y del sueño helado
galas, que en competencia del sol viste;
espías del amante recatado,
fuentes de luz para animar el suelo,
flores lucientes del jardín del cielo,

vosotras, de la luna
familia relumbrante, ninfas claras,
cuyos pasos arrastran la Fortuna,
con cuyos movimientos muda caras,
árbitros de la paz y de la guerra,
que, en ausencia del sol, regís la tierra;

vosotras, de la suerte
dispensadoras, luces tutelares
que dais la vida, que acercáis la muerte,
mudando de semblante, de lugares;
llamas, que habláis con doctos movimientos,
cuyos trémulos rayos son acentos;

vosotras, que, enojadas,
a la sed de los surcos y sembrados
la bebida negáis, o ya abrasadas
dais en ceniza el pasto a los ganados,
y si miráis benignas y clementes,
el cielo es labrador para las gentes;

vosotras, cuyas leyes
guarda observante el tiempo en toda parte,
amenazas de príncipes y reyes,
si os aborta Saturno, Jove o Marte;
ya fijas vais, o ya llevéis delante

por lúbricos caminos greña ⁽¹³⁾ errante,

si amasteis en la vida
y ya en el firmamento estáis clavadas,
pues la pena de amor nunca se olvida,
y aun suspiráis en signos transformadas,
con Amarilis, ninfa la más bella,
estrellas, ordenad que tenga estrella.

Si entre vosotras una
miró sobre su parto y nacimiento
y della se encargó desde la cuna,
dispensando su acción, su movimiento,
pedidla, estrellas, a cualquier que sea,
que la incline siquiera a que me vea.

Yo, en tanto, desatado
en humo, rico aliento de Pancaya ⁽¹⁴⁾,
haré que, peregrino y abrasado,
en busca vuestra por los aires vaya;
recataré del sol la lira mía
y empezaré a cantar muriendo el día.

Las tenebrosas aves,
que el silencio embarazan con gemido,
volando torpes y cantando graves,
más agüeros que tonos al oído,
para adular mis ansias y mis penas,
ya mis musas serán, ya mis sirenas.

⁽¹³⁾ Greña: groviglio.

⁽¹⁴⁾ Pancaya: regione dell'Arabia famosa per le sue essenze ed i suoi profumi, in particolare l'incenso.

LETRILLA SATÍRICA

*Poderoso caballero
es don Dinero.*

Madre, yo al oro me humillo;
él es mi amante y mi amado,
pues, de puro enamorado,
de contino anda amarillo ⁽¹⁵⁾;
que pues, doblón ⁽¹⁶⁾ o sencillo,
hace todo cuanto quiero,
poderoso caballero
es don Dinero. 10

Nace en las Indias honrado,
donde el mundo le acompaña;
viene a morir en España,
y es en Génova enterrado ⁽¹⁷⁾.
Y pues quien le trae al lado
es hermoso, aunque sea fiero,
poderoso caballero
es don Dinero. 15

Es galán y es como un oro;
tiene quebrado el color,
persona de gran valor,
tan cristiano como moro.
Pues que da y quita el decoro
y quebranta cualquier fuero,
poderoso caballero
es don Dinero. 20

Son sus padres principales,
y es de nobles descendiente,
porque en las venas de Oriente ⁽¹⁸⁾

⁽¹⁵⁾ Anda amarillo: il pallore è considerato tipico di chi è innamorato.

⁽¹⁶⁾ Doblón: gioco tra il nome della moneta e l'aggettivo "doble".

⁽¹⁷⁾ En Génova enterrado: allusione ai banchieri genovesi che erano tra i monopolizzatori delle finanze spagnole.

todas las sangres son reales;
y pues es quien hace iguales
al duque y al ganadero,
poderoso caballero
es don Dinero. 30

Mas ¿a quién no maravilla
ver en su gloria sin tasa
que es lo menos de su casa
doña Blanca de Castilla ⁽¹⁹⁾?
Pero, pues da al bajo silla
y al cobarde hace guerrero,
poderoso caballero
es don Dinero. 35

Sus escudos ⁽²⁰⁾ de armas nobles
son siempre tan principales,
que sin sus escudos reales
no hay escudos de armas dobles;
y pues a los mismos robles
da codicia su minero ⁽²¹⁾,
poderoso caballero
es don Dinero. 40

Por importar en los tratos
y dar tan buenos consejos,
en las casas de los viejos
gatos le guardan de gatos ⁽²²⁾.
Y pues él rompe recatos
y ablanda al juez más severo,
poderoso caballero
es don Dinero. 45

Más valen en cualquier tierra
(¡mirad si es harto sagaz!)
sus escudos en la paz
que rodelas ⁽²⁶⁾ en la guerra.
Y pues al pobre le entierra
y hace propio al forastero,
poderoso caballero
es don Dinero. 50

⁽¹⁸⁾ Oriente: dall'Oriente viene la nobiltà, ma è evidente il gioco con "oro".

⁽¹⁹⁾ Doña Blanca de Castilla: la blanca era una moneta di scarso valore.

⁽²⁰⁾ Escudos: monete e blasoni araldici.

⁽²¹⁾ Minero: miniera; la miniera d'oro rende avidi anche i più nobili (il rovere, frequente in araldica, è simbolo di forza e nobiltà).

⁽²²⁾ Gatos: nell'accezione di "borse per riporre il denaro" e di "ladri".

es don Dinero.
Y es tanta su majestad,
(aunque son sus duelos hartos),
que con haberle hecho cuartos ⁽²³⁾,
no pierde su autoridad;
pero, pues da calidad
al noble y al pordiosero,
poderoso caballero
es don Dinero. 60

Nunca vi damas ingratas
a su gusto y afición,
que a las caras ⁽²⁴⁾ de un doblón
hacen sus caras baratas;
y pues las hace bravatas ⁽²⁵⁾
desde una bolsa de cuero,
poderoso caballero
es don Dinero. 65

Más valen en cualquier tierra
(¡mirad si es harto sagaz!)
sus escudos en la paz
que rodelas ⁽²⁶⁾ en la guerra.
Y pues al pobre le entierra
y hace propio al forastero,
poderoso caballero
es don Dinero. 70

⁽²³⁾ Haberle hecho cuartos: averlo squartato (supplizio infamante), ma "cuartos" sono anche gli spiccioli.

⁽²⁴⁾ Las caras: sono le facce della moneta.

⁽²⁵⁾ Bravatas: spavalde.

⁽²⁶⁾ Rodelas: rotelle (tipo di scudo).

EL BUSCÓN

CAPÍTULO III

DE CÓMO FUÉ A UN PUPILAJE POR CRIADO DE DON DIEGO CORONEL

Determinó, pues, don Alonso de poner a su hijo en pupilaje: lo uno por apartarle de su regalo y lo otro por ahorrar de cuidado. Supo que había en Segovia un licenciado Cabra que tenía por oficio de criar hijos de caballeros, y envió allá el suyo y a mí para que le acompañase y sirviese. Entramos primer domingo después de Cuaresma en poder de la hambre viva, porque tal laceria no admite encarecimiento. Él era un clérigo cerbatana, largo ⁽¹⁾ sólo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo. No hay más que decir para quien sabe el refrán que dice, ni gato ni perro de aquella color. Los ojos, avvicinados en el cogote, que parecía que miraba por cuévanos, tan hundidos y oscuros, que era buen sitio el suyo para tiendas de mercaderes; la nariz, entre Roma y Francia, porque se le habían comido de unas búas ⁽²⁾ de resfriado, que aun no fueron de vicio, porque cuestan dinero; las barbas, descoloridas de miedo de la boca vecina, que, de pura hambre, parecía que amenazaba a comérselas; los dientes, le faltaban no sé cuántos, y pienso que por holgazanos y vagamundos se los habían desterrado; el gaznate ⁽³⁾, largo como avestruz, con una nuez tan salida, que parecía se iba a buscar de comer, forzada de la necesidad; los brazos, secos; las manos, como un manojo de sarmientos cada una. Mirado de media abajo, parecía tenedor, o compás con dos piernas largas y flacas; su andar, muy espacioso; si se descomponía algo se sonaban los güesos como tablillas de San Lázaro ⁽⁴⁾;

(1) Largo: ha anche il significato di "generoso".

(2) Búas: pustole.

(3) Gaznate: il collo.

(4) Tablillas de San Lázaro: quelle che usavano i lebbrosi per annunciare il loro arrivo.

la habla, hética ⁽⁵⁾; la barba, grande, por nunca se la cortar por no gastar, y él decía que era tanto el asco que le daba ver las manos del barbero por su cara, que antes se dejaría matar que tal permitiese; cortábale los cabellos un muchacho de los otros. Traía un bonete los días de sol, ratonado ⁽⁶⁾ con mil gateras ⁽⁷⁾, y guarniciones de grasa; era de cosa que fué paño, con los fondos de caspa. La sotana, según decían algunos, era milagrosa, porque no se sabía de qué color era. Unos viéndola tan sin pelo, la tenían por de cuero de rana; otros decían que era ilusión; desde cerca parecía negra y desde lejos entre azul; llevábala sin ciñidor; no traía cuello ni puños; parecía, con los cabellos largos y la sotana mísera y corta, lacayuelo de la muerte. Cada zapato podía ser tumba de un filisteo. Pues ¿su aposento? Aun arañas no había en él. Conjuraba los ratones de miedo que no le royese algunos mendrugos que guardaba; la cama tenía en el suelo, y dormía siempre de un lado, por no gastar sábanas; al fin, era archipobre y protomiseria.

A poder, pues, déste vine y en su poder estuve con don Diego, y la noche que llegamos nos señaló nuestro aposento y nos hizo una plática corta, que, por no gastar tiempo, no duró más. Díjonos lo que habíamos de hacer, y estuvimos ocupados en esto hasta la hora del comer; fuimos allá; comían los amos primero y servíamos los criados. El refitorio era un aposento como un medio celemín ⁽⁸⁾; sustentábanse a una mesa hasta cinco caballeros. Yo miré lo primero por los gatos, y como no los vi, pregunté que cómo no los había a un criado antiguo, el cual, de flaco, estaba ya con la marca del pupilaje. Comenzó a enternecerse, y dijo:

(5) Hética: debole.

(6) Ratonado: bucherellato.

(7) Gatera: è la porticina attraverso cui il gatto può entrare in casa.

(8) Celemín: misura di superficie corrispondente a circa 537 mq.

"¿Cómo gatos? Pues ¿quién os ha dicho a vos que los gatos son amigos de ayunos y penitencias? En lo gordo se os hecha de ver que sois nuevo." Yo con esto me comencé a afligir, y más me asusté cuando advertí que todos los que de antes vivían en el pupilaje estaban como leznas ⁽⁹⁾, con unas caras que parecía se afeitaban con diaquilón ⁽¹⁰⁾. Sentóse el licenciado Cabra y echó la bendición; comieron una comida eterna, sin principio ni fin; trajeron caldo en unas escudillas de madera, tan claro, que en comer una dellas peligraba Narciso más que en la fuente. Noté con la ansia que los macilentos dedos se echaban a nado tras un garbanzo güérfano y solo que estaba en el suelo. Decía Cabra a cada sorbo:

"Cierto que no hay tal cosa como la olla, digan lo que dijeren; todo lo demás es vicio y gula". Acabando de decillo, echóse su escudilla a pechos, diciendo:

"Todo esto es salud, y otro tanto ingenio".

"¡Mal ingenio te acabe!", decía yo entre mí, cuando vi un mozo medio espíritu y tan flaco, con un plato de carne en las manos, que parecía que la había quitado de sí mismo. Venía un nabo aventurero a vueltas, y dijo el maestro:

"¿Nabos hay? No hay para mí perdiz que se le iguale; coman, que me huelgo de vellos comer".

Repartió a cada uno tan poco carnero, que en lo que se les pegó a las uñas y se les quedó entre los dientes pienso que se consumó todo, dejando descomulgadas las tripas de participantes. Cabra los miraba y decía:

"Coman, que mozos son y me huelgo de ver sus buenas ganas." Mire vuesa merced qué buen aliño para los que bostezaban de hambre.

Acabaron de comer y quedaron unos mendrugos en la mesa y en el plato unos pellejos y unos güesos, y dijo el pupulero:

"Quede esto para los criados, que también han de comer; no lo queramos todo."

(9) Leznas: lesine.

(10) Diaquilón: unguento.

“¡Mal te haga Dios y lo que has comido, lacerado”, decía yo, “que tal amenaza has hecho a mis tripas!”

Echó la bendición, y dijo:

“Ea, demos lugar a los criados y váyanse hasta las dos a hacer ejercicio, no les haga mal lo que han comido.” Entonces yo no pude tener la risa, abriendo toda la boca. Enojóse mucho y díjome que aprendiese modestia y tres o cuatro sentencias viejas, y fuése.

Sentámonos nosotros, y yo, que vi el negocio mal parado, y que mis tripas pedían justicia, como más sano y más fuerte que los otros, arremetí al plato, como arremetieron todos, y emboquéme de tres mendrugos los dos y el un pellejo. Comenzaron los otros a gruñir; al ruido entró Cabra, diciendo:

“Coman como hermanos, pues Dios les da con qué; no riñan, que para todos hay.”

Volvióse al sol y dejónos solos. Certifico a vuesa merced que había uno dellos que se llamaba Surre, vizcaíno, tan olvidado ya de cómo y por dónde se comía, que una cortecilla que le cupo la llevó dos veces a los ojos, y entre tres no la acertaba a encaminar de las manos a la boca. Y pedí yo de beber, que los otros por estar casi ayunos no lo hacían, y diéronme un vaso con agua, y no le hube bien llegado a la boca, cuando, como si fuera lavatorio de comunión, me le quitó el mozo esperitado que dije. Levantéme con grande dolor de mi ánima, viendo que estaba en casa donde se brindaba a las tripas y no hacían la razón. Dióme gana de descomer, aunque no había comido, digo, de proveerme, y pregunté por las necesarias a un antiguo, y díjome:

“No lo sé, en esta casa no las hay; para una vez que os proveeréis mientras aquí estuviéredes, donde quiera podéis; que aquí estoy dos meses ha y no he hecho tal cosa sino el día que entré, como vos agora, de lo que cené en mi casa la noche antes.”

¿Cómo encareceré yo mi tristeza y pena? Fué tanta, que considerando lo poco que había de entrar en mi cuerpo, no osé, aunque tenía gana, echar nada de él.

Entretuvímonos hasta la noche. Decíame don Diego que qué haría él para persuadir a las tripas que

habían comido, porque no lo querían creer. Andaban vaguidos ⁽¹¹⁾, en aquella casa, como en otra ahítos. Llegó la hora del cenar; pasóse la merienda en blanco; cenamos mucho menos, y no carnero, sino un poco del nombre del maestro: cabra asada. Mire vuesa merced si inventara el diablo tal cosa. “Es cosa muy saludable y provechosa”, decía, “cenar poco para tener el estómago desocupado”, y citaba una retahíla de médicos infernales. Decía alabanzas de la dieta, y que ahorrraba un hombre sueños pesados, sabiendo que en su casa no se podía soñar otra cosa sino que comían. Cenaron, y cenamos todos, y no cenó ninguno.

Fuímonos a acostar y en toda la noche yo ni don Diego pudimos dormir, él trazando de quejarse a su padre y pedir que le sacase de allí, y yo aconsejándole que lo hiciese; aunque últimamente le dije:

“Señor, ¿sabéis de cierto si estamos vivos? porque yo imagino que en la pendencia de las berceras ⁽¹²⁾ nos mataron y que somos ánimas que estamos en el purgatorio, y así, es por demás decir que nos saque vuestro padre si alguno no nos reza en alguna cuenta de perdones y nos saca de penas con alguna misa en altar privilegiado.”

Entre estas pláticas y un poco que dormimos se llegó la hora del levantar; dieron las seis y llamó Cabra a lición; fuimos y oímosla todos. Ya mis espaldas y ijadas nadaban en el jubón, y las piernas daban lugar a otras siete calzas; los dientes sacaba con tobas ⁽¹³⁾, amarillos, vestidos de desesperación. Mandáronme leer el primer nominativo a los otros, y era de manera mi hambre, que me desayuné con la mitad de las razones, comiéndomelas.

Y todo esto creará quien supiere lo que me contó el mozo de Cabra, diciendo que él ha visto meter en

casa, recién venido, dos frisonos ⁽¹⁴⁾, y que a dos días salieron caballos ligeros, que volaban por los aires; y que vió meter mastines pesados, y a tres horas salir galgos corredores; y que una Cuaresma topó muchos hombres, unos metiendo los pies, otros las manos, otros todo el cuerpo, en el portal de su casa, esto por muy gran rato, y mucha gente que venía a sólo aquello de fuera; y preguntando un día que qué sería, porque Cabra se enojó de que se lo preguntase, respondió que los unos tenían sarna ⁽¹⁵⁾ y los otros sabañones ⁽¹⁶⁾, y que en metiéndolos en aquella casa morían de hambre, de manera que no comían de allí adelante. Certificóme que era verdad. Yo, que conocí la casa, lo creo; dígolo porque no parezca encarecimiento lo que dije. Y volviendo a la lición, dióla, y decorámosla, y proseguí siempre en aquel modo de vivir que he contado. Sólo añadió a la comida tocino en la olla, por no sé qué que le dijeron un día de hidalguía allá fuera, y así, tenía una caja de hierro, toda agujereada, como salbadera ⁽¹⁷⁾; abríala y metía un pedazo de tocino en ella, que la llenase, y tornábala a cerrar, y metíala colgando de un cordel en la olla para que la diese algún zumo por los agujeros y quedase para otro día el tocino. Parecióle después que en esto se gastaba mucho, y dió en sólo asomar el tocino en la olla.

Pasábamoslo con estas cosas como se puede imaginar. Don Diego y yo nos vimos tan al cabo, que ya que para comer no hallábamos remedio, pasado un mes, le buscamos para no levantarnos de mañana, y así trazábamos de decir que teníamos algún mal; pero no dijimos calentura, porque no la teniendo, era fácil de conocer el enredo; dolor de cabeza o muelas era poco estorbo; dijimos, al fin, que nos dolían las tripas y estábamos malos de achaque de no haber

⁽¹⁴⁾ Frisonos: cavalli da tiro.

⁽¹⁵⁾ Sarna: scabbia.

⁽¹⁶⁾ Sabañones: geloni.

⁽¹⁷⁾ Salbadera: porta-sabbia per scrittoio (usato per asciugare l'inchiostro).

⁽¹¹⁾ Vaguidos: barcollanti.

⁽¹²⁾ Berceras: ortolane.

⁽¹³⁾ Toba: tartaro.

hecho de nuestras personas en tres días, fiados en que a trueque de no gastar dos cuartos no buscaría remedio. Ordenólo el diablo de otra suerte, porque tenía una receta que había heredado de su padre, que fué boticario. Supo el mal y aderezó una melecina, y llamando una vieja de setenta años, tía suya, que le servía de enfermera, dijo que nos echase sendas gaitas ⁽¹⁸⁾. Empezaron por don Diego; el desventurado atajóse, y la vieja, en vez de echársela dentro, disparósele por entre la camisa y el espinazo, y dióle con ella en el cogote, y vino a servir por defuera guarnición la que dentro había de ser aforro. Quedó el mozo dando gritos; vino Cabra, y viéndolo, dijo que me echasen a mí la otra, que luego tornarían a don Diego. Yo me vestía, pero me valió poco, porque teniéndome Cabra y otros me la echó la vieja, a la cual de retorno di con ella en toda la cara. Enojóse Cabra conmigo y dijo que él me echaría de su casa, que bien se echaba de ver que era bellaquería todo; mas no lo quiso mi ventura. Quejámonos nosotros a don Alonso, y el Cabra le hacía creer que lo hacíamos por no asistir al estudio.

Con esto no nos valían plegarias. Metió en casa la vieja por ama para que guisase y sirviese a los pupilos, y despidió al criado porque le halló el viernes a la mañana con unas migajas de pan en la ropilla. Lo que pasamos con la vieja, Dios lo sabe. Era tan sorda, que no oía nada; entendía por señas; ciega y tan gran rezadera, que un día se le desensartó el rosario sobre la olla y nos la trujo con el caldo más devoto que jamás comí. Unos decían: “¿Garbanzos negros? Sin duda son de Etiopía.” Otros decían: “¿Garbanzos con luto? ¿Quién se les habrá muerto?”. Mi amo fué el que se encajó una cuenta, y al mascarla se quebró un diente. Los viernes nos solía enviar unos güevos, a fuerza de pelos y canas suyas, que podían pretender corregimiento o abogacía. Pues meter el badil ⁽¹⁹⁾ por el cucharón, inviar una

⁽¹⁸⁾ Gaitas: droghe, medicine.

⁽¹⁹⁾ Badil: paletta per raccogliere braci e cenere in cucina.

escudilla de caldo empedrada, era ordinario. Mil veces topé yo sabandijas ⁽²⁰⁾, palos y estopa de la que hilaba en la olla, y todo lo metía para que hiciese presencia en las tripas y abultase.

Pasamos este trabajo hasta la Cuaresma que vino, y a la entrada della estuvo malo un compañero. Cabra, por no gastar, detuvo el llamar médico hasta que ya él pidía confesión más que otra cosa. Llamó entonces un platicante, el cual le tomó el pulso y dijo que la hambre le había ganado por la mano el matar a aquel hombre. Diéronle el Sacramento, y el pobre cuando lo vió -que había un día que no hablaba-, dijo:

“Señor mío Jesucristo, necesario ha sido el veros entrar en esta casa para persuadirme que no es el infierno.”

Imprimiéronsele estas razones en el corazón; murió el pobre mozo; enterrámosle muy pobremente, por ser forastero, y quedamos todos asombrados. Divulgóse por el pueblo el caso atroz; llegó a oídos de don Alonso Coronel, y como no tenía otro hijo, desengaño de las crueldades de Cabra, y comenzó a dar más crédito a las razones de dos sombras, que ya estábamos reducidos a tan miserable estado. Vino a sacarnos del pupilaje, y teniéndonos delante, nos preguntaba por nosotros, y tales nos vió, que sin aguardar a más, trató muy mal de palabra al licenciado Vigilia. Nos mandó llevar en dos sillas a casa; despedímonos de los compañeros, que nos seguían con los deseos y con los ojos, haciendo las lástimas que hace el que queda en Argel viendo venir rescatados sus compañeros.

⁽²⁰⁾ Sabandijas: animaletti schifosi.

SUEÑO DE LA MUERTE

Luego comenzó a entrar una gran cantidad de gente. Los primeros eran habladores. Parecían azudas ⁽¹⁾ en conversación, cuya música era peor que la de órganos destemplados. Unos hablaban de hilván, otros a borbotones, otros a chorretadas, otros habladorísimos hablan a cántaros. Gente que parece que lleva pujo de decir necedades, como si hubiera tomado alguna purga confeccionada con hojas de Calepino de ocho lenguas. Estos me dijeron que eran habladores de diluvios sin escampar de día ni de noche. Gente que habla entre sueños, y que madruga a hablar. Había habladores secos y habladores que llaman del río o del rocío y de la espuma; gente que graniza de perdigones. Otros que llaman tarabilla ⁽²⁾, gente que se va de palabras como de cámaras ⁽³⁾, que hablan a toda furia. Había otros habladores nadadores, que hablan nadando con los brazos hacia todas partes y tirando manotadas y voces. Otros, jimios ⁽⁴⁾, haciendo gestos y visajes. Venían los unos consumiendo a los otros.

Síguense los chismosos, muy solícitos de orejas, muy atentos de ojos, muy encarnizados de malicia. Y andaban hechos uñas de las vidas ajenas, espulgándolos a todos. Venían tras ellos los mentirosos, contentos, muy gordos, risueños y bien vestidos y medrados, que, no teniendo otro oficio, son milagro del mundo, con un gran auditorio de mentecatos y ruines.

Detrás venían los entremetidos, muy soberbios y satisfechos y presumidos, que son las tres lepras de la honra del mundo. Venían injiriéndose en los otros y penetrándose en todo, tejidos y enmarañados en cualquier negocio, son lapas de la ambición y pulpos

⁽¹⁾ Azudas: norie.

⁽²⁾ Tarabilla: tentenella della tramoggia del mulino.

⁽³⁾ (irse de) cámaras: diarrea.

⁽⁴⁾ Jimios: scimmie.

de la prosperidad. Estos venían los postreros, según pareció porque no entró en gran rato nadie. Pregunté que cómo venían tan apartados, y dijéronme unos habladores, sin preguntarlo yo a ellos:

-Estos entremetidos son la quintaesencia de los enfadosos, y por eso no hay otra cosa peor que ellos.

En esto estaba yo considerando la diferencia tan grande del acompañamiento y no sabía imaginar quién pudiese venir.

En esto entró una que parecía mujer, muy galana y llena de coronas, cetros, hoces, abarcas, chapines, tiaras, caperuzas, mitras, monteras, brocados, pellejos, seda, oro, garrotes, diamantes, serones ⁽⁵⁾, perlas y guijarros. Un ojo abierto y otro cerrado y vestida y desnuda de todos colores. Por el un lado era moza y por el otro era vieja. Unas veces venía despacio y otras apriesa. Parecía que estaba lejos y estaba cerca. Y cuando pensé que empezaba a entrar, estaba ya a mi cabecera.

Yo me quedé como hombre que le preguntan qué es cosa y cosa, viendo tan extraño ajuar y tan desbaratada compostura. No me espantó; suspendióme, y no sin risa, porque, bien, mirado, era figura donosa. Preguntéle quién era y díjome:

-La Muerte.

¿La Muerte? Quedé pasmado. Y apenas abrigué al corazón algún aliento para respirar, y, muy torpe de lengua, dando trasijos con las razones, la dije:

-Pues ¿a qué vienes?

-Por ti -dijo.

-Jesús mil veces. Muérome según eso.

-No te mueres -dijo ella-; vivo has de venir conmigo a hacer una visita a los difuntos. Que pues han venido tantos muertos a los vivos, razón será que vaya un vivo a los muertos y que los muertos sean oídos. ¿Has oído decir que yo ejecuto sin embargo? Alto, ven conmigo.

Perdido de miedo, le dije:

-¿No me dejarás vestir?

-No es menester -respondió-. Que conmigo nadie va vestido, ni soy embarazosa. Yo traigo los trastos de todos, porque vayan más ligeros.

Fui con ella donde me guiaba. Que no sabré decir por dónde, según iba poseído del espanto. En el camino la dije:

-Yo no veo señas de la muerte, porque allá nos la pintan unos huesos descarnados con su guadaña ⁽⁶⁾.

Paróse y respondió:

-Eso no es la muerte, sino los muertos, o lo que queda de los vivos. Esos huesos son el dibujo sobre que se labra el cuerpo del hombre. La muerte no la conocéis, y sois vosotros mismos vuestra muerte. Tiene la cara de cada uno de vosotros, y todos sois muertes de vosotros mismos. La calavera es el muerto, y la cara es la muerte. Y lo que llamáis morir es acabar de morir, y lo que llamáis nacer es empezar a morir, y lo que llamáis vivir es morir viviendo. Y los huesos es lo que de vosotros deja la muerte y lo que le sobra a la sepultura. Si esto entendiéades así, cada uno de vosotros estuviera mirando en sí la muerte cada día y la ajena en el otro, y viéades que todas vuestras casas están llenas della y que en vuestro lugar hay tantas muertes como personas y no la estuviéades aguardando, sino acompañándola y disponiéndola. Pensáis que es huesos la muerte y que hasta que veáis venir la calavera y la guadaña no hay muerte para vosotros, y primero sois calavera y huesos que creáis que lo podéis ser.

-Dime -dijo yo-: ¿qué significan estos que te acompañan, y por qué van, siendo tú la muerte, más cerca de tu persona los enfadosos y habladores que los médicos?

Respondióme:

-Mucha más gente enferma de los enfadosos que de los tabardillos y calenturas, y mucha más gente matan los habladores y entremetidos que los médicos. Y has de saber que todos enferman del exceso o destemplanza de humores; pero lo que es

morir, todos mueren de los médicos que los curan. Y así, no habéis de decir, cuando preguntan: "¿De qué murió Fulano?", de calentura, de dolor de costado, de tabardillo, de peste, de heridas, sino murió de un doctor Tal que le dió, de un doctor Cual. Y es de advertir que en todos los oficios, artes y estados se ha introducido el don en hidalgos, en villanos y en frailes, como se ve en la cartuja. Yo he visto sastres y albañiles con don y ladrones y galeotes en galeras. Pues si se mira en las ciencias, en todas hay millares: teólogos muchos y letrados todos. Sólo de los médicos ninguno ha habido con don y todos tienen don de matar y quieren más don al despedirse que don al llamarlos.

En esto llegamos a una sima grandísima, la muerte predicadora y yo desengañado. Zambullóse sin llamar, como de casa, y yo tras ella, animado con el esfuerzo que me daba mi conocimiento tan valiente. Estaban a la entrada tres bultos armados a un lado y otro monstruo terrible enfrente, siempre combatiendo entre sí todos, y los tres con el uno y el uno con los tres. Paróse la Muerte, y díjome:

-¿Conoces esta gente?

-Ni Dios me la deje conocer -dijo yo.

-Pues con ellos andas a las vueltas -dijo ella- desde que naciste. Mira cómo vives -replicó-. Estos son los enemigos del alma: el Mundo es aquél, éste es el Diablo y aquélla la Carne.

Y es cosa notable que todos eran parecidos unos a otros, que no se diferenciaban. Díjome la Muerte:

-Son tan parecidos, que en el mundo tenéis a los unos por los otros.

Así que quien tiene el uno tiene a todos tres. Piensa un soberbio que tiene todo el mundo, y tiene el diablo. Piensa un lujurioso que tiene la carne, y tiene al demonio. Y así anda todo.

-¿Quién es -dijo yo- aquel que está allí apartado, haciéndose pedazos con estos tres con tantas caras y figuras?

-Ese es -dijo la Muerte- el Dinero, que tiene puesto pleito a los tres enemigos del alma, diciendo que quiere ahorrar de émulos y que a donde él está no

⁽⁵⁾ Serones: larghe sporte.

⁽⁶⁾ Guadaña: falce.

son menester, porque él solo es todos los tres enemigos. Y fúndase para decir que el Dinero es el Diablo, en que todos decís: “Diablo es el dinero”, y que “Lo que no hiciere el dinero, no lo hará el diablo”. “Endiablada cosa es el dinero.”

Para ser el Mundo, dice que vosotros decís que “No hay más mundo que el dinero”, “Quien no tiene dinero, váyase del mundo”, al que le quitan el dinero decís que “Le echen del mundo” y que “Todo se da por el dinero”.

Para decir que es la Carne el Dinero, dice el Dinero: “Dígalo la Carne”, y remítase a las putas y mujeres malas, que es lo mismo que interesadas.

BALTASAR GRACIÁN

EL CRITICÓN ^(a)

-Pero si las mismas peñas temblaban, ¡qué haría yo! -prosiguió Andrenio-. Todas las partes de mi cuerpo parecieron quererse desencajar también, que hasta el corazón, dando saltos, no hice poco en detenerlo: fuéronme destituyendo los sentidos y halléme perdido de mí mismo, muerto y aun sepultado entre peñas y entre penas. El tiempo que duró aquel eclipse del alma, paréntesis de mi vida, ni pude yo percibirlo ni de otro alguno saberlo. Al fin, ni sé cómo, ni sé cuándo, volví poco a poco a recobrarme de tan mortal deliquio, abrí los ojos a la que comenzaba a abrir el día, día claro, día grande, día

^(a) El criticón - ed. di E. Correa Calderón, Madrid, Espasa Calpe (*Clásicos Castellanos* n°165-167), 1971.

felicísimo, el mejor de toda mi vida: notélo bien con piedras y aun con peñascos. Reconocí luego quebrantada mi penosa cárcel, y fue tan indecible mi contento, que al punto comencé a desenterrarme, para nacer de nuevo a todo un mundo en una bien patente ventana que señoreaba todo aquel espacioso y alegrísimo hemisferio.

Fui acercándome dudosamente a ella, violentando mis deseos; pero ya asegurado, llegué a asomarme del todo a aquel rasgado balcón del ver y del vivir, tendí la vista aquella vez primera por este gran teatro de tierra y cielo: toda el alma con extraño ímpetu, entre curiosidad y alegría, acudió a los ojos, dejando como destituidos los demás miembros, de suerte que estuve casi un día insensible, inmóvil y como muerto, cuando más vivo. Querer yo aquí exprimírte el intenso sentimiento de mi afecto, el conato de mi mente y de mi espíritu, sería emprender cien imposibles juntos: sólo te digo que aún me dura, y durará siempre, el espanto, la admiración, la suspensión y el pasmo que me ocuparon toda el alma.

-Bien lo creo, -dijo Critilo-, que, cuando los ojos ven lo que nunca vieron, el corazón siente lo que nunca sintió.

-Miraba el cielo, miraba la tierra, miraba el mar, ya todo junto, ya cada cosa de por sí, y en cada objeto de estos me transportaba sin acertar a salir dél, viendo, observando, advirtiendo, admirando, discurriendo y lográndolo todo con insaciable fruición.

-¡Oh lo que te envidio -exclamó Critilo- tanta felicidad no imaginada, privilegio único del primer hombre y tuyo!: llegar a ver con novedad y con advertencia la grandeza, la hermosura, el concierto, la firmeza y la variedad desta gran máquina criada. Fáltanos la admiración comúnmente a nosotros porque falta la novedad, y con ésta la advertencia. Entramos todos en el mundo con los ojos del ánimo cerrados, y cuando los abrimos al conocimiento ya la costumbre de ver las cosas, por maravillosas que sean, no deja lugar a la admiración.

Por eso los varones sabios se valieron siempre de la reflexión, imaginándose llegar de nuevo al mundo, reparando en sus prodigios, que cada cosa lo es, admirando sus perfecciones y filosofando artificiosamente. A la manera que el que paseando por un deliciosísimo jardín pasó divertido por sus calles, sin reparar en lo artificioso de sus plantas ni en lo vario de sus flores, vuelve atrás cuando lo advierte y comienza a gozar otra vez poco a poco y de una en una cada planta y cada flor, así nos acontece a nosotros que vamos pasando desde el nacer al morir sin reparar en la hermosura y perfección de este universo; pero los varones sabios vuelven atrás, renovando el gusto y contemplando cada cosa con novedad en el advertir, si no en el ver.

AGUDEZA Y ARTE DEL INGENIO ^(b)

La primera distinción sea entre la agudeza de perspicacia y la de artificio; y ésta, es el asunto de nuestra arte. Aquélla tiende a dar alcance a las dificultosas verdades, descubriendo la más recóndita. Ésta, no cuidando tanto deso, afecta la hermosura sutil; aquélla es más útil, ésta deleitable; aquélla es todas las Artes y Ciencias, en sus actos y sus hábitos; ésta, por recóndita y extraordinaria, no tenía casa fija.

Pudiera dividirse la agudeza de artificio en agudeza de concepto, que consiste más en la sutileza del pensar, que en las palabras, como aquel plausible discurso de un orador sacro, que en la misteriosa ceremonia de la Ceniza ⁽¹⁾, ponderó el entierro del hombre, con todas sus circunstancias: lutos de la iglesia, capuces de los eclesiásticos, llantos de los

^(b) Agudeza y arte del ingenio - ed. di E. Correa Calderón, Madrid, Castalia, 1973.

⁽¹⁾ Ceremonia de la Ceniza: è l'imposizione delle ceneri che si effettua il mercoledì con cui si apre la Quaresima.

profetas, la cruz delante, poca tierra, que basta para cubrir al mayor monarca, y ésa, polvo significativo del olvido, la uniformidad de palabras y de acción, que en la sepultura no hay desigualdades; y desta suerte, fue discurrendo por todos los demás requisitos funerales. La otra es agudeza verbal, que consiste más en la palabra; de tal modo que, si aquélla se quita, no queda alma, ni se pueden éstas traducir en otra lengua; deste género son los equívocos, muy celebrado éste ⁽²⁾ que, por mote, lo dijo una menina de la reina, en aquella usada, ingeniosa recreación de Palacio:

*El galán que me quisiere
Siempre me regalará,
Porque dél se me dará
Lo mismo que se me diere.*

La tercera es agudeza de acción, que las hay prontas, muy hijas del ingenio, como fue aquella del emperador Carlos Quinto, cuando dejó caer el anillo en Francia; el ponerse a sarmentar ⁽³⁾ el rey don Alfonso detrás del Vargas, sacar la espada Pedro, conde de Saboya, cuando le pedía el gran Cancellor del Emperador los títulos de su estado; el tirar Selim del tapete, cuando el viejo, su padre, a él y a sus hermanos los examinaba para herederos con la manzana; el huevo de Colón, o Juanelo y desta suerte otras muchas, especialmente las que encierran intención misteriosa, como se dirá en su discurso propio; pero esta división más es accidental, digo de sujeto en accidentes, y lo que merece por adecuada, pierde por vulgar.

Más propriamente se dividiera en agudeza de correspondencia y conformidad entre los extremos objetivos del concepto, que son los correlatos, que

⁽²⁾ Éste: il mote viene attribuito da altre fonti ad un non identificato Juan de Horozco; la traduzione degli ultimi due vv. è "Perché da parte sua mi si darà/lo stesso che mi importasse".

⁽³⁾ Sarmentar: raccogliere i tralci tagliati (sarmientos).

une para la artificiosa sutileza, como ésta de Floro, a la muerte de Julio César: Aquel, dice, que anegó todo el mundo con la romana sangre, inundó con la suya todo el Senado: *Sic ille* ⁽⁴⁾, *qui terrarum Orbem civili sanguine implevit: tandem ipse sanguine suo curiam implevit*. Vese la correspondencia entre el mundo, lleno de sangre ajena, y el Senado de la suya propia, sangre con sangre. Esta misma correspondencia campea en esta estancia de aquella agradable écloga del Príncipe de Esquilache ⁽⁵⁾ y príncipe de la Poesía:

*Oíd mis quejas tristes,
Lisonjas de estas muchas soledades;
Ismenio soy, que vistas
Llorar agravios, y cantar verdades,
Cuando del monte al prado,
Bajaba sus tristezas y ganado.*

Hace dulcísima armonía entre el cantar y llorar, bajar tristezas y ganado. La otra es agudeza de contrariedad, o discordancia entre los mismos extremos del concepto; así como ésta, de San Crisólogo ⁽⁶⁾ a la Madalena, hecha trofeo a los pies de su Maestro; he aquí, dice, trocado el orden de las cosas; siempre el Cielo envía su lluvia a la tierra; mas hoy la tierra es la que riega al Cielo: *En mutatus* ⁽⁷⁾ *ordo rerum: pluviam terrae Coelum dat semper: ecce nunc rigat terra Coelum; imo super Coelos, et usque ab ipsum Dominum imber humanarum prosilit lachrymarum*. Con

⁽⁴⁾ Sic ille...: così quello che aveva riempito di sangue fraterno il mondo: infine lui stesso riempì il senato del proprio sangue.

⁽⁵⁾ Príncipe de Esquilache: è Don Francisco de Borja y de Aragón (1581-1658), che fu vicerè del Perù, e notevole poeta del tempo.

⁽⁶⁾ San Crisólogo: (405 ca.-450), vescovo di Ravenna famoso per la sua eloquenza.

⁽⁷⁾ En mutatus...: ecco mutato l'ordine delle cose; il cielo dà sempre alla terra la pioggia: ecco ora la terra irriga il cielo; dal profondo sui cieli, e fino a Dio in persona sprizza la pioggia delle lacrime umane.

esta misma sutileza concluye don Luis Carrillo, el primer culto de España, este soneto al desengaño:

*Cuando me vuelvo a mí, y el dulce engaño,
Que en deleznables ⁽⁸⁾ lazos busco y sigo,
Conozco al alma, aunque tirano amigo,
Por corto tengo el mal, por corto el daño.
Mas, cuando no, con el dolor tamaño
Que al alma abraza, querelloso digo:
"¡Ciega mi enfermedad, duro enemigo!
¡Oh, amor! Tal eres en tu enojo extraño".
Cruel estrella se entregó a mi suerte,
Pues de ciegos recelos oprimida,
Desconociendo el bien, el mal advierte.
Mas sólo alienta en mí tan honda herida,
El ver que el tiempo, si me da la muerte,
El mismo tiempo me ha de dar la vida.*

Vese en entrambos ejemplos aquella oposición y discordancia ponderada en el primero, por aquella metáfora de llover la tierra sobre el Cielo, al contrario de lo ordinario: y en el segundo, concluye el soneto con el dar muerte y dar vida al mismo tiempo; pero esta división de la agudeza no abarca todas sus especies, como las crisis, exageraciones y otras.

⁽⁸⁾ Deleznables: fragili.

CALDERÓN DE LA BARCA

LA VIDA ES SUEÑO ^(a)

JORNADA I – (ESCENA II)

Descúbrese Segismundo con una cadena y la luz, vestido de pieles.

SEGISMUNDO

¡Ay, mísero de mí, y ay, infelice!

Apurar, cielos, pretendo,

ya que me tratáis así

qué delito cometí

contra vosotros, naciendo;

aunque si nací, ya entiendo

qué delito he cometido:

bastante causa ha tenido

vuestra justicia y rigor,

pues el delito mayor

del hombre es haber nacido.

Sólo quisiera saber

para apurar mis desvelos

(dejando a una parte, cielos,

el delito de nacer),

qué más os pude ofender
para castigarme más.

¿No nacieron los demás?

Pues si los demás nacieron,

¿qué privilegios tuvieron

que yo no gocé jamás?

Nace el ave, y con las galas

que le dan belleza suma,

apenas es flor de pluma

o ramillete con alas,

cuando las etéreas salas

corta con velocidad,

negándose a la piedad

del nido que deja en calma;

¿y teniendo yo más alma,

tengo menos libertad?

Nace el bruto, y con la piel

que dibujan manchas bellas,

apenas signo es de estrellas

(gracias al docto pincel),

cuando atrevida y cruel

la humana necesidad

le enseña a tener crueldad,

monstruo de su laberinto;

¿y yo, con mejor instinto,

tengo menos libertad?

Nace el pez, que no respira,

aborto de ovas ⁽¹⁾ y lamas ⁽²⁾,

105

110

115

120

125

130

135

140

y apenas, bajel de escamas,

sobre las ondas se mira,

cuando a todas partes gira,

midiendo la inmensidad

de tanta capacidad

como le da el centro frío ⁽³⁾;

¿y yo, con más albedrío,

tengo menos libertad?

Nace el arroyo, culebra

que entre flores se desata,

y apenas, sierpe de plata,

entre las flores se quiebra,

cuando músico celebra

de las cielos la piedad,

que le dan la majestad

del campo abierto a su huida;

¿y teniendo yo más vida

tengo menos libertad?

En llegando a esta pasión,

un volcán, un Etna hecho,

quisiera sacar del pecho

pedazos del corazón.

¿Qué ley, justicia o razón,

negar a los hombres sabe

privilegio tan sùave,

excepción tan principal,

que Dios le ha dado a un cristal,

a un pez, a un bruto y a un ave?

145

150

155

160

165

170

sueño; una sucesiva maduración, sin embargo, le hace comprender que sólo el “hacer bien” no se pierde ni en el sueño, pues permitirá al despertar (o sea después de la muerte) la vida eterna. De aquí arranca el cambio radical de Segismundo que se transforma en hijo respetuoso y asume todos sus deberes de rey. Su primera acción es la de imponerle a Astolfo el matrimonio con Rosaura, la hija ilegítima de Clotaldo que con el criado Clarín ha venido a Polonia para buscar a su padre y obtener justicia pues había sido deshonrada por Astolfo.

(1) Ovas: uova di pesci.

(2) Lamas: alghe di fiume.

(3) Centro frío: freddo ambiente (dell'acqua).

ESCENA V

*Sale por una parte Astolfo con acompañamiento de soldados, y por otra Estrella con damas.
Suena música.*

ASTOLFO
 Bien al ver los excelentes 475
 rayos, que fueron cometas,
 mezclan salvas diferentes
 las cajas y las trompetas,
 los pájaros y las fuentes;
 siendo con música igual, 480
 y con maravilla suma,
 a tu vista celestial
 unos, clarines de pluma,
 y otras, aves de metal;
 y así os saludan, señora, 485
 como a su reina, las balas,
 los pájaros como a Aurora,
 las trompetas como a Palas,
 y las flores como a Flora;
 porque sois, burlando el día 490
 que ya la noche destierra,
 Aurora en el alegría,
 Flora en paz, Palas en guerra,
 y reina en el alma mía.

ESTRELLA
 Si la voz se ha de medir 495
 con las acciones humanas,
 mal habéis hecho en decir
 finezas tan cortesanias
 donde os pueda desmentir
 todo ese marcial trofeo 500
 con quien ya atrevida lucho;
 pues no dicen, según creo,
 las lisonjas que os escucho,
 con los rigores que veo.
 Y advertid que es baja acción, 505
 que sólo a una fiera toca,

madre de engaño y traición,
 el halagar con la boca
 y matar con la intención.

ESCENA VIII

CLOTALDO
 Mejoró el cielo la suerte. 890
 Ya no diré que es mi hijo,
 pues que lo puedo excusar.
 Extranjeros peregrinos,
 libres estáis.

ROSAURA
 Tus pies beso
 mil veces.

CLARÍN
 Y yo los viso; 895
 que una letra más o menos
 no reparan dos amigos.

ROSAURA
 La vida, señor, me has dado;
 y pues a tu cuenta vivo,
 eternamente seré 900
 esclavo tuyo.

CLOTALDO
 No ha sido
 vida la que yo te he dado,
 porque un hombre bien nacido,
 si está agraviado no vive;
 y supuesto que has venido 905
 a vengarte de un agravio,
 según tú propio me has dicho,
 no te he dado vida yo,
 porque tú no la has traído;
 que vida infame no es vida. 910
 (Bien con aquesto le animo). (Aparte.)

ROSAURA
 Confieso que no la tengo,
 aunque de ti la recibo;
 pero yo con la venganza
 dejaré mi honor tan limpio, 915
 que pueda mi vida luego,
 atropellando peligros,
 parecer dádiva tuya.

CLOTALDO
 Toma el acero bruñado
 que trujiste, que yo sé 920
 que él baste, en sangre teñido
 de tu enemigo, a vengarte;
 porque acero que fue mío
 (digo este instante, este rato
 que en mi poder le he tenido), 925
 sabrá vengarte.

ROSAURA
 En tu nombre
 segunda vez me le ciño,
 y en él juro mi venganza,
 aunque fuese mi enemigo
 más poderoso.

CLOTALDO
 ¿Eslo mucho? 930

ROSAURA
 Tanto, que no te lo digo,
 no porque de tu prudencia
 mayores cosas no fío,
 sino porque no se vuelva
 contra mí el favor que admiro 935
 en tu piedad.

CLOTALDO
 Antes fuera
 ganarme a mí con decirlo;
 pues fuera cerrarme el paso

de ayudar a tu enemigo. ¡Oh, si supiera quién es! (<i>Aparte.</i>)	940	con qué afecto te venero, con qué estimación te asisto, que no me atrevo a decirte que es este exterior vestido enigma, pues no es de quien parece: juzga advertido, si no soy lo que parezco, y Astolfo a casarse vino con Estrella, si podrá agraviarme. Harto te he dicho.	965	en su cruel condición), o se mitiga, o se temple por lo menos, y vencido, con valor y con prudencia, se desdice; porque el hombre predomina en las estrellas. Esto quiero examinar, trayéndole donde sepa que es mi hijo, y donde haga de su talento la prueba.	1110
ROSAURA Porque no pienses que estimo tan poco esa confianza, sabe que el contrario ha sido no menos que Astolfo, duque de Moscovia.			970	Si magnánimo se vence, reinará; pero si muestra el ser cruel y tirano, le volveré a su cadena. Agora preguntarás, que para aquesta experiencia, ¿qué importó haberle traído dormido desta manera?	1115
CLOTALDO (<i>Aparte.</i>) Mal resisto el dolor, porque es más grave, que fue imaginado, visto. Apuremos más el caso. Si moscovita has nacido, el que es natural señor, mal agraviarte ha podido; vuélvete a tu patria, pues, y deja el ardiente brío que te despeña.	945	<i>Vanse ROSAURA y CLARÍN.</i>		Y quiero satisfacerte, dándote a todo respuesta. Si él supiera que es mi hijo hoy, y mañana se viera segunda vez reducido a su prisión y miseria, cierto es de su condición que desesperara en ella; porque sabiendo quién es, ¿qué consuelo habrá que tenga?	1120
	950	CLOTALDO ¡Escucha, aguarda, detente! ¿Qué confuso laberinto es éste, donde no puede hallar la razón el hilo? Mi honor es el agraviado, poderoso el enemigo, yo vasallo, ella mujer; descubra el cielo camino; aunque no sé si podrá, cuando en tan confuso abismo, es todo el cielo un presagio y es todo el mundo un prodigio.	975		1125
ROSAURA Yo sé que, aunque mi príncipe ha sido, pudo agraviarme.	955		980		1130
CLOTALDO No pudo, aunque pusiera atrevido la mano en tu rostro. (¡Ay, cielos!)		JORNADA II – (ESCENA II)			
ROSAURA Mayor fue el agravio mío.		BASILIO Clotaldo, muy justa es esa duda que tienes, y quiero sólo a vos satisfacerla. A Segismundo, mi hijo, el influjo de su estrella, (bien lo sabéis) amenaza mil desdichas y tragedias; quiero examinar si el cielo, (que no es posible que mienta, y más habiéndonos dado de su rigor tantas muestras	1095	Y así he querido dejar abierta al daño esta puerta del decir que fue soñado cuanto vio. Con esto llegan a examinarse dos cosas: su condición la primera, pues él despierto procede en cuanto imagina y piensa; y el consuelo la segunda, pues aunque ahora se vea obedecido, y después a sus prisiones se vuelva, podrá entender que soñó, y hará bien cuando lo entienda;	1135
CLOTALDO Dilo ya, pues que no puedes decir más que yo imagino.	960		1100		1140
ROSAURA Sí dijera; mas no sé con qué respeto te miro,			1105		1145

porque en el mundo, Clotaldo,
todos lo que viven sueñan.

ESCENA III

*Salen músicos cantando, y criados dando de vestir a
Segismundo, que sale como asombrado.*

SEGISMUNDO

¡Válgame el cielo! ¿qué veo?
¡Válgame el cielo! ¿qué miro? 1225
Con poco espanto lo admiro,
con mucha duda lo creo.

¿Yo en palacios suntuosos?
¿Yo entre telas y brocados? 1230
¿Yo cercado de criados
tan lucidos y briosos?

¿Yo despertar de dormir
en lecho tan excelente?
¿Yo en medio de tanta gente
que me sirva de vestir? 1235

Decir que sueño es engaño,
bien sé que despierto estoy.
¿Yo Segismundo no soy?
Dadme, cielos, desengaño.

Decidme qué pudo ser 1240
esto que a mi fantasía
sucedió mientras dormía,
que aquí me he llegado a ver.

Pero sea lo que fuere,
¿quién me mete en discurrir? 1245
Dejarme quiero servir,
y venga lo que viniere.

CLOTALDO 1270
Con la grande confusión
que el nuevo estado te da,
mil dudas padecerá
el discurso y la razón;
pero ya librate quiero

de todas (si puede ser) 1275
porque has, señor, de saber
que eres príncipe heredero
de Polonia. Si has estado
retirado y escondido,

por obedecer ha sido 1280
a la inclemencia del hado,
que mil tragedias consiente
a este imperio, cuando en él
el soberano laurel
corone tu augusta frente. 1285

Mas fiando a tu atención
que vencerás las estrellas,
porque es posible vencellas
a un magnánimo varón,

a palacio te han traído 1290
de la torre en que vivías,
mientras al sueño tenías
el espíritu rendido.

Tu padre, el rey mi señor,
vendrá a verte, y dél sabrás, 1295
Segismundo, lo demás.

SEGISMUNDO
¡Pues, vil, infame y traidor!
¿qué tengo más que saber,
después de saber quién soy,
para mostrar desde hoy 1300
mi soberbia y mi poder?

¿Cómo a tu patria le has hecho
tal traición, que me ocultaste
a mí, pues que me negaste,
contra razón y derecho,
este estado?

CLOTALDO
¡Ay de mí triste!

SEGISMUNDO 1305
Traidor fuiste con la ley,
lisonjero con el rey,
y cruel conmigo fuiste;

y así el rey, la ley y yo,
entre desdichas tan fieras,
te condenan a que mueras 1310
a mis manos.

CRIADO 2.º
¡Señor!

SEGISMUNDO

No
me estorbe nadie, que es vana
diligencia; ¡y vive Dios!
si os ponéis delante vos,
que os eche por la ventana. 1315

CRIADO 1.º
Huye, Clotaldo.

CLOTALDO

¡Ay de ti,
qué soberbia vas mostrando,
sin saber que estás soñando!

Vase.

ESCENA VI

BASILIO 1500
¡Bien me agradeces el verte,
de un humilde y pobre preso,
príncipe ya!

SEGISMUNDO

Pues en eso,
¿qué tengo que agradecerte?
Tirano de mi albedrío,
si viejo y caduco estás, 1505
muriéndote, ¿qué me das?
¿Darme más de lo que es mío?
Mi padre eres y mi rey;
luego toda esta grandeza

me da la naturaleza por derechos de su ley. Luego, aunque esté en este estado, obligado no te quedo, y pedirte cuentas puedo del tiempo que me has quitado libertad, vida y honor; y así, agrádeceme a mí que yo no cobre de ti, pues eres tú mi deudor.	1510	de quién soy, y sé que soy un compuesto de hombre y fiera.	Yo en esferas perfetas, llamando el sol a cortes los planetas, le vi que presidía como mayor oráculo del día. Pues ¿cómo si entre estrellas, piedras, planetas, flores, las más bellas prefieren, tú has servido la de menos beldad, habiendo sido por más bella y hermosa, sol, lucero, diamante, estrella y rosa?	1610
	1515	ESCENA VII		
		SEGISMUNDO		
		Ya hallé mi vida; mujer, que aqueste nombre es le mejor requiebro para el hombre: ¿quién eres? Que sin verte adoración me debes, y de suerte <u>por la fe te conquistó</u> ⁽⁴⁾ , que me persuado a que otra vez te he visto. ¿Quién eres, mujer bella?	1585	
BASILIO Bárbaro eres y atrevido; cumplió su palabra el cielo; y así, para él mismo apelo, soberbio desvanecido. Y aunque sepas ya quién eres, y desengañado estés, y aunque en un lugar te ves donde a todos te prefieres, mira bien lo que te advierto, que seas humilde y blando, porque quizá estás soñando, aunque ves que estás despierto.	1520		ESCENA XVIII	
	1525	ROSAURA (Disimular me importa) Soy de Estrella una infelice dama.	SEGISMUNDO ¿Soy yo por ventura? ¿soy el que preso y aherrojado llego a verme en tal estado? ¿No sois mi sepulcro vos, torre? Sí. ¡Válgame Dios, qué de cosas he soñado!	2085
	1530	SEGISMUNDO No digas tal; di el sol, a cuya llama aquella estrella vive, pues de tus rayos resplandor recibe; yo vi en reino de olores que presidía entre comunes flores la deidad de la rosa, y era su emperatriz por más hermosa. Yo vi entre piedras finas de la docta academia de sus minas preferir el diamante, y ser su emperador por más brillante. Yo en esas cortes bellas de la inquieta república de estrellas, vi en el lugar primero, por rey de las estrellas el lucero.	1595	
Vase.			CLOTALDO A mí me toca llegar a hacer la <u>deshecha</u> ⁽⁵⁾ agora. ¿Es ya de despertar hora?	2090
SEGISMUNDO ¿Que quizá soñando estoy, aunque despierto me veo? No sueño, pues toco y creo lo que he sido y lo que soy. Y aunque agora te arrepientas, poco remedio tendrás; sé quien soy, y no podrás aunque suspires y sientas, quitarme el haber nacido desta corona heredero; y si me viste primero a las prisiones rendido, fue porque ignoré quién era; pero ya informado estoy	1535		SEGISMUNDO Sí, hora es ya de despertar.	
	1540		CLOTALDO ¿Todo el día te has de estar durmiendo? ¿Desde que yo al águila que voló con tarda vista seguí, y te quedaste tú aquí, nunca has despertado?	2095
	1545			

(4) Por la fe te conquistó: penso di avverti conquistato (Sigismondo si ricorda cioè del suo primo incontro con Rosaura).

(5) Deshecha: finzione.

SEGISMUNDO		SEGISMUNDO		en mundo tan singular,	
	No,	No muy buenas; por traidor,		que el vivir sólo es soñar;	
	ni aun agora he despertado,	con pecho atrevido y fuerte		y la experiencia me enseña,	2155
	que según, Clotaldo, entiendo,	dos veces te daba muerte.	2130	que el hombre que vive, sueña	
	todavía estoy durmiendo.			lo que es, hasta despertar.	
	2100	CLOTALDO		Sueña el rey que es rey, y vive	
	Y no estoy muy engañado;	¿Para mí tanto rigor?		con este engaño mandando,	
	porque si ha sido soñado,			disponiendo y gobernando;	2160
	lo que vi palpable y cierto,	SEGISMUNDO		y este aplauso, que recibe	
	lo que veo será incierto;	De todos era señor,		prestado, en el viento escribe,	
	y no es mucho que rendido,	y de todos me vengaba;		y en cenizas le convierte	
	2105	sólo a una mujer amaba;		la muerte (¡desdicha fuerte!);	
	pues veo estando dormido,	que fue verdad, creo yo,	2135	¡que hay quien intente reinar,	2165
	que sueñe estando despierto.	en que todo se acabó,		viendo que ha de despertar	
		y esto sólo no se acaba.		en el sueño de la muerte!	
	CLOTALDO			Sueña el rico en su riqueza,	
	Lo que soñaste me dí.			que más cuidados le ofrece;	
				sueña el pobre que padece	2170
	SEGISMUNDO		<i>Vase el rey.</i>	su miseria y su pobreza;	
	Supuesto que sueño fue,			sueña el que a medrar empieza,	
	2110	CLOTALDO		sueña el que afana y pretende,	
	no diré lo que soñé;	Enternecido se ha ido		sueña el que agravia y ofende,	
	lo que vi, Clotaldo, sí.	el rey de haberle escuchado.		y en el mundo, en conclusión,	2175
	Yo desperté y yo me vi,	Como habíamos hablado,	2140	todos sueñan lo que son,	
	(¡qué crueldad tan lisonjera!)	de aquella águila, dormido,		aunque ninguno lo entiende.	
	en un lecho, que pudiera,	tu sueño imperios han sido,		Yo sueño que estoy aquí,	
	2115	mas en sueños fuera bien		destas prisiones cargado,	
	con matices y colores,	entonces, honrar a quien		y soñé que en otro estado	2180
	ser el <u>catre</u> ⁽⁶⁾ de las flores	te crio en tantos empeños,	2145	más lisonjero me vi.	
	que tejió la Primavera.	Segismundo, que aun en sueños		¿Qué es la vida? Un frenesí.	
	Allí mil nobles, rendidos	no se pierde el hacer bien.		¿Qué es la vida? Una ilusión,	
	2120			una sombra, una ficción,	
	a mis pies, nombre me dieron			y el mayor bien es pequeño;	2185
	de su príncipe, y sirvieron			que toda la vida es sueño,	
	galas, joyas y vestidos.			y los sueños, sueños son.	
	La calma de mis sentidos				
	tú trocaste en alegría,				
	diciendo la dicha mía;				
	2125				
	que aunque estoy desta manera,				
	príncipe en Polonia era.				
		ESCENA XIX			
	CLOTALDO	SEGISMUNDO			
	Buenas albricias tendría.	Es verdad; pues reprimamos			
		esta fiera condición,			
		esta furia, esta ambición,	2150		
		por si alguna vez soñamos.			
		Y si haremos, pues estamos			

⁽⁶⁾ Catre: letto.

JORNADA III – (ESCENA III)

VOCES

(Dentro.)

¡Viva Segismundo, viva!

SEGISMUNDO

Otra vez, (¿qué es esto, cielos?),
¿queréis que sueñe grandezas,
que ha de deshacer el tiempo?

¿Otra vez queréis que vea 2310

entre sombras y bosquejos
la majestad y la pompa
desvanecida del viento?

¿Otra vez queréis que toque 2315

el desengaño, o el riesgo
a que el humano poder
nace humilde y vive atento?

Pues no ha de ser, no ha de ser;
miradme otra vez sujeto 2320

a mi fortuna; y pues sé
que toda esta vida es sueño,
idos, sombras, que fingís

hoy a mis sentidos muertos
cuerpo y voz, siendo verdad 2325

que ni tenéis voz ni cuerpo;
que no quiero majestades
fingidas, pompas no quiero,

fantásticas, ilusiones
que al soplo menos ligero
del aura han de deshacerse,

bien como el florido almendro,
que por madrugar sus flores,
sin aviso y sin consejo,

al primer soplo se apagan,
marchitando y desluciendo 2330

de sus rosados capillos
belleza, luz y ornamento.

Ya os conozco, ya os conozco,
y sé que os pasa lo mismo
con cualquiera que se duerme. 2335

Para mí no hay fingimientos;

que, desengañado ya,
sé bien que *la vida es sueño*.

SOLDADO 2.º

Si piensas que te engañamos,
vuelve a esos montes soberbios 2345

los ojos, para que veas
la gente que aguarda en ellos
para obedecerte.

SEGISMUNDO

Ya

otra vez vi aquesto mesmo
tan clara y distintamente 2350

como agora lo estoy viendo,
y fue sueño.

SOLDADO 2.º

Cosas grandes

siempre, gran señor, trujeron
anuncios; y esto sería, 2355

si lo soñaste primero.

SEGISMUNDO

Dices bien, anuncio fue,
y caso que fuese cierto,

pues que la vida es tan corta,
soñemos, alma, soñemos 2360

otra vez; pero ha de ser
con atención y consejo
de que hemos de despertar

de este gusto al mejor tiempo;
que llevándolo sabido,

será el desengaño menos; 2365

que es hacer burla del daño
adelantarle el consejo.

Y con esta prevención,
de que cuando fuese cierto,

es todo el poder prestado 2370

y ha de volverse a su dueño,
atrevámonos a todo.

Vasallos, yo os agradezco

la lealtad; en mí lleváis
quien os libre osado y diestro 2375

de extranjera esclavitud.
Tocad al arma, que presto
veréis mi inmenso valor.

Contra mi padre pretendo
tomar armas, y sacar 2380

verdaderos a los cielos.
Presto he de verle a mis plantas.

Mas si antes desto despierto,
¿no será bien no decirlo,

supuesto que no he de hacerlo? 2385

TODOS

¡Viva Segismundo, viva!

ESCENA IV

Sale Clotaldo.

CLOTALDO

¿Qué alboroto es éste, cielos?

SEGISMUNDO

Clotaldo.

CLOTALDO

Señor. (Aparte.) En mí
su crueldad prueba.

CLARÍN

Yo apuesto
que le despeña del monte. (Vase.) 2390

CLOTALDO

A tus reales plantas llego,
ya sé que a morir.

SEGISMUNDO

Levanta,

levanta, padre, del suelo; que tú has de ser norte y guía de quien fíe mis aciertos; que ya sé que mi crianza a tu mucha lealtad debo. Dame los brazos.	2395	no me despiertes si duermo, y si es verdad, no me duermas. Mas sea verdad o sueño, obrar bien es lo que importa; si fuere verdad, por serlo; si no, por ganar amigos para cuando despertemos.	2425	en saber si es ella propia? Pues si es así, y ha de verse desvanecida entre sombras la grandeza y el poder, la majestad y la pompa, sepamos aprovechar este rato que nos toca, pues sólo se goza en ella lo que entre sueños se goza. Rosaura está en mi poder, su hermosura el alma adora, gocemos, pues, la ocasión, el amor las leyes rompa del valor y confianza con que a mis plantas se postra. Esto es sueño, y pues lo es, soñemos dichas agora, que después serán pesares. Mas ¡con mis razones propias vuelvo a convencerme a mí! Si es sueño, si es vanagloria, ¿quién, por vanagloria humana, pierde una divina gloria? ¿Qué pasado bien no es sueño? ¿Quién tuvo dichas heroicas que entre sí no diga, cuando las revuelve en su memoria: sin duda que fue soñado cuanto vi? Pues si esto toca mi desengaño, si sé que es el gusto llama hermosa, que la convierte en cenizas cualquiera viento que sopla, acudamos a lo eterno, que es la fama vividora donde ni duermen las dichas, ni las grandezas reposan. Rosaura está sin honor; más a un príncipe le toca el dar honor, que quitarle. ¡Vive Dios! que de su honra he de ser conquistador,	2950 2955 2960 2965 2970 2975 2980 2985 2990
CLOTALDO ¿Qué dices?		Vase y tocan al arma.			
SEGISMUNDO Que estoy soñando, y que quiero obrar bien, pues no se pierde obrar bien, aun entre sueños.	2400	ESCENA X			
CLOTALDO Pues, señor, si el obrar bien es ya tu blasón, es cierto que no te ofenda el que yo hoy solicite lo mismo. ¿A tu padre has de hacer guerra? Yo aconsejarte no puedo contra mi rey, ni valerte. A tus plantas estoy puesto; dame la muerte.	2405	SEGISMUNDO Cielos, si es verdad que sueño, suspendedme la memoria, que no es posible que quepan en un sueño tantas cosas. ¡Válgame Dios, quién supiera, o saber salir de todas, o no pensar en ninguna! ¿Quién vio penas tan dudosas? Si soñé aquella grandeza en que me vi, ¿cómo agora esta mujer me refiere unas señas tan notorias? Luego fue verdad, no sueño; y si fue verdad, que es otra confusión y no menor, ¿cómo mi vida le nombra sueño? ¿Pues tan parecidas a los sueños son las glorias, que las verdaderas son tenidas por mentirosas, y las fingidas por ciertas? ¿Tan poco hay de unas a otras, que hay cuestión sobre saber si lo que se ve y se goza, es mentira o es verdad? ¿Tan semejante es la copia al original, que hay duda	2925 2930 2935 2940		
SEGISMUNDO ¡Villano, traidor, ingrato! Mas, ¡cielos! reportarme me conviene, que aun no sé si estoy despierto. Clotaldo, vuestro valor os envidio y agradezco. Idos a servir al rey, que en el campo nos veremos. Vosotros, tocad al arma.	2410 2415				
CLOTALDO Mil veces tus plantas beso.			2945		
SEGISMUNDO A reinar, Fortuna, vamos;	2420				

antes que de mi corona.
 Huyamos de la ocasión,
 que es muy fuerte. -Al arma toca,
 que hoy de dar la batalla,
 antes que las negras sombras 2995
 sepulten los rayos de oro
 entre verdinegras ondas.

Disparan dentro y cae Clarín, herido, de donde está.

BASILIO
 ¡Válgame el cielo!

ASTOLFO
 ¿Quién es
 este infelice soldado,
 que a nuestros pies ha caído
 en sangre todo teñido?

CLARÍN
 Soy un hombre desdichado, 3075
 que por quererme guardar
 de la muerte, la busqué.

Huyendo de ella, topé
 con ella, pues no hay lugar,
 para la muerte secreto; 3080
 de donde claro se arguye
 que quien más su efecto huye,
 es quien se llega a su efeto.

Por eso, tornad, tornad
 a la lid sangrienta luego; 3085
 que entre las armas y el fuego
 hay mayor seguridad

que en el monte más guardado,
 pues no hay seguro camino
 a la fuerza del destino 3090
 y a la inclemencia del hado;

y así, aunque a libraros vais
 de la muerte con huir.
 ¡Mirad que vais a morir,
 si está de Dios que muráis! (Cae dentro.) 3095

BASILIO
 ¡Mirad que vais a morir
 si está de Dios que muráis!
 ¡Qué bien (¡ay cielos!) persuade
 nuestro error, nuestra ignorancia,
 a mayor conocimiento 3100
 este cadáver que habla
 por la boca de una herida,
 siendo el humor que desata
 sangrienta lengua que enseña
 que son diligencias vanas 3105
 del hombre, cuantas dispone
 contra mayor fuerza y causal!
 Pues yo, por librar de muertes
 y sediciones mi patria,
 vine a entregarle a los mismos 3110
 de quien pretendí librarla.

EL GRAN TEATRO DEL MUNDO (b)

(Sale el MUNDO por diversa puerta.)

MUNDO
 ¿Quién me llama,
 que, desde el duro centro
 de aqueste globo que me esconde dentro
 alas visto veloces?
 ¿Quién me saca de mí, quién me da voces? 30

AUTOR
 Es tu Autor Soberano.
 De mi voz un suspiro, de mi mano
 un rasgo es quien te informa,
 y a su oscura materia le da forma.

MUNDO
 Pues ¿qué es lo que me mandas? ¿Qué me quieres? 35

AUTOR
 Pues soy tu Autor, y tú mi hechura eres,
 hoy, de un concepto mío
 la ejecución a tus aplausos fío.
 Una fiesta hacer quiero
 a mi mismo poder, si considero 40
 que sólo a ostentación de mi grandeza
 fiestas hará la gran naturaleza;
 y como siempre ha sido
 lo que más ha alegrado y divertido
 la representación bien aplaudida, 45
 y es representación la humana vida,
 una comedia sea
 la que hoy el cielo en tu teatro vea.
 Si soy Autor y si la fiesta es mía
 por fuerza la ha de hacer mi compañía. 50
 Y pues que yo escogí de los primeros
 los hombres y ellos son mis compañeros,
 ellos, en el *teatro*
del mundo, que contiene partes cuatro,

con estilo oportuno han de representar. Yo a cada uno el papel le daré que le convenga, y porque en fiesta igual su parte tenga el hermoso aparato de <u>apariencias</u> ⁽¹⁾ , de trajes el ornato, hoy prevenido quiero que, alegre, liberal y lisonjero, fabriques apariencias <u>que de dudas se pasen a evidencias</u> ⁽²⁾ . Seremos, yo el Autor, en un instante, tú el teatro, y el hombre el recitante.	55 60 65	REY Aquel fuí que mandaba cuanto dora el sol, de luz y resplandor vestido, desde que en brazos de la aurora nace, hasta que en brazos de la sombra yace. Mandé, juzgué, regí muchos estados; hallé, heredé, adquirí grandes memorias; ví, tuve, concebí cuerdos cuidados; poseí, gocé, alcancé varias victorias. Formé, aumenté, valí varios privados; hice, escribí, dejé raras historias; vestí, imprimí, ceñí, en ricos doseles, las púrpuras, los cetros y laureles.	1275 1280 1285	MUNDO Esto, el Autor, si bien o mal lo has hecho premio o castigo te tendrá guardado; no, no me toca a mí, según sospecho, conocer tu descuido o tu cuidado: cobrar me toca el traje que sacaste, porque me has de dejar como me hallaste.	1305 1310
...					
REY Pues, ¿el Mundo que fuí tan presto ignora?		MUNDO Pues deja, suelta, quita la corona; la majestad, desnuda, pierde, olvida;		HERMOSURA MUNDO ¿Qué has hecho, tú?	La gala y la hermosura.
MUNDO El Mundo lo que fué pone en olvido.		(<i>Quítasela.</i>)		MUNDO ¿Qué te entregué?	
		vuélvase, torne, salga tu persona desnuda de la farsa de la vida. La púrpura, de quien tu voz blasona, presto de otro se verá vestida, porque no has de sacar de mis crueles manos, púrpuras, cetros, ni laureles.	1290	HERMOSURA MUNDO Pues, ¿dónde está?	Perfecta una belleza.
		REY ¿Tú, no me diste adornos tan amados? ¿Cómo me quitas lo que ya me diste?	1295	HERMOSURA MUNDO Pasmóse, aquí, la gran naturaleza viendo cuán poco la hermosura dura, que aun no viene a parar adonde empieza, pues al querer cobrarla yo, no puedo; ni la llevas, ni yo con ella quedo.	Quedó en la sepultura. 1315
		MUNDO Porque dados no fueron, no, prestados sí para el tiempo que el papel hiciste. Déjame para otro los estados, la majestad y pompa que tuviste.	1300	HERMOSURA MUNDO El Rey, la majestad en mí ha dejado; en mí ha dejado el lustre, la grandeza. La belleza no puedo haber cobrado, que espira con el dueño la belleza. Mírate a ese cristal.	1320
		REY ¿Cómo de rico fama solicitas si no tienes qué dar si no lo quitas? ¿Qué tengo de sacar en mi provecho de haber, al mundo, al rey representado?			

^(b) El gran teatro del mundo – Per il testo seguiamo l'ed. di Angel Valbuena Prat, Madrid, Espasa Calpe (*Clásicos Castellanos* n°69), 1957.

Metro: vv. 27-56 silva pareada (successione di settenari ed endecasillabi in distici a rima baciata); vv. 1272-1387 (octava real, di endecasillabi, secondo lo schema ABABABCC).

Resumen: el auto es desarrollo de la difundida metáfora barroca de la vida como teatro. El "autor" (Dios) organiza, sirviéndose del mundo como teatro, un espectáculo en el cual participan representantes de los varios estados (el Rey, el Labrador, el Rico, el Pobre, el Niño) además de Hermosura y Discreción. Cuando el Espectáculo, o sea la existencia humana de todos los personajes ha acabado, el Autor convoca a los personajes para distribuir premios y castigos según su forma de actuar: el Pobre y la Discreción se salvan; el Rey, la Hermosura y el Labrador se destinan al Purgatorio; el niño - que murió antes de nacer - al limbo y el Rico al infierno.

⁽¹⁾ Apariencias: quinte e scenari.

⁽²⁾ Que de dudas se pasen a evidencias: "che paiano vere".

HERMOSURA	Ya me he mirado.		LABRADOR	Tú, ¿qué me has dado?		MUNDO	Suelta estas joyas. (<i>Quítaselas.</i>)	
MUNDO	¿Dónde está la beldad, la gentileza que te presté? Volvérmela procura.	1325	MUNDO	Un azadón te di.		POBRE	Mira qué bien <u>fundo</u> ⁽⁵⁾ no tener que sentir dejar el mundo.	
HERMOSURA	Toda la consumió la sepultura. Allí dejé matices y colores; allí perdí jazmines y corales; allí desvanecí rosas y flores; allí quebré marfiles y cristales. Allí turbé afecciones y primores; allí borré designios y señales; allí eclipsé esplendores y reflejos; allí aún no toparás sombras y <u>lejos</u> ⁽³⁾ .	1330	LABRADOR	¡Qué linda alhaja!			(<i>Sale el Niño.</i>)	
	(<i>Sale el LABRADOR.</i>)		MUNDO	Buena o mala, con ella habrás pagado.	1345	MUNDO	Tú que al teatro a recitar entraste, ¿cómo, di, en la comedia no saliste?	1360
			LABRADOR	¿A quién el corazón no se le raja viendo que deste mundo desdichado de cuanto la codicia vil trabaja un azadón, de la salud castigo, aun no le han de dejar llevar consigo?	1350	NIÑO	La vida en un sepulcro me quitaste. Allí te dejo lo que tú me diste.	
				(<i>Salen el RICO y el POBRE.</i>)			(<i>Sale la DISCRECIÓN.</i>)	
MUNDO	Tú, villano, ¿qué hiciste?		MUNDO	¿Quién va allá?		MUNDO	¿Cuándo a las puertas del vivir llamaste tú, para adorno tuyo qué pediste?	
LABRADOR	Si villano, era fuerza que hiciese, no te asombre, un labrador, que ya tu estilo vano a quien labra la tierra da ese nombre. Soy a quien trata siempre el cortesano con vil desprecio y bárbaro renombre; y soy, aunque de serlo más me aflijo, por quien el <u>él</u> , el <u>vós</u> y el <u>tú</u> ⁽⁴⁾ se dijo.	1335	RICO	Quien de ti nunca quisiera salir.		DISCRECIÓN	Pedí una religión y una obediencia, cilicios, diciplinas y abstinencia.	1365
		1340	POBRE	Y quien de ti siempre ha deseado salir.		MUNDO	Pues, déjalo en mis manos; no me puedan decir, que nadie saca sus blasones.	
MUNDO	Deja lo que te di.		MUNDO	¿Cómo los dos de esa manera dejarme y no dejarme habéis llorado?		DISCRECIÓN	No quiero; que en el mundo no se quedan sacrificios, afectos y oraciones; conmigo he de llevarlos, porque excedan a tus mismas pasiones tus pasiones; o llega a ver si ya de mí las cobras.	1370
			RICO	Porque, yo rico y poderoso era.	1355			
			POBRE	Y yo porque era pobre y disdichado.				

⁽³⁾ Lejos: sfondo di un quadro.

⁽⁴⁾ El *él*, el *vós* y el *tú*: sono tutte formule di trattamento spegiativo.

⁽⁵⁾ Fundo: profundo.

MUNDO

No te puedo quitar las buenas obras.
Estas solas del mundo se han sacado.

1375

REY

¡Quién más reinos no hubiera poseído ⁽⁶⁾!

HERMOSURA

¡Quién más beldad no hubiera deseado!

RICO

¡Quién más riquezas nunca hubiera habido!

LABRADOR

¡Quién más, ay Dios, hubiera trabajado!

POBRE

¡Quién más ansias hubiera padecido!

1380

MUNDO

Ya es tarde; que en muriendo, no os asombre,
no puede ganar méritos el hombre.

Ya que he cobrado augustas majestades,
ya que he borrado hermosas perfecciones,
ya que he frustrado altivas vanidades,
ya que he igualado cetros y azadones,
al teatro pasad de las verdades,
que este el teatro es de las ficciones.

1385

DIEGO DE TORRES VILLARROEL

VIDA, ASCENDENCIA, NACIMIENTO, CRIANZA Y...

Pasé desde mi pupilaje al colegio de Trilingüe, en donde me vistieron una beca que alcanzó mi padre de la Universidad de Salamanca. Fui examinado, como es costumbre, en el claustro de diputados de aquella Universidad; y, según la cuenta, o me suplieron como a niño, o correspondí a satisfacción de los examinadores, porque no me faltó voto. Empecé la tarea de los que llaman estudios mayores ⁽¹⁾, y la vida de colegial, a los trece años, bien descontento y enojado, porque yo quería detenerme más tiempo con el trompo y la matraca, pareciéndome que era muy temprano para meterme a hombre y encerrarme en la melancolía de aquel casarón. Estaba de rector del colegio, en la coyuntura de mi entrada, un clérigo virtuoso, de vida irreprehensible, pero ya viejo, enfermo y aburrido de lidiar con los jóvenes, que se creían encerrados en aquella casa. Sus achaques, la vejez y los anteriores trabajos lo tenían sujeto a la cama muchas horas del día y muchos meses del año; y, con esta seguridad y el ejemplo de otros colegiales, amigos del ocio, la pereza y las diversiones inútiles, iba insensiblemente perdiendo la inocencia, y amontonando una población de vicios y desórdenes en el alma. Halléme sin guardián, sin celador ⁽²⁾ y sin maestro, y empezó mi espíritu a desarrebujar las locuras del humor y las inconsideraciones de la edad con increíble desuello y insolencia. El gusto de mis padres y el apoyo del clérigo rector me destinaron para que estudiase la Filosofía; y señalándome el maestro a quien había de oír, que fue el padre Pedro Portocarrero, de la compañía de Jesús, comencé esta carrera descuidado y menos medroso, porque ya me consideraba libre de los castigos, dueño de mi voluntad y señor absoluto de mis acciones y disparates. Acudía tarde e ignorante a las conferencias, miraba sin atención las lecciones, retozaba y reñía con mis condiscípulos (no obstante las reverendas ⁽³⁾ de la beca colorada ⁽⁴⁾),

metíme a bufón y desvergonzado con los nuevos, y profesé de truhán, descocado ⁽⁵⁾ y decidor con todos, sin reservar las gravedades del maestro. Seguía en el aula, a pesar de las correcciones, avisos y asperezas del lector, este género de alegrías peligrosas, y en el colegio continuaba con mis compañeros otros desórdenes y libertades que bastaron para hacerme holgazán y perdulario ⁽⁶⁾.

Huyendo muchos días de la aula y no estudiando ninguno, llegué arrastrando hasta las últimas cuestiones de la Lógica. Viendo el lector que perdía el tiempo y que no me enmendaban los consejos, ni me contenían las correcciones ni las amenazas, citó una tarde a mi padre y al rector del colegio para argüirme, avergonzarme y reprehenderme en su presencia. Yo tuve noticia de esta prevención por un condiscípulo; y antes que llegasen a cogermme en la junta, rompí delante del lector los cartapacios que le había mal escrito y le dije, con osada deliberación, que no quería estudiar. Apretóme en respuesta unas cuantas manotadas, y mandó que me agarrasen los demás muchachos, los que me tuvieron asido hasta que llegaron el rector y mi padre. Metiéronme a empujones en un apartamento de la sacristía, que llaman la trastera, y allí me hicieron los cargos y las datas ⁽⁷⁾. Aconsejábanme a coces, y advertíanme a gritos; yo recogía de mala gana los unos y los otros. Hice el sordo, el sufrido y el enmendado; y después que salí de sus uñas, hice también el propósito de no volver a la aula y, como era malo, lo cumplí puntualmente. Y éstas han sido todas las lecciones, los actos, los cursos y los ejercicios que hice en la Universidad de Salamanca. Unos retazos ⁽⁸⁾ lógicos muy mal vistos fueron todos los adornos y elementos de mis estudios. Considere el que ha llegado hasta aquí leyendo, la materia de que se hacen los doctores y los hombres que escriben libros de moralidades y doctrinas, y verá que la necedad del vulgo y la fortuna particular de cada uno tienen en su antojo la mayor parte de sus conveniencias, sus créditos y sus exaltaciones. Yo sé de mí que gozo un vulgar ingenio, desnudo de la

NOTE - Seguiamo l'ed. di Guy Mercadier, Madrid, Castalia, 1972. Traduzione in Gallo Gasparetti.

⁽¹⁾ Estudios mayores: studi umanistici universitari.

⁽²⁾ Celador: custode.

⁽³⁾ Reverendas: meriti.

⁽⁴⁾ Beca colorada: sciarpa rossa contrassegno dei collegiali.

⁽⁵⁾ Descocado: sfacciato.

⁽⁶⁾ Perdulario: negligente.

⁽⁷⁾ Me hicieron los cargos y las datas: mi chiesero conto di tutto.

⁽⁸⁾ Retazos: ragionamenti.

⁽⁶⁾ Quién más reinos no hubiera poseído: quien + cong. in -ra è forma ottativa ancora viva in spagnolo.

enseñanza, la aplicación, los libros, los maestros y de todo cuanto debe concurrir a formar un hombre medianamente erudito; y me han cacareado las obras y las palabras, a pesar de mis confesiones, mis rudezas, mis descuidos y las continuas burlas y desprecios con que las he satirizado. Arrimé desde este suceso la Lógica y cogí nuevo horror a las ciencias, de modo que en cinco años no volví a ver libro alguno de los que se rompen en las Universidades. Las novelas, las comedias y los autores romancistas ⁽⁹⁾ me entretuvieron la ociosidad y el retiro forzado; y éstos me dejaron descuidadamente en la memoria tal cual estilo y expresión castellana con que me bandeó para darme a entender en las conversaciones, los libros y las correspondencias.

Hundido en el ocio y la inquietud escandalosa, y sin haberme quedado con más obligación que la de asistir a la cátedra de Retórica, que era la advocación ⁽¹⁰⁾ de mi beca, proseguí en el colegio, sufrido y tolerado de la lástima y del respeto a mis pobres padres. En este arte no adelanté más que la libertad de poder salir de casa, y algún bien que a mi salud le pudo dar el ejercicio. Era el catedrático el doctor Don Pedro de Samaniego de la Serna. Los que conocieron al maestro, y han tratado al discípulo, podrán discurrir lo que él me pudo enseñar, y yo aprender. Acuérdomé que nos leía a mí y a otros dos colegiales por un libro castellano, y éste se le perdió una mañana viniendo a escuelas; puso varios carteles, ofreciendo buen hallazgo al que se lo volviese. El papel no pareció, con que nos quedamos sin arte y sin maestro, gastando la hora de la cátedra en conversaciones, chanzas ⁽¹¹⁾ y novedades inútiles y aun disparatadas.

Los años me iban dando fuerza, robustez, gusto y atrevimiento para desear todo linaje de enredos, diversiones y disparates, y yo empecé con furia implacable a meterme en cuantos desatinos y despropósitos rodean a los pensamientos y las inclinaciones de los muchachos. Aprendí a bailar, a jugar la espada y la pelota, torear, hacer versos, y paré todo mi ingenio en discurrir diabluras y enredos para librarme de la reclusión y las tareas en que se deben emplear los buenos

⁽⁹⁾ Autores romancistas: scriveni in spagnolo e non in latino.

⁽¹⁰⁾ Advocación: denominazione.

⁽¹¹⁾ Chanzas: scherzi.

colegiales de aquella casa. Abría puertas, falseaba llaves, hendía candados, y no se escapaba de mis manos pared, puerta, ni ventana, en donde no pusiese las disposiciones de falsearla, romperla o escalarla.

IRIARTE

FABULA XI

LOS DOS CONEJOS ⁽¹⁾

Por entre unas matas,
seguido de Perros,
(no diré corría)
volaba un conejo.

De una madriguera
salió un compañero,
y le dijo: "Tente,
amigo, ¿qué es esto?"

"¿Qué ha de ser?", responde:
"Sin aliento llevo...
dos pícaros Galgos
me vienen siguiendo".

"Sí" (replica el otro)

"Por allí los veo...
pero no son Galgos".

"¿Pues qué son?" "Podencos."

"¿Qué? ¿Podencos dices?"

Sí, como mi abuelo.

Galgos, y muy Galgos;
bien visto los tengo."

"Son Podencos: vaya,
que no entiendes de eso."

"Son Galgos, te digo."

⁽¹⁾ Los dos conejos (Tomás Iriarte); ed. di C. Bravo Villasante, Madrid, Magisterio Español, 1980; Metro: romancillo esasillabico; traduzione in Gallo Gasparetti.

"Digo que Podencos."

En esta disputa
llegaron los Perros,
pillan descuidados
a mis dos Conejos.

Los que por cuestiones
de poco momento
dejan lo que importa,
Llévense este ejemplo.

SAMANIEGO

FABULA XI

LAS MOSCAS ⁽¹⁾

A un panal de rica miel
dos mil moscas acudieron,
que por golosas murieron,
presas de patas en él.
Otras dentro de un pastel
enterró su golosina.
*Así, si bien se examina,
los humanos corazones
perecen en las prisiones
del vicio que los domina.*

⁽¹⁾ Las moscas (Félix María Samaniego); ed. di E. Jareño, Madrid, Castalia, 1975.

Metro: décima espinela (di ottonari, di schema ABBAACDDC); traduzione in Gallo Gasparetti.

FEIJOO

“PARALELO DE LAS LENGUAS CASTELLANA Y FRANCESA”

Dos extremos, entrambos reprehensibles, noto en nuestros españoles, en orden a las cosas nacionales: unos las engrandecen hasta el cielo; otros las abaten hasta el abismo. Aquellos que ni con el trato de los extranjeros, ni con la lectura de los libros espaciaron su espíritu fuera del recinto de su patria, juzgan que cuanto hay de bueno en el mundo está encerrado en ella. De aquí aquel bárbaro desdén con que miran a las demás naciones, asquean su idioma, abominan sus costumbres, no quieren escuchar o escuchan con irrisión sus adelantamientos en artes y ciencias. Bástales ver a otro español con un libro italiano o francés en la mano para condenarle por genio extravagante o ridículo. Dicen que cuanto hay de bueno y digno de ser leído se haya escrito en los dos idiomas latino y castellano; que los libros extranjeros, especialmente franceses, no traen de nuevo sino bagatelas y futilidades; pero del error que padecen en esto diremos algo abajo.

Por el contrario, los que han peregrinado por varias tierras, o sin salir de la suya comerciado con extranjeros, si son picados tanto cuanto de la vanidad de espíritus amenos, inclinados a lenguas y noticias, todas las cosas de otras naciones miran con admiración; las de la nuestra, con desdén. Sólo en Francia, pongo por ejemplo, reinan, según su dictamen, la delicadeza, la policía ⁽¹⁾, el buen gusto; acá todo es rudeza y barbarie. Es cosa graciosa ver a algunos de estos nacionistas ⁽²⁾ (que tomo por lo mismo que antinacionales) hacer violencia a todos sus miembros para imitar a los extranjeros en gestos,

Il brano è tratto dal *Teatro Critico Universal*.

NOTE – Per il testo seguiamo l'ed. dei *Clásicos Castellanos* (n° 48), Madrid, Espasa Calpe, 1941.

(1) Policía: urbanità.

(2) Nacionistas: costruito su nazione.

movimientos y acciones, poniendo especial estudio en andar como ellos andan, sentarse como se sientan, reírse como se ríen, hacer la cortesía como ellos la hacen, y así de todo lo demás. Hacen todo lo posible por desnaturalizarse, y yo me holgaría que lo lograsen enteramente porque nuestra nación descartase tales figuras.

Entre éstos y aun fuera de éstos sobresalen algunos apasionados amantes de la lengua francesa, que, prefiriéndola con grandes ventajas a la castellana, ponderan sus hechizos, exaltan sus primores, y no pudiendo sufrir ni una breve ausencia de su adorado idioma, con algunas voces que usurpan de él salpican la conversación, aun cuando hablan en castellano. Esto, en parte, puede decirse que ya se hizo moda, pues los que hablan castellano puro casi son mirados como hombres del tiempo de los godos.

CADALSO

CARTA LI

DEL MISMO AL MISMO

Una de las palabras cuya explicación ocupa más lugar en el diccionario de mi amigo Nuño es la voz *política*, y su adjetivo derivado *político*. Quiero copiarte todo el párrafo; dice así:

«*Política* viene de la voz griega que significa ciudad, de donde se infiere que su verdadero sentido es *la ciencia de gobernar los pueblos*, y que los *políticos* son aquéllos que están en semejantes encargos, o por lo menos, en carrera de llegar a estar en ellos. En este supuesto aquí acabaría este artículo, pues venero su carácter; pero han usurpado este nombre otros sujetos que se hallan muy lejos de verse en tal situación, ni merecer tal respeto. Y de la corrupción

de esta palabra mal apropiada a estas gentes nace la precisión de extenderme más.

Políticos de esta segunda especie son unos hombres que de noche no sueñan y de día no piensan sino en hacer fortuna por cuantos medios se ofrezcan. Las tres potencias del alma racional y los cinco sentidos del cuerpo humano se reducen a una desmesurada ambición en semejantes hombres. Ni quieren, ni entienden, ni se acuerdan de cosa que no vaya dirigida a este fin. La naturaleza pierde toda su hermosura en el ánimo de ellos. Un jardín no es fragante, ni una fruta es deliciosa, ni un campo es ameno, ni un bosque frondoso, ni las diversiones tienen atractivo, ni la comida les satisface, ni la conversación les ofrece gusto, ni la salud les produce alegría, ni la amistad les da consuelo, ni el amor les presenta delicia, ni la juventud les fortalece. Nada importan las cosas del mundo en el día, la hora, el minuto, que no adelantan un paso en la carrera de la fortuna. Los demás hombres pasan por varias alteraciones de gustos y penas; pero éstos no conocen más que un gusto, y es el de adelantarse, y así tienen, no por pena, sino por tormentos inaguantables, todas las varias contingencias e infinitas casualidades de la vida humana. Para ellos, todo inferior es un esclavo, todo igual un enemigo, todo superior un tirano. La risa y el llanto en estos hombres son como las aguas del río que han pasado por parajes pantanosos: vienen tan turbias, que no es posible distinguir su verdadero sabor y color. El continuo artificio, que ya se hace segunda naturaleza en ellos, los hace insufribles aun a sí mismos. Se piden cuenta del poco tiempo que han dejado de aprovechar en seguir por entre precipicios el fantasma de la ambición que les guía. En su concepto, el día es corto para sus ideas, y demasiado largo para las de los otros. Desprecian al hombre sencillo, aborrecen al discreto, parecen oráculos al público, pero son tan ineptos, que un criado inferior sabe todas sus flaquezas, ridiculeces, vicios, y tal vez delitos; según el muy verdadero proverbio francés, que *ninguno es héroe para con su ayuda de cámara*. De aquí nace revelarse tantos

secretos, descubrirse tantas maquinaciones y, en substancia, mostrarse los hombres ser defectuosos, por más que quieran parecerse semidioses.»

En medio de lo odioso que es y debe ser a lo común de los hombres el que está agitado de semejante delirio, que a manera de frenético debiera ser encadenado, porque no haga daño a cuantos hombres, mujeres y niños encuentre por las calles, suele ser divertido su manejo para el que lo ve de lejos. Aquella diversidad de astucias, ardides y artificios es un gracioso espectáculo para quien no la teme. Pero para lo que no basta la paciencia humana es para mirar todas estas máquinas manejadas por un ignorante ciego, que se figura a sí mismo tan incomprensible como los demás le conocen necio. Creen muchos de éstos que la mala intención puede suplir al talento, a la viveza, y al demás conjunto que se ven en muchos libros, pero en pocas personas.

NOTE – Per il testo seguiamo l'ed. delle *Cartas Marruecas* a cura di J. Tamayo y Rubio, Madrid, Espasa Calpe (*Clásicos Castellanos* n° 112), 1935.

JOVELLANOS

(Parla della necessità di applicare le conoscenze teoriche allo studio della natura)

¿Qué importa que podáis calcular la rápida sucesión del tiempo, la inmensa extensión del espacio, la dirección y los progresos del movimiento, si el movimiento, el espacio, el tiempo son unos seres ideales y abstractos, unos seres que no existen; si son nada, mientras no los consideréis como medida del estado y sucesión de los entes reales? Debéis, pues,

contemplar estos entes en sí mismos, observar su acción y sus mudanzas o fenómenos, y subiendo desde ellos a sus causas, investigar aquellas eternas y constantes leyes que la sabiduría del Criador dictó a la naturaleza para la inmutable conservación de su grande obra.

...

Al entrar a estudiarla, ¡qué espectáculo tan augusto no se abrirá a vuestra contemplación! Vosotros, acostumbrados a verle a todas horas y familiarizados con su grandeza, apenas os dignáis de examinarle; pero levantad a él vuestro espíritu, y veréis cómo, atónito con tantas maravillas, se enciende y suspira por conocerlas. La razón os fue dada para alcanzar una parte de ellas; elevadla hasta el Sol, inmenso globo de fuego y resplandor, y veréis cómo fue colocado en el centro del mundo para regir desde allí los planetas situados a tan diversas distancias. Como padre y rey de los astros, él los ilumina y fomenta y dirige sus pasos y prescribe sus movimientos. Cada uno oye su voz, la sigue obediente y gira en torno de su brillante trono.

La tierra, este pequeño globo que habitamos, y uno de sus planetas inferiores, reconoce la misma ley, y de él recibe luz y movimiento. ¿Queréis formar alguna idea del gran sistema de que somos una pequeñísima parte? Pues sabed que el lugar que ocupáis dista sobre veinte y siete millones de leguas del Sol, que es su centro; que Saturno dista del mismo centro sobre doscientos y sesenta y cinco millones de leguas; que el planeta Urano, columbrado en nuestros días, dista todavía más de Saturno que Saturno del Sol; que todavía se alejan más y más de él los cometas en sus giros excéntricos, y que todavía la flaca razón del hombre no ha podido tocar los límites de este magnífico sistema.

Il brano è tratto dalla *Oración sobre el Estudio de las Ciencias Naturales*.

NOTE – Per il testo seguiamo l'ed. a cura di José Caso González, Madrid, Castalia, 1969.

JUAN MELÉNDEZ VALDÉS

ODA ANACREÓNTICA LXI

A DORILA

Núm. 62. No es posterior a 1775.

Teje, Dorila, teje,
de pámpanos y flores
téjeme una guirnalda
con que las sienes orne.

5

Tráeme de dulce vino
la copa que rebose,
y la lira süave
con que te canto amores,
si quieres que a la sombra
de este parral repose
sin que la siesta tema
ni sienta sus ardores.

10

ODA ANACREÓNTICA VI

A DORILA

Núm. 7. No es posterior a 1777.

¡Cómo se van las horas,
y tras ellas los días
y los floridos años
de nuestra frágil vida!

5

La vejez luego viene,
del amor enemiga,
y entre fúnebres sombras
la muerte se avecina,
que escualida y temblando,
fea, informe, amarilla,
nos aterra, y apaga

10

nuestros fuegos y dichas.

El cuerpo se entorpece,
los ayes nos fatigan,
nos huyen los placeres
y deja la alegría.

15

Si esto, pues, nos aguarda,
¿para qué, mi Dorila,
son los floridos años
de nuestra frágil vida?

20

Para juegos y bailes
y cantares y risas
nos los dieron los cielos,
las Gracias los destinan.

25

Ven ¡ay! ¿qué te detienes?
Ven, ven, paloma mía,
debajo de estas parras
do lene el viento aspira;
y entre brindis süaves
y mimosas delicias
de la niñez gocemos,
pues vuela tan aprisa.

30

ODA ANACREÓNTICA LXXX

EL TOCADOR

Núm. 81. No es posterior a 1794.

Sentada ante el espejo,
ornaba Galatea
de sus blondos ⁽¹⁾ cabellos
las delicadas hebras.

5

Separada en dos partes,

su dorada madeja
cubre en undosos rizos
el cuello de azucena.

Con mano artificiosa,
de sus sortijas cerca
la frente, porque brille
la nieve contrapuesta ⁽²⁾.

10

Sobre el ara del gusto
en agradable ofrenda,
el lujo para ungirlos
le ofrece sus esencias,
y cien vistosas flores
parece que se acercan
a sus dedos, ufanas
si adornan su cabeza.

15

Ella en todas escoge
las colores más tiernas,
y entre el alto plumaje
delicada las mezcla.

20

Luego al cristal se mira;
y al hallarse tan bella,
tierna suspira, y sigue
su felice tarea.

25

De transparente gasa
sobre el tocado asienta
un lazo, que hasta el talle
baja y al viento ondea.

30

Con otro solicita
celar a la modestia
de sus turgentes pechos
las dos nevadas pellas ⁽³⁾.

35

Por ellas, al cubrirlas,
acaso, aunque ligera,
la mano pasa; y siente
que el tacto la recrea.

40

Torna a correrla; y blando
circula por sus venas

de amor el dulce fuego,
que la delicia aumenta.

Rendida hacia el espejo
se vuelve; y en su esfera
las pomas mismas halla,
que loca la enajenan.

45

Y al punto más perdida,
con amable licencia,
para en ellas gozarse,
las gasas desordena.

50

Ya ardiente las agita,
ya las palpa suspensa,
ya tierna las comprime;
y en la presión violenta

55

su palpitar se dobla;
desfallecida anhela;
me nombra, y del deleite
la nube la rodea.

60

Yo de improviso salgo,
y con dulce sorpresa
pago en ardientes besos
su amor y su fineza.

65

Turbóse un tanto al verme;
mas bien presto halagüena,
me ofreció entre sus brazos
el perdón de mi ofensa.

NOTE – Seguiamo l'ed. di J. H. R. Polt, Madrid, Castalia, 1981.

Metro: tutte e tre le liriche sono dei romancillos (successione di vv. più brevi dell'ottonario, assonanzati in sede pari; in questo caso i vv. sono settenari).

⁽¹⁾ Blondo: biondo, francesismo.

⁽²⁾ Nieve contrapuesta: il candore della pelle è contrapposto all'oro dei capelli.

⁽³⁾ Pellas: sfere.

MANUEL JOSÉ QUINTANA

A UNA NEGRITA

PROTEGIDA POR LA DUQUESA DE ALBA

En vano, inocente niña,
cuando viniste a la tierra
tu tierno cutis la noche
vistió de sus sombras negras,
y en vez del cabello ondeado
que sobre la nieve ostentan
de su garganta y sus hombros
las graciosas Europeas;
a tí de crespas vedijas
ensortijó la cabeza,
que el ébano de tu cuello
a coronar jamás llegan.
¿A qué la risa en tus labios,
y en tus ojos la viveza,
y la gentil travesura
con que la vista recreas,
para arrancarte y traerte
de las áridas arenas
de la Libia a estos países,
entre gentes tan diversas?
Allí vivió tu familia,
allí crecer tú debieras,
y allí en la flor de tus años
tus dulces amores fueran.
Todo se trocó: los hombres
lo agitan todo en la tierra:
ellos a la tuya un día
la esclavitud y la guerra
llevaron, la sed del oro,
peste fatal; su violencia
hace que los padres viles
sus míseros hijos vendan.
¡Bárbara Europa! Tú, empero,
desenfadada y contenta,
con dulce gracejo ríes,

y festiva travesesas.
¿Cómo así? ¿Piadoso el cielo
se dolió de tu inocencia
cuando te miró en el mundo
de todo amparo desierto,
y te concedió á ti sola
lo que a tantos otros niega,
el olvidar sus desdichas
y alguna vez no saberlas?
"¿Yo desdichada? No, huésped:
contéplame bien, contempla
mi fortuna, y en envidia
trocarás esas querellas.
Esclava fui, ya soy libre;
la mano que me sustenta
miró con horror mi ultraje,
y quebrantó mis cadenas;
la misma que tantas almas
esclavizó a su belleza,
y cuyos ojos, si miran,
no hay corazón que no venzan.
Patria, familia y cariños
me robó la suerte adversa;
cariños, familia y patria
todo lo he encontrado en ella.
Mira el maternal esmero
con que ampara mi flaqueza,
y la incansable ternura
con que mi ventura anhela.
Cuando risueña me llama,
cuando consigo me lleva,
cuando en su falda me halaga,
cuando amorosa me besa,
tal hay que trocara entonces
por mi humildad su soberbia,
y por mi atezada sombra
sus bellos colores diera.
Excusa, pues, de decirme
que desdichada me crea:
¿Yo desdichada? No hay nadie
que pueda serlo a par de ella."
¡Oh, bien hayan tus palabras!

¿Conque no siempre se cierran
del poderoso en el templo
a la humanidad las puertas?
Crece, dulce criatura,
vive, y monumento seas
donde de tu amable dueño
las alabanzas se extiendan;
monumento más hermoso
que el que a la vista presentan
los soberbios obeliscos,
las pirámides eternas.
Así tal vez arrancada
vi de la materna cepa
con la agitación del cierzo
la vid delicada y tierna,
y a los firmes pies llevada
de la palma que descuella,
levantando por los aires
Su bellísima cabeza;
allí piedad, allí asilo,
allí dulce arrimo encuentra,
allí sus vástagos crecen
y su verdor se despliega.
Ella al generoso apoyo
con lazo amante se estrecha,
y el viento dando en sus hojas
himnos de alabanza suena.

NOTE – Per il testo seguiamo l'ed. di Albert Derozier
(Madrid, Castalia, 1969).
Metro: romance (successione di ottonari assonanzati in
sede pari).

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN

EL SÍ DE LAS NIÑAS

ESCENA XI
DOÑA IRENE, D. DIEGO

DOÑA IRENE

Conque, señor Don Diego, ¿es ya la de vámonos?...
Buenos días... (*Apaga la luz que está sobre la mesa.*)
¿Reza usted?

DON DIEGO

(*Paseándose con inquietud.*) Sí, para rezar estoy ahora.

DOÑA IRENE

Si usted quiere, ya pueden ir disponiendo el chocolate, y que avisen al mayoral para que enganchen luego que... Pero ¿qué tiene usted, señor?... ¿Hay alguna novedad?

DON DIEGO

Sí; no deja de haber novedades.

DOÑA IRENE

Pues ¿qué?... Dígalo usted, por Dios... ¡Vaya, vaya!... No sabe usted lo asustada que estoy... Cualquiera cosa, así, repentina, me remueve toda y me... Desde el último mal parto que tuve, quedé tan sumamente delicada de los nervios... Y va ya para diez y nueve años, si no son veinte; pero desde entonces, ya digo, cualquiera friolera me trastorna... Ni los baños, ni caldos de culebra, ni la conserva de tamarindos ⁽¹⁾; nada me ha servido; de manera que...

NOTE – Per il testo seguiamo l'ed. di René Andioc, Madrid, Castalia, 1975.

⁽¹⁾ Conserva de tamarindos: come i precedenti è rimedio contro la stitichezza.

DON DIEGO

Vamos, ahora no hablemos de malos partos ni de conservas... Hay otra cosa más importante de que tratar... ¿Qué hacen esas muchachas?

DOÑA IRENE

Están recogiendo la ropa y haciendo el cofre para que todo esté a la vela y no haya detención.

DON DIEGO

Muy bien. Siéntese usted... Y no hay que asustarse ni alborotarse (*Siéntanse los dos.*) por nada de lo que yo diga; y cuenta, no nos abandone el juicio cuando más lo necesitamos... Su hija de usted está enamorada...

DOÑA IRENE

¿Pues no lo he dicho ya mil veces? Sí señor que lo está; y bastaba que yo lo dijese para que...

DON DIEGO

¡Ese vicio maldito de interrumpir a cada paso! Déjeme usted hablar.

DOÑA IRENE

Bien, vamos, hable usted.

DON DIEGO

Está enamorada; pero no está enamorada de mí.

DOÑA IRENE

¿Qué dice usted?

DON DIEGO

Lo que usted oye.

DOÑA IRENE

Pero, ¿quién le ha contado a usted esos disparates?

DON DIEGO

Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo ha contado, y cuando se lo digo a usted, bien seguro estoy de que es verdad... Vaya, ¿qué llanto es ése?

DOÑA IRENE

(*Llora.*) ¡Pobre de mí!

DON DIEGO

¿A qué viene eso?

DOÑA IRENE

¡Porque me ven sola y sin medios, y porque soy una pobre viuda, parece que todos me desprecian y se conjuran contra mí!

DON DIEGO

Señora Doña Irene...

DOÑA IRENE

Al cabo de mis años y de mis achaques, verme tratada de esta manera, como un estropajo, como una puerca cenicienta, vamos al decir... ¿Quién lo creyera de usted?... ¡Válgame Dios!... ¡Si vivieran mis tres difuntos!... Con el último difunto que me viviera, que tenía un genio como una serpiente...

DON DIEGO

Mire usted, señora, que se me acaba la paciencia.

DOÑA IRENE

Que lo mismo era replicarle que se ponía hecho una furia del infierno, y un día del Corpus, yo no sé por qué friolera, hartó de mojicones a un comisario ordenador ⁽²⁾ y si no hubiera sido por dos padres del Carmen, que se pusieron de por medio, le estrella contra un poste en los portales de Santa Cruz.

DON DIEGO

Pero ¿es posible que no ha de atender usted a lo que voy a decirle?

DOÑA IRENE

¡Ay! No, señor; que bien lo sé, que no tengo pelo de tonta, no, señor... Usted ya no quiere a la niña, y

⁽²⁾ Comisario ordenador: commissario capo.

busca pretextos para zafarse de la obligación en que está... ¡Hija de mi alma y de mi corazón!

DON DIEGO

Señora Doña Irene, hágame usted el gusto de oírme, de no replicarme, de no decir despropósitos, y luego que usted sepa lo que hay, llore y gima, y grite y diga cuanto quiera... Pero, entretanto, no me apure usted el sufrimiento, por amor de Dios.

DOÑA IRENE

Diga usted lo que le dé la gana.

DON DIEGO

Que no volvamos otra vez a llorar y a...

DOÑA IRENE

No, señor; ya no lloro. *(Enjugándose las lágrimas con un pañuelo.)*

DON DIEGO

Pues hace ya cosa de un año, poco más o menos, que Doña Paquita tiene otro amante. Se han hablado muchas veces, se han escrito, se han prometido amor, fidelidad, constancia... Y, por último, existe en ambos una pasión tan fina, que las dificultades y la ausencia, lejos de disminuirla, han contribuido eficazmente a hacerla mayor. En este supuesto...

DOÑA IRENE

¿Pero no conoce usted, señor, que todo es un chisme inventado por alguna mala lengua que no nos quiere bien?

DON DIEGO

Volvemos otra vez a lo mismo... No, señora; no es chisme. Repito de nuevo que lo sé.

DOÑA IRENE

¿Qué ha de saber usted, señor, ni qué traza tiene eso de verdad? ¡Conque la hija de mis entrañas,

encerrada en un convento, ayunando los siete reviernes ⁽³⁾, acompañada de aquellas santas religiosas! ¡Ella, que no sabe lo que es mundo, que no ha salido todavía del cascarón, como quien dice!... Bien se conoce que no sabe usted el genio que tiene Circuncisión... ¡Pues bonita es ella para haber disimulado a su sobrina el menor desliz!

DON DIEGO

Aquí no se trata de ningún desliz, señora Doña Irene; se trata de una inclinación honesta, de la cual hasta ahora no habíamos tenido antecedente alguno. Su hija de usted es una niña muy honrada, y no es capaz de deslizarse... Lo que digo es que la madre Circuncisión, y la Soledad, y la Candelaria, y todas las madres, y usted, y yo el primero, nos hemos equivocado solemnemente. La muchacha se quiere casar con otro, y no conmigo... Hemos llegado tarde; usted ha contado muy de ligero con la voluntad de su hija... Vaya, ¿para qué es cansarnos? Lea usted ese papel, y verá si tengo razón. *(Saca el papel de Don Carlos y se le da a Doña Irene. Ella, sin leerle, se levanta muy agitada, se acerca a la puerta de su cuarto y llama. Levántase Don Diego y procura en vano contenerla.)*

DOÑA IRENE

¡Yo he de volverme loca!... ¡Francisquita!... ¡Virgen del Tremedal!... ¡Rita! ¡Francisca!

DON DIEGO

Pero ¿a qué es llamarlas?

DOÑA IRENE

Sí, señor; que quiero que venga y que se desengañe la pobrecita de quién es usted.

DON DIEGO

Lo echó todo a rodar... Esto le sucede a quien se fía de la prudencia de una mujer.

ESCENA XII

DOÑA FRANCISCA, RITA, DOÑA IRENE,
D. DIEGO

RITA

Señora.

DOÑA FRANCISCA

¿Me llamaba usted?

DOÑA IRENE

Sí, hija, sí; porque el señor Don Diego nos trata de un modo que ya no se puede aguantar. ¿Qué amores tienes, niña? ¿A quién has dado palabra de matrimonio? ¿Qué enredos son éstos?... Y tú, picarona... Pues tú también lo has de saber... Por fuerza lo sabes... ¿Quién ha escrito este papel? ¿Qué dice? *(Presentando el papel abierto a Doña Francisca.)*

RITA

(Aparte a Doña Francisca.) Su letra es.

DOÑA FRANCISCA

¡Qué maldad!... Señor Don Diego, ¿así cumple usted su palabra?

DON DIEGO

Bien sabe Dios que no tengo la culpa... Venga usted aquí. *(Tomando de una mano a Doña Francisca, la pone a su lado.)* No hay que temer... Y usted, señora, escuche y calle, y no me ponga en términos de hacer un desatino... Deme usted ese papel... *(Quitándole el papel.)* Paquita, ya se acuerda usted de las tres palmadas de esta noche.

DOÑA FRANCISCA

Mientras viva me acordaré.

DON DIEGO

Pues éste es el papel que tiraron a la ventana... No hay que asustarse, ya lo he dicho. *(Lee.)* *Bien mío: si no consigo hablar con usted, haré lo posible para que llegue a*

⁽³⁾ Reviernes: i sette venerdì successivi alla Pasqua.

sus manos esta carta. Apenas me separé de usted, encontré en la posada al que yo llamaba mi enemigo, y al verle no sé cómo no expiré de dolor. Me mandó que saliera inmediatamente de la ciudad, y fue preciso obedecerle. Yo me llamo Don Carlos, no Don Félix. Don Diego es mi tío. Viva usted dichosa, y olvide para siempre a su infeliz amigo.- Carlos de Urbina.

DOÑA IRENE

¿Conque hay eso?

DOÑA FRANCISCA

¡Triste de mí!

DOÑA IRENE

¿Conque es verdad lo que decía el señor, grandísima picacona? Te has de acordar de mí.
(Se encamina hacia Doña Francisca, muy colérica, y en ademán de querer maltratarla. Rita y Don Diego lo estorban.)

DOÑA FRANCISCA

¡Madre!... ¡Perdón!

DOÑA IRENE

No, señor; que la he de matar.

DON DIEGO

¿Qué locura es ésta?

DOÑA IRENE

He de matarla.

ESCENA XIII

D. CARLOS, D. DIEGO, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA

(Sale Don Carlos del cuarto precipitadamente; coge de un brazo a Doña Francisca, se la lleva hacia el fondo del teatro y se pone delante de ella para defenderla. Doña Irene se asusta y se retira.)

DON CARLOS

Eso no... Delante de mí nadie ha de ofenderla.

DOÑA FRANCISCA

¡Carlos!

DON CARLOS

(A Don Diego.) Disimule usted mi atrevimiento... He visto que la insultaban y no me he sabido contener.

DOÑA IRENE

¿Qué es lo que me sucede, Dios mío? ¿Quién es usted?... ¿Qué acciones son éstas?... ¿Qué escándalo!

DON DIEGO

Aquí no hay escándalos... Ése es de quien su hija de usted está enamorada... Separarlos y matarlos viene a ser lo mismo... Carlos... No importa... Abraza a tu mujer.

(Se abrazan Don Carlos y Doña Francisca, y después se arrodillan a los pies de Don Diego.)

DOÑA IRENE

¿Conque su sobrino de usted?

DON DIEGO

Sí, señora; mi sobrino, que con sus palmadas, y su música, y su papel me ha dado la noche más terrible que he tenido en mi vida... ¿Qué es esto, hijos míos, que es esto?

DOÑA FRANCISCA

¿Conque usted nos perdona y nos hace felices?

DON DIEGO

Sí, prendas de mi alma... Sí.
(Los hace levantar con expresión de ternura.)

DOÑA IRENE

¿Y es posible que usted se determina a hacer un sacrificio?...

DON DIEGO

Yo pude separarlos para siempre y gozar tranquilamente la posesión de esta niña amable, pero mi conciencia no lo sufre... ¡Carlos!... ¡Paquita!... ¡Qué dolorosa impresión me deja en el alma el esfuerzo que acabo de hacer!... Porque, al fin, soy hombre miserable y débil.

DON CARLOS

Si nuestro amor *(Besándole las manos.)*, si nuestro agradecimiento pueden bastar a consolar a usted en tanta pérdida...

DOÑA IRENE

¡Conque el bueno de Don Carlos! Vaya que...

DON DIEGO

Él y su hija de usted estaban locos de amor, mientras que usted y las tías fundaban castillos en el aire, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño... Esto resulta del abuso de autoridad, de la opresión que la juventud padece, y éstas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las niñas... Por una casualidad he sabido a tiempo el error en que estaba... ¡Ay de aquellos que lo saben tarde!

DOÑA IRENE

En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos años se gocen... Venga usted acá, señor; venga usted, que quiero abrazarle. *(Abrazando a Don Carlos, Doña Francisca se arrodilla y besa la mano a su madre.)* Hija, Francisquita. ¡Vaya! Buena elección has tenido...

Cierto que es un mozo muy galán... Morenillo, pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

RITA

Sí, dígaselo usted, que no lo ha reparado la niña... Señorita, un millón de besos. (*Se besan Doña Francisca y Rita.*)

DOÑA FRANCISCA

Pero ¿ves qué alegría tan grande?... ¡Y tú, como me quieres tanto!... Siempre, siempre serás mi amiga.

DON DIEGO

Paquita hermosa (*Abraza a Doña Francisca.*), recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre... No temo ya la soledad terrible que amenazaba a mi vejez... Vosotros (*Asiendo de las manos a Doña Francisca y a Don Carlos.*) seréis la delicia de mi corazón; el primer fruto de vuestro amor... sí, hijos, aquél... no hay remedio, aquél es para mí. Y cuando le acaricie en mis brazos, podré decir: a mí me debe su existencia este niño inocente; si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

DON CARLOS

¡Bendita sea tanta bondad!

DON DIEGO

Hijos, bendita sea la de Dios.

JOSÉ DE ESPRONCEDA

SONETO

Bajas de la cascada, undosa fuente,
con armonioso estrépito sonoro;
y en lecho de cristal y arenas de oro
forma quieto remanso tu corriente.

En tu emboscada margen, puro ambiente
une sus blandas quejas al canoro
himno, que de las aves alza el coro,
y al eco en torno resonar se siente.

Salve, mansión que mis delicias fuiste,
regalo de mi alma enamorada,
templo otro tiempo de la gloria mía:

Vuelvo a encontrarte desdeñado y triste,
y en desventuras mirarás trocada
la dicha que gozar me viste un día.

de EL DIABLO MUNDO

CANTO II ⁽¹⁾

A TERESA

DESCANSA EN PAZ

¡Bueno es el mundo, bueno, bueno!
Como de Dios, al fin, obra maestra,
por todas partes de delicias lleno,
de que Dios ama al hombre hermosa
salga la voz alegre de mi seno muestra:
a celebrar esta vivienda nuestra;
¡Paz a los hombres! ¡Gloria en las alturas!
¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!

NOTE – Per il testo seguiamo l'ed. delle *Obras Poéticas Completas* a c. di J.J. Domenchina, Madrid, Aguilar, 1972.

Sonetto: ABBAABBACDECDE.

Canto a Teresa: octavas reales (di endecasillabi, secondo lo schema ABABABCC).

(1) Este canto es un desahogo de mi corazón: sáltelo sin escrúpulos el que no quiera leerlo, pues no está ligado en manera alguna con el poema. (*N. del A.*)

(*María, por don Miguel de los Santos Álvarez* ⁽²⁾.)

¿Por qué volvéis a la memoria mía,
tristes recuerdos del placer perdido,
a aumentar la ansiedad y la agonía
de este desierto corazón herido?
¡Ay, que de aquellas horas de alegría
le quedó al corazón sólo un gemido,
y el llanto que al dolor los ojos niegan
lágrimas son de hiel que el alma anegan!

¿Dónde volaron ¡ay! aquellas horas
de juventud, de amor y de ventura,
regaladas de músicas sonoras,
adornadas de luz y de hermosura?
Imágenes de oro bullidoras,
sus alas de carmín y nieve pura,
al sol de mi esperanza desplegando,
pasaban, ¡ay!, a mi alrededor cantando.

Gorjeaban los dulces ruiseñores,
el sol iluminaba mi alegría,
el aura susurraba entre las flores,
el bosque mansamente respondía,
las fuentes murmuraban sus amores...
¡Ilusiones que llora el alma mía!
¡Oh! ¡Cuán suave resonó en mi oído
el bullicio del mundo y su ruido!

Mi vida entonces, cual guerrera nave
que el puerto deja por la vez primera,
y al soplo de los céfiros suave
orgullosa despliega su bandera,
y al mar dejando que a sus pies alabe
su triunfo en roncos cantos, va velera ⁽³⁾,
una ola tras otra bramadora ⁽⁴⁾

(2) Miguel de los Santos Álvarez: poeta romántico español (1817-1892).

(3) Velera: veloz.

(4) Bramadora: urlatrice.

hollando ⁽⁵⁾ y dividiendo vencedora:

¡Ay! en el mar del mundo, en ansia ardiente
de amor, volaba; el sol de la mañana
llevaba yo sobre mi tersa frente,
y el alma pura de su dicha ufana;
dentro de ella, el amor, cual rica fuente
que entre frescura y arboledas mana.
Brotaba entonces abundante río
de ilusiones y dulce desvarío.

Yo amaba todo: un noble sentimiento
exaltaba mi ánimo, y sentía
en mi pecho un secreto movimiento,
de grandes hechos generoso guía:
la libertad, con su inmortal aliento,
santa diosa mi espíritu encendía,
contino imaginando en mi fe pura
sueños de gloria al mundo y de ventura.

El puñal de Catón, la adusta frente
del noble Bruto, la constancia fiera
y el arrojo de Scévola valiente,
la doctrina de Sócrates severa,
la voz atronadora y elocuente
del orador de Atenas ⁽⁶⁾, la bandera
contra el tirano macedonio alzando,
y al espantado pueblo arrebatando.

El valor y la fe del caballero,
del trovador el arpa y los cantares,
del gótico castillo el altanero
antiguo torreón, do sus pesares
cantó tal vez con eco lastimero,
¡Ay! arrancada de sus patrios lares,
joven cautiva, al rayo de la luna;

⁽⁵⁾ Hollando: solcando.

⁽⁶⁾ Orador de Atenas: Demostene (384-322 a.C.), famoso especialmente por le orazioni contro Filippo di Macedonia (il *tirano macedonio* del v.55).

lamentando su ausencia y su fortuna,

el dulce anhelo del amor que aguarda,
tal vez inquieto y con mortal recelo,
la forma bella que cruzó gallarda,
allá en la noche, entre el medroso velo,
la ansiada cita que en llegar se tarda
al impaciente y amoroso anhelo,
la mujer y la voz de su dulzura,
que inspira al alma celestial ternura,

a un tiempo mismo en rápida tormenta,
mi alma alborotaban de contino,
cual las olas que azota con violenta
cólera, impetuoso torbellino:
soñaba al héroe ya, la plebe atenta
en mi voz escuchaba su destino,
ya al caballero, al trovador soñaba,
y de glorias y amores suspiraba.

Hay una voz secreta, un dulce canto,
que el alma sólo recogida entiende;
un sentimiento misterioso y santo
que del barro al espíritu desprende;
agreste, vago y solitario encanto,
que en inefable amor el alma enciende,
volando tras la imagen peregrina
el corazón de su ilusión divina.

Yo, desterrado en extranjera playa,
con los ojos extático seguía
la nave audaz que en argentada raya
volaba al puerto de la patria mía:
yo, cuando en Occidente el sol desmaya,
solo y perdido en la arboleda umbría,
oír pensaba el armonioso acento
de una mujer, al suspirar del viento.

¡Una mujer! En el templado rayo
de la mágica luna se colora;
del sol poniente al lánguido desmayo,
lejos, entre las nubes se evapora;

sobre las cumbres que florece el mayo,
brilla fugaz al despuntar la aurora,
cruza tal vez por entre el bosque umbrío,
juega en las aguas del sereno río.

¡Una mujer! Deslizase en el cielo
allá en la noche desprendida estrella;
si aroma el aire recogió en el suelo,
es el aroma que le presta ella.
Blanca es la nube que en callado vuelo
cruza la esfera y que su planta huella,
y en la tarde la mar olas le ofrece
de plata y de zafir, donde se mece.

MARIANO JOSÉ DE LARRA

EL CASTELLANO VIEJO

Ya en mi edad pocas veces gusto de alterar el orden
que en mi manera de vivir tengo hace tiempo
establecido, y fundo esta repugnancia en que no he
abandonado mis lares ni un solo día para quebrantar
mi sistema, sin que haya sucedido el arrepentimiento
más sincero al desvanecimiento de mis engañadas
esperanzas. Un resto, con todo eso, del antiguo
ceremonial que en su trato tenían adoptado nuestros
padres, me obliga a aceptar a veces ciertos convites a
que parecería el negarse grosería, o por lo menos
ridícula afectación de delicadeza.

Andábame días pasados por esas calles a buscar
materiales para mis artículos. Embebido en mis
pensamientos, me sorprendí varias veces a mí mismo
riendo como un pobre hombre de mis propias ideas
y moviendo maquinalmente los labios; algún
tropezón me recordaba de cuando en cuando que
para andar por el empedrado de Madrid no es la
mejor circunstancia la de ser poeta ni filósofo; más

de una sonrisa maligna, más de un gesto de admiración de los que a mi lado pasaban, me hacía reflexionar que los soliloquios no se deben hacer en público; y no pocos encontrones que al volver las esquinas di con quien tan distraída y rápidamente como yo las doblaba, me hicieron conocer que los distraídos no entran en el número de los cuerpos elásticos, y mucho menos de los seres gloriosos e impasibles. En semejante situación de mi espíritu, ¿qué sensación no debería producirme una horrible palmada que una gran mano, pegada (a lo que por entonces entendí) a un grandísimo brazo, vino a descargar sobre uno de mis hombros, que por desgracia no tienen punto alguno de semejanza con los de Atlante?.

...

No queriendo dar a entender que desconocía este enérgico modo de anunciarse, ni desairar el agasajo de quien sin duda había creído hacerme más que mediano, dejándome torcido para todo el día, traté sólo de volverme por conocer quien fuese tan mi amigo para tratarme tan mal; pero mi castellano viejo es hombre que cuando está de gracias no se ha de dejar ninguna en el tintero. ¿Cómo dirá el lector que siguió dándome pruebas de confianza y cariño? Echóme las manos a los ojos y sujetándome por detrás:

-¿Quién soy?-gritaba, alborozado con el buen éxito de su delicada travesura-. ¿Quién soy?

-Un animal [irracional] -iba a responderle; pero me acordé de repente de quién podría ser, y sustituyendo cantidades iguales-: Braulio eres -le dije.

Al oírme, suelta sus manos, ríe, se aprieta los ijares, alborota la calle y pónenos a entrambos en escena.

-¡Bien, mi amigo!. ¿Pues en qué me has conocido?

-¿Quién pudiera sino tú...?

-¿Has venido ya de tu Vizcaya?

-No, Braulio, no he venido.

-Siempre el mismo genio. ¿Qué quieres? -es la pregunta del español-. ¡Cuánto me alegro de que estés aquí! ¿Sabes que mañana son mis días ⁽¹⁾?

-Te los deseo muy felices.

-Déjate de cumplimientos entre nosotros; ya sabes que yo soy franco y castellano viejo: el pan pan y el vino vino; por consiguiente exijo de ti que no vayas a dármelos; pero estás convidado.

-¿A qué?

-A comer conmigo.

-No es posible.

-No hay remedio.

-No puedo -insisto ya temblando.

-¿No puedes?

-Gracias.

-¿Gracias? Vete a paseo; amigo, como no soy el duque de F..., ni el conde de P...

¿Quién se resiste a una alevosa ⁽²⁾ sorpresa de esta especie? ¿Quién quiere parecer vano?

-No es eso, sino que...

-Pues si no es eso -me interrumpe-, te espero a las dos: en casa se come a la española; temprano. Tengo mucha gente; tendremos al famoso X. que nos improvisará de lo lindo; T. nos cantará de sobremesa una rondeña ⁽³⁾ con su gracia natural; y por la noche J. cantará y tocará alguna cosilla.

Esto me consoló algún tanto, y fue preciso ceder.

-Un día malo -dije para mí- cualquiera lo pasa; en este mundo, para conservar amigos es preciso tener el valor de aguantar sus obsequios.

-No faltarás, si no quieres que riñamos.

-No faltaré -dije con voz exánime y ánimo decaído, como el zorro que se revuelve inútilmente dentro de la trampa donde se ha dejado coger.

NOTE - ed. di E. Correa Calderón (*Artículos Varios*), Madrid, Castalia, 1976.

(1) Son mis días: è il mio compleanno.

(2) Alevosa: perfida.

(3) Rondeña: musica di Ronda (Málaga) simile al fandango.

-Pues hasta mañana. [mi Bachiller]-; y me dió un torniscón por despedida.

Vile marchar como el labrador ve alejarse la nube de su sembrado, y quedéme discurriendo cómo podían entenderse estas amistades tan hostiles y tan funestas.

Ya habrá conocido el lector, siendo tan perspicaz como yo le imagino, que mi amigo Braulio está muy lejos de pertenecer a lo que se llama gran mundo y sociedad de buen tono; pero no es tampoco un hombre de la clase inferior, puesto que es un empleado de los de segundo orden, que reúne entre su sueldo y su hacienda cuarenta mil reales de renta, que tiene una cintita atada al ojal y una crucecita a la sombra de la solapa; que es persona, en fin, cuya clase, familia y comodidades de ninguna manera se oponen a que tuviese una educación más escogida y modales más suaves e insinuantes. Mas la vanidad le ha sorprendido por donde ha sorprendido casi siempre a toda o a la mayor parte de nuestra clase media, y a toda nuestra clase baja. Es tal su patriotismo, que dará todas las lindezas del extranjero por un dedo de su país. Esta ceguedad le hace adoptar todas las responsabilidades de tan inconsiderado cariño; de paso que defiende que no hay vinos como los españoles, en lo cual bien puede tener razón, defiende que no hay educación como la española, en lo cual bien pudiera no tenerla; a trueque de defender que el cielo de Madrid es purísimo, defenderá que nuestras manolas son las más encantadoras de todas las mujeres; es un hombre, en fin, que vive de exclusivas, a quien le sucede poco más o menos lo que a una parienta mía, que se muere por las jorobas sólo porque tuvo un querido que llevaba una excrecencia bastante visible sobre entrambos omóplatos ⁽⁴⁾.

No hay que hablarle, pues, de estos usos sociales, de estos respetos mutuos, de estas reticencias urbanas, de esa delicadeza de trato que establece entre los

(4) Omóplatos: scapole.

hombres una preciosa armonía, diciendo sólo lo que debe agradar y callando siempre lo que puede ofender. El se muere por plantarle una fresca al lucero del alba ⁽⁵⁾, como suele decir, y cuando tiene un resentimiento, se le espeta a uno cara a cara ⁽⁶⁾. Como tiene trocados todos los frenos, dice de los cumplimientos que ya sabe lo que quiere decir *cumplo y miento*; llama a la urbanidad hipocresía, y a la decencia monadas; a toda cosa buena le aplica un mal apodo; el lenguaje de la finura es para él poco más que griego; cree que toda la crianza está reducida a decir *Dios guarde a ustedes* al entrar en una sala, y añadir *con permiso de usted* cada vez que se mueve; a preguntar a cada uno por toda su familia, y a despedirse de todo el mundo; cosas todas que así se guardará él de olvidarlas como de tener pacto con franceses. En conclusión, hombres de estos que no saben levantarse para despedirse sino en corporación con alguno o algunos otros, que han de dejar humildemente debajo de una mesa su sombrero, que llaman *su cabeza*, y que cuando se hallan en sociedad por desgracia sin un socorrido bastón, darían cualquier cosa por no tener manos ni brazos, porque en realidad no saben dónde ponerlos, ni qué cosa se puede hacer con los brazos en una sociedad.

...

Los días en que mi amigo no tiene convidados se contenta para comer con una mesa baja, poco más que banquetta de zapatero, porque él y su mujer, como dice, ¿para qué quieren más? Desde la tal mesita, y como se sube el agua del pozo, hace subir la comida hasta la boca, adonde llega goteando después de una larga travesía; porque pensar que estas gentes han de tener una mesa regular, y estar cómodos todos los días del año, es pensar en lo excusado. Ya

⁽⁵⁾ Plantarle una fresca al lucero del alba: cantarle chiare (fresca è propriamente l'insolenza).

⁽⁶⁾ Espeta a uno cara a cara: dice quello che va detto in faccia.

se concibe, pues, que la instalación de una gran mesa de convite era un acontecimiento en aquella casa; así que, se había creído capaz de contener catorce personas que éramos una mesa donde apenas podrían comer ocho cómodamente. Hubimos de sentarnos de medio lado como quien va a arrimar el hombro a la comida, y entablaron los codos de los convidados íntimas relaciones entre sí con la más fraternal inteligencia del mundo. Colocáronme, por mucha distinción, entre un niño de cinco años, encaramado en unas almohadas que era preciso enderezar a cada momento porque las ladeaba la natural turbulencia de mi joven adlátere, y entre uno de esos hombres que ocupan en el mundo el espacio y sitio de tres, cuya corpulencia por todos lados se salía de madre ⁽⁷⁾ de la única silla en que se hallaba sentado, digámoslo así, como en la punta de una aguja. Desdobláronse silenciosamente las servilletas, nuevas a la verdad, porque tampoco eran muebles en uso para todos los días, y fueron izadas por todos aquellos buenos señores a los ojales de sus fraques como cuerpos intermedios entre las salsas y las solapas.

-Ustedes harán penitencia, señores - exclamó el anfitrión una vez sentado-; pero hay que hacerse cargo de que no estamos en Genieys ⁽⁸⁾; frase que creyó preciso decir.

-Necia afectación es ésta, si es mentira-, dije yo para mí-; y si verdad, gran torpeza convidar a los amigos a hacer penitencia.

Desgraciadamente no tardé mucho en conocer que había en aquella expresión más verdad de la que mi buen Braulio se figuraba. Interminables y de mal gusto fueron los cumplimientos con que para dar y recibir cada plato nos aburríamos unos a otros.

-Sírvase usted.

-Hágame usted el favor.

-De ninguna manera.

⁽⁷⁾ Se salía de madre: strabordava.

⁽⁸⁾ Genieys: ristorante di Madrid.

-No lo recibiré.

-Páselo usted a la señora.

-Está bien ahí.

-Perdone usted.

-Gracias.

-Sin etiqueta, señores -exclamó Braulio, y se echó el primero con su propia cuchara.

Sucedió a la sopa un cocido surtido de todas las sabrosas impertinencias de este engorrosísimo, aunque buen plato; cruza por aquí la carne; por allá la verdura; acá los garbanzos; allá el jamón; la gallina por derecha; por medio el tocino; por izquierda los embuchados ⁽⁹⁾ de Extremadura. Siguióle un plato de ternera mechada ⁽¹⁰⁾, que Dios maldiga, y a éste otro y otros y otros; mitad traídos de la fonda, que esto basta para que excusemos hacer su elogio, mitad hechos en casa por la criada de todos los días, por una vizcaína auxiliar tomada al intento para aquella festividad y por el ama de la casa, que en semejantes ocasiones debe estar en todo, y por consiguiente suele no estar nada.

-Este plato hay que disimularle -decía ésta de unos pichones-; están un poco quemados.

-Pero, mujer...

-Hombre, me aparté un momento, y ya sabes lo que son las criadas.

-¡Qué lástima que este pavo no haya estado media hora más al fuego! Se puso algo tarde.

-¿No les parece a ustedes que está algo ahumado este estofado?

-¿Qué quieres? Una no puede estar en todo.

-¡Oh, está excelente! -exclamábamos todos dejándonoslo en el plato-.

-Este pescado está pasado.

-Pues en el despacho de la diligencia ⁽¹¹⁾ del fresco dijeron que acababa de llegar. ¡El criado es tan bruto!

-¿De dónde se ha traído este vino?

⁽⁹⁾ Embuchados: insaccati.

⁽¹⁰⁾ Mechada: lardellata.

⁽¹¹⁾ Diligencia: commissione.

-En eso no tienes razón, porque es...

-Es malísimo.

Estos diálogos cortos iban exornados con una infinidad de miradas furtivas del marido para advertirle continuamente a su mujer alguna negligencia, queriendo darnos a entender [a todos] entrambos a dos que estaban muy al corriente de todas las fórmulas que en semejantes casos se reputan finura, y que todas las torpezas eran hijas de los criados, que nunca han de aprender a servir. Pero estas negligencias se repetían tan a menudo, servían tan poco ya las miradas, que le fue preciso al marido recurrir a los pellizcos y a los pisotones; y ya la señora, que a duras penas había podido hacerse superior hasta entonces a las persecuciones de su esposo, tenía la faz encendida y los ojos llorosos.

-Señora, no se incomode usted por eso -le dijo el que a su lado tenía.

-¡Ah! les aseguro a ustedes que no vuelvo a hacer estas cosas en casa; ustedes no saben lo que es esto; otra vez, Braulio, iremos a la fonda y no tendrás...

-Usted, señora mía, hará lo que...

-¡Braulio! ¡Braulio!

Una tormenta espantosa estaba a punto de estallar; empero todos los convidados a porfía probamos a aplacar aquellas disputas, hijas del deseo de dar a entender la mayor delicadeza, para lo cual no fue poca parte la manía de Braulio y la expresión concluyente que dirigió de nuevo a la concurrencia acerca de la inutilidad de los cumplimientos, que así llamaba él a estar bien servido y al saber comer. ¿Hay nada más ridículo que estas gentes que quieren pasar por finas en medio de la más crasa ignorancia de los usos sociales; que para obsequiarle le obligan a usted a comer y beber por fuerza, y no le dejan medio de hacer su gusto? ¿Por qué habrá gentes que sólo quieren comer con alguna más limpieza los días de días?

A todo esto, el niño que a mi izquierda tenía, hacía saltar las aceitunas a un plato de magras ⁽¹²⁾ con tomate, y una vino a parar a uno de mis ojos, que no volvió a ver claro en todo el día; y el señor gordo de mi derecha había tenido la precaución de ir dejando en el mantel, al lado de mi pan, los huesos de las suyas, y los de las aves que había roído; el convidado de enfrente, que se preciaba de trinchador, se había encargado de hacer la autopsia de un capón, o sea gallo, que esto nunca se supo; fuese por la edad avanzada de la víctima, fuese por los ningunos conocimientos anatómicos del victimario, jamás parecieron las coyunturas ⁽¹³⁾.

-Este capón no tiene coyunturas, -exclamaba el infeliz sudando y forcejeando, más como quien cava que como quien trincha.

¡Cosa más rara! En una de las embestidas resbaló el tenedor sobre el animal como si tuviera escama, y el capón, violentamente despedido, pareció querer tomar su vuelo como en sus tiempos más felices, y se posó en el mantel tranquilamente como pudiera en un palo de un gallinero.

DUQUE DE RIVAS

DON ÁLVARO, O LA FUERZA DEL SINO - JORNADA V

ESCENA IX

La escena representa un valle rodeado de riscos inaccesibles y de malezas, atravesado por un arroyuelo. Sobre un peñasco accesible con dificultad, y colocado al fondo, habrá una medio gruta, medio ermita con puerta practicable, y una campana que pueda sonar y tocarse desde dentro; el cielo representará el ponerse el sol de un día borrascoso, se irá oscureciendo lentamente la escena y aumentándose los truenos y relámpagos, Don Álvaro y Don Alfonso salen por un lado.

DON ALFONSO

De aquí no hemos de pasar.

DON ÁLVARO

No, que tras de estos tapiales, bien, sin ser vistos, podemos terminar nuestro combate. Y, aunque en hollar este sitio cometo un crimen muy grande, hoy es de crímenes día, y todos han de apurarse. De uno de los dos la tumba se está abriendo en este instante.

DON ALFONSO

Pues no perdamos más tiempo, y que las espadas hablen.

DON ÁLVARO

Vamos; mas antes es fuerza que un gran secreto os declare, pues que de uno de nosotros es la muerte irrevocable, y si yo caigo, es forzoso que sepáis en este trance a quién habéis dado muerte, que puede ser importante.

(12) Magras: fette di prosciutto.

(13) Coyunturas: giunture delle ossa.

DON ALFONSO

Vuestro secreto no ignoro,
y era el mejor de mis planes
(para la sed de venganza
saciar que en mis venas arde),
después de heriros de muerte,
daros noticias tan grandes,
tan impensadas y alegres,
de tan feliz desenlace,
que al despecho de saberlas,
de la tumba en los umbrales,
cuando no hubiese remedio,
cuando todo fuera en balde,
el fin espantoso os diera
digno de vuestras maldades.

DON ÁLVARO

Hombre, fantasma o demonio,
que ha tomado humana carne
para hundirme en los infiernos,
para perderme..., ¿Qué sabes?...

DON ALFONSO

Corrí el Nuevo Mundo... ¿Tiemblas?
Vengo de Lima... Esto baste.

DON ÁLVARO

No basta, que es imposible
que saber quien soy lograses.

DON ALFONSO

De aquel virrey fementido
que, (pensando aprovecharse
en los trastornos y guerras,
de los disturbios y males
que la sucesión al trono
trajo a España), formó planes
de tornar su virreinato
en imperio y coronarse,
casando con la heredera
última de aquel linaje

de los Incas, (que en lo antiguo
del mar del Sur a los Andes
fueron los emperadores),
eres hijo. De tu padre,
las traiciones descubiertas,
aun a tiempo de evitarse,
con su esposa, en cuyo seno
eras tú ya peso grave,
huyó a los montes, alzando
entre los indios salvajes
de traición y rebeldía
el sacrílego estandarte.
No los ayudó Fortuna,
pues los condujo a la cárcel
de Lima, do tú naciste...

*(Hace extremos de indignación y
sorpresa Don Álvaro.)*

Oye..., espera hasta que acabe.
El triunfo del rey Felipe
y su clemencia notable,
suspendieron la cuchilla
que ya amagaba a tus padres,
y en una prisión perpetua
convirtió el suplicio infame.
Tú entre los indios creciste,
como fiera te educaste,
y viniste ya mancebo
con oro y con favor grande,
a buscar completo indulto
para tus traidores padres.
Mas no, que viniste sólo
para asesinar cobarde,
para seducir inicuo
y para que yo te mate.

DON ÁLVARO *(Despechado.)*

Vamos a probarlo al punto.

DON ALFONSO

Ahora tienes que escucharme,

que has de apurar, ¡vive el Cielo!,
hasta las heces el cáliz.
Y si por ser mi destino,
consiguieses el matarme,
quiero allá, en tu aleve pecho,
todo un infierno dejarte.
El rey, benéfico, acaba
de perdonar a tus padres.
Ya están libres y repuestos
en honras y dignidades.
La gracia alcanzó tu tío,
que goza favor notable,
y andan todos tus parientes
afanados por buscarte
para que tenga heredero...

DON ÁLVARO *(Muy turbado y fuera de sí.)*

Ya me habéis dicho bastante...
No sé dónde estoy, ¡oh cielos!...
Si es cierto, si son verdades
las noticias que dijisteis...

(Enternecido y confuso.)

¡todo puede repararse!
Si Leonor existe, todo.
¿Veis lo ilustre de mi sangre?...
¿Veis?...

DON ALFONSO

Con sumo gozo veo
que estáis ciego y delirante.
¿Qué es reparación?... Del mundo
amor, gloria, dignidades
no son para vos... Los votos
religiosos e inmutables
que os ligan a este desierto,
esa capucha, ese traje,
capucha y traje que encubren
a un desertor, que al infame
suplicio escapó en Italia,
de todo incapaz os hacen.

Oye cuál trueno indignado

(Trueno.)

contra ti el Cielo... Esta tarde completísimo es mi triunfo. Un sol hermoso y radiante te he descubierto, y de un soplo luego he sabido apagarle.

DON ÁLVARO *(Volviendo al furor.)*

¿Eres monstruo del infierno, prodigio de atrocidades?

DON ALFONSO

Soy un hombre rencoroso que tomar venganza sabe. Y porque sea más completa, te digo que no te jactes de noble...; eres un mestizo fruto de traiciones.

DON ÁLVARO *(En el extremo de la desesperación.)*

Baste.

¡Muerte y exterminio! ¡Muerte para los dos! Yo matarme sabré, en teniendo el consuelo de beber tu inicua sangre.

(Toma la espada, combaten y cae herido Don Alfonso.)

DON ALFONSO

Ya lo conseguiste. ¡Dios mío, confesión! Soy cristiano... Perdonadme... Salva mi alma...

DON ÁLVARO *(Suelta la espada y queda como petrificado.)*

¡Cielos!... ¡Dios mío!... ¡Santa Madre de los Ángeles!... ¡Mis manos tintas en sangre..., en sangre de Vargas!...

DON ALFONSO

¡Confesión, confesión!... Conozco mi crimen y me arrepiento... Salvad mi alma, vos que sois ministro del Señor...

DON ÁLVARO *(Aterrado.)*

¡No; yo no soy más que un réprobo, presa infeliz del demonio! Mis palabras sacrílegas aumentarían vuestra condenación. Estoy manchado de sangre, estoy irregular... Pedid a Dios misericordia... Y..., esperad..., cerca vive un santo penitente..., podrá absolveros... Pero está prohibido acercarse a su mansión... ¿Qué importa? Yo que he roto todos los vínculos, que he hollado todas las obligaciones...

DON ALFONSO

¡Ah, por caridad, por caridad!...

DON ÁLVARO

Sí, voy a llamarlo... al punto...

DON ALFONSO

Apresuraos, padre... ¡Dios mío!

(Don Álvaro corre a la ermita y golpea la puerta.)

DOÑA LEONOR *(Dentro.)*

¿Quién se atreve a llamar a esta puerta? Respetad este asilo.

DON ÁLVARO

Hermano, es necesario salvar un alma, socorrer a un moribundo: venid a darle el auxilio espiritual.

DOÑA LEONOR *(Dentro.)*

Imposible, no puedo; retiraos.

DON ÁLVARO

Hermano, por el amor de Dios.

DOÑA LEONOR *(Dentro.)*

No, no; retiraos.

DON ÁLVARO

Es indispensable; vamos.

(Golpea fuertemente la puerta.)

DOÑA LEONOR *(Dentro, tocando la campanilla.)*

¡Socorro, socorro!

ESCENA X

Los mismos y Doña Leonor, vestida con un saco y esparcidos los cabellos, pálida y desfigurada, aparece a la puerta de la gruta, y se oye repicar a lo lejos las campanas del convento.

DOÑA LEONOR

Huid, temerario; temed la ira del Cielo.

DON ÁLVARO *(Retrocediendo horrorizado por la montaña abajo.)*

¡Una mujer!... ¡Cielos!... ¡Qué acento!... ¡Es un espectro!... Imagen adorada... ¡Leonor ¡Leonor!

DON ALFONSO *(Como queriéndose incorporar.)*

¡Leonor!... ¿Qué escucho? ¡Mi hermana!

DOÑA LEONOR *(Corriendo detrás de Don Álvaro.)*

¡Dios mío! ¿Es don Álvaro?... Conozco su voz... Él es... ¡Don Álvaro!

DON ALFONSO

¡Oh furia! Ella es... ¡Estaba aquí con su seductor!... ¡Hipócritas!... ¡Leonor!

DOÑA LEONOR

¡Cielos!... ¡Otra voz conocida!... Mas ¿qué veo?...

(Se precipita hacia donde ve a Don Alfonso.)

DON ALFONSO

¡Ves al último de tu infeliz familia!

DOÑA LEONOR (*Precipitándose en los brazos de su hermano.*)
¡Hermano mío!... ¡Alfonso!

DON ALFONSO (*Hace un esfuerzo, saca un puñal y hiere de muerte a Doña Leonor.*)

Toma, causa de tantos desastres, recibe el premio de tu deshonra!... Muero vengado.

(*Muere.*)

DON ÁLVARO
¡Desdichado!... ¿Qué hiciste?... ¡Leonor! ¿Eras tú?...
¿Tan cerca de mí estabas?... ¡Ay! (*Sin osar acercarse a los cadáveres.*) Aún respira..., aún palpita aquel corazón todo mío... Ángel de mi vida..., Vive, vive...; Yo te adoro... ¡Te hallé por fin...; sí, te hallé... muerta ⁽¹⁾!

(*Queda inmóvil.*)

⁽¹⁾ NOTE – Per il testo seguiamo l'ed. delle *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1956.

Metro: il dramma è scritto parte in vv. e parte in prosa; in questo caso la scena IX è quasi tutta scritta in romance (successione di ottonari in sede pari).

Resumen: Don Álvaro quiere raptar a Leonor, pero por fatalidad mata al padre de la mujer y más tarde, en un lance, al hermano de la misma. Otro hermano, Alfonso, le alcanza en el convento adonde se retiró a vida penitente y cuando ve a Leonor que, sin saberlo Álvaro, vivía en un monasterio cercano, la mata creyendo que era amante de Álvaro. Éste último, a raíz de lo acontecido, se suicida precipitándose en un barranco.

JOSÉ ZORRILLA

DON JUAN TENORIO

ACTO I

ESCENA XII

DON DIEGO, DON GONZALO, DON JUAN, DON LUIS,
BUTTARELLI, CENTELLAS, AVELLANEDA, CABALLEROS,
CURIOSOS, ENMASCARADOS

AVELLANEDA
(*A Centellas, por don Juan.*)
Verás aquél, si ellos vienen,
qué buen chasco ⁽¹⁾ que se lleva.

CENTELLAS
(*A Avellaneda, por don Luis.*)
Pues allí va otro a ocupar
la otra silla: ¡uf!, ¡aquí es ella!

JUAN
(*A don Luis.*)
Esa silla está comprada,
hidalgo.

LUIS
(*A don Juan.*)

NOTE – Seguiamo l'ed. delle *Obras Completas* (Valladolid, 1943).

Traduzione italiana di F. Rossini (Zorrilla, Teatro, Torino, UTET; 1974).

Metro: la scena inizia con una quartina di ottonari assonanzata in sede pari; seguono redondillas (quartine di ottonari di schema ABBA) fino al v. "Por vida mía – Hablad pues" con cui inizia una quartina a rime alterne (ABAB); dopo quest'ultima fino al termine della scena décimas di ottonari di schema ABAABCD CDC o ABAABCCDDC.

⁽¹⁾ Chasco: delusione.

Lo mismo digo,
hidalgo; para un amigo
tengo yo esotra pagada.

JUAN
Que ésta es mía haré notorio.

LUIS
Y yo también que ésta es mía.

JUAN
Luego, sois don Luis Mejía.

LUIS
Seréis, pues, don Juan Tenorio.

JUAN
Puede ser.

LUIS
Vos lo decís.

JUAN
¿No os fiáis?

LUIS
No.

JUAN
Yo tampoco.

LUIS
Pues no hagamos más el coco ⁽²⁾.

JUAN
Yo soy don Juan.
(*Quitándose la máscara.*)

LUIS
Yo Don Luis (*Id.*)

⁽²⁾ Hagamos el coco: facciamo complimenti.

(Se descubren y se sientan. El Capitán Centellas, Avellaneda, Buttarelli y algunos otros se van a ellos y les saludan, abrazan y dan la mano, y hacen otras semejantes muestras de cariño y amistad. Don Juan y Don Luis las aceptan cortésmente.)

CENTELLAS
¡Don Juan!

AVELLANEDA
¡Don Luis!

JUAN
¡Caballeros!

LUIS
¡Oh, amigos! ¿Qué dicha es ésta?

AVELLANEDA
Sabíamos vuestra apuesta,
y hemos acudido a veros.

LUIS
Don Juan y yo tal bondad
en mucho os agradecemos.

JUAN
El tiempo no malgastemos,
don Luis. *(A los otros.)* Sillas arrimad.
(A los que están lejos.)
Caballeros, yo supongo
que a ustedes también aquí
les trae la apuesta, y por mí
a antojo tal no me opongo.

LUIS
Ni yo; que aunque nada más
fue el empeño entre los dos,
no ha de decirse, por Dios,
que me avergonzó jamás.

JUAN
Ni a mí, que el orbe es testigo
de que hipócrita no soy,

pues por doquiera que voy
va el escándalo conmigo.

LUIS
¡Eh! ¿Y esos dos no se llegan
a escuchar? ¡Vos!
(Por don Diego y don Gonzalo.)

DIEGO
Yo estoy bien.

LUIS
¿Y vos?

GONZALO
De aquí oigo también.

LUIS
Razón tendrán si se niegan.
*(Se sientan todos alrededor de la mesa en que están don Luis
Mejía y don Juan Tenorio.)*

JUAN
¿Estamos listos?

LUIS
Estamos.

JUAN
Como quien somos cumplimos.

LUIS
Veamos, pues, lo que hicimos.

JUAN
Bebamos antes.

LUIS
Bebamos. *(Lo hacen.)*

JUAN
La puesta fue...

LUIS
Porque un día
dije que en España entera
no habría nadie que hiciera
lo que hiciera Luis Mejía.

JUAN
Y siendo contradictorio
al vuestro mi parecer,
yo os dije: "Nadie ha de hacer
lo que hará don Juan Tenorio".
¿No es así?

LUIS
Sin duda alguna;
y vinimos a apostar
quién de ambos sabría obrar
peor, con mejor fortuna,
en el término de un año;
juntándonos aquí hoy
a probarlo.

JUAN
Y aquí estoy.

LUIS
Y yo.

CENTELLAS
¡Empeño bien extraño,
por vida mía!

JUAN
Hablad, pues.

LUIS
No, vos debéis empezar.

JUAN
Como gustéis, igual es,
que nunca me hago esperar.
Pues, señor, yo, desde aquí,
buscando mayor espacio

para mis hazañas, dí
sobre Italia, porque allí
tiene el placer un palacio.
De la guerra y del amor
antigua y clásica tierra,
y en ella el emperador,
con ella y con Francia en guerra,
díjeme: "¿Dónde mejor?
Donde hay soldados hay juego,
hay pependencias y amorios."
Dí, pues, sobre Italia luego,
buscando a sangre y a fuego
amores y desafíos.
En Roma, a mi apuesta fiel,
fijé, entre hostil y amatorio,
en mi puerta este cartel:
*Aquí está don Juan Tenorio
para quien quiera algo de él.*
De aquellos días la historia
a relataros renuncio:
remítome a la memoria
que dejé allí, y de mi gloria
podéis juzgar por mi anuncio.
Las romanas, caprichosas,
las costumbres, licenciosas,
yo, gallardo y calavera:
¿quién a cuento redujera
mis empresas amorosas?
Salí de Roma, por fin,
como os podéis figurar:
con un disfraz harto ruin,
y a lomos de un mal rocín,
pues me querían ahorcar.
Fuí al ejército de España;
mas todos paisanos míos,
soldados y en tierra extraña,
dejé pronto su compañía
tras cinco o seis desafíos.
Nápoles, rico vergel
de amor, de placer emporio,
vio en mi segundo cartel:
"Aquí está don Juan Tenorio,

*y no hay hombre para él.
Desde la princesa altiva
a la que pesca en ruin barca,
no hay hembra a quien no suscriba;
y a cualquier empresa abarca,
si en oro o valor estriba.
Búsquenle los reñidores;
cérquenle los jugadores;
quien se precie, que le ataje,
a ver si hay quien le aventaje
en juego, en lid o en amores.*
Esto escribí; y en medio año
que mi presencia gozó
Nápoles, no hay lance extraño,
no hay escándalo ni engaño
en que no me hallara yo.
Por dondequiera que fui,
la razón atropellé,
la virtud escarnecí,
a la justicia burlé,
y a las mujeres vendí.
Yo a las cabañas bajé,
yo a los palacios subí,
yo los claustros escalé,
y en todas partes dejé
memoria amarga de mí.
Ni reconocí sagrado,
ni hubo razón ni lugar
por mi audacia respetado;
ni en distinguir me he parado
al clérigo del seglar.
A quien quise provoqué,
con quien quiso me batí,
y nunca consideré
que pudo matarme a mí
aquel a quien yo maté.
A esto don Juan se arrojó,
y escrito en este papel
está cuanto consiguió:
y lo que él aquí escribió,
mantenido está por él.

LUIS
Leed, pues.

JUAN
No; oigamos antes
vuestrs bizarros ⁽³⁾ extremos,
y si traéis terminantes
vuestras notas comprobantes,
lo escrito cotejaremos.

LUIS
Decís bien; cosa es que está,
don Juan, muy puesta en razón;
aunque, a mi ver, poco irá
de una a otra relación.

JUAN
Empezad, pues.

LUIS
Allá va.
Buscando yo, como vos,
a mi aliento empresas grandes,
dije: "¿Dó iré, ¡vive Dios!,
de amor y lides en pos,
que vaya mejor que a Flandes?
Allí, puesto que empeñadas
guerras hay, a mis deseos
habrá al par centuplicadas
ocasiones extremadas
de riñas y galanteos",
y en Flandes conmigo di.
Mas con tan negra fortuna
que al mes de encontrarme allí
todo mi caudal perdí,
dobla a dobla, una por una.
En tan total carestía
mirándome de dineros,
de mí todo el mundo huía;

⁽³⁾ Bizarros: coraggiosi.

mas yo busqué compañía
y me uní a unos bandoleros.
Lo hicimos bien, ¡voto a tall!,
y fuimos tan adelante,
con suerte tan colosal,
que entramos a saco en Gante
el palacio episcopal.
¡Qué noche! Por el decoro
de la Pascua, el buen Obispo
bajó a presidir el coro,
y aún de alegría me crispo ⁽⁴⁾
al recordar su tesoro.
Todo cayó en poder nuestro:
mas mi capitán, avaro,
puso mi parte en secuestro:
reñimos, yo fui más diestro,
y le crucé ⁽⁵⁾ sin reparo.
Juróme al punto la gente
capitán, por más valiente:
juréles yo amistad franca:
pero a la noche siguiente
huí, y les dejé sin blanca.
Yo me acordé del refrán
de que “quien roba al ladrón
ha cien años de perdón”,
y me arrojé a tal desmán
mirando a mi salvación.
Pasé a Alemania opulento:
mas un provincial jerónimo,
hombre de mucho talento,
me conoció, y al momento
me delató en un anónimo,
Compré a fuerza de dinero
la libertad y el papel;
y topando en un sendero
al fraile, le envié certero
una bala envuelta en él.
Salté a Francia, ¡buen país!,

⁽⁴⁾ Me crispo: rabbrividisco.

⁽⁵⁾ Crucé: infilzai.

y como en Nápoles vos,
puse un cartel en París
diciendo: *Aquí hay un don Luis
que vale lo menos dos.
Parará aquí algunos meses,
y no trae más intereses
ni se aviene a más empresas,
que a adorar a las francesas
y reñir con los franceses.*
Esto escribí; y en medio año
que mi presencia gozó
París, no hubo lance extraño,
ni hubo escándalo ni daño
donde no me hallara yo.
Mas, como don Juan, mi historia
también a alargar renuncio;
que basta para mi gloria
la magnífica memoria
que allí dejé con mi anuncio.
Y cual vos, por donde fui
la razón atropellé,
la virtud escarnecí,
a la justicia burlé,
y a las mujeres vendí.
Mi hacienda llevo perdida
tres veces: mas se me antoja
reponerla, y me convida
mi boda comprometida
con doña Ana de Pantoja.
Mujer muy rica me dan,
y mañana hay que cumplir
los tratos que hechos están;
lo que os advierto, don Juan,
por si queréis asistir.
A esto don Luis se arrojó,
y escrito en este papel
está lo que consiguió:
y lo que en él escribió,
mantenido está por él.

JUAN

La historia es tan semejante,

que está en el fiel la balanza,
mas vamos a lo importante,
que es el guarismo ⁽⁶⁾ que alcanza
el papel: conquede adelante.

LUIS

Razón tenéis, en verdad.
Aquí está el mío: mirad,
por una línea apartados
traigo los nombres sentados,
para mayor claridad.

JUAN

Del mismo modo arregladas
mis cuentas traigo en el mío:
en dos líneas separadas,
los muertos en desafío,
y las mujeres burladas.
Contad.

LUIS

Contad.

JUAN

Veinte y tres.

LUIS

Son los muertos. A ver vos.
¡Por la cruz de San Andrés!
Aquí sumo treinta y dos.

JUAN

Son los muertos.

LUIS

Matar es.

JUAN

Nueve os llevo.

⁽⁶⁾ Guarismo: cifra.

LUIS

Me vencéis.
Pasemos a las conquistas.

JUAN

Sumo aquí cincuenta y seis.

LUIS

Y yo sumo en vuestras listas
setenta y dos.

JUAN

Pues perdéis.

LUIS

¡Es increíble, don Juan!

JUAN

Si lo dudáis, apuntados
los testigos aquí están,
que si fueren preguntados
os lo testificarán.

LUIS

¡Oh! Y vuestra lista es cabal.

JUAN

Desde una princesa real
a la hija de un pescador,
ha recorrido mi amor
toda la escala social.
¿Tenéis algo que tachar?

FERNÁN CABALLERO

LA GAVIOTA

CAPÍTULO VII

Cuando Stein llegó al convento, toda la familia estaba reunida, tomando el sol en el patio.

Dolores, sentada en una silla, remendaba una camisa de su marido. Sus dos niñas, Pepa y Paca, jugaban cerca de la madre. Eran dos lindas criaturas, de seis y ocho años de edad. El niño de pecho ⁽¹⁾, encanastado en su andador, era el objeto de la diversión de otro chico de cinco años, hermano suyo, que se entretenía en enseñarle gracias que son muy a propósito para desarrollar la inteligencia, tan precoz en aquel país. Este muchacho era muy bonito, pero demasiado pequeño; con lo que Momo le hacía rabiarse frecuentemente, llamándolo Francisco de *Anís*, en lugar de Francisco de Asís, que era su verdadero nombre. Vestía un diminuto pantalón de tosco paño con chaqueta de lo mismo, cuyas reducidas dimensiones permitían a la camisa formar en torno de su cintura un pomposo buche, como que los pantalones estaban mal sostenidos por un solo tirante de orillo.

-Haz una vieja, Manolillo -decía Anís.

Y el chiquillo hacía un gracioso mohín, cerrando a medias los ojos, frunciendo los labios y bajando la cabeza.

-Manolito, mata un morito.

Y el chiquillo abría tantos ojos, arrugaba las cejas, cerraba los puños y se ponía como una grana, a fuerza de finchase en actitud belicosa. Después, Anís le tomaba las manos y las volvía y revolvía cantando:

NOTE – Ed. della Espasa Calpe (Austral n°364).

Traduzione italiana edita dalle Edizioni Paoline (Alba, 1967).

(1) Niño de pecho: lattante.

*¡Qué lindas manitas
que tengo yo!*

¡Qué chicas! ¡Qué blancas!

¡Qué monas que son!

La tía María hilaba, y el hermano Gabriel estaba haciendo espuelas con hojas secas de palmito.

Un enorme y lanudo perro blanco, llamado *Palomo*, de la hermosa casta del perro pastor de Extremadura, dormía tendido cuan largo era, ocupando un gran espacio con sus membrudas patas y bien poblada cola, mientras que *Morrongo*, corpulento gato amarillo, privado desde su juventud de orejas y de rabo, dormía en el suelo, sobre un pedazo de la enagua de la tía María.

Stein, Momo y Manuel llegaron al mismo tiempo por diversos puntos. El último venía de rondar la hacienda, en ejercicio de sus funciones de guarda; traía en una mano la escopeta y en otra tres perdices y dos conejos.

Los muchachos corrieron hacia Momo, quien de un golpe vació las alforjas, y de ellas salieron, como de un cuerno de la Abundancia, largas cáfilas ⁽²⁾ de frutas de invierno, con las que se suele festejar en España la víspera de Todos los Santos: nueces, castañas, granadas, batatas, etc.

-Si Marisalada nos trajera mañana algún pescado -dijo la mayor de las muchachas-, tendríamos jolgorio.

-Mañana -repuso la abuela- es día de Todos los Santos; seguramente no saldrá a pescar el tío Pedro.

-Pues bien -dijo la chiquilla-; será pasado mañana.

-Tampoco se pesca el día de Difuntos.

-¿Por qué? -preguntó la niña.

-Porque sería profanar un día que la Iglesia consagra a las ánimas benditas; la prueba es que unos pescadores que fueron a pescar tal día como pasado mañana, cuando fueron a sacar las redes, se alegraron al sentir que pesaban mucho; pero en lugar

(2) Cáfilas: filze di frutta.

de pescado no había dentro más que calaveras. ¿No es verdad lo que digo, hermano Gabriel?

-¡Por supuesto! Yo no lo he visto; pero verdad es -dijo el hermano.

-¿Y por eso nos hacéis rezar tanto el día de Difuntos a la hora del Rosario? -preguntó la niña.

-Por eso mismo -respondió la abuela-. Es una costumbre santa, y Dios no quiere que la descuidemos. En prueba de ello, voy a contaros un ejemplo: Érase una vez un obispo que no tenía mucho empeño en esta piadosa práctica y no exhortaba a los fieles a ella. Una noche soñó que veía un abismo espantoso, y en su orilla había un ángel que con una cadena de rosas blancas y encarnadas sacaba de adentro a una mujer hermosa, desgredada y llorosa. Cuando se vio fuera de aquellas tinieblas, la mujer, cubierta de resplandor, echó a volar hacia el cielo. Al día siguiente, el obispo quiso tener una explicación del sueño, y pidió a Dios que le iluminase. Fue a la iglesia y lo primero que vieron sus ojos fue un niño hincado de rodillas y rezando el rosario sobre la sepultura de su madre.

-¿Acaso no sabías eso, chiquilla? -decía Pepa a su hermana-. Pues mira tú que había un zagalillo que era un bendito y muy amigo de rezar; había también en el Purgatorio un alma más deseosa de ver a Dios que ninguna. Y viendo al zagalillo rezar tan de corazón, se fue a él y le dijo: "¿Me das lo que has rezado?" "Tómalo", dijo el niño; y el alma se lo presentó a Dios, y entró en la gloria de sopetón. ¡Mira tú si sirve el rezo para con Dios!

CAPÍTULO XXIX

-La infamia sería -dijo Pepe Vera, plantándose delante de María con los brazos cruzados- que cuando yo voy a exponer mi vida, en lugar de estar tú allí para animarme con tu presencia, te quedases en tu casa, para recibir al duque con toda libertad, bajo el pretexto de estar resfriada.

-¡Siempre el mismo tema! -dijo María-. ¿No te basta haber estado espiando oculto en mi cuarto, para convencerte por tus mismos ojos de que entre el duque y yo no hay nada? Sabes que lo que le gusta en mí es la voz, no mi persona. En cuanto a mí, bien sabes...

-¡Lo que yo sé -dijo Pepe Vera- es que me tienes miedo!, ¡Y haces bien, por vida mía! Pero Dios sabe lo que puede suceder, quedándote sola y segura de que no puedo sorprenderte. No me fío de ninguna mujer; ni de mi madre.

-¡Miedo yo! -replicó María-. ¡Yo!

Pero sin dejarla hablar, Pepe Vera continuó:

-¿Me crees tan ciego que no vea lo que pasa? ¿No sé yo que le estás haciendo buena cara porque se te ha puesto en el testuz ⁽³⁾ que ese desaborido de tu marido tenga los honores de cirujano de la reina, como acabo de saberlo de buena tinta?

-¡Mentira! -gritó María con toda su ronquera.

-¡María! ¡María! No es Pepe Vera hombre a quien se da gato por liebre. Sábetete que yo conozco las mañas de los toros bravos como las de los toros marrajos ⁽⁴⁾.

María se echó a llorar.

-Sí -dijo Pepe-, suelta el trapo, que ése es el *refugium peccatorum* de las mujeres. Tú te fías del refrán: "Mujer, llora y vencerás." No, morena; hay otro que dice: "En cojera de perro y lágrimas de mujer no hay que creer." Guarda tus lágrimas para el teatro, que aquí no estamos representando comedias. Mira lo que haces: si juegas falso, peligra la vida de un hombre. Conque cuenta con lo que haces. Mi amor no es cosa de recetas ni de décimas. Yo no me pago de hipíos, sino de hechos; y ten entendido que si no vas esta tarde a los toros, te ha de pesar.

Diciendo esto, Pepe Vera se salió de la habitación.

Estaba a la sazón combatido por dos sentimientos de una naturaleza tan poderosa, que se necesitaba un temple de hierro para ocultarlo como él lo estaba haciendo, bajo la exterioridad más tranquila, el rostro más sereno y la más natural indiferencia. Había examinado los toros que debían correrse ⁽⁵⁾ aquella tarde. Jamás había visto animales más formidables y feroces. La vista de uno de ellos le había causado una impresión siniestra y del mal agüero, cosa que suele acaecer entre los de su profesión, que se creen salvos y seguros si de aquél libran bien, sin cuidarse de los demás de la corrida.

Además, estaba celoso. ¡Celoso él, que no sabía más que vencer y recibir aplausos! Le habían dicho que le estaban burlando y dentro de pocas horas iba a verse entre la vida y la muerte, entre el amor y la traición. Así lo creía al menos.

Cuando salió Pepe Vera de la alcoba de María, ésta desgarró las guarniciones bordadas de las sábanas; riñó ásperamente a Marina, lloró. Después se vistió, mandó recado a una compañera de teatro y se fue con ella a los toros.

María, temblando con la calentura y con la agitación, se colocó en el asiento que Pepe Vera le había reservado.

El ruido, el calor y la confusión aumentaron el malestar que sentía María. Sus mejillas, siempre pálidas, estaban encendidas; un ardor febril animaba sus negros ojos. La rabia, la indignación, los celos, el orgullo lastimado, la ansiedad, el terror y el dolor físico se esforzaban en vano por arrancar una queja, un suspiro, de aquella boca tan cerrada y muda como el sepulcro.

Pepe Vera la vio. En su rostro se bosquejó una sonrisa, que no hizo en María la menor impresión, resbalando en su aspecto glacial, debajo del cual su orgullo herido juraba venganza.

⁽³⁾ Testuz: il termine indica propriamente la fronte o la nuca di alcuni animali.

⁽⁴⁾ Marrajos: infidi (il termine è proprio del linguaggio tauromachico).

⁽⁵⁾ Correrse: in tauromachia indica l'azione di combattere il toro.

El traje de Pepe Vera era semejante al que sacó en la corrida de que en otra parte hemos hecho mención, con la diferencia de ser el raso verde y las guarniciones de oro.

Ya se había lidiado un toro, y lo había despachado otro primer espada. Había sido bueno, pero no tan bravo como habían creído los inteligentes.

Sonó la trompeta; abrió el toril⁽⁶⁾ su ancha y sombría boca y salió un toro negro a la plaza.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

RIMAS ^(a)

I

Yo sé un himno gigante y extraño
que anuncia en la noche del alma una aurora,
y estas páginas son de ese himno
cadencias que el aire dilata en las sombras.

Yo quisiera escribirlo, del hombre
domando el rebelde, mezquino idioma,
con palabras que fuesen a un tiempo
suspiros y risas, colores y notas.

Pero en vano es luchar; que no hay cifra
capaz de encerrarle, y apenas ¡oh, hermosa!
si teniendo en mis manos las tuyas,
pudiera, al oído, contártelo a solas.

^(a) Rimas – ed. di José Carlos de Torres, Madrid, Castalia, 1974; traduzione di parte dei testi in Gallo Gasparetti.

Metro:

I – cuartetas di endecasillabi con assonanza in sede pari.

IV – silva arromanzada (successione di endecasillabi e settenari assonanzati in sede pari).

XVI – silva arromanzada (di endecasillabi e quinari; è con Bécquer che si affermano per la silva anche versi diversi da endecasillabo e settenario che danno origine a numerose varietà poi imitate dai modernisti).

XXIX- il v. iniziale è di Dante (Inf. v.136; episodio di Paolo e Francesca); silva arromanzada (vv. di varia lunghezza, prevalentemente quinari e novenari).

LII/LIII/LIV – cuarteto lira (quartina di endecasillabi e settenari di libera disposizione; alla rima consonante Bécquer e Rosalía de Castro sostituiscono la rima assonante limitata ai vv. pari).

IV

No digáis que agotado su tesoro,
de asuntos falta, enmudeció la lira;
podrá no haber poetas; pero siempre
habrá poesía.

Mientras las ondas de la luz al beso
palpiten encendidas;
mientras el sol las desgarradas nubes
de fuego y oro vista;
mientras el aire en su regazo lleve
perfumes y armonías;
mientras haya en el mundo primavera,
¡habrá poesía!

Mientras la humana ciencia no descubra
las fuentes de la vida,
y en el mar o en el cielo haya un abismo
que al cálculo resista,
mientras la humanidad siempre avanzando
no sepa a do camina,
mientras haya un misterio para el hombre,
¡habrá poesía!

Mientras se sienta que se ríe el alma,
sin que los labios rían;
mientras se llore, sin que el llanto acuda
a nublar la pupila;
mientras el corazón y la cabeza
batallando prosigan,
mientras haya esperanzas y recuerdos,
¡habrá poesía!

Mientras haya unos ojos que reflejen
los ojos que los miran;
mientras responda el labio suspirando
al labio que suspira;
mientras sentirse puedan en un beso
dos almas confundidas;
mientras exista una mujer hermosa
¡habrá poesía!

⁽⁶⁾ Toril: i box dove nell'arena si tengono i tori.

XVI

Si al mecer las azules campanillas
de tu balcón
crees que suspirando pasa el viento
murmurador,
sabe que oculto entre las verdes hojas
suspiro yo.

Si al resonar confuso a tus espaldas
vago rumor,
crees que por tu nombre te ha llamado
lejana voz,
sabe que entre las sombras que te cercan,
te llamo yo.

Si se turba medroso en la alta noche
tu corazón,
al sentir en tus labios un aliento
abrasador,
sabe que, aunque invisible, al lado tuyo
respiro yo.

XXIX

La bocca mi bacciò tutto tremante...

Sobre la falda tenía
el libro abierto,
en mi mejilla tocaban
sus rizos negros:
no veíamos las letras
ninguno, creo,
mas guardábamos ambos
hondo silencio.

¿Cuánto duró? Ni aun entonces
pude saberlo;
Sólo sé que no se oía
más que el aliento,
que apresurado escapaba
del labio seco.
Sólo sé que nos volvimos

los dos a un tiempo
y nuestros ojos se hallaron
y sonó un beso.
.....
.....
Creación de Dante era el libro,
era su Infierno.
Cuando a él bajamos los ojos
yo dije trémulo:
¿Comprendes ya que un poema
cabe en un verso?
Y ella respondió encendida
-¡Ya lo comprendo!

LII

Olas gigantes que os rompéis bramando
en las playas desiertas y remotas,
envuelto entre la sábana de espumas,
¡llevadme con vosotras!

Ráfagas de huracán que arrebatáis
de alto bosque las marchitas hojas,
arrastrado en el ciego torbellino,
¡llevadme con vosotras!

Nubes de tempestad que rompe el rayo
y en fuego ornáis las desprendidas orlas,
arrebatado entre la niebla obscura,
¡llevadme con vosotras!

Llevadme por piedad adonde el vértigo
con la razón me arranque la memoria.
¡Por piedad! ¡Tengo miedo de quedarme
con mi dolor a solas!

LIII

Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar,
y otra vez con el ala a sus cristales
jugando llamarán.

Pero aquéllas que el vuelo refrenaban
tu hermosura y mi dicha a contemplar,
aquéllas que aprendieron nuestros nombres,
éas... ¡no volverán!

Volverán las tupidas madreselvas
de tu jardín las tapias a escalar,
y otra vez a la tarde aún más hermosas,
sus flores se abrirán.

Pero aquellas cuajadas de rocío,
cuyas gotas mirábamos temblar
y caer como lágrimas del día...
éas... ¡no volverán!

Volverán del amor en tus oídos
las palabras ardientes a sonar,
tu corazón de su profundo sueño
tal vez despertará.

Pero mudo y absorto y de rodillas,
como se adora a Dios ante su altar,
como yo te he querido... desengáñate,
así... ¡no te querrán!

LIV

Cuando volvemos las fugaces horas
del pasado a evocar,
temblando brilla en sus pestañas negras
una lágrima pronta a resbalar.

Y al fin resbala y cae como gota
de rocío al pensar
que cual hoy por ayer, por hoy mañana
volveremos los dos a suspirar.

LOS OJOS VERDES ^(b)

Hace mucho tiempo que tenía ganas de escribir cualquier cosa con este título. Hoy, que se me ha presentado ocasión, lo he puesto con letras grandes en la primera cuartilla de papel, y luego he dejado a capricho volar la pluma.

Yo creo que he visto unos ojos como los que he pintado en esta leyenda. No sé si en sueños, pero yo los he visto. De seguro no los podré describir tal cuales ellos eran: luminosos, transparentes, como las gotas de la lluvia que se resbalan sobre las hojas de los árboles después de una tempestad de verano. De todos modos, cuento con la imaginación de mis lectores para hacerme comprender en este que pudiéramos llamar boceto de un cuadro que pintaré algún día.

I

-Herido va el ciervo..., herido va; no hay duda. Se ve el rastro de la sangre entre las zarzas del monte, y al saltar uno de sus lentiscos ⁽¹⁾ han flaqueado sus piernas... Nuestro joven señor comienza por donde otros acaban... En cuarenta años de montero no he visto mejor golpe... Pero, ¡por San Saturio, patrón de Soria!, cortadle el paso por esas carrascas ⁽²⁾, azuzad los perros, soplad en esas trompas hasta echar los hígados y hundidles a los corceles una cuarta de hierro en los ijares: ¿no veis que se dirige hacia la fuente de los Álamos y si la salva antes de morir podemos darlo por perdido?

Las cuencas de Moncayo ⁽³⁾ repitieron de eco en eco el bramido de las trompas, el latir de la jauría ⁽⁴⁾

^(b) Per il testo della leyenda seguiamo l'ed. della Espasa Calpe (Austral n°3, *Rimas y Leyendas*) Madrid, 1976.

⁽¹⁾ Lentiscos: lentischi (arbusti).

⁽²⁾ Carrascas: lecci.

⁽³⁾ Moncayo: il monte che domina Soria.

desencadenada, y las voces de los pajes resonaron con nueva furia, y el confuso tropel de hombres, caballos y perros se dirigió al punto que Íñigo, el montero mayor de los marqueses de Almenar, señalaba como el más a propósito para cortar el paso a la res.

Pero todo fue inútil. Cuando el más ágil de los lebreles llegó a las carrascas, jadeante y cubiertas las fauces de espuma, ya el ciervo, rápido como una saeta, las había salvado de un solo brinco, perdiéndose entre los matorrales de una trocha ⁽⁵⁾ que conducía a la fuente.

-¡Alto!... ¡Alto todo el mundo! -gritó Íñigo entonces-. Estaba de Dios que había de marcharse.

Y la cabalgata se detuvo, y enmudecieron las trompas, y los lebreles, refunfuñando ⁽⁶⁾, dejaron la pista a la voz de los cazadores.

En aquel momento se reunía a la comitiva el héroe de la fiesta, Fernando de Argensola, el primogénito de Almenar.

-¿Qué haces? -exclamó, dirigiéndose a su montero, y en tanto, ya se pintaba el asombro en sus facciones, ya ardía la cólera en sus ojos-. ¿Qué haces, imbécil? ¡Ves que la pieza está herida, que es la primera que cae por mi mano, y abandonas el rastro y la dejas perder para que vaya a morir en el fondo del bosque! ¿Crees acaso que he venido a matar ciervos para festines de lobos?

-Señor -murmuró Íñigo entre dientes-, es imposible pasar de este punto.

-¡Imposible! ¿Y por qué?

-Porque esa trocha -prosiguió el montero- conduce a la fuente de los Álamos; la fuente de los Álamos, en cuyas aguas habita un espíritu del mal. El que osa enturbiar su corriente paga caro su atrevimiento. Ya la res habrá salvado sus márgenes. ¿Cómo las salvaréis vos sin atraer sobre vuestra cabeza alguna

⁽⁴⁾ Jauría: muta di cani.

⁽⁵⁾ Trocha: sentiero.

⁽⁶⁾ Refunfuñando: brontolando.

calamidad horrible? Los cazadores somos reyes del Moncayo, pero reyes que pagan un tributo. Pieza que se refugia en esta fuente misteriosa, pieza perdida.

-¡Pieza perdida! Primero perderé yo el señorío de mis padres, y primero perderé el ánima en manos de Satanás, que permitir que se me escape ese ciervo, el único que ha herido mi venablo ⁽⁷⁾, la primicia de mis excursiones de cazador... ¿Lo ves?... ¿Lo ves?... Aún se distingue a intervalos desde aquí: las piernas le fallan, su carrera se acorta; déjame... déjame; suelta esa brida o te revuelvo en el polvo... ¿Quién sabe si no le daré lugar para que llegue a la fuente? Y si llegase, al diablo ella, su limpidez y sus habitantes. ¡Sus! ⁽⁸⁾, ¡Relámpago!; ¡sus, caballo mío! Si lo alcanzas, mando engarzar los diamantes de mi joyel en tu serreta de oro.

Caballo y jinete partieron como un huracán. Íñigo los siguió con la vista hasta que se perdieron en la maleza; después volvió los ojos en derredor suyo; todos, como él, permanecieron inmóviles y consternados. El montero exclamó al fin:

-Señores, vosotros lo habéis visto; me he expuesto a morir entre los pies de su caballo por detenerle. Yo he cumplido con mi deber. Con el diablo no sirven valentías. Hasta aquí llega el montero con su ballesta; de aquí adelante, que pruebe a pasar el capellán con su hisopo ⁽⁹⁾.

II

-Tenéis la color quebrada; andáis mustio y sombrío. ¿Qué os sucede? Desde aquel día, que yo siempre tendré por funesto, en que llegasteis a la fuente de los Álamos, en pos de la res herida, diríase que una mala

⁽⁷⁾ Venablo: dardo.

⁽⁸⁾ Sus: su! (usato con gli animali).

⁽⁹⁾ Hisopo: aspersorio.

bruja os ha encanijado ⁽¹⁰⁾ con sus hechizos. Ya no vais a los montes precedido de la ruidosa jauría, ni el clamor de vuestras trompas despierta sus ecos. Solo con esas cavilaciones que os persiguen, todas las mañanas tomáis la ballesta para enderezaros a la espesura y permanecer en ella hasta que el sol se esconde. Y cuando la noche oscurece y volvéis pálido y fatigado al castillo, en balde busco en la bandolera los despojos de la caza. ¿Qué os ocupa tan largas horas lejos de los que más os quieren?

Mientras Íñigo hablaba, Fernando, absorto en sus ideas, sacaba maquinalmente astillas de su escaño de ébano con el cuchillo de monte.

Después de un largo silencio, que sólo interrumpía el chirrido de la hoja al resbalar sobre la pulimentada madera, el joven exclamó dirigiéndose a su servidor, como si no hubiera escuchado una sola de sus palabras:

-Íñigo, tú, que eres viejo; tú, que conoces las guaridas ⁽¹¹⁾ del Moncayo, que has vivido en sus faldas persiguiendo a las fieras, y en tus errantes excursiones de cazador subiste más de una vez a su cumbre, dime: ¿has encontrado por acaso una mujer que vive entre sus rocas?

-¡Una mujer! -exclamó el montero con asombro y mirándolo de hito en hito.

-Sí -dijo el joven-, es una cosa extraña lo que me sucede, muy extraña... Creí poder guardar ese secreto eternamente, pero no es ya posible; rebosa en mi corazón y asoma a mi semblante. Voy, pues, a revelártelo... Tú me ayudarás a desvanecer el misterio que envuelve a esa criatura que, al parecer, sólo para mí existe, pues nadie la conoce, ni la ha visto, ni puede darme razón de ella.

El montero sin despegar los labios, arrastró su banquillo hasta colocarse junto al escaño de su señor, del que no apartaba un punto los espantados ojos. Éste, después de coordinar sus ideas, prosiguió así:

⁽¹⁰⁾ Encanijado: indebolito.

⁽¹¹⁾ Guaridas: tane.

-«Desde el día en que, a pesar de tus funestas predicciones, llegué a la fuente de los Álamos y, atravesando sus aguas, recobré el ciervo que vuestra superstición hubiera dejado huir, se llenó mi alma del deseo de soledad.

»Tú no conoces aquel sitio. Mira: la fuente brota escondida en el seno de una peña, y cae resbalando gota a gota por entre las verdes y flotantes hojas de las plantas que crecen al borde de su cuna. Aquellas gotas, que al desprenderse brillan como puntos de oro y suenan como las notas de un instrumento, se reúnen entre los céspedes y, susurrando, con un ruido semejante al de las abejas que zumban en torno de las flores, se alejan por entre las arenas, y forman un cauce, y luchan con los obstáculos que se oponen a su camino, y se repliegan sobre sí mismas, y saltan, y huyen, y corren, unas veces con risas, otras con suspiros, hasta caer en un lago. En el lago caen con un rumor indescriptible. Lamentos, palabras, nombres, cantares, yo no sé lo que he oído en aquel rumor cuando me he sentado solo y febril sobre el peñasco, a cuyos pies saltan las aguas de la fuente misteriosa para estancarse en una balsa profunda, cuya inmóvil superficie apenas riza el viento de la tarde.

»Todo es allí grande. La soledad, con sus mil rumores desconocidos, vive en aquellos lugares y embriaga el espíritu de su inefable melancolía. En las plateadas hojas de los álamos, en los huecos de las peñas, en las ondas del agua, parece que nos hablan los invisibles espíritus de la Naturaleza, que reconocen un hermano en el inmortal espíritu del hombre.

»Cuando al despuntar la mañana me veías tomar la ballesta y dirigirme al monte, no fue nunca para perderme entre sus matorrales en pos de la caza, no; iba a sentarme al borde de la fuente, a buscar en sus ondas..., no sé qué, ¡una locura! El día en que salté sobre ella con mi *Relámpago*, creí haber visto brillar en su fondo una cosa extraña..., muy extraña...: los ojos de una mujer.

»Tal vez sería un rayo de sol que serpeó fugitivo entre su espuma; tal vez una de esas flores que flotan entre las algas de su seno y cuyos cálices parecen esmeraldas...; no sé; yo creí ver una mirada que se clavó en la mía, una mirada que encendió en mi pecho un deseo absurdo, irrealizable: el de encontrar una persona con unos ojos como aquéllos. En su busca fui un día y otro a aquel sitio.

»Por último, una tarde..., yo me creí juguete de un sueño...; pero no, es verdad; le he hablado ya muchas veces, como te hablo a ti ahora...; una tarde encontré sentada en mi puesto, y vestida con unas ropas que llegaban hasta las aguas y flotaban sobre su haz, una mujer hermosa sobre toda ponderación. Sus cabellos eran como el oro; sus pestañas volteaban inquietas unas pupilas que no había visto..., sí, porque los ojos de aquella mujer eran de un color imposible; unos ojos...»

-¡Verdes! -exclamó Íñigo con un acento de profundo terror, e incorporándose de un salto de su asiento.

Fernando lo miró a su vez como asombrado de que concluyese lo que iba a decir, y le preguntó con una mezcla de ansiedad y de alegría:

-¿La conoces?

-¡Oh, no! -dijo el montero-. ¡Líbreme Dios de conocerla! Pero mis padres, al prohibirme llegar hasta esos lugares, me dijeron mil veces que el espíritu, trasgo ⁽¹²⁾, demonio o mujer que habita en sus aguas tiene los ojos de ese color. Yo os conjuro, por lo que más améis en la Tierra, a no volver a la fuente de los Álamos. Un día u otro os alcanzará su venganza, y expiaréis, muriendo, el delito de haber encenagado sus ondas.

-¡Por lo que más amo! -murmuró el joven con una triste sonrisa.

-Sí -prosiguió el anciano-; por vuestros padres, por vuestros deudos, por las lágrimas de la que el cielo destina para vuestra esposa, por las de un servidor que os ha visto nacer...

⁽¹²⁾ Trasgo: folletto.

-¿Sabes tú lo que más amo en el mundo? ¿Sabes tú por qué daría yo el amor de mi padre, los besos de la que me dio la vida y todo el cariño que pueden atesorar las mujeres de la Tierra? Por una mirada, por una sola mirada de esos ojos... ¡Mira cómo podré yo dejar de buscarlos!

Dijo Fernando estas palabras con tal acento, que la lágrima que temblaba en los párpados de Íñigo se resbaló silenciosa por su mejilla, mientras exclamó con acento sombrío:

-¡Cúmplase la voluntad del Cielo!

III

-¿Quién eres tú? ¿Cuál es tu patria? ¿En dónde habitas? Yo vengo un día y otro en tu busca, y ni veo el corcel que te trae a estos lugares ni a los servidores que conducen tu litera. Rompe de una vez el misterioso velo en que te envuelves como en una noche profunda. Yo te amo y, noble o villana, seré tuyo, tuyo siempre...

El sol había traspuesto la cumbre del monte; las sombras bajaban a grandes pasos por su falda; la brisa gemía entre los álamos de la fuente, y la niebla, elevándose poco a poco de la superficie del lago, comenzaba a envolver las rocas de su margen.

Sobre una de estas rocas, sobre una que parecía próxima a desplomarse en el fondo de las aguas, en cuya superficie se retrataba, temblando, el primogénito de Almenar, de rodillas a los pies de su misteriosa amante, procuraba en vano arrancarle el secreto de su existencia.

Ella era hermosa, hermosa y pálida como una estatua de alabastro. Y uno de sus rizos caía sobre sus hombros, deslizándose entre los pliegues del velo como un rayo de sol que atraviesa las nubes, y en el cerco de sus pestañas rubias brillaban sus pupilas, como dos esmeraldas sujetas en una joya de oro.

Cuando el joven acabó de hablarle, sus labios se movieron como para pronunciar algunas palabras;

pero sólo exhalaban un suspiro, un suspiro débil, doliente, como el de la ligera onda que empuja una brisa al morir entre los juncos.

-¡No me respondes! -exclamó Fernando al ver burlada su esperanza-. ¿Querrás que dé crédito a lo que de ti me han dicho? ¡Oh!, no... Háblame; yo quiero saber si me amas; yo quiero saber si puedo amarte, si eres una mujer...

-O un demonio... ¿Y si lo fuese?

El joven vaciló un instante; un sudor frío corrió por sus miembros; sus pupilas se dilataron al fijarse con más intensidad en las de aquella mujer, y fascinado por su brillo fosfórico, demente casi, exclamó en un arrebatado de amor:

-Si lo fueses... te amaría..., te amaría como te amo ahora, como es mi destino amarte, hasta más allá de esta vida, si hay algo más de ella.

-Fernando -dijo la hermosa entonces con una voz semejante a una música-, yo te amo más aún que tú me amas; yo, que descendo hasta un mortal siendo un espíritu puro. No soy una mujer como las que existen en la Tierra; soy una mujer digna de ti, que eres superior a los demás hombres. Yo vivo en el fondo de estas aguas, incorpórea como ellas, fugaz y transparente; hablo con sus rumores y ondulo con sus pliegues. Yo no castigo al que osa turbar la fuente donde moro; antes le premio con mi amor, como a un mortal superior a las supersticiones del vulgo, como a un amante capaz de comprender mi cariño extraño y misterioso.

Mientras ella hablaba así, el joven, absorto en la contemplación de su fantástica hermosura, atraído como por una fuerza desconocida, se aproximaba más y más al borde de la roca. La mujer de los ojos verdes prosiguió así:

-¿Ves, ves el límpido fondo de este lago? ¿Ves esas plantas de largas y verdes hojas que se agitan en su fondo?... Ellas nos darán un lecho de esmeraldas y corales..., y yo..., yo te daré una felicidad sin nombre, esa felicidad que has soñado en tus horas de delirio, y que no puede ofrecerte nadie... Ven; la niebla del lago flota sobre nuestras frentes como un pabellón de

lino...; las ondas nos llaman con sus voces incomprensibles; el viento empieza entre los álamos sus himnos de amor; ven...; ven...

La noche empezaba a extender sus sombras; la Luna rielaba ⁽¹³⁾ en la superficie del lago; la niebla se arremolinaba al soplo del aire, y los ojos verdes brillaban en la oscuridad como los fuegos fatuos que corren sobre el haz de las aguas infectas... «Ven..., ven...» Estas palabras zumbaban en los oídos de Fernando como un conjuro. «Ven...» Y la mujer misteriosa lo llamaba al borde del abismo, donde estaba suspendida, y parecía ofrecerle un beso..., un beso...

Fernando dio un paso hacia ella..., otro..., y sintió unos brazos delgados y flexibles que se liaban a su cuello, y una sensación fría en sus labios ardorosos, un beso de nieve..., y vaciló..., y perdió pie, y cayó al agua con un rumor sordo y lúgubre.

Las aguas saltaron en chispas de luz y se cerraron sobre su cuerpo, y sus círculos de plata fueron ensanchándose, ensanchándose, hasta expirar en las orillas.

ROSALÍA DE CASTRO

de EN LAS ORILLAS DEL SAR

IV

Un manso río, una vereda estrecha,
un campo solitario y un pinar,
y el viejo puente rustico y sencillo
completando tan grata soledad.

(13) Rielaba: brillava.

¿Qué es soledad? Para llenar el mundo
basta a veces un solo pensamiento.
Por eso hoy, hartos de belleza encuentras
el puente, el río y el pinar desierto.

No son nube ni flor los que enamoran;
eres tú, corazón, triste o dichoso,
ya del dolor y del placer el árbitro,
quien seca el mar y hace habitable el polo.

XIV

En el alma llevaba un pensamiento,
una duda, un pesar,
tan grandes como el ancho firmamento,
tan hondos como el mar.

De su alma en lo más árido y profundo,
fresca brotó de súbito una rosa,
como brota una rosa en el desierto,
o un lirio entre las grietas de una roca.

de FOLHAS NOVAS

I

Diredes d'estos versos, y é verdade,
que têm estrana insólita armonía,
que n'eles as ideas brillan pálidas
cal errantes muxicas
qu'estalan por instantes
que desaparecen xiña,
que s'asomellan â parruma incerta
que voltexa no fondo d'as curtiñas,
e ô susurro monótono d'os pinos
d'a veira-mar bravía.

Eu direivos tan sô qu'os meus cantares
así sãn en confuso d'alma miña,
como sal d'as profundas carballeiras
ô començar d'o día,
romor que non se sabe
s'é rebuldar d'as brisas,
si son beixos d'as frores,
s'agrestes misteriosas armonías
que neste mundo triste
o camiño d'o ceu buscan perdidas.

TRADUCCIÓN I

Diréis de estos versos, y es verdad,
que tienen extraña, insólita armonía,
que en ellos las ideas brillan pálidas
como errantas músicas
que estallan por instantes
que desaparecen aún,
que se parecen a la niebla incierta
que voltea en el fondo de los valles,
y el susurro de los pinares
de la orilla del mar bravía.

Yo os diré tan sólo que mis cantares
así salen en confuso de mi alma
como sale de los profundos encinares,
al comenzar del día,
ruido que no se sabe
si es jugar de las brisas,
si son besos de las flores,
si agrestes misteriosas armonías
que en este mundo triste
el camino del cielo buscan perdidas.

IV

Unha vez tiven un cravo
cravado no corazón,
y eu non m'acordo xa s'era aquel cravo
d'ouro, de ferro ou d'amor.
Soyo sei que me fixo un mal tan fondo,
que tanto m'atormentou,
qu'en día e noite sin cesar choraba
cal chorou Madanela na Pasión.
«Señor, que todo o podedes
pedinlle unha vez a Dios,
daime valor par'arrincar d'un golpe
cravo de tal condición».

E doumo Dios e arrinqueimo,
mais... ¿Quién pensara...? Despois
xa non sentín mais tormentos
nin soupén qu'era dolor;
soupén sô que non sei que me faltaba
en donde o cravo faltou,
e seica seica tiven soidades
d'aquela pena... ¡Bon Dios!
Este barro mortal qu'envolve o espírito,
¡quén o entenderá, Señor!

TRADUCCIÓN IV

Una vez tenía un clavo
clavado en el corazón,
y yo no me acuerdo ya si era aquel clavo
de oro, de hierro o de amor.
Solo sé que me hizo un mal tan hondo,
que tanto me atormentó,
que yo día y noche sin cesar lloraba
como lloró Madalena en la Pasión.
"Señor que lo podéis todo
le pedí una vez a Dios,
dadme valor para arrancar de un golpe
clavo de tal condición".

Y me lo dio Dios y me lo arrancó,
mas... ¿quién pensaría?... Después
ya no sentí más tormentos
ni supe qué era dolor;
supe sólo que no sé que me faltaba
donde el clavo faltó,
y quizá quizá tuve nostalgia
de aquella pena... ¡Buen Dios!
Este barro mortal que envuelve el espíritu,
¡quién lo entenderá, Señor!

NOTE – Seguiamo l'ed. di Mario Pinna (R. De Castro, *Poesie Scelte*), Firenze, Sansoni (edizioni Fussi), 1958; nella stessa antologia traduzione italiana di tutti i testi. Ai testi galleggi si accosta la traduzione in castigliano affinché lo studente possa ricavare immediatamente le più notevoli differenze tra due lingue. Le liriche in gallego sono tratte da *Folhas Novas*, quelle in castigliano da *En las orillas del Sar*.

JOSÉ MARÍA de PEREDA

de PEÑAS ARRIBA

XVII

Y comenzó a venir sin tardar mucho; pero ¡ay! lo que vino fué, primeramente, una niebla gris que bajó de los montes, envolvió todo el pueblo y se coló hasta en los hogares; tras de aquella niebla vino un “gallego” frío, con otra niebla parda que fué mezclándose con la primera, tiznándola de su color y haciéndola más húmeda y pegajosa; llegó también un ruido sordo y continuo como lejano cañoneo, que a mí me parecía de la mar batiendo furibundo hacia el

Norte los peñascos de la costa; pero según dictamen de la gente de mi casa, era el “rebombe” del “pozón de Peña Sagra”, un lago o pozo muy grande que se da por existente, aunque no sé de nadie que le haya visto, en las entrañas de aquel coloso de la cordillera; y sin cesar este ruido bronco, dejáronse oír en el espacio y sobre el valle unos como quejidos siniestros y antipáticos, que eran, según informes de Chisco, el graznar de los “butres” (buitres) y las grullas, que pasaban “cararriba”; señal ésta, como la del “rebombar” del pozo y la de las nieblas bajas con el “gallego” detrás, de que se nos echaba encima una invernada de las gordas.

Y se cumplieron las profecías: las nieblas se convirtieron en negras nubes hinchidas de aguaceros, que el viento, embravecido poco a poco, estrellaba, con mugidos tremebundos, contra casas, ribazos y bardales, cerrándose boquetes y horizontes por dondequiera que se miraba; sintieron los más ardientes de sangre los primeros estremecimientos de frío, y nos declaramos todos en la casona seria y formalmente bloqueados por el invierno.

Las primeras consecuencias de este bloqueo fueron en ella, como era fácil de presumirse, la reducción de la tertulia a media docena escasa de valientes, entre ellos Pito Salces, a quien no atajaban en los impulsos de la querencia que le atraía, ni los más fieros vendavales, y (lo que fue para mí hartó más desagradable y no esperado tan pronto) una crisis de mal género en el estado de mi tío. Como por encargo del médico se le vedaba hasta el asomar las narices al cuarterón abierto de una ventana, se consumía de impaciencia en los páramos entenebrecidos de su cárcel; y cuando llegaba la noche y, después de rezar el rosario en la cocina, veía entrar en ella dispersos, acobardados, ateridos de frío y calados de agua, a unos pocos tertulianos de los de aquella apretada falange de las primeras noches, y notaba la causa de la deserción de los demás en el furioso batir de las

celliscas ⁽¹⁾ contra puertas y ventanas y en el cañón de la chimenea, quedábase pensativo y mustio, con la cerviz humillada y la vista fija en el flamear de la lumbre, cuyo calor buscaba por instinto. Y así un día y otro, sin que la dureza de su fibra alcanzara a descifrar siquiera los desalientos de su espíritu, llegó a un grado tal de abatimiento que me alarmó, porque en un estado moral como el suyo cualquier aletazo de su enfermedad era muy temible.

Hablando con él una mañana de aquellos días tan crudos, y solos los dos en la cocina, que era su ordinario paradero entonces, yo animándole como podía y él conociendo la endeble calidad de mis estimulantes, acabó por decirme:

— No te canses, Marcelo: este ujano ⁽²⁾ que me roe es más fuerte que tú y yo juntos, por grandes que sean tus cuidados y por dura que haya sido mi correa. Mira, hombre: todavía no jaz ⁽³⁾ un año que me tenía yo por tan duro de caer como las hayas de esos montes. ¡Trastajo con la vanidad de la guapeza humana! A lo mejor del pensar que solamente un rayo de la voluntad de Dios podía acaldarme en el suelo, un soplo que no apagaría una luz me puso a las puertas de la muerte cuando menos lo esperaba y más descuidado dormía. Desde entonces acá, ¡pispaño!, yo, que nunca me espanté de nada ni me encogí por cosa alguna, miro y remiro con desconfianza hasta el suelo en que pongo los pies, porque siempre y a todas horas y en todas partes estoy temiendo el último golpe que falta para que el roble acabe de caer. Esta es la verdad, ¡cascajo!, y hasta creo que te apunté algo de ella en alguna de las cartas que te escribí. Pero entonces eran los días más largos, las noches más cortas; alumbraba el sol a la tierra y calentaba la sangre de los viejos, y, sobre

NOTE – Per il testo seguiamo l'ed. delle *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1959.

(1) Celliscas: temporali d'acqua e neve.

(2) Ujano: volgarismo per “gusano”.

(3) Jaz: hace (volg.).

todo, volvía de su viaje muy temprano; madrugaba mucho para espantar las ideas tristes de las cabezas en que apenas entra la caridad del sueño por la noche. Por eso me jallastes ⁽⁴⁾ tan campante a la venida y me has visto ir tirando hasta ayer, como quien dice... hasta que vino lo que yo había visto venir otras veces sin apurarme por ello..., y no sé si te diga que con gusto..., ¡con gusto, trastajo!, porque cuando hay buena salud la tierra no tiene salsa si nos está cantando siempre una misma solfa... y sin cambiar de ropajes... Digo que fui tirando tal cual hasta que llegó la primera cellerisca ⁽⁵⁾, esta que todavía está pasando, mientras llega, por las señales, otra más dura que pelar que ella; y se apagó el sol de día y se cerraron las puertas y ventanas, y empezó a faltar de noche la gente de la cocina, y a no haber fin para las horas de la cama ni punto de sosiego para el mal pensar de la cabeza. Yo nunca había visto pasar por ella las negruras que ahora pasan. Hasta estos días, y desde que tengo uso de razón, siempre el interés de los demás jizo que me olvidara de mí propio; pues ahora, ¡ya te quiero un cuento, pispajo!..., y esto es lo que me descuajaringa ⁽⁶⁾, no tengo ojos más que para ver cómo va la carcoma rejundiendo ⁽⁷⁾ y ajondando ⁽⁸⁾ en este tronco podrido que se cae por sí mesmo ⁽⁹⁾ de día en día, de hora en hora. Paez que el viento, al rebombar en el cañón de la chimenea, me dice algo que nunca había oído yo antes; pero algo muy temeroso y muy triste..., vamos, que ajuyera ⁽¹⁰⁾ de ello de buena gana si el temporal de afuera no me cerrara todos los caminos de escape y el frío no me encadenara los remos y no me cortara la poca respiración que me queda en el gaznate... Otra cosa nunca vista: te puedo jurar que no me

⁽⁴⁾ Jallastes: hallaste (volg.).

⁽⁵⁾ Cellerisca: cellisca (volg.).

⁽⁶⁾ Descuajaringa: sconvolge, scompone.

⁽⁷⁾ Rejundiendo: refundiendo (volg.).

⁽⁸⁾ Ajondando: ahondando (volg.).

⁽⁹⁾ Mesmo: mismo (volg.).

⁽¹⁰⁾ Ajuyera: huyera (volg.).

asusta la muerte, porque soy viejo y cristiano y sé que ha de venir sin tardar mucho y que me toca esperarla confiado en la misericordia de Dios, como la espero; y con ello y con todo, me espanta la enfermedad que me va quitando la vida. ¿Cómo se explica este potaje? ¿Qué te parece a ti que será esto, Marcelo?

JUAN VALERA

de PEPITA JIMÉNEZ

-Mi secreto es que estoy enamorado de... Pepita Jiménez, y que ella...

Don Pedro interrumpió a su hijo con una carcajada, y continuó la frase:

-Y que ella está enamorada de ti, y que la noche de la velada de San Juan estuviste con ella en dulces coloquios hasta las dos de la mañana, y que por ella buscaste un lance ⁽¹⁾ con el conde de Genazahar a quien has roto la cabeza. Pues, hijo, bravo secreto me confías. No hay perro ni gato en el lugar que no esté ya al corriente de todo. Lo único que parecía posible ocultar era la duración del coloquio hasta las dos de la mañana; pero unas gitanas buñoleras te vieron salir de la casa, y no pararon hasta contárselo a todo bicho viviente. Pepita, además, no disimula cosa mayor; y hace bien, porque sería el disimulo de Antequera... Desde que estás enfermo viene aquí Pepita dos veces al día, y otras dos o tres veces envía a Antoñona a saber de tu salud; y si no han entrado a

NOTE – Per il testo seguiamo l'ed. delle *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1958. Traduzione di L. Bigiaretti (Roma, Curcio, 1978).

⁽¹⁾ Lance: duello.

verte es porque yo me he opuesto, para que no te alborotes.

La turbación y el apuro de don Luis subieron de punto cuando oyó contar a su padre toda la historia en lacónico compendio.

-¡Qué sorpresa! -replicó-, ¡Qué asombro habrá sido el de usted!

-Nada de sorpresa ni de asombro, muchacho. En el lugar sólo se saben las cosas hace cuatro días, , la verdad sea dicha, ha pasmado tu transformación. “¡Miren el cógelas a tientas y mátalas callando ⁽²⁾; miren el santurrón y el gatito muerto ⁽³⁾ -exclaman las gentes-, con lo que ha venido a descolgarse!”. El padre vicario, sobre todo, se ha quedado turulato. Todavía está haciéndose cruces al considerar cuánto trabajaste en la viña del Señor en la noche del veintitrés al veinticuatro, y cuán variados y diversos fueron tus trabajos. Pero a mí no me cogieron las noticias de susto, salvo tu herida. Los viejos sentimos crecer la hierba. No es fácil que los pollos engañen a los recoveros ⁽⁴⁾.

-Es verdad: he querido engañar a usted. ¡He sido hipócrita!

-No seas tonto; no lo digo por motejarte. Lo digo para darme tono de perspicaz. Pero hablemos con franqueza: mi jactancia es inmotivada. Yo sé punto por punto el progreso de tus amores con Pepita, desde hace más de dos meses; pero lo sé porque tu tío el deán, a quien escribías tus impresiones, me lo ha participado todo. Oye la carta acusadora de tu tío, y oye la contestación que le di, documento importantísimo de que he guardado minuta.

Don Pedro sacó del bolsillo unos papeles, y leyó lo que sigue:

⁽²⁾ Cógelas a tientas, mátalas callando: acqua cheta.

⁽³⁾ Gatito muerto: madonnino infilzato.

⁽⁴⁾ Recoveros: pollivendoli.

-A esta carta del deán contesté lo que sigue:

Mi querido hermano: Siento en el alma tener que darte una mala noticia; pero confío en Dios que habrá de concederte paciencia y sufrimiento bastantes para que no te enoje y acibare demasiado. Luisito me escribe hace días extrañas cartas, donde descubro, al través de su exaltación mística, una inclinación harto terrenal pecaminosa hacia cierta viudita guapa, traviesa y coquetísima que hay en ese lugar. Yo me había engañado hasta aquí, creyendo firme la vocación de Luisito, y me lisonjeaba de dar con él a la Iglesia de Dios un sacerdote sabio, virtuoso y ejemplar; pero las cartas referidas han venido a destruir mis ilusiones. Luisito se muestra en ellas más poeta que verdadero varón piadoso, y la viuda, que ha de ser de la piel de Barrabás, le rendirá con poco que haga. Aunque yo escribo a Luisito amonestándole para que huya de la tentación, doy ya por seguro que caerá en ella. No debiera esto pesarme, porque si ha de faltar y ser galanteador y cortejante, mejor es que su mala condición se descubra con tiempo y no llegue a ser clérigo. No vería yo, por tanto, grave inconveniente en que Luisito siguiera ahí y fuese ensayado y analizado en la piedra de toque y crisol de tales amores, a fin de que la viudita fuese el reactivo por medio del cual se descubriera el oro puro de sus virtudes clericales o la baja liga con que el oro está mezclado; pero tropezamos con el escollo de que la dicha viuda, que habíamos de convertir en fiel contraste, es tu pretendida y no sé si tu enamorada. Pasaría, pues, de castaño oscuro el que resultase tu hijo rival tuyo. Esto sería un escándalo monstruoso, y, para evitarlo con tiempo, te escribo hoy, a fin de que, pretextando cualquier cosa, envíes o traigas a Luisito por aquí, cuanto antes, mejor.

.....

Don Luis escuchaba en silencio y con los ojos bajos. Su padre continuó:

CONTESTACIÓN

Hermano querido y venerable padre espiritual: Mil gracias te doy por las noticias que me envías y por tus avisos y consejos. Aunque me precio de listo, confieso mi torpeza en esta ocasión. La vanidad me cegaba. Pepita Jiménez, desde que vino mi hijo, se me mostraba tan afable y cariñosa, que yo me las prometía felices. Ha sido menester tu carta para hacerme caer en la cuenta. Ahora comprendo que, al haberse humanizado, al hacerme tantas fiestas y al bailarme el agua delante, no miraba en mí la pícara de Pepita sino al papá del teólogo barbilampiño ⁽⁵⁾. No te lo negaré: me mortificó y afligió un poco este desengaño en el primer momento; pero después lo reflexioné todo con la madurez debida, y mi mortificación y mi aflicción se convirtieron en gozo. El chico es excelente. Yo le he tomado mucho más afecto desde que está conmigo. Me separé de él y te lo entregué para que le educases, porque mi vida no era muy ejemplar, y en este pueblo, por lo dicho y por otras razones, se hubiera criado como un salvaje. Tú fuiste más allá de mis esperanzas y aun de mis deseos, y por poco no sacas de Luisito un padre de la Iglesia. Tener un hijo santo hubiera lisonjeado mi vanidad; pero hubiera sentido yo quedarme sin un heredero de mi casa y nombre que me diese lindos nietos, y que después de mi muerte disfrutase de mis bienes, que son mi gloria, porque los he adquirido con ingenio y trabajo, y no haciendo fullerías ⁽⁶⁾ y chanchullos ⁽⁷⁾. Tal vez la persuasión en que estaba yo de que no había remedio, de que Luis iba a catequizar a los chinos, a los indios y a los negritos

⁽⁵⁾ Barbilampiño: glabro.

⁽⁶⁾ Fullerías: imbrogli.

⁽⁷⁾ Chanchullos: raggiri.

de Monicongo ⁽⁸⁾, me decidió a casarme para dilatar mi sucesión. Naturalmente, puse mis ojos en Pepita Jiménez, que no es de la piel de Barrabás, como imaginas, sino una criatura remonísima, más bendita que los cielos y más apasionada que coqueta. Tengo tan buena opinión de Pepita, que si volviese ella a tener dieciséis años y una madre imperiosa que la violentara, y yo tuviese ochenta años como don Gumersindo, esto es, si viera ya la muerte en puertas, tomaría a Pepita por mujer para que me sonriese al morir como si fuera el ángel de mi guarda que había revestido cuerpo humano, y para dejarle mi posición, mi caudal y mi nombre. Pero ni Pepita tiene ya dieciséis años, sino veinte, ni está sometida al culebrón de su madre, ni yo tengo ochenta años, sino cincuenta y cinco. Estoy en la peor edad, porque empiezo a sentirme harto averiado, con un poquito de asma, mucha tos, bastantes dolores reumáticos y otros alifafes, y, sin embargo, maldita la gana que tengo de morirme. Creo que ni en veinte años me moriré, y como le llevo treinta y cinco a Pepita, calcula el desastroso porvenir que le aguardaba con este viejo perdurable. Al cabo de los pocos años de casada conmigo hubiera tenido que aborrecerme, a pesar de lo buena que es. Porque es buena y discreta no ha querido, sin duda, aceptarme por marido, a pesar de la insistencia y de la obstinación con que se lo he propuesto. ¡Cuánto se lo agradezco ahora! La misma puntita de vanidad, lastimada por sus desdenes, se embota ⁽⁹⁾ ya al considerar que si no me ama, ama mi sangre; se prenda del hijo mío. Si no quiere esta fresca y lozana hiedra enlazarse al viejo tronco, carcomido ya, trepe por él, me digo, para subir al renuevo tierno y al verde y florido pimpollo. Dios los bendiga a ambos y prospere estos amores. Lejos de llevarte al chico otra vez, le retendré aquí hasta por fuerza, si es necesario. Me decido a conspirar contra su vocación. Sueño ya con verle

⁽⁸⁾ Monicongo: nome geografico immaginario.

⁽⁹⁾ Se embota: si spunta.

casado. Me voy a remozar ⁽¹⁰⁾ contemplando a la gentil pareja unida por el amor. ¿Y cuando me den unos cuantos chiquillos? En vez de ir de misionero y de traerme de Australia o de Madagascar, o de la India, varios neófitos, con jetas ⁽¹¹⁾ de a palmo, negros como la tizne o amarillos como el estezado ⁽¹²⁾ y con ojos de mochuelo ⁽¹³⁾, ¿no será mejor que Luisito predique en casa y me saque en abundancia una serie de catecumenillos rubios, sonrosados, con ojos como los de Pepita, y que parezcan querubines sin alas? Los catecúmenos que me trajese de por allá sería menester que estuvieran a respetable distancia para que no me inficionasen, y estos de por acá me olerían a rosas del Paraíso, y vendrían a ponerse sobre mis rodillas, y jugarían conmigo, y me besarían, y me llamarían abuelito, y me darían palmaditas en la calva que ya voy teniendo. ¿Qué quieres? Cuando estaba yo en todo mi vigor, no pensaba en las delicias domésticas; mas ahora, que estoy tan próximo a la vejez, si ya no estoy en ella, como no me he de hacer cenobita, me complazco en esperar que haré el papel de patriarca. Y no entiendas que voy a limitarme a esperar que cuaje el naciente noviazgo, sino que he de trabajar para que cuaje. Siguiendo tu comparación, pues que transformas a Pepita en crisol y a Luis en metal, yo buscaré, o tengo buscado ya, un fuelle o soplete utilísimo que contribuya a avivar el fuego para que el metal se derrita pronto. Este soplete es Antoñona, nodriza de Pepita, muy lagarta ⁽¹⁴⁾, muy sigilosa y muy afecta a su dueña. Antoñona se entiende ya conmigo, y por ella sé que Pepita está muerta de amores. Hemos convenido en que yo siga haciendo la vista gorda y no dándome por entendido de nada. El padre vicario, que es un

⁽¹⁰⁾ Remozar: ringiovanire.

⁽¹¹⁾ Jetas: labbra sporgenti.

⁽¹²⁾ Estezado: cuoio conciato.

⁽¹³⁾ Mochuelo: allocco.

⁽¹⁴⁾ Lagarta: scaltra.

alma de Dios, siempre en Babia ⁽¹⁵⁾, me sirve tanto o más que Antoñona, sin advertirlo él, porque todo se le vuelve hablar de Luis con Pepita y de Pepita con Luis; de suerte que este excelente señor, con medio siglo en cada pata, se ha convertido, ¡oh milagro del amor y de la inocencia!, en palomito mensajero, con quien los dos amantes se envían sus requiebros y finezas, ignorándolo también ambos. Tan poderosa combinación de medios naturales y artificiales debe dar un resultado infalible. Ya te le diré al darte parte de la boda, para que vengas a hacerla o envíes a los novios tu bendición y un buen regalo.

.....
Así acabó don Pedro de leer su carta, y al volver a mirar a don Luis, vió que éste había estado escuchando con los ojos llenos de lágrimas.

El padre y el hijo se dieron un abrazo muy apretado y muy prolongado.

BENITO PÉREZ GALDÓS

de FORTUNATA Y JACINTA

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

JUANITO SANTA CRUZ

I

Las noticias más remotas que tengo de la persona que lleva este nombre me las ha dado Jacinto María

⁽¹⁵⁾ En Babia: sulle nuvole (Babia è propriamente un territorio montuoso del León).

Villalonga, y alcanzan al tiempo en que este amigo mío, y el otro, y el de más allá, Zalamero, Joaquinito Pez, Alejandro Miquis, iban a las aulas de la Universidad. No cursaban todos el mismo año, y aunque se reunían en la cátedra de Camus, separábanse en la de Derecho romano; el chico de Santa Cruz era discípulo de Novar, y Villalonga, de Coronado. Ni tenían todos el mismo grado de aplicación: Zalamero, juicioso y circunspecto como pocos, era de los que se ponen en la primera fila de bancos, mirando con faz complacida al profesor mientras explica, y haciendo con la cabeza discretas señales de asentimiento a todo lo que dice. Por el contrario, Santa Cruz y Villalonga se ponían siempre en la grada más alta, envueltos en sus capas, y más parecidos a conspiradores que a estudiantes. Allí pasaban el rato charlando por lo bajo, leyendo novelas, dibujando caricaturas o soplándose recíprocamente la lección cuando el catedrático les preguntaba. Juanito Santa Cruz y Miquis llevaron un día una sartén (no sé si a la clase de Novar o a la de Uribe, que explicaba Metafísica) y frieron un par de huevos. Otras muchas tonterías de este jaez cuenta Villalonga, las cuales no copio por no alargar este relato. Todos ellos, a excepción de Miquis, que se murió el 64, soñando con la gloria de Schiller, metieron infernal bulla en el célebre alboroto de la noche de San Daniel. Hasta el formalito Zalamero se descompuso en aquella ruidosa ocasión, dando pitidos y chillando como un salvaje, con lo cual se ganó dos bofetadas de un guardia veterano, sin más consecuencias. Pero Villalonga y Santa Cruz lo pasaron peor, porque el primero recibió un sablazo en el hombro que le tuvo derrengado por espacio de dos meses largos, y el segundo fué cogido junto a la esquina del teatro Real, y llevado a la Prevención, en una cuerda de presos, compuesta de varios estudiantes decentes y algunos pilluelos de muy mal pelaje. A la sombra me lo tuvieron veintitantas horas, y aún durara más su cautiverio, si de él no le sacara, el día 11, su papá, sujeto respetabilísimo y muy bien relacionado.

¡Ay!, El susto que se llevaron don Baldomero Santa Cruz y Barbarita no es para contado. ¡Qué noche de angustia la del 10 al 11! Ambos creían no volver a ver a su adorado nene, en quien, por ser único, se miraban y se recreaban con inefables goces de padres chochos de cariño, aunque no eran viejos. Cuando el tal Juanito entró en su casa, pálido y hambriento, descompuesta la faz graciosa, la ropita llena de sietes y oliendo a pueblo, su mamá vacilaba entre reñirle y comérsele a besos. El insigne Santa Cruz, que se había enriquecido honradamente en el comercio de paños, figuraba con timidez en el antiguo partido progresista; mas no era socio de la revoltosa *tertulia*, porque las inclinaciones antidinásticas de Olózaga y Prim le hacían muy poca gracia. Su club era el salón de un amigo y pariente, al cual iban casi todas las noches don Manuel Cantero, don Cirilo Álvarez y don Joaquín Aguirre, y algunas, don Pascual Madoz. No podía ser, pues, don Baldomero, por razón de afinidades personales, sospechoso al Poder. Creo que fué Cantero quien le acompañó a Gobernación para ver a González Bravo, y éste le dió al punto la orden para que fuese puesto en libertad el revolucionario, el anarquista, el descamisado Juanito.

Cuando el niño estudiaba los últimos años de su carrera, verificóse en él uno de esos cambios críticos que tan comunes son en la edad juvenil. De travieso y alborotado, volvióse tan juiciosillo, que al mismo Zalamero daba quince y raya ⁽¹⁾. Entróle la comezón de cumplir religiosamente sus deberes escolásticos y aun de instruirse por su cuenta con lecturas sin tasa y con ejercicios de controversia y palique declamatorio entre amiguitos. No sólo iba a clase puntualísimo y cargado de apuntes, sino que se ponía en la grada primera para mirar al profesor con cara de aprovechamiento, sin quitarle ojo, cual si fuera una novia, y aprobar con cabezadas la explicación, como

diciendo: «Yo también me sé eso y algo más.» Al concluir la clase, era de los que le cortan el paso al catedrático para consultarle un punto oscuro del texto o que les resuelva una duda. Con estas dudas declaran los tales su furibunda aplicación. Fuera de la Universidad, la fiebre de la ciencia le traía muy desasosegado. Por aquellos días no era todavía costumbre que fuesen al Ateneo los sabios de pecho ⁽²⁾ que están mamando la leche del conocimiento. Juanito se reunía con otros cachorros en la casa del chico de Tellería (Gustavito), y allí armaban grandes peloterías. Los temas más sutiles de Filosofía, de la Historia y del Derecho, de Metafísica y de otras ciencias especulativas (pues aún no estaban de moda los estudios experimentales, ni el transformismo, ni Darwin, ni Haeckel) eran para ellos lo que para otros el trompo o la cometa. ¡Qué gran progreso en los entretenimientos de la niñez! ¡Cuando uno piensa que aquellos mismos nenes, si hubieran vivido en edades remotas, se habrían pasado el tiempo mamándose el dedo, o haciendo y diciendo toda suerte de boberías!...

Todos los dineros que su papá le daba, dejábalos Juanito en casa de Bailly-Baillièrre, a cuenta de los libros que iba tomando. Refiere Villalonga que un día fué Barbarita *reventando* de gozo y orgullo a la librería, y después de saldar los débitos del niño, dió orden de que entregaran a éste todos los mamotretos que pidiera, aunque fuesen caros y tan grandes como misales. La bondadosa y angelical señora quería poner un freno de modestia a la expresión de su vanidad maternal. Figurábase que ofendía a los demás, haciendo ver la supremacía de su hijo entre todos los hijos nacidos y por nacer. No quería tampoco profanar, haciéndolo público, aquel encanto íntimo, aquel himno de la conciencia, que podemos llamar los *misterios gozosos* de Barbarita. Únicamente se clareaba alguna vez, soltando como al descuido

estas entrecortadas razones: «¡Ay, qué chico!... ¡Cuánto lee! Yo digo que esas cabezas tienen algo, algo, sí señor, que no tienen las demás... En fin, más vale que le dé por ahí. »

Concluyó Santa Cruz la carrera de Derecho, y de añadidura la de Filosofía y Letras. Sus papás eran muy ricos y no querían que el niño fuese comerciante, ni había para qué, pues ellos tampoco lo eran ya. Apenas terminados los estudios académicos, verificóse en Juanito un nuevo cambiazó, una segunda crisis de crecimiento, de esas que marcan el misterioso paso o transición de edades en el desarrollo individual. Perdió bruscamente la afición a aquellas furiosas broncas oratorias por un más o un menos en cualquier punto de Filosofía o de Historia; empezó a creer ridículos los sofocones que se había tomado por probar que «en las civilizaciones de Oriente, el poder de las castas sacerdotales era un poquito más ilimitado que el de los reyes», contra la opinión de Gustavito Tellería, el cual sostenía, dando puñetazos sobre la mesa, que era «un poquitín menos». Dió también en pensar que maldito lo que le importaba que «la conciencia fuera la intimidad total del ser racional consigo mismo», o bien otra cosa semejante, como quería probar, hinchándose de convicción airada, Joaquinito Pez. No tardó, pues, en aflojar la cuerda a la manía de las lecturas, hasta llegar a no leer absolutamente nada. Barbarita creía, de buena fe, que su hijo no leía ya porque había agotado el pozo de la ciencia.

Tenía Juanito entonces veinticuatro años. Le conocí un día en casa de Federico Cimarra, en un almuerzo que éste dió a sus amigos. Se me ha olvidado la fecha exacta; pero debió de ser ésta hacia el 69, porque recuerdo que se habló mucho de Figuerola, de la capitación y del derribo de la torre de la iglesia de Santa Cruz. Era el hijo de don Baldomero muy bien parecido, y además muy simpático, de estos hombres que se recomiendan con su figura antes de cautivar con su trato, de estos que en una hora de conversación ganan más amigos que otros repartiendo favores positivos. Por lo bien que decía

NOTE – Per il testo seguiamo il tomo V delle *Obras Completas* (Madrid, Aguilar, 1950) a c. di F.C. Sainz Róblez.

⁽¹⁾ Daba quince y raya: superava, batteva.

⁽²⁾ Sabios de pecho: dotti in erba (costruito su *niños de pecho*: lattanti).

las cosas y la gracia de sus juicios, aparentaba saber más de lo que sabía, y en su boca las paradojas eran más bonitas que las verdades. Vestía con elegancia y tenía tan buena educación, que se le perdonaba fácilmente el hablar demasiado. Su instrucción y su ingenio agudísimo le hacían descollar sobre todos los demás mozos de la partida, y aunque a primera vista tenía cierta semejanza con Joaquinito Pez, tratándolos se echaban de ver entre ambos profundas diferencias, pues el chico de Pez, por su ligereza de carácter y la garrulería de su entendimiento, era un verdadero botarate.

Barbarita estaba loca con su hijo; mas era tan discreta y delicada, que no se atrevía a elogiarle delante de sus amigas, sospechando que todas las demás señoras habían de tener celos de ella. Si esta pasión de madre daba a Barbarita inefables alegrías, también era causa de zozobras y cavilaciones. Temía que Dios la castigase por su orgullo; temía que el adorado hijo enfermara de la noche a la mañana, y se muriera como tantos otros de menos mérito físico y moral. Porque no había que pensar que el mérito fuera una inmunidad. Al contrario, los más brutos, los más feos y los perversos son los que se hartan de vivir, y parece que la misma muerte no quiere nada con ellos. Del tormento que estas ideas daban a su alma, se defendía Barbarita con su ardiente fe religiosa. Mientras oraba, una voz interior, susurro dulcísimo, como chismes traídos por el Ángel de la Guarda, le decía que su hijo no moriría antes que ella. Los cuidados que al hijo prodigaba eran esmeradísimos; pero no tenía aquella buena señora las tonterías dengosas de algunas madres, que hacen de su cariño una manía insoportable para los que la presencian, y corruptora para las criaturas que son objeto de él. No trataba a su hijo con mimo. Su ternura sabía ser inteligente y revestirse a veces de severidad dulce.

Y ¿por qué le llamaba todo el mundo, y le llama todavía casi unánimemente, *Juanito* Santa Cruz? Esto sí que no lo sé.

Hay en Madrid muchos casos de esta aplicación del diminutivo o de la fórmula familiar del nombre, aun tratándose de personas que han entrado en la madurez de la vida. Hasta hace pocos años, al autor cien veces ilustre de *Pepita Jiménez*, le llamaban sus amigos y los que no lo eran, *Juanito* Valera. En la sociedad madrileña, la más amena del mundo, porque ha sabido combinar la cortesía con la confianza, hay algunos *Pepes*, *Manolitos* y *Pacos* que, aun después de haber conquistado la celebridad por diferentes conceptos, continúan nombrados con esta familiaridad democrática que demuestra la llaneza castiza del carácter español. El origen de esto habrá que buscarlo quizá en ternuras domésticas o en hábitos de servidumbre que trascienden sin saber cómo a la vida social. En algunas personas puede relacionarse el diminutivo con el sino. Hay, efectivamente, Manueles que nacieron predestinados para ser *Manolos* toda su vida. Sea lo que quiera, al venturoso hijo de don Baldomero Santa Cruz y de doña Bárbara Arnáiz le llamaban *Juanito*, y *Juanito* le dicen y le dirán quizá hasta que las canas de él y la muerte de los que le conocieron niño vayan alterando, poco a poco, la campechana costumbre.

Conocida la persona y sus felices circunstancias, se comprenderá fácilmente la dirección que tomaron las ideas del joven Santa Cruz al verse en las puertas del mundo con tantas probabilidades de éxito. Ni extrañará nadie que un chico guapo, poseedor del arte de agradar y del arte de vestir, hijo único de padres ricos, inteligente, instruido, de frase seductora en la conversación, pronto en las respuestas, agudo y ocurrente en los juicios, un chico, en fin, al cual se le podría poner el rótulo social de *brillante*, considerara ocioso y hasta ridículo el meterse a averiguar si hubo o no un idioma único primitivo, si el Egipto fué una colonia brahmánica, si la China es absolutamente independiente de tal o cual civilización asiática, con otras cosas que años atrás le quitaban el sueño, pero que ya le tenían sin cuidado, mayormente si pensaba que lo que él no averiguase otro lo averiguaría... «Y por último -decía-, pongamos que no se averigüe

nunca. ¿Y qué...?» El mundo tangible y gustable le seducía más que los incompletos conocimientos de vida que se vislumbran en el fugaz resplandor de las ideas *sacadas a la fuerza*, chispas obtenidas en nuestro cerebro por la percusión de la voluntad, que es lo que constituye el estudio. Juanito acabó por declararse a sí mismo que más sabe el que vive *sin querer saber* que el que *quiere saber sin vivir*, o sea aprendiendo en los libros y en las aulas. Vivir es relacionarse, gozar y padecer, desear, aborrecer y amar. La lectura es vida artificial y prestada, el usufructo, mediante una función cerebral, de las ideas y sensaciones ajenas, la adquisición de los tesoros de la verdad humana por compra o por estafa, no por el trabajo. No paraban aquí las filosofías de Juanito, y hacía una comparación que no carece de exactitud. Decía que, entre estas dos maneras de vivir, observaba él la diferencia que hay entre comerse una chuleta y que le vengan a contar a uno cómo y cuándo se la ha comido otro, haciendo el cuento muy a lo vivo, se entiende, y describiendo la cara que ponía, el gusto que le daba la masticación, la gana con que tragaba y el reposo con que digería.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO III

DOÑA LUPE LA DE LOS FAVOS

I

Maximiliano no se sentó, doña Lupe sí, y en el centro del sofá, debajo del retrato, como para dar más austeridad al juicio. Repitió el «Muy bien, Señor don Maximiliano», con retintín sarcástico. Por lo general, siempre que su tía le daba tratamiento, llamándole *señor don*, el pobre chico veía la nube del pedrisco sobre su cabeza.

—¡Estaré una matando toda la vida —prosiguió ella—, para sacar adelante al dichoso sobrinito,

sortearle las enfermedades a fuerza de mimos y cuidados, darle una carrera quitándome yo el pan de la boca, hacer por él lo que no todas las madres hacen por sus hijos, para que al fin...! ¡Buen pago, bueno!... No, no me expliques nada, si estoy perfectamente informada. Sé quién es esa... dama ilustre con quien te quieres casar. Vamos, que buena doncella te canta... ¿Y crearás que vamos a consentir tal deshonra en la familia? Dime que todo es una chiquillada y no se hable más del asunto.

Maximiliano no podía decir tal cosa; pero tampoco podía decir otra, porque, si en el fondo de su ánimo empezaban a levantarse olas de entereza, esas olas reventaban y se descomponían antes de llegar a la orilla, o sea a los labios. Estaba tan cortado, que sintiendo dentro de sí la energía no la podía mostrar, por aquella pícara emoción nerviosa que le embargaba. Dejó esparcir sus miradas por la pared testera, como buscando por allí un apoyo. En ciertas situaciones apuradas y en los grandes estupores del alma, las miradas suelen fijarse en algo insignificante y que nada tiene que ver con la situación. Maximiliano contempló un rato el grupo fotográfico de las chicas de Samaniego, Aurora y Olimpia, con mantilla blanca, enlazados los brazos, la una muy adusta, la otra sentimental. ¿Por qué miraba aquello? Su turbación le llevaba a colgar las miradas aquí y allí, prendiendo el espíritu en cualquier objeto, aunque fueran las cabezas de los clavos que sostenían los retratos.

—Explícate, hombre —añadió doña Lupe, que era viva de genio—. ¿Es una niñería?..»

—No, señora —respondió el acusado, y esta negación, que era afirmación, empezó a darle ánimos, aligerándole un poco la angustia aquella de la boca del estómago.

—¿Estás seguro de que no es chiquillada? ¡Valiente idea tienes tú del mundo y de las mujeres, inocente!... Yo no puedo consentir que una pindonga de ésas te coja y te engañe para timarte tu nombre honrado, como otros timan el reloj. A ti hay que tratarte siempre como a los niños atrasaditos que están a

medio desarrollar. Hay que recordar que hace cinco años todavía iba yo por la mañana a abrocharte los calzones, y que tenías miedo de dormir solo en tu cuarto.

Idea tan desfavorable de su personalidad exasperaba al joven. Sentía crecer dentro la bravura; pero le faltaban palabras. ¿Dónde demonios estaban aquellas condenadas palabras, que no se le ocurrían en trance semejante? El maldito hábito de la timidez era la causa de aquel silencio estúpido. Porque la mirada de doña Lupe ejercía sobre él fascinación singularísima, y teniendo mucho que decir, no lograba decirlo. «¿Pero ¿qué diría yo?... ¿Cómo empezaría yo?», pensaba, fijando la vista en el retrato de Torquemada y su esposa, de bracete.

—Todo se arreglará —indicó doña Lupe en tono conciliador—, si consigo quitarte de la cabeza esas humaredas. Porque tú tienes sentimientos honrados, tienes buen juicio... Pero siéntate. Me da fatiga de verte en pie.

—Es menester que usted se entere bien —dijo Maximiliano al sentarse en el sillón, creyendo haber encontrado un buen cabo de discurso para empezar—; se entere bien de las cosas... Yo... pensaba hablar a usted...

—¿Y ¿por qué no lo hiciste? ¡Qué tal sería ello!... ¡Vaya, que un chico delicadito como tú meterse con esas viciosonas!... Y no te quepa duda... Así, pronto entregarás la pelleja. Si caes enfermo, no vengas a que te cuide tu tía, que para eso sí sirvo yo, ¿eh?, para eso sí sirvo, ingrato, tunante... ¿Y te parece bien que cuando me miro en tí, cuando te saco adelante con tanto trabajo y soy para tí más que una madre; te parece bien que me des este pago, infame, y que te me cases con una mujer de mala vida?

Rubín se puso verde y le salió un amargor intensísimo del corazón a los labios.

—No es eso, tía, no es eso —sostuvo, entrando en posesión de sí mismo—. No es mujer de mala vida. La han engañado a usted.

—El que me ha engañado eres tú con tus encogimientos y tus timideces... Pero ahora lo

veremos. No creas que vas a jugar conmigo; no creas que te voy a dejar hacer tu gusto. ¿Por quién me tomas, bobalicón?... ¡Ah! ¡Si yo no hubiera tenido tanta confianza!... Pero sí he sido una tonta; sí me creí que tú no eras capaz de mirar a una mujer. Buena me la has dado, buena. Eres un apunte ⁽³⁾..., en toda la extensión de la palabra.

Maximiliano, al oír esto, estaba profundamente embebecido, mirando el retrato de Rufinita Torquemada. La veía y no la veía, y sólo confusamente y con vaguedades de pesadilla, se hacía cargo de la actitud de la señorita aquella, retratada sobre un fondo marino y figurando que estaba en una barca. Vuelto en sí, pensó en defenderse; pero no podía encontrar las armas, es decir, las palabras. Con todo, ni por un instante se le ocurría ceder. Flaqueaba su máquina nerviosa; pero la voluntad permanecía firme.

—A usted la han informado mal —insinuó con torpeza—, respecto a la persona... que... Ni hay tal vida airada ni ése es el camino... Yo pensaba decirle a usted: «Tía, pues yo... quiero a esta persona, y... mi conciencia...»

—Cállate, cállate, y no me saques la cólera, que al oírte decir que quieres a una tiota chubasca ⁽⁴⁾, me dan ganas de ahogarte, más por tonto que por malo... y al oírte hablar de conciencia en este tratado, me dan ganas de... Dios me perdone... ¿Sabes lo que te digo? —añadió alzando la voz—, ¿sabes lo que te digo? Que desde este momento vuelvo a tratarte como cuando tenías doce años. Hoy no me sales de casa. Ea, ya estoy yo en funciones con mis disciplinas... Y desde mañana me vuelves a tomar el aceite de hígado de bacalao. Vete a tu cuarto y quitate las botas. Hoy no me pisas la calle.

Dios sabe lo que iba a contestar el acusado. Quedó suelta en el aire la primera palabra, porque llegó una visita. Era el señor de Torquemada, persona de

(3) Apunte: astuto, furbo.

(4) Chubasca: prostituta.

confianza en la casa, que al entrar iba derecho al gabinete, a la cocina, al comedor o adondequiera que la señora estuviese. La fisonomía de aquel hombre era difícil de entender. Sólo doña Lupe, en virtud de una larga práctica, sabía encontrar algunos jeroglíficos en aquella cara ordinaria y enjuta, que tenía ciertos rasgos de tipo militar con visos clericales. Torquemada había sido alabardero en su mocedad, y, conservando el bigote y perilla, que eran ya entrecanos, tenía un no sé qué de eclesiástico, debido, sin duda, a la mansedumbre afectada y dulzona, y a un cierto subir y bajar de párpados con que adulteraba su grosería innata. La cabeza se le inclinaba siempre al lado derecho. Su estatura era alta, mas no arrogante; su cabeza calva, crasa y escamosa, con un enrejado de pelos mal extendidos para cubrirla. Por ser aquel día domingo, llevaba casi limpio el cuello de la camisa, pero la capa era el número dos, con las vueltas aceitosas y los ribetes deshilachados. Los pantalones, mermados por el crecimiento de las rodilleras, se le subían tanto, que parecía haber montado a caballo sin trabillas. Sus botas, por ser domingo, estaban aquel día embetunadas y eran tan chillonas, que se oían desde una legua.

—Y ¿cómo está la familia? —preguntó al tomar asiento, después de dar su mano, siempre sudorosa, a doña Lupe y al sobrino.

—Perfectamente bien —dijo la señora, observando con ansiedad el semblante de Torquemada—. ¿Y en casa?

—No hay novedad, a Dios gracias.

Doña Lupe esperaba aquel día noticias de un asunto que le interesaba mucho. Como siempre se ponía en lo peor para que las desgracias no la cogieran desprevenida, pensó, al ver entrar a su agente, que le traía malas nuevas. Temió preguntarle. La cara de militar adulterado no expresaba más que un interés decidido por la familia. Al fin, Torquemada, que no gustaba de perder el tiempo, dijo a su amiga:

—Vamos, doña Lupe, que hoy estamos de buena. ¿A que no me acierta usted la peripecia que le traigo?

La fisonomía de la señora se iluminó, pues sabía que su amigo llamaba peripecia a toda cobranza inesperada. Echóse él a reír, y metió mano al bolsillo interior de su americana.

—¡Ay! No me lo diga usted, don Francisco —exclamó doña Lupe con incredulidad, cruzando las manos—. ¿Ha pagado...?

—Lo va usted a ver... Yo... tampoco lo esperaba. Como que fuí anoche a decirle que el lunes se le embargaría. Hoy por la mañana, cuando me estaba vistiendo para ir a misa, me le veo entrar. Creí que venía a pedirme más prórrogas. Como siempre nos está engañando, que hoy, que mañana... Yo no le creo ni la Biblia. Es muy fabulista. Pero, en fin, pedradas de éstas nos den todos los días. «Señor de Torquemada —me dice muy serio—, vengo a pagarle a usted...» Me quedé lo que llaman atónito. Como que no esperaba la peripecia. Finalmente, que me dió el *guano*, o sean ocho mil reales, cogió su pagaré y a vivir.

—Lo que yo le decía a usted —observó doña Lupe casi sin poder hablar, con la alegría atravesada en la garganta—. El tal Joaquinito Pez es una persona decente. Él pasa sus apurillos como todos esos hijos de familia que se dan buena vida, y un día tienen, otro no. De fijo que será jugador...

Torquemada hizo una separación de billetes, dando la mayor parte a doña Lupe.

—Los seis mil reales de usted...; dos mil míos. Buen chiripón ha sido éste. Yo los contaba, como quien dice, perdidos; porque el tal Joaquinillo está, según oí, con el agua al cuello. ¿Quién será el desgraciado a quien ha dado el sablazo? A bien que a nosotros no nos importa.

—Como no le hemos de prestar más...

—Mire usted, doña Lupe —dijo Torquemada, haciendo una perfecta *o* con los dedos pulgar e índice y enseñándosela a su interlocutora.

MISERICORDIA

CAPÍTULO XXXVIII

Temblorosa llegó a la calle Imperial, y habiendo mandado al moro que se arrimara a la pared y la esperase allí, mientras ella subía y se enteraba de si podía o no alojarle en la que fué su casa, le dijo Almudena:

—No *bandonar* tú mí, *amri*.

—Pero ¿estás loco? ¿Abandonarte yo ahora que estás malito, y los dos andamos tan de capa caída? No pienses tal desatino, y aguárdame. Te pondré ahí enfrente, a la entrada de la calle de la Lechuga.

—¿No *n'engaflar* tú mí? ¿*Golver* ⁽¹⁾ *ti pronto*?

—En seguidita que vea lo que ocurre por arriba, y si está de buen temple mi doña Paca.

Subió *Nina* sin aliento, y con gran ansiedad tiró de la campanilla. Primera sorpresa: le abrió la puerta una mujer desconocida, jovenzuela, de tipito elegante, con su delantal muy pulcro. *Benina* creía soñar. Sin duda los demonios habían levantado en peso la casa para cargar con ella, dejando en su lugar otra que parecía la misma y era muy diferente. Entró la prófuga sin preguntar, con no poco asombro de Daniela, que al pronto no la conoció. Pero ¿qué significaban, qué eran, de dónde habían salido aquellos jardines, que formaban como alameda de preciosos arbustos desde la puerta, en todo lo largo del pasillo? *Benina* se restregaba los ojos, creyendo hallarse aún bajo la acción de las estúpidas somnolencias de El Pardo, en las fétidas y asfixiantes cuadras. No, no; no era aquella su casa, no podía ser, y lo confirmaba la aparición de otra figura desconocida, como de cocinera fina, bien puesta, de semblante altanero... Y mirando al comedor, cuya puerta al extremo del pasillo se abría, vió..., ¡santo

NOTE – traduzione di Camillo Berra (Torino, UTET, 1965).

(1) *Golver*: volver.

Dios, qué maravilla, qué cosa!... ¿Era sueño? No, no, que bien segura estaba de verlo con los ojos corporales. Encima de la mesa, pero sin tocar a ella, como suspendido en el aire, había un montón de piedras preciosas, con diferentes brillos, luces y matices, encarnadas unas, azules o verdes otras. ¡Jesús, qué preciosidad! ¿Acaso doña Paca, más hábil que ella, había efectuado el conjuro del rey *Samdai* ⁽²⁾, pidiéndole y obteniendo de él las carretadas de diamantes y zafiros? Antes que pudiera comprender que todo aquel centellear de vidrios procedía de los colgajos de la lámpara del comedor, iluminados por una vela que acababa de encender doña Paca para revisar los cuchillos que de la casa de préstamos acababa de traerle Juliana, apareció ésta en la puerta del comedor, y cortando el paso a la pobre vieja, le dijo entre risueña y desabrida:

—Hola, *Nina*, ¿tú por aquí? ¿Has parecido ya? Creímos que te habías ido al Congo... No pases, no entres; quédate ahí, que nos vas a poner perdidos los suelos, lavados de esta tarde... ¡Bonita vienes!... Quita allá esas patas, mujer, que manchas los baldosines..

—¿En dónde está la señora? —dijo *Nina*, volviendo a mirar los diamantes y esmeraldas, y dudando ya que fueran efectivos.

—La señora está aquí... Pero te dice que no pases, porque vendrás llena de miseria...

En aquel momento apareció por otro lado la señorita *Obdulia*, chillando:

Nina, bien venida seas; pero antes de que entres en casa, hay que fumigarte y ponerte en la colada... No, no te arrimes a mí. ¡Tantos días entre pobres inmundos!... ¿Ves qué bonito está todo?.

Avanzó Juliana hacia ella sonriendo; pero al través de la sonrisa, hubo de vislumbrar *Nina* la autoridad

que la ribetedora había sabido conquistar allí, y se dijo:

«Esta es la que ahora manda. Bien se le conoce el despotismo.»

A las arrogancias revestidas de benevolencia con que la acogió la tirana, respondió *Nina* que no se iría sin ver a su señora.

—Mujer, entra, entra —murmuró desde el fondo del comedor, con voz ahogada por los sollozos, la señora doña Francisca Juárez.

Manteniéndose en la puerta, le contestó *Benina* con voz entera:

—Aquí estoy, señora, y como dicen que mancho los baldosines, no quiero pasar; digo que no paso... Me han sucedido cosas que no le quiero contar por no afligirla... Lleváronme presa, he pasado hambres... he padecido vergüenzas, malos tratos... Yo no hacía más que pensar en la señora, y en si tendría también hambre, y si estaría desamparada.

—No, no, *Nina*: desde que te fuiste, ¡mira qué casualidad!, entró la suerte en mi casa... Parece un milagro, ¿verdad? ¿Te acuerdas de lo que hablábamos, aburriditas en esta soledad, ¡ay!, en aquellas noches de miseria y sufrimientos? Pues el milagro es una verdad, hija, y ya puedes comprender que nos lo ha hecho tu don Romualdo; ese bendito, ese arcángel, que en su modestia no quiere confesar los beneficios que tú y yo le debemos... y niega sus méritos y virtudes... y dice que no tiene por sobrina a doña Patros..., y que no le han propuesto para obispo... Pero es él, es él, porque no puede haber otro, no, no puede haberlo, que realice estas maravillas.

Nina no contestó sílaba, y arrimándose a la puerta, sollozaba.

—Yo de buena gana te recibiría otra vez aquí —afirmó doña Francisca, a cuyo lado, en la sombra, se puso Juliana, sugiriéndole por lo bajo lo que había de decir—; pero no cabemos en casa, y estamos aquí muy incómodas... Ya sabes que te quiero, que tu compañía me agrada más que ninguna..., pero... ya ves... Mañana estaremos de mudanza, y se te hará un

hueco en la nueva casa... ¿Qué dices? ¿Tienes algo que decirme? Hija, no te quejarás: ten presente que te fuiste de mala manera, dejándome sin una miga de pan en casa, sola, abandonada... ¡Vaya con la *Nina*! Francamente, tu conducta merece que yo sea un poquito severa contigo... Y para que todo hable en contra tuya, olvidaste los sanos principios que siempre te enseñé, largándote por esos mundos en compañía de un morazo... Sabe Dios qué casta de pájaro será ése, y con qué sortilegios habrá conseguido hacerte olvidar las buenas costumbres. Dime, confíesamelo todo: ¿le has dejado ya?

—No, señora.

—¿Le has traído contigo?

—Sí, señora. Abajo está esperándome.

—Como eres así, capaz te creo de todo... ¡hasta de traérmele a casa!

—A casa le traía, porque está enfermo, y no le voy a dejar en medio de la calle —replicó *Benina* con firme acento.

—Ya sé que eres buena, y que a veces tu bondad te ciega y no miras por el decoro.

—Nada tiene que ver el decoro con esto, ni yo falto porque vaya con Almudena, que es un pobrecito. Él me quiere a mí... y yo le miro como un hijo.

La ingenuidad con que expresaba *Nina* su pensamiento no llegó a penetrar en el alma de doña Paca, que sin moverse de su asiento, y con los cuchillos en la falda, prosiguió diciéndole:

—No hay otra como tú para componer las cosas y retocar tus faltas hasta conseguir que parezcan perfecciones; pero yo te quiero, *Nina*; reconozco tus buenas cualidades, y no te abandonaré nunca.

—Gracias, señora, muchas gracias.

—No te faltará qué comer, ni cama en que dormir. Me has servido, me has acompañado, me has sostenido en mi adversidad. Eres buena, buenísima; pero no abuses, hija; no me digas que venías a casa con el moro *de los dátiles*, porque creeré que te has vuelto loca.

—A casa le traía, sí, señora, como traje a Frasquito Ponte, por caridad... Si hubo misericordia con el otro,

(2) Samdai: personaggio inventato dalla fantasia di Almudena che ha raccontato a Benina che gli apparve dall'aldilà offrendogli la scelta tra un ricco tesoro e il possesso di una donna bella, laboriosa e buona, alla ricerca della quale egli ha vagabondato per il mondo.

¿por qué no ha de haberla con éste? ¿O es que la caridad es una para el caballero de levita y otra para el pobre desnudo? Yo no lo entiendo así, yo no distingo... Por eso le traía; y si a él no le admite, será lo mismo que si a mí no me admitiera.

—A ti siempre..., digo, siempre no... quiero decir..., es que no tenemos hueco en casa... Somos cuatro mujeres, ya ves... ¿Volverás mañana? Coloca a ese desdichado en una buena fonda..., no, ¡qué disparate!, en el Hospital... No tienes más que dirigirte a don Romualdo... Dile de mi parte que yo lo recomiendo... que lo mire como cosa mía... ¡ay, no sé lo que digo!..., como cosa tuya, y tan tuya... En fin, hija, tú verás... Puede que os alberguen en la casa del señor de Cedrón, que debe de ser un caserón enorme que parece un convento... Yo, bien lo sabes, como criatura imperfecta, no tengo la virtud en el grado heroico que se necesita para alternar con la pobreza sucia y apestosa... No, hija, no: es cuestión de estómago y de nervios... De asco me moriría, bien lo sabes. Pues ¡digo, con la miseria que traerás sobre ti!... Yo, te quiero, *Nina*; pero ya conoces mi estómago... Veo una mota en la comida, y ya me revuelvo toda, y estoy mala tres días... Llévate tu ropa, si quieres mudarte... Juliana te dará lo que necesites... ¿Oyes lo que te digo? ¿Por qué callas? Ya, ya te entiendo. Te haces la humilde para disimular mejor tu soberbia... Todo te lo perdono; ya sabes que te quiero, que soy buena para ti... En fin, tú me conoces... ¿Qué dices?

—Nada, señora, no he dicho nada, ni tengo nada que decir... murmuró *Nina* entre dos suspiros hondos—. Quédese con Dios.

—Pero no te irás enojada conmigo —añadió con trémula voz doña Paca, siguiéndola a distancia en su lenta marcha por el pasillo.

—No, señora..., ya sabe que yo no me enfado... —replicó la anciana, mirándola más compasiva que enojada—. Adiós, adiós.

Obdulia condujo a su madre al comedor diciéndole:

—¡Pobre *Nina*!... Se va. Pues mira, a mí me habría gustado ver a ese moro Muza y hablar con él... ¡Esta Juliana, que en todo quiere meterse!

Atontada por crueles dudas que desconcertaban su espíritu, doña Francisca no pudo expresar ninguna idea, y siguió revisando los cubiertos desempeñados. En tanto, Juliana, conduciendo a la *Nina* hasta la puerta con suave opresión de su mano en la espalda de la mendiga, la despidió con estas afectuosas palabras:

—No se apure, *señá Benina*, que nada ha de faltarle... Le perdono el duro que le presté la semana pasada, ¿no se acuerda?

—Señora Juliana, sí que me acuerdo. Gracias.

—Pues bien: tome además este otro duro para que se acomode esta noche... Váyase mañana por casa, que allí encontrará su ropa...

—Señora Juliana, Dios se lo pague.

—En ninguna parte estará usted mejor que en la *Misericordia*, y si quiere, yo misma le hablaré a don Romualdo, si a usted le da vergüenza. Doña Paca y yo la recomendaremos... Porque mi señora madre política ha puesto en mí toda su confianza, y me ha dado su dinero para que se lo guarde... y le gobierne la casa, y le suministre cuanto pueda necesitar. Mucho tiene que agradecer a Dios por haber caído en estas manos...

—Buenas manos son, señora Juliana.

—Vaya por casa, y le diré lo que tiene que hacer.

—Puede que yo lo sepa sin necesidad de que usted me lo diga.

—Eso usted verá... Si no quiere ir por casa...

—Iré.

—Pues, *señá Benina*, hasta mañana.

—Señora Juliana, servidora de usted.

Bajó de prisa los gastados escalones, ansiosa de verse pronto en la calle. Cuando llegó junto al ciego, que en lugar próximo le esperaba, la pena inmensa que oprimía el corazón de la pobre anciana reventó en un llorar ardiente, angustioso, y golpeándose la frente con el puño cerrado, exclamó:

—¡Ingrata, ingrata, ingrata!

—*No yorar ti, amri* ⁽³⁾—le dijo el ciego, cariñoso, con habla sollozante—. Señora tuya mala ser, tú ángela.

—¡Qué ingratitud, Señor!... ¡Oh mundo... oh miseria!... Afrenta de Dios es hacer bien...

—Dir nosotros *luejos*... dirnos, *amri*... Dispreciar ti mondo malo.

—Dios ve los coraznes de todos; el mío también lo ve... Véalo, Señor de los cielos y la tierra, véalo pronto.

LEOPOLDO ALAS CLARÍN

LA REGENTA

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

La heroica ciudad dormía la siesta. El viento Sur, caliente y perezoso, empujaba las nubes blanquecinas que se rasgaban al correr hacia el Norte. En las calles no había más ruido que el rumor estridente de los remolinos de polvo, trapos, pajas y papeles que iban de arroyo en arroyo, de acera en acera, de esquina en esquina revolando y persiguiéndose, como mariposas que se buscan y huyen y que el aire envuelve en sus pliegues invisibles. Cual turbas de pilluelos, aquellas migajas de la basura, aquellas sobras de todo, se juntaban en un montón, parábanse como dormidas un momento y brincaban de nuevo sobresaltadas, dispersándose, trepando unas por las paredes hasta los cristales temblorosos de los faroles, otras hasta los carteles de papel mal pegado a las esquinas, y había pluma que llegaba a un tercer piso, y arenilla que se incrustaba

(3) No yorar ti, amri: no llores, amri (arabo: anima mia).

para días, o para años, en la vidriera de un escaparate, agarrada a un plomo.

Vetusta ⁽¹⁾, la muy noble y leal ciudad, corte en lejano siglo, hacía la digestión del cocido y de la olla podrida, y descansaba oyendo entre sueños el monótono y familiar zumbido de la campana de coro, que retumbaba allá en lo alto de la esbelta torre en la Santa Basílica. La torre de la catedral, poema romántico de piedra, delicado himno, de dulces líneas de belleza muda y perenne, era obra del siglo dieciséis, aunque antes comenzada, de estilo gótico, pero, cabe decir, moderado por un instinto de prudencia y armonía que modificaba las vulgares exageraciones de esa arquitectura. La vista no se fatigaba contemplando horas y horas aquel índice de piedra que señalaba al cielo; no era una de esas torres cuya aguja se quiebra de sutil, más flacas que esbeltas, amaneradas como señoritas cursis que aprietan demasiado el corsé; era maciza sin perder nada de su espiritual grandeza, y hasta sus segundos corredores, elegante balaustrada, subía como fuerte castillo, lanzándose desde allí en pirámide de ángulo gracioso, inimitable en sus medidas y proporciones. Como haz de músculos y nervios, la piedra, enroscándose en la piedra, trepaba a la altura, haciendo equilibrios de acróbata en el aire; y como prodigio de juegos malabares ⁽²⁾, en una punta de caliza ⁽³⁾ se mantenía, cual imantada, una bola grande de bronce dorado, y encima otra más pequeña, y sobre ésta una cruz de hierro que acababa en pararrayos.

Cuando en las grandes solemnidades el cabildo mandaba iluminar la torre con faroles de papel y vasos de colores, parecía bien, destacándose en las

tinieblas, aquella romántica mole; pero perdía con estas galas la inefable elegancia de su perfil y tomaba los contornos de una enorme botella de champaña. Mejor era contemplarla en clara noche de luna, resaltando en un cielo puro, rodeada de estrellas que parecían su aureola, doblándose en pliegues de luz y sombra, fantasma gigante que velaba por la ciudad pequeña y negruzca que dormía a sus pies.

PRIMERA PARTE

CAP. XV

En lo alto de la escalera, en el descanso del primer piso, doña Paula, con una palmatoria en una mano y el cordel de la puerta de la calle en la otra, veía silenciosa, inmóvil, a su hijo subir lentamente con la cabeza inclinada, oculto el rostro por el sombrero de anchas alas.

Le había abierto ella misma, sin preguntar quién era, segura de que tenía que ser él. Ni una palabra al verle. El hijo subía y la madre no se movía, parecía dispuesta a estorbarle el paso, allí en medio, tiesa, como un fantasma negro, largo y anguloso.

Cuando De Pas llegaba a los últimos peldaños, doña Paula dejó el puesto y entró en el despacho. Don Fermín la miró entonces, sin que ella le viese.

Reparó que su madre traía parches untados con sebo sobre las sienes; unos parches grandes, ostentosos.

“Lo sabe todo” pensó el Provisor. Cuando su madre callaba y se ponía parches de sebo, daba a entender que no podía estar más enfadada, que estaba furiosa. Al pasar junto al comedor, De Pas vio la mesa puesta con dos cubiertos. Era temprano para cenar, otras noches no se extendía el mantel hasta las nueve y media; y acababan de dar las nueve.

Doña Paula encendió sobre la mesa del despacho el quinqué de aceite con que velaba su hijo.

Él se sentó en el sofá, dejó el sombrero a un lado y se limpió la frente con el pañuelo. Miró a doña Paula.

-¿Le duele la cabeza, madre?

-Me ha dolido. ¡Teresina!

-Señora.

-¡La cena!

Y salió del despacho. El Provisor hizo un gesto de paciencia y salió tras ella. “No era todavía hora de cenar, faltaban más de cuarenta minutos... pero ¿quién se lo decía a ella?”

Doña Paula se sentó junto a la mesa, de lado, como los cómicos malos en el teatro. Junto al cubierto de don Fermín había un palillero, un taller con sal, aceite y vinagre. Su servilleta tenía servilletero; la de su madre no.

Teresina, grave, con la mirada en el suelo, entró con el primer plato, que era una ensalada.

-¿No te sientas? -preguntó al Provisor su madre.

-No tengo apetito... pero tengo mucha sed...

-¿Estás malo?

-No, señora... eso no.

-¿Cenarás más tarde?

-No, señora, tampoco...

El Magistral ocupó su asiento enfrente de doña Paula, que se sirvió en silencio.

Con un codo apoyado en la mesa y la cabeza en la mano, De Pas contemplaba a su señora madre, que comía de prisa, distraída, más pálida que solía estar, con los grandes ojos azules, claros y fríos fijos en un pensamiento que debía de ver ella en el suelo.

Teresina entraba y salía sin hacer ruido, como un gato bien educado. Acercó la ensalada al señorito.

-Ya he dicho que no ceno.

-Déjale, no cena. Ella no lo había oído, hombre.

Y acarició a la criada con los ojos.

Nuevo silencio.

De Pas hubiera preferido una discusión inmediatamente. Todo, antes que los parches y el silencio. Estaba sintiendo náuseas y no se atrevía a pedir una taza de té. Se moría de sed, pero temía beber agua.

NOTE – Per il testo seguiamo l'ed. a c. di Gonzalo Sobejano, Madrid, Castalia, 1981. Traduzione di Flaviarosa Rossini, Torino, UTET, 1960.

⁽¹⁾ Vetusta: nome fittizio di Oviedo, dove la vicenda è ambientata.

⁽²⁾ Juegos malabares: esercizi d'equilibrio.

⁽³⁾ Caliza: calcare.

Doña Paula hablaba con Teresa más que de costumbre y con una amabilidad que usaba muy pocas veces.

La trataba como si hubiera que consolarla de alguna desgracia de que en parte tuviera la misma doña Paula la culpa. Esto al menos creyó notar el Magistral.

Faltaba algo que estaba en el aparador y el ama se levantaba y lo traía ella misma.

Pidió azúcar don Fermín para echarlo en el vaso de agua y su madre dijo:

-Está arriba la azucarera, en mi cuarto.... Deja, iré yo por ella.

-Pero, madre...

-Déjame.

Teresina quedó a solas con su amo y mientras le servía agua dejando caer el chorro desde muy alto, suspiró discretamente.

De Pas la miró, un poco sorprendido. Estaba muy guapa; parecía una virgen de cera. Ella no levantó los ojos. De todas maneras, le era antipática. Su madre la mimaba y a los criados no hay que darles alas.

Bajó doña Paula y cuando salió Teresina dijo, mientras miraba hacia la puerta:

-La pobre no sé cómo tiene cuerpo.

-¿Por qué? - preguntó don Fermín que acababa de oír el primer trueno.

Su madre, que estaba en pie junto a él, revolviendo el azúcar en el vaso, le miró desde arriba con gesto de indignación.

-¿Por qué? Ha ido esta tarde dos veces a Palacio, una vez a casa del Arcipreste, otra a casa de Carraspique, otra a casa de Páez, otra a casa del Chato, dos a la Catedral, dos a la Santa Obra, una vez a las Paulinas, otra... ¡qué sé yo! Está muerta la pobre.

-¿Y a qué ha ido? -contestó De Pas al segundo trueno.

Pausa solemne. Doña Paula volvió a sentarse y haciendo alarde de una paciencia, que ni la de un santo, dijo, con mucha calma, pesando las sílabas:

-A buscarte, Fermo, a eso ha ido.

-Mal hecho, madre. Yo no soy un chiquillo para que se me busque de casa en casa. ¿Qué diría Carraspique, qué diría Páez...? Todo eso es ridículo....

-Ella no tiene la culpa; hace lo que le mandan. Si está mal hecho, riñeme a mí.

-Un hijo no riñe a su madre.

-Pero la mata a disgustos; la compromete, compromete la casa... la fortuna, la honra... la posición... todo... por una... por una.... ¿Dónde ha comido usted?

Era inútil mentir, además de ser vergonzoso. Su madre lo sabía todo de fijo. El Chato se lo habría contado. El Chato que le habría visto apearse de la carretela en el Espolón.

-He comido con los marqueses de Vegallana; eran los días de Paquito; se empeñaron... no hubo remedio; y no mandé aviso... porque era ridículo, porque allí no tengo confianza para eso....

-¿Quién comió allí?

-Cincuenta, ¿qué sé yo?

-¡Basta, Fermo, basta de disimulos! -gritó con voz ronca la de los parches. Se levantó, cerró la puerta, y en pie y desde lejos prosiguió:

-Has ido allí a buscar a esa... señora... has comido a su lado... has paseado con ella en coche descubierto, te has visto toda Vetusta, te has apeado en el Espolón; ya tenemos otra Brigadiera... Parece que necesitas el escándalo, quieres perderme.

-¡Madre! ¡madre!

-¡Si no hay madre que valga! ¿te has acordado de tu madre en todo el día? ¿No la has dejado comer sola, o mejor dicho, no comer? ¿te importó nada que tu madre se asustara, como era natural? ¿Y qué has hecho después hasta las diez de la noche?

-¡Madre, madre, por Dios! yo no soy un niño....

-No, no eres un niño; a ti no te duele que tu madre se consuma de impaciencia, se muera de incertidumbre.... La madre es un mueble que sirve para cuidar de la hacienda, como un perro; tu madre te da su sangre, se arranca los ojos por ti, se condena por ti... pero tú no eres un niño, y das tu sangre, y los ojos, y la salvación... por una mujerota....

-¡Madre!

-¡Por una mala mujer!

-¡Señora!

-Cien veces, mil veces peor, que esas que le tiran de la levita a don Saturno, porque ésas cobran, y dejan en paz al que las ha buscado; pero las señoras, chupan la vida, la honra... deshacen en un mes lo que yo hice en veinte años.... ¡Fermo... eres un ingrato...! ¿eres un loco!

Se sentó fatigada y con el pañuelo que traía a la cabeza improvisó una banda para las sienes.

-¡Va a estallarme la frente!

-¡Madre, por Dios! sosiéguese usted. Nunca la he visto así... ¿Pero qué pasa? ¿qué pasa...? Todo es calumnia... ¡y qué pronto... qué pronto... la han urdido! ¡Qué Brigadiera ni qué señoronas... si no hay nada de eso... si yo le juro que no es eso... si no hay nada!

-No tienes corazón, Fermo, no tienes corazón.

-Señora, ve usted lo que no hay... yo le aseguro...

-¿Qué has hecho hasta las diez de la noche? Rondar la casa de esa gigantona... de fijo....

-¡Por Dios, señora! esto es indigno de usted. Está usted insultando a una mujer honrada, inocente, virtuosa; no he hablado con ella tres veces... es una santa....

-Es una como las otras.

-¿Cómo qué otras?

-Como las otras.

-¡Señora! ¡Si la oyeran a usted!

-¡Ta, ta, ta! Si me oyeran me callaría. Fermo... a buen entendedor... Mira, Fermo... tú no te acuerdas, pero yo sí... yo soy la madre que te parió ¿sabes? y te conozco... y conozco el mundo... y sé tenerlo todo en cuenta... todo... Pero de estas cosas no podemos hablar tú y yo... ni a solas... ya me entiendes... pero... bastante buena soy, bastante he callado, bastante he visto.

-No ha visto usted nada...

-Tienes razón... no he visto... pero he comprendido y ya ves... nunca te hablé de estas... porquerías, pero

ahora parece que te complaces en que te vean... tomas por el peor camino...

-Madre... usted lo ha dicho, es absurdo, es indecoroso que usted y yo hablemos, aunque sea en cifra, de ciertas cosas...

-Ya lo veo, Fermo, pero tú lo quieres. Lo de hoy ha sido un escándalo.

-Pero si yo le juro a usted que no hay nada; que esto no tiene nada que ver con todas esas otras calumnias de antaño....

-Peor; peor que peor.... Y sobre todo lo que yo temo es que el otro se entere, que Camoirán crea todo eso que ya dicen.

-¡Que ya dicen! ¡En dos días!

-Sí, en dos; en medio... en una hora.... ¿No ves que te tienen ganas? ¿que llueve sobre mojado...? ¿Hace dos días? Pues ellos dirán que hace dos meses, dos años, lo que quieran. ¿Empieza ahora? Pues dirán que ahora se ha descubierto. Conocen al Obispo, saben que sólo por ahí pueden atacarte... Que le digan a Camoirán que has robado el copón... no lo cree... pero eso sí; ¡acuérdate de la Brigadiera...!

-¡Qué Brigadiera... madre... qué Brigadiera...! Es que no podemos hablar de estas cosas... pero... si yo le explicara a usted....

-No necesito saber nada... todo lo comprendo... todo lo sé... a mi modo. Fermo, ¿te fue bien toda la vida dejándote guiar por tu madre, en estas cosas miserables de tejas abajo? ¿Te fue bien?

-¡Sí, madre mía, sí!

-¿Te saqué yo o no de la pobreza?

-¡Sí, madre del alma!

-¿No nos dejó tu pobre padre muertos de hambre y con el agua al cuello, todo embargado, todo perdido?

-Sí, señora, sí... y eternamente yo....

-Déjate de eternidades... yo no quiero palabras, quiero que sigas creyéndome a mí; yo sé lo que hago. Tú predicas, tú alucinas al mundo con tus buenas palabras y buenas formas... yo sigo mi juego. Fermo, si siempre ha sido así, ¿por qué te me tuerces? ¿Por qué te me escapas?

-Si no hay tal, madre.

-Sí hay tal, Fermo. No eres un niño, dices... es verdad... pero peor si eres un tonto.... Sí, un tonto con toda tu sabiduría. ¿Sabes tú pegar puñaladas por la espalda, en la honra? Pues mira al Arcediano, torcido y todo, las da como un maestro... ahí tienes un ignorante que sabe más que tú.

Doña Paula se había arrancado los parches, las trenzas espesas de su pelo blanco cayeron sobre los hombros y la espalda; los ojos apagados casi siempre, echaban fuego ahora, y aquella mujer cortada a hachazos parecía una estatua rústica de la Elocuencia prudente y cargada de experiencia.

La tempestad se había deshecho en lluvia de palabras y consejos. Ya no se reñía, se discutía con calor, pero sin ira. Los recuerdos evocados, sin intención patética, por doña Paula, habían enternecido a Fermo. Ya había allí un hijo y una madre, y no había miedo de que las palabras fuesen rayos.

Doña Paula no se enternecía, tenía esa ventaja. Llamaba mojigangas a las caricias, y quería a su hijo mucho a su manera, desde lejos. Era el suyo un cariño opresor, un tirano. Fermo, además de su hijo era su capital, una fábrica de dinero. Ella le había hecho hombre, a costa de sacrificios, de vergüenzas de que él no sabía ni la mitad, de vigiliadas, de sudores, de cálculos, de paciencia, de astucia, de energía y de pecados sórdidos; por consiguiente no pedía mucho si pedía intereses al resultado de sus esfuerzos, al Provisor de Vetusta. El mundo era de su hijo, porque él era el de más talento, el más elocuente, el más sagaz, el más sabio, el más hermoso; pero su hijo era de ella, debía cobrar los réditos de su capital, y si la fábrica se paraba o se descomponía, podía reclamar daños y perjuicios, tenía derecho a exigir que Fermo continuase produciendo.

SEGUNDA PARTE

CAP. XIX

Ya no tenía compasión de la enferma; ya no había allí más que nervios... y empezó a pensar en sí mismo exclusivamente. Entraba y salía a cada momento en la alcoba de Ana; casi nunca se sentaba, y hasta llegó a fastidiarle el registro de medicinas y demás pormenores íntimos. El médico tuvo que entenderse con Petra. Quintanar inventaba sofismas y hasta mentiras para estar fuera, en su despacho, en el Parque. "¡Qué gran cosa eran el Arte y la Naturaleza! En rigor todo era uno, Dios el autor de todo." Y respiraba don Víctor las auras de abril con placer voluptuoso, tragando aire a dos carrillos. Volvió a componer sus maquinillas, soñó con nuevos inventos, y envidió a Frigilis la aclimatación del Eucaliptus globulus ⁽⁴⁾ en Vetusta.

La Regenta notó la ausencia de su marido; la dejaba sola horas y horas que a él le parecían minutos. Cuando las congojas la anegaban en mares de tristeza, que parecían sin orillas, cuando se sentía como aislada del mundo, abandonada sin remedio, ya no llamaba a Quintanar, aunque era el único ser vivo de quien entonces se acordaba; prefería dejarle tranquilo allá fuera, porque si venía le hacía daño con aquel desdén gárrulo y absurdo de los padecimientos nerviosos.

Una tarde de color de plomo, más triste por ser de primavera y parecer de invierno, la Regenta, incorporada en el lecho, entre murallas de almohadas, sola, oscuro ya el fondo de la alcoba, donde tomaban posturas trágicas abrigos de ella y unos pantalones que don Víctor dejara allí; sin fe en el médico, creyendo en no sabía qué mal incurable que no comprendían los doctores de Vetusta, tuvo de repente, como un amargor del cerebro, esta idea: "Estoy sola en el mundo". Y el mundo era plomizo,

(4) Eucaliptus globulus: planta subtropical.

amarillento o negro según las horas, según los días; el mundo era un rumor triste, lejano, apagado, donde había canciones de niñas, monótonas, sin sentido; estrépito de ruedas que hacen temblar los cristales, rechinar las piedras y que se pierde a lo lejos como el gruñir de las olas rencorosas; el mundo era una contradanza del sol dando vueltas muy rápidas alrededor de la tierra, y esto eran los días; nada. Las gentes entraban y salían en su alcoba como en el escenario de un teatro, hablaban allí con afectado interés y pensaban en lo de fuera: su realidad era otra, aquello la máscara. “Nadie amaba a nadie. Así era el mundo y ella estaba sola.” Miró a su cuerpo y le pareció tierra. “Era cómplice de los otros, también se escapaba en cuanto podía; se parecía más al mundo que a ella, era más del mundo que de ella.” “Yo soy mi alma”, dijo entre dientes, y soltando las sábanas que sus manos oprimían, resbaló en el lecho, y quedó supina mientras el muro de almohadas se desmoronaba. Lloró con los ojos cerrados. La vida volvía entre aquellas olas de lágrimas. Oyó la campana de un reloj de la casa. Era la hora de una medicina. Era aquella tarde el encargado de dársela Quintanar y no parecía. Ana esperó. No quiso llamar y se inclinó hacia la mesilla de noche. Sobre un libro de pasta ⁽⁵⁾ verde estaba un vaso. Lo tomó y bebió. Entonces leyó distraída en el lomo del libro voluminoso: *Obras de Santa Teresa. I.*

Se estremeció, tuvo un terror vago; acudió de repente a su memoria aquella tarde ⁽⁶⁾ de la lectura de San Agustín en la glorieta de su huerto, en Loreto, cuando era niña, y creyó oír voces sobrenaturales que estallaban en su cerebro; ahora no tenía la cándida fe de entonces. “Era una casualidad, pura casualidad la presencia de aquel libro místico coincidiendo con los pensamientos de abandono que la entristecían, y despertando ideas de piedad, con fuerte impulso, con calor del alma, serias, profundas, no impuestas,

⁽⁵⁾ Pasta: rilegatura.

⁽⁶⁾ Aquella tarde: episodio riferito nel cap. IV.

sino como reveladas y acogidas al punto con abrazos del deseo.... Pero no importaba, fuera o no aviso del cielo, ella tomaba la lección, aprovechaba la coincidencia, entendía el sentido profundo del azar. ¿No se quejaba de que estaba sola, no había caído como desvanecida por la idea del abandono...? Pues allí estaban aquellas letras doradas: *Obras de Santa Teresa. I.* ¡Cuánta elocuencia en un letrero! ¡Estás sola! pues ¿y Dios?”

El pensamiento de Dios fue entonces como una brasa metida en el corazón; todo ardió allí dentro en piedad; y Ana, con irresistible ímpetu de fe ostensible, viva, material, fortísima, se puso de rodillas sobre el lecho, toda blanca; y ciega por el llanto, las manos juntas temblando sobre la cabeza, balbuciente, exclamó con voz de niña enferma y amorosa:

—¡Padre mío! ¡Padre mío! ¡Señor! ¡Señor! ¡Dios de mi alma!

Sintió escalofríos y ondas de mareo que subían al cerebro; se apoyó en el frío estuco, y cayó sin sentido sobre la colcha de damasco rojo.

A pesar de la prohibición de don Víctor, vino el retroceso, recayó la enferma, y se volvió a los sustos, a los apuros, a las noches en vela; el médico volvió a ser un oráculo, los pormenores de alcoba negocios arduos, el reloj un dictador lacónico.

SEGUNDA PARTE

CAP. XXX

Llegó Octubre, y una tarde en que soplaba el viento Sur perezoso y caliente, Ana salió del caserón de los Ozores y con el velo tupido sobre el rostro, toda de negro, entró en la catedral solitaria y silenciosa. Ya había terminado el coro.

Algunos canónigos y beneficiados ocupaban sus respectivos confesonarios esparcidos por las capillas laterales y en los intercolumnios del ábside, en el trasaltar.

¡Cuánto tiempo hacía que ella no entraba allí!

Como quien vuelve a la patria, Ana sintió lágrimas de ternura en los ojos. ¡Pero qué triste era lo que la decía el templo hablando con bóvedas, pilares, cristalerías, naves, capillas... hablando con todo lo que contenía a los recuerdos de la Regenta...!

Aquel olor singular de la catedral, que no se parecía a ningún otro, olor fresco y de una voluptuosidad íntima, le llegaba al alma, le parecía música sorda que penetraba en el corazón sin pasar por los oídos.

“¡Ay si renaciera la fe! ¡Si ella pudiese llorar como una Magdalena a los pies de Jesús!”

Y por la vez primera, después de tanto tiempo, sintió dentro de la cabeza aquel estallido que le parecía siempre voz sobrenatural, sintió en sus entrañas aquella ascensión de la ternura que subía hasta la garganta y producía un amago de estrangulación deliciosa... Salieron lágrimas a los ojos, y sin pensar más, Ana entró en la capilla oscura donde tantas veces el Magistral le había hablado del cielo y del amor de las almas.

“¿Quién la había traído allí? No lo sabía. Iba a confesar con cualquiera y sin saber cómo se encontraba a dos pasos del confesonario de aquel hermano mayor del alma, a quien había calumniado el mundo por culpa de ella y a quien ella misma, aconsejada por los sofismas de la pasión grosera que la había tenido ciega, había calumniado también pensando que aquel cariño del sacerdote era amor brutal, amor como el de Álvaro, el infame, cuando tal vez era puro afecto que ella no había comprendido por culpa de la propia torpeza.”

“Volver a aquella amistad ¿era un sueño? El impulso que la había arrojado dentro de la capilla ¿era voz de lo alto o capricho del histerismo, de aquella maldita enfermedad que a veces era lo más íntimo de su deseo y de su pensamiento, ella misma?” Ana pidió de todo corazón a Dios, a quien claramente creía ver en tal instante, le pidió que fuera voz Suya aquella, que el Magistral fuera el hermano del alma en quien tanto tiempo había

creído y no el solicitante lascivo que le había pintado Mesía el infame. Ana oró, con fervor, como en los días de su piedad exaltada; creyó posible volver a la fe y al amor de Dios y de la vida, salir del limbo de aquella somnolencia espiritual que era peor que el infierno; creyó salvarse cogida a aquella tabla de aquel cajón sagrado que tantos sueños y dolores suyos sabía....

La escasa claridad que llegaba de la nave y los destellos amarillentos y misteriosos de la lámpara de la capilla se mezclaban en el rostro anémico de aquel Jesús del altar, siempre triste y pálido, que tenía concentrada la vida de estatua en los ojos de cristal que reflejaban una idea inmóvil, eterna.... Cuatro o cinco bultos negros llenaban la capilla. En el confesonario sonaba el cuchicheo de una beata como rumor de moscas en verano vagando por el aire.

El Magistral estaba en su sitio.

Al entrar la Regenta en la capilla, la reconoció a pesar del manto. Oía distraído la cháchara de la penitente; miraba a la verja de la entrada, y de pronto aquel perfil conocido y amado, se había presentado como en un sueño. El talle, el contorno de toda la figura, la genuflexión ante el altar, otras señales que sólo él recordaba y reconocía, le gritaron como una explosión en el cerebro:

—“¡Es Ana!”

La beata de la celosía continuaba el rum rum de sus pecados. El Magistral no la oía, oía los rugidos de su pasión que vociferaban dentro.

Cuando calló la beata volvió a la realidad el clérigo, y como una máquina de echar bendiciones desató las culpas de la devota, y con la misma mano hizo señas a otra para que se acercase a la celosía vacante.

Ana había resuelto acercarse también, levantar el velo ante la red de tablillas oblicuas, y a través de aquellos agujeros pedir el perdón de Dios y el del hermano del alma, y si el perdón no era posible, pedir la penitencia sin el perdón, pedir la fe perdida o adormecida o quebrantada, no sabía qué, pedir la fe aunque fuera con el terror del infierno... Quería llorar allí, donde había llorado tantas veces, unas con

amargura, otras sonriendo de placer entre las lágrimas; quería encontrar al Magistral de aquellos días en que ella le juzgaba emisario de Dios, quería fe, quería caridad... y después el castigo de sus pecados, si más castigo merecía que aquella oscuridad y aquel sopor del alma....

El confesonario crujía de cuando en cuando, como si le rechinaran los huesos.

El Magistral dio otra absolución y llamó con la mano a otra beata.... La capilla se iba quedando despejada. Cuatro o cinco bultos negros, todos absueltos, fueron saliendo silenciosos, de rato en rato; y al fin quedaron solos la Regenta, sobre la tarima del altar, y el Provisor dentro del confesonario.

Ya era tarde. La catedral estaba sola. Allí dentro ya empezaba la noche.

Ana esperaba sin aliento, resuelta a acudir, la seña que la llamase a la celosía...

Pero el confesonario callaba. La mano no aparecía, ya no crujía la madera.

Jesús de talla, con los labios pálidos entreabiertos y la mirada de cristal fija, parecía dominado por el espanto, como si esperase una escena trágica inminente.

Ana, ante aquel silencio, sintió un terror extraño...

Pasaban segundos, algunos minutos muy largos, y la mano no llamaba....

La Regenta, que estaba de rodillas, se puso en pie con un valor nervioso que en las grandes crisis le acudía... y se atrevió a dar un paso hacia el confesonario.

Entonces crujió con fuerza el cajón sombrío, y brotó de su centro una figura negra, larga. Ana vio a la luz de la lámpara un rostro pálido, unos ojos que pinchaban como fuego, fijos, atónitos como los del Jesús del altar...

El Magistral extendió un brazo, dio un paso de asesino hacia la Regenta, que horrorizada retrocedió hasta tropezar con la tarima. Ana quiso gritar, pedir socorro y no pudo. Cayó sentada en la madera, abierta la boca, los ojos espantados, las manos

extendidas hacia el enemigo, que el terror le decía que iba a asesinarla.

El Magistral se detuvo, cruzó los brazos sobre el vientre. No podía hablar, ni quería. Temblábale todo el cuerpo, volvió a extender los brazos hacia Ana... dio otro paso adelante... y después clavándose las uñas en el cuello, dio media vuelta, como si fuera a caer desplomado, y con piernas débiles y temblonas salió de la capilla. Cuando estuvo en el trascoro, sacó fuerzas de flaqueza, y aunque iba ciego, procuró no tropezar con los pilares y llegó a la sacristía sin caer ni vacilar siquiera.

Ana, vencida por el terror, cayó de bruces sobre el pavimento de mármol blanco y negro; cayó sin sentido.

La catedral estaba sola. Las sombras de los pilares y de las bóvedas se iban juntando y dejaban el templo en tinieblas.

Celedonio, el acólito afeminado, alto y escuálido, con la sotana corta y sucia, venía de capilla en capilla cerrando verjas. Las llaves del manajo sonaban chocando.

Llegó a la capilla del Magistral y cerró con estrépito.

Después de cerrar tuvo aprensión de haber oído algo allí dentro; pegó el rostro a la verja y miró hacia el fondo de la capilla, escudriñando en la oscuridad. Debajo de la lámpara se le figuró ver una sombra mayor que otras veces...

Y entonces redobló la atención y oyó un rumor como un quejido débil, como un suspiro.

Abrió, entró y reconoció a la Regenta desmayada.

Celedonio sintió un deseo miserable, una perversión de la perversión de su lascivia: y por gozar un placer extraño, o por probar si lo gozaba, inclinó el rostro asqueroso sobre el de la Regenta y le besó los labios.

Ana volvió a la vida rasgando las nieblas de un delirio que le causaba náuseas.

Había creído sentir sobre la boca el vientre viscoso y frío de un sapo.

EMILIA PARDO BAZÁN

de LA CUESTIÓN PALPITANTE

XIX

EN ESPAÑA (Continuación)

Para decir dónde empieza el realismo español contemporáneo, hay que remontarse a algunos pasajes de las novelas de *Fernán Caballero*, y sobre todo, a los autores de las *Escenas matritenses* y *Ayer, hoy y mañana*, sin olvidar a *Fíguro* en sus artículos de costumbres. A pesar de lo mucho que se diferencian el razonable y discreto Mesonero Romanos y el benévolo Flórez del alado, cáustico y nervioso Larra, sus estudios sociales coinciden en cierto templado realismo, salpimentado de sátira. Cuando tanta novela de aquella época pasó para no volver, los escritos ligeros de *Fíguro* y del *Curioso Parlante* se conservan en toda su frescura, porque los embalsama la mirra preciosa de la verdad. Acrecienta su interés el ser espejo de las añejas costumbres nacionales que desaparecían y las nuevas que venían a reemplazarlas; en suma, de una completa transformación social.

Pereda es descendiente en línea recta de aquellos donosos, perspicaces y amables *costumbristas*. Adhirióse francamente a su escuela, pero trasladándola de las ciudades al campo, al corazón de las montañas de Santander. Bizarro adalid tiene en Pereda el realismo hispano: al leer algunas páginas del insigne autor de las *Escenas montañosas*, parece que vemos resucitar a *Teniers* ⁽¹⁾ o a Tirso de Molina. Puédese comparar el talento de Pereda a un

NOTE – Per il testo seguiamo l'ed. di Harry C. Kirby jr. (vol. III delle *Obras Completas*), Madrid, Aguilar, 1973.

⁽¹⁾ Teniers: pittore fiammingo (1610-1690), famoso tra l'altro per le sue scene d'osteria.

huerto hermoso, bien regado, bien cultivado, oreado por aromáticas y salubres auras campestres, pero de limitados horizontes; me daré prisa a explicar esto de los horizontes, no sea que alguien lo entienda de un modo ofensivo para el simpático escritor. No sé si con deliberado propósito o porque a ello le obliga el residir donde reside, Pereda se concreta a describir y narrar tipos y costumbres santanderinas, encerrándose así en breve círculo de asuntos y personajes. *Descuella* ⁽²⁾ como pintor de un país determinado, como poeta bucólico de una campiña siempre igual, y jamás intentó estudiar a fondo los medios civilizados, la vida moderna en las grandes capitales, vida que le es antipática y de la cual abomina; por eso calificué de limitado el horizonte de Pereda, y por eso cumple declarar que si desde el huerto de Pereda no se descubre extenso panorama, en cambio, el sitio es de lo más ameno, fértil y deleitable que se conoce.

Pereda, a Dios gracias, no cae en el optimismo, a veces empalagoso, de *Trueba* ⁽³⁾ y *Fernán*; al contrario, sus paletos, por otra parte divertidísimos, se muestran ignorantes, maliciosos y zafios, como los paletos de veras, y no obstante, los tales rústicos son hijos predilectos del autor, a quien visiblemente enamora la sana, apacible y regeneradora vida rural, tanto como le repugnan los centros obreros e industriales y su desconsolada miseria. Pereda traza con amor los perfiles de *Jándalos* ⁽⁴⁾, labriegos y mayorazguetes de aldea, gente sencilla, apegada a lo que de antiguo conoce, rutinaria y sin muchos repliegues psíquicos. Si algún día concluyen por agotársele los temas de la *tierruca* ⁽⁵⁾ -peligro no inminente para un ingenio como el de Pereda-, por

⁽²⁾ Descuella: eccelle.

⁽³⁾ Trueba: scrittore costumbrista spagnolo (1819-1889).

⁽⁴⁾ Jándalos: chi è tornato dall'Andalusia portandone accento ed abitudini.

⁽⁵⁾ Tierruca: il diminutivo in -uco è tipico della zona di Santander.

fuerza habrá de salir de sus favoritos cuadros regionales y buscar nuevos rumbos. No falta, entre los numerosos y apasionados admiradores de Pereda, quien desea ardientemente que varíe la tocata. Yo ignoro si el hacerlo sería ventajoso para el gran escritor; siempre reina cierta misteriosa armonía entre el estilo y facultades de un autor y los asuntos que elige; esta concordia procede de causas íntimas; además, el realismo perdería mucho si Pereda saliese de la *montaña* ⁽⁶⁾. Pereda observa con gran lucidez cuando la realidad que tiene delante no subleva su alma, antes le divierte con el espectáculo de ridiculeces y manías profundamente cómicas; pero acaso rompiese el pincel por no copiar las llagas más hediondas y la corrupción más refinada de otros sitios y otras gentes.

Para el realismo, poseer a Pereda es poseer un tesoro, no sólo por lo que vale, sino por las ideas religiosas y políticas que profesa. Pereda es argumento vivo y palpable demostración de que el realismo no fue introducido en España como mercancía francesa de contrabando, sino que los que aman juntamente la tradición literaria y las demás tradiciones, lo resucitan. Cosa que no cogerá de nuevo a los inteligentes, pero sí a la turba innumerable que cuenta la era realista desde el advenimiento de Zola.

Si Pereda tiene el realismo en la masa de la sangre, no así Galdós. Por cierto fondo humano y cierta sencillez magistral de sus creaciones, por la natural tendencia de su claro entendimiento hacia la verdad y por la franqueza de su observación, el egregio novelista se halló siempre dispuesto a pasarse al naturalismo con armas y bagajes; pero sus inclinaciones estéticas eran idealistas, y sólo en sus últimas obras ha adoptado el método de la novela moderna y ahondado más y más en el corazón humano, y roto de una vez con lo pintoresco y con

⁽⁶⁾ Montaña: per antonomasia l'entroterra montuoso di Santander.

los personajes representativos para abrazarse a la tierra que pisamos. Aunque no gusto de citarme a mí misma, he de recordar aquí lo que dije de Galdós, hará sobre tres años, en un estudio no muy breve que consagré a sus obras en la *Revista Europea*. Desde aquella fecha, mis opiniones literarias se han modificado bastante, y mi criterio estético se formó, como se forma el de todo el mundo, por medio de la lectura y de la reflexión; desde entonces me propuse conocer la novela moderna, y no sólo llegó a parecerme el género más comprensivo e importante en la actualidad, y más propio de nuestro siglo, que reemplaza y llena el hueco producido por la muerte de la epopeya, sino el género en que, por altísima prerrogativa, los fueros de la verdad se imponen, la observación desinteresada reina, y la historia positiva de nuestra época ha de quedar escrita con caracteres de oro. No obstante, entonces como hoy, Galdós era para mí novelista de primer orden, sol del firmamento literario, porque en él se reúnen las dotes de equilibrio y armonía, abundancia y vigor; porque su estilo, si no cabe en la estrecha y cincelada ánfora de Valera, fluye a oleadas de una urna preciosa; porque posee felicísima inventiva y ese don de la fecundidad, don funesto para los malos escritores y aun para los medianos que propenden a dormir, prenda de valor inestimable para los grandes artistas. Con una sola novela o con un fragmento de oda puede ganarse la inmortalidad, es cierto; pero hay algo que cautiva y suspende en la manifestación de la energía creadora de esos escritores y poetas que son ellos solos un mundo, y que dejan en pos de sí larga posteridad de héroes y heroínas; los Shakespeare, los Balzac, los Walter Scott, los Galdós.

Mas lo que desaprobaba entonces en el Galdós de los *Episodios*, lo que me parecía el lado flaco de su extraordinario talento, era la tendencia docente -en un sentido amplio e histórico, es cierto, pero docente al cabo-, el alegato ⁽⁷⁾ sistemático contra la España

(7) Alegato: citazione in giudizio.

antigua, las paletadas de tierra arrojadas sobre lo que fue; y esta tendencia, que cada vez se iba acentuando más en la magnífica epopeya de los *Episodios*, hasta declararse explícitamente en la segunda serie, hizo explosión, digámoslo así, en *Doña Perfecta*, en *Gloria*, en *La familia de León Roch*, novelas trascendentalísimas, de tesis y hasta simbólicas. Por fortuna, o más bien por el tino que guía al genio, Galdós retrocedió para huir de ese callejón sin salida, y en *El Amigo Manso* y en *La Desheredada* comprendió que la novela hoy, más que enseñar o condenar estos o aquellos ideales políticos, ha de tomar nota de la verdad ambiente y realizar con libertad y desembarazo la hermosura. ¡Bien haya el ilustre escritor, bien haya por haber sacudido el yugo de ideas preconcebidas! Sus desposorios con el realismo le preservarán de la tentación de hacerse en sus novelas paladín del libre pensamiento y del sistema constitucional, cosas que yo aquí no juzgo, pero que en los admirables libros de Galdós no hacen falta como *espíritu informante*.

RUBÉN DARÍO

AUTUMNAL (a)

Eros, Vida, Lumen.

En las pálidas tardes
yerran nubes tranquilas
en el azul; en las ardientes manos
se posan las cabezas pensativas.
¡Ah los suspiros! ¡Ah los dulces sueños!
¡Ah las tristezas íntimas!
¡Ah el polvo de oro que en el aire flota,
tras cuyas ondas trémulas se miran
los ojos tiernos y húmedos,

las bocas inundadas de sonrisas,
las crespas cabelleras
y los dedos de rosa que acarician!

En las pálidas tardes
me cuenta un hada amiga
las historias secretas
llenas de poesía:
lo que cantan los pájaros,
lo que llevan las brisas,
lo que vaga en las nieblas,
lo que sueñan las niñas.

Una vez sentí el ansia
de una sed infinita.
Dije al hada amorosa:
--Quiero en el alma mía
tener la inspiración honda, profunda,
inmensa: luz, calor, aroma, vida.
Ella me dijo: --¡Ven!-- con el acento
con que hablaría un arpa. En él había
un divino idioma de esperanza.
¡Oh sed del ideal!

Sobre la cima
de un monte, a media noche,
me mostró las estrellas encendidas.
Era un jardín de oro
con pétalos de llama que titilan.
Exclamé: --Más...,

La aurora
vino después. La aurora sonreía,
con la luz en la frente,
como la joven tímida
que abre la reja, y la sorprenden luego
ciertas curiosas, mágicas pupilas.
Y dije: --Más...

Sonriendo
la celeste hada amiga
prorrumpió: --¡Y bien! ¡Las flores!

estaban frescas, lindas,
empapadas de olor: la rosa virgen,
Y las flores

la blanca margarita,
la azucena gentil y las volúbiles ⁽¹⁾
que cuelgan de la rama estremecida.
Y dije: --Más...

El viento

arrastraba rumores, ecos, risas,
murmullos misteriosos, aleteos,
músicas nunca oídas.

El hada entonces me llevó hasta el velo
que nos cubre las ansias infinitas,
la inspiración profunda
y el alma de las lirias.

Y lo rasgó. Y allí todo era aurora.

En el fondo se vía
un bello rostro de mujer.

¡Oh, nunca,

Piérides, diréis las sacras dichas
que en el alma sintiera!

Con su vaga sonrisa:

--¿Más?... --dijo el hada.

Y yo tenía entonces

clavadas las pupilas
en el azul; y en mis ardientes manos
se posó mi cabeza pensativa...

SONATINA ^(b)

La princesa está triste... ¿Qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa,

NOTE – Per il testo seguiamo l'ed. delle *Obras Completas* (t. V) a c. di M. Sanmiguel Raimúndez, Madrid, Afrodisio Aguado, 1953.

^(a) Autumnal, da *Azul*: metro: silva romanceada (successione di settenari ed endecasillabi assonanzati in sede pari).

⁽¹⁾ Volúbiles: rampicanti che crescono formando spire intorno al loro supporto.

^(b) Sonatina, da *Prosas Profanas*: metro: sestine di alessandrini di schema AABCCB.

que ha perdido la risa, que ha perdido el color.
La princesa está pálida en su silla de oro,
está mudo el teclado de su clave sonoro,
y en un vaso, olvidada, se desmaya una flor.

El jardín puebla el triunfo de los pavos-reales.
Parlanchina, la dueña dice cosas banales,
y vestido de rojo piruetea el bufón.
La princesa no ríe, la princesa no siente;
la princesa persigue por el cielo de Oriente
la libélula vaga de una vaga ilusión.

¿Piensa acaso en el príncipe de Golconda o de
[China,

o en el que ha detenido su carroza argentina
para ver de sus ojos la dulzura de luz,
o en el rey de las Islas de las Rosas fragantes,
o en el que es soberano de los claros diamantes,
o en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?

¡Ay!, la pobre princesa de la boca de rosa
quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,
tener alas ligeras, bajo el cielo volar;
ir al sol por la escala luminosa de un rayo,
saludar a los lirios con los versos de Mayo,
o perderte en el viento sobre el trueno del mar.

Ya no quiere el palacio, ni la rueca de plata,
ni el halcón encantado, ni el bufón escarlata,
ni los cisnes unánimes en el lago de azur.
Y están tristes las flores por la flor de la corte,
los jazmines de Oriente, los nelumbos ⁽²⁾ del Norte,
de Occidente las dalias y las rosas del Sur.

¡Pobrecita princesa de los ojos azules!
Está presa en sus oros, está presa en sus tules,
en la jaula de mármol del palacio real;
el palacio soberbio que vigilan los guardas,
que custodian cien negros con sus cien alabardas,

⁽²⁾ Nelumbos: (nelumbios): nelumbi (pianta delle ninfacee).

un lebrel que no duerme y un dragón colosal.

¡Oh, quién fuera hipsipila ⁽³⁾ que dejó la crisálida!
(La princesa está triste. La princesa está pálida.)
¡Oh visión adorada de oro, rosa y marfil!
¡Quién volara a la tierra donde un príncipe existe,
(La princesa está pálida. La princesa está triste.)
más brillante que el alba, más hermoso que Abril!

«Calla, calla, princesa -dice el hada madrina-;
en caballo con alas, hacia acá se encamina,
en el cinto la espada y en la mano el azor,
el feliz caballero que te adora sin verte,
y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,
a encenderte los labios con un beso de amor.»

LOS CISNES ^(c), a J.R. JIMÉNEZ

I

¿Qué signo haces, oh Cisne, con tu encorvado
[cuello

al paso de los tristes y errantes soñadores?
¿Por qué tan silencioso de ser blanco y ser bello,
tiránico a las aguas e impasible a las flores?

Yo te saludo ahora como en versos latinos
te saludara antaño Publio Ovidio Nasón.
Los mismos ruseñores cantan los mismos trinos,
y en diferentes lenguas es la misma canción.

A vosotros mi lengua no debe ser extraña.
A Garcilaso visteis, acaso, alguna vez...
Soy un hijo de América, soy un nieto de España.
Quevedo pudo hablaros en verso en Aranjuez.

⁽³⁾ Hipsipilas: insetti che hanno spine o peli sul dorso.

^(c) Los Cisnes I, da *Los Cisnes*: metro: quartine di alessandrini di schema ABAB.

Cisnes, los abanicos de vuestras alas frescas
den a las frentes pálidas sus caricias más puras,
y alejen vuestras blancas figuras pintorescas
de nuestras mentes tristes las ideas oscuras.

Brumas septentrionales nos llenan de tristezas,
se mueren nuestras rosas, se agostan nuestras
[palmas,
casi no hay ilusiones para nuestras cabezas,
y somos los mendigos de nuestras pobres almas.

Nos predicán la guerra con águilas feroces,
gerifaltes de antaño revienen a los puños,
mas no brillan las glorias de las antiguas hoces,
ni hay Rodrigos ni Jaimes, ni hay Alfonsos ni Nuños.

Faltos de los alientos que dan las grandes cosas,
¿qué haremos los poetas sino buscar tus lagos?
A falta de laureles son muy dulces las rosas,
y a falta de victorias busquemos los halagos.

La América española como la España entera
fija está en el Oriente de su fatal destino;
yo interrogo a la Esfinge que el porvenir espera
con la interrogación de tu cuello divino.

¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?
¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?
¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?
¿Callaremos ahora para llorar después?

He lanzado mi grito, Cisnes, entre vosotros,
que habéis sido los fieles en la desilusión,
mientras siento una fuga de americanos potros
y el estertor postrero de un caduco león...

...Y un Cisne negro dijo: «La noche anuncia el día.»
Y uno blanco: «¡La aurora es inmortal, la aurora
es inmortal!» ¡Oh tierras de sol y de armonía,
aún guarda la Esperanza la caja de Pandora!

ANGEL GANIVET

IDEARUM ESPAÑOL

Un pueblo no puede, y si puede no debe, vivir sin gloria; pero tiene muchos medios de conquistarla, y además la gloria se muestra en formas varias: hay la gloria ideal, la más noble, a la que se llega por el esfuerzo de la inteligencia; hay la gloria de la lucha por el triunfo de los ideales de un pueblo contra los de otro pueblo; hay la gloria del combate feroz por la simple dominación material; hay la gloria más triste de aniquilarse mutuamente en luchas interiores. España ha conocido todas las formas de la gloria, y desde hace largo tiempo disfruta a todo pasto de la gloria triste: vivimos en perpetua guerra civil. Nuestro temperamento, excitado y debilitado por inacabables períodos de lucha, no acierta a transformarse, a buscar un medio pacífico, ideal, de expresión y a hablar por signos más humanos que los de las armas. Así vemos que cuantos se enamoran de una idea (si es que se enamoran), la convierten en medio de combate; no luchan realmente porque la idea triunfe; luchan porque la idea exige una forma exterior en que hacerse visible, y a falta de formas positivas o creadoras aceptan las negativas o destructoras: el discurso, no como obra de arte, sino como instrumento de demolición; el tumulto, el motín, la revolución, la guerra. De esta suerte, las ideas, en vez de servir para crear obras durables, que, fundando algo nuevo, destruyen indirectamente lo viejo e inútil, sirven para destruirlo todo, para asolarlo todo, para aniquilarlo todo, pereciendo ellas también entre las ruinas.

Es indispensable forzar nuestra nación a que se desahogue racionalmente, y para ello hay que infundir nueva vida espiritual en los individuos y por ellos en la ciudad y en el Estado. Nuestra organización política hemos visto que no depende del exterior; no hay causa exterior que aconseje adoptar esta o aquella forma de gobierno: nuestras

aspiraciones de puertas afuera o son infundadas o utópicas, o realizables a tan largo plazo, que no es posible distraer a causa de ellas la atención y continuar viviendo a la expectativa. La única indicación eficaz que del examen de nuestros intereses exteriores se desprende es que debemos robustecer la organización que hoy tenemos y adquirir una fuerza intelectual muy intensa, porque nuestro papel histórico nos obliga a transformar nuestra acción de material en espiritual. España ha sido la primera nación europea engrandecida por la política de expansión y de conquista; ha sido la primera en decaer y terminar su evolución material, desparramándose por extensos territorios, y es la primera que tiene ahora que trabajar en una restauración política y social de un orden completamente nuevo: por lo tanto, su situación es distinta de la de las demás naciones europeas, y no debe de imitar a ninguna, sino que tiene que ser ella la iniciadora de procedimientos nuevos, acomodados a hechos nuevos también en la Historia. Ni las ideas francesas, ni las inglesas, ni las alemanas, ni las que puedan más tarde estar en boga, nos sirven, porque nosotros, aunque inferiores en cuanto a la influencia política, somos superiores, más adelantados en cuanto al punto en que se halla nuestra natural evolución; por el hecho de perder sus fuerzas dominadoras (y todas las naciones han de llegar a perderlas), nuestra nación ha entrado en una nueva fase de su vida histórica y ha de ver cuál dirección le está marcada por sus intereses actuales y por sus tradiciones.

NOTE – Per il testo seguiamo l'ed. della Espasa Calpe (Austral 139), Madrid, 1977.

MIGUEL DE UNAMUNO

DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA ^(a)

I

EL HOMBRE DE CARNE Y HUESO

Homo sum; nihil humani a me alienum puto, dijo el cómico latino ⁽¹⁾. Y yo diría más bien: *Nullum hominem a me alienum puto*; soy hombre, a ningún otro hombre estimo extraño. Porque el adjetivo *humanus* me es tan sospechoso como su sustantivo abstracto *humanitas*, la humanidad. Ni lo humano ni la humanidad, ni el adjetivo simple, ni el adjetivo sustantivado, sino el sustantivo concreto: el hombre. El hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere -sobre todo muere-, el que come, y bebe, y juega, y duerme, y piensa, y quiere: el hombre que se ve y a quien se oye, el hermano, el verdadero hermano.

Porque hay otra cosa, que llaman también hombre, y que es el sujeto de no pocas divagaciones más o menos científicas. Y es el bípedo implume de la leyenda, el ζῶον πολιτικόν de Aristóteles, el contratante social de Rousseau, el *homo oeconomicus* de los manchesterianos, el *homo sapiens*, de Linneo, o, si se quiere, el mamífero vertical. Un hombre que no es de aquí o de allí, ni de esta época o de la otra; que no tiene ni sexo ni patria, una idea, en fin. Es decir, un no hombre.

NOTE – Per il testo seguiamo l'ed. di M. García Blanco (*Obras Completas*), Madrid, Escelicer, 1966-1971.

^(a) Del sentimiento trágico de la vida – Traduzione italiana edita da Dall'Oglio, 1965.

⁽¹⁾ Cómico latino: Terenzio Afro (195-159 a.C.), la frase nell'*Heautontimorumenos* v.77.

El nuestro es el otro, el de carne y hueso; yo, tú, lector mío: aquel otro de más allá, cuantos pisamos sobre la tierra.

Y este hombre concreto, de carne y hueso, es el sujeto y el supremo objeto a la vez de toda filosofía, quiéranlo o no ciertos sedicentes filósofos.

EL CRISTO DE VELÁZQUEZ ^(b)

XXVII

ESPADAS

TU cuerpo como espada al sol relumbra;
como una espada al sol luce tu cuerpo,
espada del Señor, llena de sangre,
como el cuchillo aquel con que desgarras
del Leviatán el escamoso cuero:
como una espada de vencer combates
—¡espada de dos filos tu palabra!—
con la que hay que cortar de nuestra vida
el cordón terrenal. Pues Tú viniste
en tu diestra a traer paz con la guerra:
por Ti riñen los hijos con sus padres,
entre sí los hermanos, los esposos:
eres espada de la paz, que hiere
para acabar la guerra con la guerra;
eres acero que divide y junta,
pues sólo junta aquello que divide;
y eres la espada que arde, brasa pura,
cual aquella querúbica que veda
el camino del árbol de la vida
del Paraíso. Y eres blanca llama
de la hoguera, crisol de nuestras almas,
que liquida el dolor y lo trasmuda
en río que va al sol, que es mar de fuego.
Blanca llama, relámpago que es sangre
de las tinieblas, cual aquel que hiriera
en el sendero de Damasco a Saulo
diciéndole: “¿Por qué así me persigues?”

¡Yo soy Jesús, a quien persigues, Saulo!”
¡Blanca llama de fuego que devora,
hoguera del amor: como a la enjuta
yesca ⁽¹⁾ mi corazón entero abrasa;
mi carne de pecado se consume,
y hágale pavesas su restregón ⁽²⁾!

CASTILLA ^(c)

TU me levantas, tierra de Castilla,
en la rugosa palma de tu mano,
al cielo que te enciende y te refresca,
al cielo, tu amo.

Tierra nervuda, enjuta, despejada,
madre de corazones y de brazos,
toma el presente en ti viejos colores
del noble antaño.

Con la pradera cóncava del cielo
lindan en torno tus desnudos campos,
tiene en ti cuna el sol y en ti sepulcro
y en ti santuario.

Es todo cima tu extensión redonda
y en ti me siento al cielo levantado,
aire de cumbre es el que se respira
aquí, en tus páramos.

^(b) El Cristo de Velázquez – Dalla raccolta, scritta in endecasillabi sciolti ed ispirata al famoso Cristo dipinto da Velázquez e conservato al Prado. Traduzione di A. Gasparetti (Brescia, Morcelliana, 1948).

⁽¹⁾ Yesca: esca (del fuoco).

⁽²⁾ Restregón: strofinio.

^(c) Tierra de Castilla – La lirica è tratta da *Poesías*. Traduzione in M. de Unamuno *Poesie*, Firenze, 1968 a c. di R. Paoli. Metro: strofe saffica (ABCD) nella variante con assonanza in sede pari.

¡Ara gigante, tierra castellana,
a ese tu aire soltaré mis cantos,
si te son dignos bajarán al mundo
desde lo alto!

NIEBLA ^(d)

XXXI

AQUELLA tempestad del alma de Augusto terminó, como en terrible calma, en decisión de suicidarse. Quería acabar consigo mismo, que era la fuente de sus desdichas propias. Mas antes de llevar a cabo su propósito, como el náufrago que se agarra a una débil tabla, ocurriósele consultarlo conmigo, con el autor de todo este relato. Por entonces había leído Augusto un ensayo mío en que, aunque de pasada, hablaba del suicidio, y tal impresión pareció hacerle, así como otras cosas que de mí había leído, que no quiso dejar este mundo sin haberme conocido y platicado un rato conmigo. Empezó, pues, un viaje acá, a Salamanca, donde hace más de veinte años vivo, para visitarme.

Cuando me anunciaron su visita sonreí enigmáticamente y le mandé pasar a mi despacho-librería. Entró en él como un fantasma, miró a un retrato mío al óleo que allí preside a los libros de mi librería, y a una seña mía se sentó, frente a mí.

Empezó hablándome de mis trabajos literarios y más o menos filosóficos, demostrando conocerlos bastante bien, lo que no dejó, ¡claro está!, de halagarme, y en seguida empezó a contarme su vida y sus desdichas. Le atajé diciéndole que se ahorrara aquel trabajo, pues de las vicisitudes de su vida sabía yo tanto como él, y se lo demostré citándole los más íntimos pormenores y los que él creía más secretos. Me miró con ojos de verdadero terror y como quien mira a un ser increíble; creí notar que se le alteraba el

color y traza del semblante y que hasta temblaba. Le tenía yo fascinado.

—¡Parece mentira! —repetía—, ¡Parece mentira! A no verlo no lo creería... No sé si estoy despierto o soñando...

—Ni despierto ni soñando —le contesté.

—No me lo explico..., no me lo explico —añadió—; mas puesto que usted parece saber sobre mí tanto como sé yo mismo, acaso adivine mi propósito...

—Sí —le dije—; tú —y recalqué este *tú* con un tono autoritario—, tú, abrumado por tus desgracias, has concebido la diabólica idea de suicidarte, y antes de hacerlo, movido por algo que has leído en uno de mis últimos ensayos, vienes a consultármelo.

El pobre hombre temblaba como un azogado ⁽¹⁾, mirándome como un poseído miraría. Intentó levantarse, acaso para huir de mí; no podía. No disponía de sus fuerzas.

—¡No, no te muevas! —le ordené.

—Es que..., es que... —balbuceó.

—Es que tú no puedes suicidarte, aunque lo quieras.

—¿Cómo? —exclamó al verse de tal modo negado y contradicho.

—Sí. Para que uno se pueda matar a sí mismo, ¿qué es menester? —le pregunté.

—Que tenga valor para hacerlo —me contestó.

—No —le dije—; ¡que esté vivo!

—¡Desde luego!

—¡Y tú no estás vivo!

—¿Cómo que no estoy vivo? ¿Es que he muerto? —y empezó, sin darse clara cuenta de lo que hacía, a palparse a sí mismo.

—¡No, hombre, no! —le repliqué—. Te dije antes que no estabas ni despierto ni dormido, y ahora te digo que no estás ni muerto ni vivo.

—¡Acabe usted de explicarse de una vez, por Dios!, ¡acabe de explicarse! —me suplicó costernado—. Porque son tales las cosas que estoy viendo y oyendo esta tarde, que temo volverme loco.

—Pues bien: la verdad es, querido Augusto —le dije con la más dulce de mis voces—, que no puedes matarte porque no estás vivo, y que no estás vivo, ni tampoco muerto, porque no existes...

—¿Cómo que no existo?—exclamó.

—No, no existes más que como ente de ficción; no eres, pobre Augusto, más que un producto de mi fantasía y de las de aquellos de mis lectores que lean el relato que de tus fingidas venturas y malandanzas he escrito yo; tú no eres más que un personaje de novela, o de *nivola*, o como quieras llamarle. Ya sabes, pues, tu secreto.

Al oír esto quedóse el pobre hombre mirándome un rato con una de esas miradas perforadoras que parecen atravesar la mira e ir más allá, miró luego un momento a mi retrato al óleo que preside a mis libros, le volvió el color y el aliento, fué recobrándose, se hizo dueño de sí, apoyó los codos en mi camilla, a que estaba arrimado frente a mí, y, la cara en las palmas de las manos y mirándome con una sonrisa en los ojos, me dijo lentamente:

—Mire usted bien, don Miguel..., no sea que esté usted equivocado y que ocurra precisamente todo lo contrario de lo que usted se cree y me dice.

—Y ¿qué es lo contrario? —le pregunté, alarmado de verle recobrar vida propia.

—No sea, mi querido don Miguel —añadió—, que sea usted, y no yo, el ente de ficción, el que no existe en realidad, ni vivo, ni muerto... No sea que usted no pase de ser un pretexto para que mi historia llegue al mundo...

^(d) *Niebla* —Traduzione di Flaviarosa Rossini, Roma, Casini, 1955.

⁽¹⁾ Azogado: intossicato dai vapori del mercurio.

SAN MANUEL BUENO, MÁRTIR ^(e)

En la noche de San Juan, la más breve del año, solían y suelen acudir a nuestro lago todas las pobres mujerucas, y no pocos hombrecillos, que se creen poseídos, endemoniados, y que parece no son sino histéricos y a las veces epilépticos, y Don Manuel emprendió la tarea de hacer él de lago, de piscina probática, y tratar de aliviarles y si era posible de curarles. Y era tal la acción de su presencia, de sus miradas, y tal sobre todo la dulcísima autoridad de sus palabras y sobre todo de su voz –¡qué milagro de voz!–, que consiguió curaciones sorprendentes. Con lo que creció su fama, que atraía a nuestro lago y a él a todos los enfermos del contorno. Y alguna vez llegó una madre pidiéndole que hiciese un milagro en su hijo, a lo que contestó sonriendo tristemente:

–No tengo licencia del señor obispo para hacer milagos.

Le preocupaba, sobre todo, que anduviesen todos limpios. Si alguno llevaba un roto en su vestidura, le decía: “Anda a ver al sacristán, y que te remiende eso”. El sacristán era sastre. Y cuando el día primero de año iban a felicitarle por ser el de su santo –su santo patrono era el mismo Jesús Nuestro Señor–, quería Don Manuel que todos se le presentasen con camisa nueva, y al que no la tenía se la regalaba él mismo.

Por todos mostraba el mismo afecto, y si a algunos distinguía más con él era a los más desgraciados y a los que aparecían como más díscolos. Y como hubiera en el pueblo un pobre idiota de nacimiento, Blasillo el bobo, a éste es a quien más acariciaba y hasta llegó a enseñarle cosas que parecía milagro que las hubiese podido aprender. Y es que el pequeño rescoldo de inteligencia que aún quedaba en el bobo se le encendía en imitar, como un pobre mono, a su Don Manuel.

Su maravilla era la voz, una voz divina que hacía llorar. Cuando al officiar en misa mayor o solemne entonaba el prefacio, estremecíase la iglesia y todos los que le oían sentíanse conmovidos en sus entrañas.

Su canto, saliendo del templo, iba a quedarse dormido sobre el lago y al pie de la montaña. Y cuando en el sermón de Viernes Santo clamaba aquello de: “¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?”, pasaba por el pueblo todo un temblor hondo como por sobre las aguas del lago en días de cierzo de hostigo. Y era como si oyesen a Nuestro Señor Jesucristo mismo, como si la voz brotara de aquel viejo crucifijo a cuyos pies tantas generaciones de madres habían depositado sus congojas. Como que una vez, al oírlo su madre, la de Don Manuel, no pudo contenerse, y desde el suelo del templo, en que se sentaba, gritó: “¡Hijo mío!”. Y fué un chaparrón de lágrimas entre todos. Creeríase que el grito maternal había brotado de la boca entreabierta de aquella Dolorosa –el corazón traspasado por siete espadas– que había en una de las capillas del templo. Luego Blasillo el tonto iba repitiendo en tono patético por las callejas, y como en eco el “¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?”, y de tal manera que al oírsele se les saltaban a todos las lágrimas, con gran regocijo del bobo por su triunfo imitativo.

...

En el pueblo todos acudían a misa, aunque sólo fuese por oírle y por verle en el altar, donde parecía transfigurarse, encendiéndosele el rostro. Había un santo ejercicio que introdujo en el culto popular y es que, reuniendo en el templo a todo el pueblo, hombres y mujeres, viejos y niños, unas mil personas, recitábamos al unísono, en una sola voz, el Credo: “Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra...” y lo que sigue. Y no era un coro, sino una sola voz, una voz simple y unida, fundidas todas en una y haciendo como una montaña, cuya cumbre, perdida a las veces en nubes, era Don Manuel. Y al llegar a lo de “creo en la resurrección de la carne y la vida perdurable”, la voz de Don Manuel se zambullía, como en un lago, en la del pueblo todo, y era que él se callaba. Y yo oía las campanadas de la villa que se dice aquí está

sumergida en el lecho del lago –campanadas que se dice también se oyen la noche de San Juan– y eran las de la villa sumergida en el lago espiritual de nuestro pueblo; oía la voz de nuestros muertos que en nosotros resucitaban en la comunión de los santos. Después, al llegar a conocer el secreto de nuestro santo, he comprendido que era como si una caravana en marcha por el desierto, desfallecido el caudillo al acercarse al término de su carrera, le tomaran en hombros los suyos para meter su cuerpo sin vida en la tierra de promisión.

Acabó mi hermano por ir a misa siempre, a oír a Don Manuel, y cuando se dijo que cumpliría con la parroquia, que comulgaría cuando los demás comulgasen, recorrió un íntimo regocijo al pueblo todo, que creyó haberle recobrado. Pero fué un regocijo tal, tan limpio, que Lázaro no se sintió ni vencido ni disminuído.

Y llegó el día de su comunión, ante el pueblo todo, con el pueblo todo. Cuando llegó la vez a mi hermano pude ver que Don Manuel, tan blanco como la nieve de enero en la montaña y temblando como tiembla el lago cuando le hostiga ⁽¹⁾ el cierzo, se le acercó con la sagrada forma en la mano, y de tal modo le temblaba ésta al arrimarla a la boca de Lázaro, que se le cayó la forma a tiempo que le daba un vahído ⁽²⁾. Y fué mi hermano mismo quien recogió la hostia y se la llevó a la boca. Y el pueblo al ver llorar a Don Manuel, lloró diciéndose: “¡Cómo le quiere!”. Y entonces, pues era la madrugada, cantó un gallo.

Al volver a casa y encerrarme en ella con mi hermano, le eché los brazos al cuello y, besándole le dije:

–Ay, Lázaro, Lázaro, qué alegría nos has dado a todos, a todos, a todo el pueblo, a todo, a los vivos y

^(e) San Manuel Bueno, Mártir –Traduzione di Flaviarosa Rossini, Roma, Casini, 1955.

⁽¹⁾ Hostiga: sferza.

⁽²⁾ Vahído: capogiro.

a los muertos, y sobre todo a mamá, a nuestra madre!
¿Viste? El pobre Don Manuel lloraba de alegría. ¡Qué alegría nos has dado a todos!

–Por eso lo he hecho –me contestó.

–¿Por eso? ¿Por darnos alegría? Lo habrás hecho ante todo por ti mismo, por conversión.

Y entonces Lázaro, mi hermano, tan pálido y tan tembloroso como Don Manuel cuando le dió la comunión, me hizo sentarme, en el sillón mismo donde solía sentarse nuestra madre, tomó huelgo, y luego, como en íntima confesión doméstica y familiar, me dijo:

–Mira, Angelita, ha llegado la hora de decirte la verdad, toda la verdad, y te la voy a decir, porque debo decírtela, porque a ti no puedo, no debo callártela y porque además habrías de adivinarla y a medias, que es lo peor, más tarde o más temprano.

Y entonces, serena y tranquilamente, a media voz, me contó una historia que me sumergió en un lago de tristeza. Cómo Don Manuel le había venido trabajando, sobre todo en aquellos paseos a las ruinas de la vieja abadía cisterciense, para que no escandalizase, para que diese buen ejemplo, para que se incorporase a la vida religiosa del pueblo, para que fingiese creer si no creía, para que ocultase sus ideas al respecto, más sin intentar siquiera catequizarle, convertirle de otra manera.

–¿Pero es eso posible? –exclamé, consternada.

–¡Y tan posible, hermana, y tan posible! Y cuando yo le decía: “¿Pero es usted, usted, el sacerdote el que me aconseja que finja?”, él, balbuciente: “¿Fingir?, ¡fingir no!, ¡eso no es fingir! Toma agua bendita, que dijo alguien, y acabarás creyendo”. Y como yo, mirándole a los ojos, le dijese: “¿Y usted celebrando misa ha acabado por creer?”, él bajó la mirada al lago y se le llenaron los ojos de lágrimas. Y así es cómo le arranqué su secreto.

–¡Lázaro! –gemí.

Y en aquel momento pasó por la calle Blasillo el bobo, clamando su: “¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?”. Y Lázaro se estremeció

creyendo oír la voz de Don Manuel, acaso la de Nuestro Señor Jesucristo.

–Entonces –prosiguió mi hermano– comprendí sus móviles y con esto comprendí su santidad; porque es un santo, hermana, todo un santo. No trataba al emprender ganarme para su santa causa –porque es una causa santa, santísima–, arrogarse un triunfo, sino que lo hacía por la paz, por la felicidad, por la ilusión si quieres, de los que le están encomendados; comprendí que si les engaña así –si es que esto es engaño– no es por medrar. Me rendí a sus razones, y he aquí mi conversión. Y no me olvidaré jamás del día en que diciéndole yo: “Pero, Don Manuel, la verdad, la verdad ante todo”, él, temblando, me susurró al oído –y eso que estábamos solos en medio del campo–: “¿La verdad? La verdad, Lázaro, es acaso algo terrible, algo intolerable, algo mortal; la gente sencilla no podría vivir con ella”. ¿Y por qué me la deja entrever ahora aquí, como en confesión?”, le dije. Y él: “Porque si no, me atormentaría tanto, tanto, que acabaría gritándola en medio de la plaza, y eso jamás, jamás, jamás. Yo estoy para hacer vivir a las almas de mis feligreses, para hacerles felices, para hacerles que se sueñen inmortales y no para matarles. Lo que aquí hace falta es que vivan sanamente, que vivan en unanimidad de sentido, y con la verdad, con mi verdad, no vivirían. Que vivan. Y esto hace la Iglesia, hacerles vivir. ¿Religión verdadera? Todas las religiones son verdaderas, en cuanto hacen vivir espiritualmente a los pueblos que las profesan, en cuanto les consuelan de haber tenido que nacer para morir, y para cada pueblo la religión más verdadera es la suya, la que le ha hecho. ¿Y la mía? La mía es consolarme en consolar a los demás, aunque el consuelo que les doy no sea el mío.” Jamás olvidaré estas sus palabras.

–¡Pero esa comunión tuya ha sido un sacrilegio! –me atreví a insinuar, arrepintiéndome al punto de haberlo insinuado.

–¿Sacrilegio? ¿Y él que me la dió? ¿Y sus misas?

–¡Qué martirio! –exclamé.

–Y ahora –añadió mi hermano– hay otro más para consolar al pueblo.

–¿Para engañarle? –dije.

–Para engañarle, no –me replicó–, sino para corroborarle en su fe.

...

Mi hermano, puesto ya del todo al servicio de la obra de Don Manuel, era su más asiduo colaborador y compañero. Les anudaba, además, el común secreto. Le acompañaba en sus visitas a los enfermos, a las escuelas, y ponía su dinero a disposición del santo varón. Y poco faltó para que no aprendiera a ayudarlo a misa. E iba entrando cada vez más en el alma insondable de Don Manuel.

–¡Qué hombre! –me decía-. Mira, ayer, paseando a orillas del lago, me dijo: “He aquí mi tentación mayor”. Y como yo le interrogase con la mirada, añadió: “Mi pobre padre, que murió de cerca de noventa años, se pasó la vida, según me lo confesó él mismo, torturado por la tentación del suicidio, que le venía no recordaba desde cuándo, de *nación* ⁽³⁾, decía, y defendiéndose de ella. Y esa defensa fué su vida. Para no sucumbir a tal tentación extremaba los cuidados por conservar la vida. Me contó escenas terribles. Me parecía como una locura. Y yo la he heredado. ¡Y cómo me llama esa agua que con su aparente quietud -la corriente va por dentro- espeja al cielo! ¡Mi vida, Lázaro, es una especie de suicidio continuo, un combate contra el suicidio, que es igual; pero que vivan ellos, que vivan los nuestros!”. Y luego añadió: “Aquí se remansa el río en lago, para luego, bajando a la meseta, precipitarse en cascadas, saltos y torrenteras por las hoces y encañadas, junto a la ciudad, y así se remansa la vida, aquí, en la aldea. Pero la tentación del suicidio es mayor aquí, junto al remanso que espeja de noche las estrellas, que no junto a las cascadas que dan miedo. Mira, Lázaro, he

(3) Nación: nascita (fam.).

asistido a bien morir a pobres aldeanos, ignorantes, analfabetos, que apenas si habían salido de la aldea, y he podido saber de sus labios, y cuando no adivinarlo, la verdadera causa de su enfermedad de muerte, y he podido mirar, allí, a la cabecera de su lecho de muerte, toda la negrura de la sima del tedio de vivir. ¡Mil veces peor que el hambre! Sigamos, pues, Lázaro, suicidándonos en nuestra obra y en nuestro pueblo, y que sueñe éste su vida como el lago sueña el cielo.”

—Otra vez -me decía también mi hermano-, cuando volvíamos acá, vimos a una zagala, una cabrera, que enhiesta sobre un picacho de la falda de la montaña, a la vista del lago, estaba cantando con una voz más fresca que las aguas de éste. Don Manuel me detuvo, y señalándomela, dijo: “Mira, parece como si se hubiera acabado el tiempo, como si esa zagala hubiese estado ahí siempre, y como está, y cantando como está, y como si hubiera de seguir estando así siempre, como estuvo cuando no empezó mi conciencia, como estará cuando se me acabe. Esa zagala forma parte, con las rocas, las nubes, los árboles, las aguas, de la naturaleza y no de la historia”. ¡Cómo siente, cómo anima Don Manuel a la naturaleza! Nunca olvidaré el día de la nevada en que me dijo: “¿Has visto, Lázaro, misterio mayor que el de la nieve cayendo en el lago y muriendo en él mientras cubre con su toca a la montaña?”

...

El pueblo todo observó que a Don Manuel le menguaban las fuerzas, que se fatigaba. Su voz misma, aquella voz que era un milagro, adquirió un cierto temblor íntimo. Se le asomaban las lágrimas con cualquier motivo. Y sobre todo cuando hablaba al pueblo del otro mundo, de la otra vida, tenía que detenerse a ratos cerrando los ojos. “Es que lo está viendo”, decían. Y en aquellos momentos era Blasillo el bobo el que con más cuajo lloraba. Porque ya Blasillo lloraba más que reía, y hasta sus risas sonaban a lloros.

Al llegar la última Semana de Pasión que con nosotros, en nuestro mundo, en nuestra aldea, celebró Don Manuel, el pueblo todo presintió el fin de la tragedia. ¡Y cómo sonó entonces aquel: “¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?”, el último que en público sollozó Don Manuel! Y cuando dijo lo del Divino Maestro al buen bandolero —“todos los bandoleros son buenos”, solía decir nuestro Don Manuel-, aquello de: “mañana estarás conmigo en el paraíso”. ¡Y la última comunión general que repartió nuestro santo! Cuando llegó a dársela a mi hermano, esta vez con mano segura, después del litúrgico “... *in vitam aeternam*”, se le inclinó al oído y le dijo: “No hay más vida eterna que ésta... que la sueñen eterna... eterna de unos pocos años...” Y cuando me la dió a mí me dijo: “Reza, hija mía, reza por nosotros”. Y luego, algo tan extraordinario que lo llevo en el corazón como el más grande misterio, y fué que me dijo con voz que parecía de otro mundo: “... y reza también por Nuestro Señor Jesucristo...”

Me levanté sin fuerzas y como sonámbula. Y todo en torno me pareció un sueño. Y pensé: “Habré de rezar también por el lago y por la montaña”. Y luego: “¿Es que estaré endemoniada?”. Y en casa ya, cojí el crucifijo con el cual en las manos había entregado a Dios su alma mi madre, y mirándolo a través de mis lágrimas y recordando el: “¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?” de nuestros dos Cristos, el de esta Tierra y el de esta aldea, recé: “hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”, primero, y después: “y no nos dejes caer en la tentación, amén”. Luego me volví a aquella imagen de la Dolorosa, con su corazón traspasado por siete espadas, que había sido el más doloroso consuelo de mi pobre madre, y recé: “Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, amén”. Y apenas lo había rezado cuando me dije: “¿pecadores?, ¿nosotros pecadores?, ¿y cuál es nuestro pecado, cuál?” Y anduve todo el día acongojada por esta pregunta.

Al día siguiente acudí a Don Manuel, que iba adquiriendo una solemnidad de religioso ocaso, y le dije:

—¿Recuerda, padre mío, cuando hace ya años, al dirigirle yo una pregunta me contestó: “Eso no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante; doctores tiene la Santa Madre Iglesia que os sabrán responder”?

—¡Que si me acuerdo!... y me acuerdo que te dije que ésas eran preguntas que te dictaba el Demonio.

—Pues bien, padre, hoy vuelvo yo, la endemoniada a dirigirle otra pregunta que me dicta mi demonio de la guarda.

—Pregunta.

—Ayer, al darme de comulgar, me pidió que rezara por todos nosotros y hasta por...

—Bien, cállalo y sigue.

—Llegué a casa y me puse a rezar, y al llegar a aquello de “ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte”, una voz íntima me dijo: “¿pecadores?, ¿pecadores nosotros?, ¿y cuál es nuestro pecado?”. ¿Cuál es nuestro pecado, padre?

—¿Cuál? -me respondió-. Ya lo dijo un gran doctor de la Iglesia Católica Apostólica Española, ya lo dijo el gran doctor de *La vida es sueño*, ya dijo que “el delito mayor del hombre es haber nacido”. Ese es, hija, nuestro pecado: el de haber nacido.

—¿Y se cura, padre?

—¡Vete y vuelve a rezar! Vuelve a rezar por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte... Sí, al fin se cura el sueño... al fin se cura la vida... al fin se acaba la cruz del nacimiento... Y como dijo Calderón, el hacer bien, y el engañar bien, ni aun en sueños se pierde...

Y al escribir esto ahora, aquí, en mi vieja casa materna, a mis más que cincuenta años, cuando empiezan a blanquear con mi cabeza mis recuerdos, está nevando, nevando sobre el lago, nevando sobre la montaña, nevando sobre las memorias de mi padre, el forastero; de mi madre, de mi hermano Lázaro, de mi pueblo, de mi san Manuel, y también sobre la memoria del pobre Blasillo, de mi San Blasillo, y que él me ampare desde el cielo. Y esta

nieve borra esquinas y borra sombras, pues hasta de noche la nieve alumbraba. Y yo no sé lo que es verdad y lo que es mentira, ni lo que vi y lo que soñé -o mejor lo que soñé y lo que sólo vi-, ni lo que supe ni lo que creí. Ni sé si estoy traspasando a este papel, tan blanco como la nieve, mi conciencia que en él se ha de quedar, quedándome yo sin ella. ¿Para qué tenerla ya...?

¿Es que sé algo?, ¿es que creo algo? ¿Es que esto que estoy aquí contando ha pasado y ha pasado tal y como lo cuento? ¿Es que pueden pasar estas cosas? ¿Es que todo esto es más que un sueño soñado dentro de otro sueño? ¿Seré yo, Angela Carballino, hoy cincuentona, la única persona que en esta aldea se ve acometida de estos pensamientos extraños para los demás? ¿Y éstos, los otros, los que me rodean, creen? ¿Qué es eso de creer? Por lo menos, viven. Y ahora creen en San Manuel Bueno, mártir, que sin esperar inmortalidad les mantuvo en la esperanza de ella.

de ANDANZAS Y VISIONES ESPAÑOLAS

FRENTE A ÁVILA ⁽⁰⁾

EN esto se nos apareció Ávila, Ávila de los Caballeros, Ávila de Santa Teresa de Jesús, la ciudad murada. (Nuestros lectores argentinos la conocerán, si no por otra cosa, por la novela de E. Rodríguez Larreta, *La gloria de don Ramiro*, y acaso por alguna reproducción del retrato que de él hizo Zuloaga ⁽¹⁾, y en que aparece como fondo la maravillosa ciudad castellana, la de los castillos que son los torreones o cubos de sus murallas.) Se nos apareció Ávila, según

⁽⁰⁾ Frente a Ávila da Andanzas y visiones españolas.

⁽¹⁾ Zuloaga: pittore spagnolo dell'epoca la cui pittura riflette gli ideali della generazione del '98.

a ella íbamos por la carretera que la une con Salamanca, y se nos apareció encendida por el rojo fulgor del ocaso del sol que abermejaba sus murallas, en una rotura de un día aborascado.

El ceñidor de las murallas de la ciudad subía a nuestros ojos; a un lado de él, fuera del recinto de la urbe, la severa fábrica de la basílica de San Vicente, y en lo alto, dominando a Ávila, la torre cuadrada y mocha de la catedral. Y todo ello parecía una casa, una sola casa, Ávila la Casa.

Viendo a Ávila se comprende cómo y de dónde se le ocurrió a Santa Teresa su imagen del castillo interior y de las moradas y del diamante. Porque Ávila es un diamante de piedra berroqueña dorada por soles de siglos y por siglos de soles. ¿Cuántos?

-¿De qué época datan estas murallas? -nos preguntó uno de los que nos acompañaba en el auto cuando surgió a nuestra vista la claridad de Ávila.

No supimos contestarle. Además esas murallas datan de muchas épocas. ¡Y no queríamos pensar en tiempo; queríamos, más bien, olvidar el tiempo; íbamos a Ávila a olvidar el tiempo, o mejor dicho, a matarlo! Y matar el tiempo es resucitarlo.

No hace mucho leíamos en una revista argentina esta pregunta que se les hacía a algunas personas: "¿En qué época quisiera usted haber vivido?" Cada cual respondía según sus aficiones y alguno contestó que de aquí a diez años. Nosotros contestaríamos que en todas las épocas. Y mirando a Ávila ceñida por sus murallas, pensábamos vivir en todas las épocas, fuera de tiempo, desde la edad troglodítica hasta la otra edad troglodítica, la que ha de volver para el linaje humano.

¿Conoce el lector el terrible canto de Carducci *Sobre el Monte Mario*, y aquella su visión final del fin del linaje humano? Pero... dejemos esto y volvamos a Ávila.

Una ciudad así, murada y articulada, es una ciudad. Tiene unidad, tiene fisonomía, tiene alma. Londres, en cambio, o Nueva York, no puede ser una ciudad nunca. El que en Londres tenga alma de

ciudadano tiene que albergarla en un barrio. Londres no puede ser una casa.

El que esto os dice se sentiría solo y solitario, aislado, en una urbe como la de Londres y aun mucho menor. Hasta en Madrid experimenta la tristeza de la urbe extensa. Es como si se me mandase escribir sobre una mesa puesta en medio de la Galería de Máquinas de París o de la iglesia de San Pedro de Roma. Mejor en medio del campo. En medio del campo, al aire libre, sí, pero no en un tan vasto recinto cubierto. En una choza, sí, sintiendo cerca el recinto, bien ceñido.

Abarcábamos toda Ávila de una sola mirada y comprendimos lo que se puede querer a una ciudad así y cómo puede ser patria. Atenas fué patria y no lo fué Babilonia. Y Ávila es, además, un convento. Y aun casi la celda de un convento.

Se entra en la ciudad por puertas, pasando bajo un dintel ⁽²⁾ de piedra, como se entra en una casa. A la puerta principal de entrada le flanquean dos robustos torreones, dos cubos de la muralla. Y cuando dentro del recinto murado, en el centro de la ciudad, se encuentra alguna plaza, parece que ésta se ensancha en su pequeñez. ¡Esas plazuelas apacibles y sosegadas que se abren dentro del recinto conventual de una eterna -no ya vieja- ciudad castellana! ¡Esas plazuelas por las que han resbalado siglos de instantaneidad cotidiana!

¡Lo cotidiano! Lo de todos los días, lo que fué de los trogloditas prehistóricos y será de los trogloditas posthistóricos, lo de todos los tiempos, eso sólo se gusta y se paladea en estas viejas ciudades. Y veis al mismo mendigo que pintó a Velázquez.

¿En qué época quisiera haber vivido? ¡En todas! Ciertamente siento predilección por la Edad Media y por la época de la Revolución francesa, pero todas las edades son medias y en todas hay revolución.

Cuando se nos apareció de pronto Ávila de los Caballeros, hace pocos días, surgiendo de las

⁽²⁾ Dintel: architrave.

berroqueñas ⁽³⁾ tierras de Castilla, íbamos meditando en la revolución que está pasando ahora por España. Y en Ávila, como en un espejo histórico, queríamos descubrir nuestro porvenir revolucionario. Sus murallas eran un símbolo.

Nos acercábamos a Ávila y al día 25 de este mes de octubre de 1921. ¿Qué es esta fecha? Nada; una superstición.

JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ (AZORÍN)

de LA VOLUNTAD ^(a)

XIV

HACE una tarde gris, monótona. Cae una lluvia menuda, incesante, interminable. Las calles están desiertas. De cuando en cuando suenan pasos precipitados sobre la acera, y pasa un labriego envuelto en una manta. Y las horas transcurren lentas, eternas...

Yuste y Azorín no han podido esta tarde dar su paseo acostumbrado. En el despacho del maestro, hablan á intervalos, y en las largas pausas escuchan el regurgitar de las canales y el ruido intercadente de las goteras. Una hora suena á lo lejos en campanadas imperceptibles; se oye el grito largo, modulado, de un vendedor.

Azorín observa:

—Es raro como estos gritos parecen lamentos, súplicas... melopeas extrañas...

Y Yuste replica:

—Observa esto: los gritos de las grandes ciudades, de Madrid, son rápidos, secos, sin relumbres de idealidad... Los de provincias aun son artísticos, largos, plañideros... tiernos, melancólicos... Y es que en las grandes ciudades no se tiene tiempo, se quiere

aprovechar el minuto, se vive febrilmente... y esta pequeña obra de arte, como toda obra de arte, exige tiempo... y el tiempo que un vendedor pierda en ella, puede emplearlo en otra cosa... Repara en este detalle insignificante, que revela toda una fase de nuestra vida artística... Lo mismo que un vendedor callejero suprime el arte, porque trabaja rápidamente, lo suprime un novelista, un crítico. Así, hemos llegado á escribir una novela ó un estudio crítico mecánicamente, como una máquina puede construir botones ó alfileres... De ahí el que se vaya perdiendo la conciencia, la escrupulosidad, y aumenten los subterfugios, las supercherías, los tranquillos del estilo...

Yuste se para y coge un libro del estante. Después añade:

—Lo que da la medida de un artista es su sentimiento de la naturaleza, del paisaje... Un escritor será tanto más artista cuanto mejor sepa interpretar la *emoción del paisaje*... Es una emoción completamente, casi completamente moderna. En Francia sólo data de Rousseau y Bernardino de Saint—Pierre... En España, fuera de algún poeta primitivo, yo creo que sólo la ha sentido Fray Luis de León en sus *Nombres de Cristo*... Pues bien; para mí el paisaje es el grado más alto del arte literario... ¡Y qué pocos llegan á él!... Mira este libro; lo he escogido porque á su autor se le ha elogiado como un soberbio descripcionista... Y ahora verás, prácticamente, en esta lección de técnica literaria, cuáles son los subterfugios y tranquillos de que te hablaba antes... Ante todo la comparación es el más grave de ellos. Comparar es evadir la dificultad... es algo primitivo, infantil... una superchería que no debe emplear ningún artista... He aquí la página ⁽¹⁾:

“En el inmenso valle, los naranjales *como un oleaje aterciopelado*; las cercas y vallados de vegetación menos obscura, cortando la tierra carmesí en geométricas formas; los grupos de palmeras agitando sus surtidores de plumas, *como chorros de hojas que quisieran tocar al cielo cayendo después con lánguido desmayo*; villas azules y de color de rosa, entre macizos de jardinería; blancas alquerías ocultas tras el verde bullir de un bosquecillo; las altas chimeneas de las máquinas de riego, amarillentas *como cirios con la punta chamuscada*; Alcira, con sus casas apiñadas en la isla y desbordándose en la orilla opuesta, todo ello de un color mate de huevo, acribillado de ventanitas, *como roído por una viruela de negros agujeros*. Más allá, Carcagente, la ciudad rival, envuelta en el cinturón de sus frondosos huertos; por la parte del mar, las montañas angulosas esquinadas, con aristas que de lejos *semejan los fantásticos castillos imaginados por Doré*, y en el extremo opuesto los pueblos de la Ribera alta, flotando en los lagos de esmeralda de sus huertos, las lejanas montañas de tono violeta, y el sol que comenzaba á descender *como un erizo de oro*, resbalando entre las gasas formadas por la evaporación del incesante fuego”.

El maestro saca su cajita de plata y prosigue:

—Es una página, una página breve, y nada menos que seis veces recurre en ella el autor á la superchería de la comparación... es decir, seis veces que se trata de producir una sensación desconocida ó apelando á otra conocida... que es lo mismo que si yo no pudiendo contar una cosa llamase al vecino para que la contase por mí... Y observa -y esto es lo más grave- que en esa página, á pesar del esfuerzo por expresar el color, no hay nada plástico, *tangible*... además de que un paisaje es movimiento y ruido, tanto como color, y en esta página el autor sólo se ha preocupado de la pintura... No hay nada plástico en esa página, ninguno de esos pequeños detalles sugestivos, suscitadores de todo un estado de conciencia... ninguno de esos detalles que dan, ellos solos, la sensación total... y que sólo se hallan instintivamente, por instinto artístico, no con el trabajo, ni con la

^(a) La voluntad – Per il testo seguiamo l’ed. di E. Inman Fox, Madrid, Castalia, 1972.

⁽¹⁾ Página: il testo letto da Yuste è tratto da *Entre Naranjos* di Blasco Ibáñez.

⁽³⁾ Berroqueño: di granito.

lectura de los maestros... con nada.

Yuste se acerca al estante y coge otro libro.

—Ahora verás —prosigue— otra página ⁽²⁾... es de un novelista joven, acaso... y sin acaso, entre toda la gente joven el de más originalidad y el de más honda emoción estética...

Y el maestro recita lentamente:

“Pocas horas después; en el cuarto de don Lucio. El fuego se va consumiendo en el brasero; una chispa brilla en la obscuridad, sobre la ceniza, como el ojo inyectado de una fiera. Está anocheciendo, y las sombras se han apoderado de los rincones del cuarto. Una candileja, colocada sobre la cómoda, alumbra, de un modo mortecino, la estancia. *Se oye cómo caen y se hunden en el silencio del crepúsculo las campanas del Angelus.*”

“Desde la ventana se perciben, á lo lejos, rumores confusos de dulce y campesina sinfonía, el tañido de las esquilas de los rebaños que vuelven al pueblo, el murmullo del río, que cuenta á la Noche su eterna y monótona queja, y *la nota melancólica que modula un sapo en su flauta, nota cristalina que cruza el aire silencioso y desaparece como una estrella errante.* En el cielo, de un azul negro intenso, brilla Júpiter con su luz blanca”.

—Ahora —añade el maestro— he aquí cuatro versos escritos hace cinco siglos... Son del más plástico, jugoso y espontáneo de todos los poetas españoles antiguos y modernos: el Arcipreste de Hita... El Arcipreste tiene como nadie el instinto revelador, sugestivo... Su auto-retrato es un fragmento maravilloso... Y aquí en este trozo, que es la estupenda escena en que Trotaconventos seduce á doña Endrina... escena que no ha superado ni aun igualado Rojas... Aquí Trotaconventos llega á casa de la viuda, le ofrece una sortija, la mima con razones dulces, le dice que es un dolor que permanezca triste

y sola, que se obstine en vestir de luto... cuando no falta quien bien la quiere... Y dice:

*Así estades fija, viuda et mancebilla,
sola y sin compannero, como la tortolilla:
deso creo que estades amariella et magrilla..*

Y con solos estos dos adjetivos

amariella et magrilla

queda retratada de un rasguño la dolorida viuda, ojerosa, pálida, enflaquecida, melancólica...

Larga pausa. La lluvia continúa persistente. El agua desciende por los chorradores de zinc en confuso rumor de ebullición. Van palideciendo los tableros de espato de las ventanas.

Azorín dice:

—Observo, maestro, que en la novela contemporánea hay algo más falso que las descripciones, y son los diálogos. El diálogo es artificioso, convencional, *literario*, excesivamente *literario*.

—Lee *La Gitanilla*, de Cervantes —contesta Yuste—; La Gitanilla es... una gitana de quince años, que supongo no ha estado en ninguna Universidad, ni forma parte de ninguna Academia... Pues bien; observa cómo contesta á su amante cuando éste se le declara. Le contesta en un discurso enorme, pulido, elegante, filosófico... Y este defecto, esta elocuencia y corrección de los diálogos, insoportables, falsos, va desde Cervantes hasta Galdós... Y en la vida no se habla así; se habla con incoherencias, con pausas, con párrafos breves, incorrectos... naturales... Dista mucho, dista mucho de haber llegado á su perfección la novela. Esta misma coherencia y corrección anti-artísticas —porque es cosa fría— que se censura en el diálogo... se encuentra en la fábula toda... Ante todo, no debe haber fábula... la vida no tiene fábula: es diversa, multiforme, ondulante, contradictoria... todo menos simétrica, geométrica, rígida, como aparece en las novelas... Y por eso, los Goncourt, que son los

que, á mi entender, se han acercado más al *desideratum*, no dan *una vida*, sino fragmentos, sensaciones separadas... Y así el personaje, entre dos de esos fragmentos, hará su vida habitual, que no importa al artista, y éste no se verá forzado, como en la novela del antiguo régimen, á contarnos tilde por tilde, desde por la mañana hasta la noche, las obras y milagros de su protagonista... cosa absurda, puesto que *toda* la vida no se puede encajar en un volumen, y bastante haremos si damos diez, veinte, cuarenta sensaciones...(Pausa larga.) Este precisamente es defecto capital del teatro, y por eso el teatro es un arte industrial, ajeno á la literatura... En el teatro verás cuatro, seis, ocho personas que no hacen más que lo que el autor ha marcado en su libro, que son esclavos del nudo dramático, que no se preocupan más que de entrar y salir á tiempo... Y cuando se ha cumplido ya su desenlace, cuando el marido ha matado ya á la mujer, ó cuando el amante se ha casado ya con su amada, estos personajes, ¿qué hacen? pregunta Maeterlinck... Yo cuando voy al teatro y veo á estos hombres que van automáticamente hacia el epílogo, que hablan en un lenguaje que no hablamos nadie, que se mueven en un ambiente de anormalidad —puesto que lo que se nos expone es una *aventura*, una cosa *extraordinaria*, no la normalidad—; cuando veo á estos personajes me figuro que son muñecos de madera, y que pasada la representación, un empleado los va guardando cuidadosamente en un estante... Observa además, y esto es esencial, que en el teatro no se puede hacer psicología... ó si se hace, ha de ser por los mismos personajes... pero no se pueden expresar estados de conciencia, ni presentar análisis complicados... Haz que salga á escena Federico Amiel ⁽³⁾... Nos parecería un majadero... Sí, Hamlet... Hamlet, ya sé... pero ¡cuán poco debe de ser lo que vemos de aquella alma que debió de ser inmensa! Mucho ha hecho

⁽²⁾ Otra página: il testo letto proviene dal romanzo *La casa de Aizgorri* di Pío Baroja.

⁽³⁾Federico Amiel: (1821-1881), scrittore svizzero, psicologo. 77

Shakespeare, pero á mí se me antoja que su retrato de Hamlet... son vislumbres de una hoguera...

Yuste calló. Y en el silencio del crepúsculo sonaba el ruido monótono de la lluvia.

de LOS PUEBLOS ^(b)

LA DECADENCIA

¿VOSOTROS no habéis estado en Escalona, en Olmedo, en Arévalo, en Almodóvar del Campo, en Infantes, en Briviesca, en alguna de esas vetustas ciudades españolas, ante espléndidas, ahora abatidas? Venid con nosotros; estas callejas han visto desfilar todos los hacedores ⁽¹⁾ de nuestra Historia: hidalgos, aventureros, navegantes, familiares del Santo Oficio, capitanes, soldados; en estas anchas estancias, sentados en sillones de cuero con relucientes chatones ⁽²⁾ de cobre, ante las mesas sólidas de noguera ⁽³⁾, han pensado largamente jurisconsultos y teólogos y han escrito sus terribles infolios; en estos patios anchos, con columnatas dóricas de mármol, han dicho sus amores los galanes a las hermosas, puesta la mano izquierda en el pomo de la invencible espada toledana, enhiesto el mostacho, al desgairre el sombrero; encendida la roja cruz de Santiago sobre el negro terciopelo del jubón; en estas iglesias diminutas y oscuras, con cuadros hórridos del *Greco* y santos extáticos y dolorosos, han orado y deprecado generaciones y generaciones de mujeres, con sus mantillas negras, con su traje negro, con las manos exangües, extendidas en perdurable súplica; en estos huertos viejos, con cipreses que se

perfilan en el luminoso ambiente azul y con norias vetustas que chirrían dulcemente, han paseado los poetas, imaginando esas estrofas dolorosas en que se pide a la muerte que venga callada,

como suele venir en la saeta ⁽⁴⁾;

en estos zaguanes angostos y sombríos, empedrados de blancas pedrezuelas, han trabajado los moriscos en sus obras de orfebrería, o han tejido sus recios paños, o han estampado sus finos guadameciles ⁽⁵⁾; en estas plazas anchas, rodeadas de soportales, ha pregonado el verdugo las culpas de un judaizante primerizo, o tal vez ha sido socarrado algún relapso ⁽⁶⁾...

Venid con nosotros; entrad en una de estas vetustas ciudades españolas. Las calles están silenciosas, desiertas; los caserones, blasonados en sus portadas, están cerrados; los anchos aleros se desnivelan; las maderas se hienden y alabean ⁽⁷⁾; las rejas se enmohecen; un hálito de humedad se exhala de las anchas estancias abandonadas; las cercas de los viejos huertos caen piedra a piedra, y la arcaica noria marcha y marcha monótona, con el mismo chirrido dulce, con la misma lentitud sedante de hace trescientos años; en la campiña, rojiza, yerma, una yunta tardía abre los surcos con el propio arado de los romanos, y unos álamos solitarios que se yerguen en la lejanía del horizonte os traen al alma, con su aislamiento en la llanura inmensa, la tristeza de un pueblo muerto.

Vedlo y recorredlo todo: empapaos del espíritu de la vieja España que perdura en estas piedras y en estos muros. Y cuando hayáis recorrido todas las

callejuelas, y hayáis escudriñado todos los caserones, y hayáis desparramado la vista por la llanura, entonces retiraos un momento a vuestra posada, y pensad, con el recogimiento de un creyente, en esta España fuerte de la leyenda. Si es a mediodía, las campanas de las iglesias sonarán el Angelus, lentas y graves; si es al anochecer, las mismas campanas volverán a sonar, con la misma lentitud, con la misma gravedad, mientras el cielo se enrojece con los resplandores postreros de crepúsculo...

“¿Cómo todas estas viejas ciudades han muerto? — os preguntareis vosotros en este minuto de reflexión íntima—. ¿Cómo estas mesetas centrales, que fueron antes el asiento de toda la grandeza y fortaleza de España, han llegado a la ruina presente?” Hubo un tiempo en que estas ciudades muertas fueron poderosas: fue en los días del Renacimiento, antes que los Reyes Católicos explayasen su política infausta. Toda la vida nacional estaba aquí encerrada: Toledo es célebre por sus sedas; Salamanca, por sus curtidos; Ocaña, por sus guantes y sus sombreros; Ajofrín, por sus herrerías; Consuegra, por sus almonas ⁽⁸⁾; Almagro, por sus encajes sutilísimos... Se levantan palacios; se construyen iglesias; legiones de pintores; estofadores ⁽⁹⁾ y forjadores llenan de obras maestras los templos y los palacios; se celebran ferias populosas como las de Medina del Campo y las de Alcalá; rebosan de estudiantes las universidades; troteras y danzadoras judías y moriscas —tan amadas del Arcipreste de Hita— llevan la sensualidad y el regocijo de pueblo en pueblo; recorren los caminos caravanas de mercaderes — como los que asoman en el *Quijote*—: alegran las ciudades, hoy silenciosas, los ruidosos pelaires ⁽¹⁰⁾

^(b) Los pueblos – Per il testo seguiamo l’ed. di J.M. Valverde, Madrid, Castalia, 1973.

⁽¹⁾ Facedores: arcaismo per hacedores.

⁽²⁾ Chatones: chiodi dalla capocchia molto larga.

⁽³⁾ Noguera: valencianismo per nogal (albero di noce).

⁽⁴⁾ Como suele venir en la saeta: il v. è tratto dalla *Epístola moral a Fabio*.

⁽⁵⁾ Guadameciles: cuoi lavorati.

⁽⁶⁾ Relapso: chi è ricaduto in eresia o ha commesso di nuovo un peccato.

⁽⁷⁾ Alabean: torcono, incurvano.

⁽⁸⁾ Almonas: negozi.

⁽⁹⁾ Estofadores: estofar indica il ricavare disegni dal legno dipinto graffiando convenientemente la vernice.

⁽¹⁰⁾ Pelaires: cardatori di panno.

con sus telares —como los que aparecen en *El donado hablador*, de Jerónimo de Alcalá...

PÍO BAROJA

de LAS INQUIETUDES DE SHANTI ANDÍA

IX
YURRUMENDI, EL FANTÁSTICO

En mi tiempo, el muelle largo de Lúzaro, que en vascuence se llama *Cay Luce*, no era tan ancho ni tan bien empedrado como ahora; tenía una pequeña muralla, y en vez de terminar en el rompeolas, concluía en las mismas peñas...

A todo lo largo del muelle, en aquella época y en ésta, sigue pasando lo mismo; había casas de pescadores con balcones, ventanas y galerías de madera, adornados por colgaduras formadas por camisetas encarnadas, medias azules, sudestes ⁽¹⁾ amarillentos, aparejos y corchos.

En estas casas hay siempre ropa tendida, lo que depende, en parte, del instinto de limpieza de esa gente pescadora, y en parte, de lo difícilmente que se seca lo impregnado por el agua del mar.

Entre las casas de a lo largo del muelle de *Cay Luce*, antes, como ahora, había algunos almacenes de carbón y una fila de tabernas en donde los pescadores se reunían y se reúnen a beber y a discutir, y que destilaban, sobre todo los domingos,

NOTE – Per il testo seguiamo l'ed. della Espasa Calpe: *Las Inquietudes de Shanti Andía* (Austral, n°206, 1958) e *Aventuras, Inventos y Mixtificaciones de Silvestre Paradox* (Austral, n°1174, 1954).

(1) Sudestes: il termine non compare in nessun lessico spagnolo.

por su única puerta, una tufarada de sardina frita, de atún guisado con cebolla y de música de acordeones.

Entre aquellas tabernas había la del *Telescopio*, la de la *Bella Sirena*, la del *Holandés*, la *Goizeko Izarra* (Estrella de la mañana), y la más célebre de todas era la de Joshe Ramón, conocida por el *Guezurrechape de Cay Luce*, o sea, en castellano, el Mentidero del muelle largo.

En este muelle, y a pocos pasos del Mentidero, tenía su taller el padre de Zelayeta. En la ventana de la casa, convertida en escaparate, exponía poleas de madera, faroles, cañas de pescar, un cinturón de salvavidas...

El padre de Zelayeta trabajaba en su torno con su aprendiz, y mientras él torneaba solían sentarse a la puerta, a charlar, algunos amigos.

Yo me había hecho íntimo de Chomin Zelayeta. Chomin era muy hábil y muy pacienzudo. Llegó a domesticar un gavilán pequeño, y el pájaro, cuando se hizo grande, reñía con todos los gatos de la vecindad. Los días de tormenta se ocultaba en algún agujero oscuro, y no salía hasta que pasaba.

Zelayeta sentía, como yo, el entusiasmo por la isla desierta y por los piratas, y como tenía talento para ello, dibujaba los planos de los barcos en que íbamos a navegar los dos, y de las islas desconocidas en donde pasaríamos el aprendizaje de Robinsones.

Nuestra inclinación aventurera, en la cual latía ya la inquietud atávica del vasco, pudo aumentarse más oyendo las narraciones de Yurumendi el piloto, el viejo y fantástico Yurumendi, amigo y contertulio de Zelayeta padre.

Eustasio Yurumendi había viajado mucho; pero era un hombre quimérico a quien sus fantasías turbaban la cabeza. Todos tenemos un conjunto de mentiras que nos sirven para abrigarnos de la frialdad y de la tristeza de la vida; pero Yurumendi exageraba un poco el abrigo.

Era Yurumendi un hombre enorme, con la espalda ancha, el abdomen abultado, las manos grandísimas, siempre metidas en los bolsillos de los pantalones, y

los pantalones, a punto de caérsele, tan bajo se los ataba.

Tenía una hermosa cara noble, roja; el pelo blanco, patillas muy cortas y los ojos, pequeños y brillantes. Vestía muy limpio; en verano, unos trajes de lienzo azul, que a fuerza de lavarlos estaban siempre desteñidos, y en invierno, una chaqueta de paño negro, fuerte, que debía de estar calafateada como una gabarra ⁽²⁾. Llevaba una gorra de punto con una borla en medio. Era soltero, vivía solo, con una patrona vieja; fumaba mucho en pipa, andaba tambaleándose y llevaba un anillo de oro en la oreja.

Yurumendi había formado parte de la tripulación de un barco negrero; navegando en buques franceses, armados en corso; vivido en prisión por sospechoso de piratería. Yurumendi era un lobo de mar. El Atlántico le conocía desde Islandia y las islas de Lofoden hasta el cabo de Buena Esperanza y el de Hornos. Sabía lo que son las tempestades del Pacífico y los tifones del mar de las Indias.

Yurumendi había visto mucho, pero más que lo que había visto le gustaba contar lo que había imaginado.

A Chomin Zelayeta y a mí nos tenía locos con sus narraciones.

Nos decía que en el fondo del mar hay, como en la tierra, bosques, praderas, desiertos, montañas, volcanes, islas madreporicas, barcos sumergidos, tesoros sin cuento y un cielo de agua casi igual al cielo de aire.

A todo esto, muy verdad, unía las invenciones más absurdas.

—Algunas veces—decía—el mar se levanta como una pared, y en medio se ve un agujero como si estuviera lleno de perlas. Hay quien dice que si se mete uno por ese agujero se puede andar como por tierra.

—¿Y adónde lleva ese agujero? —preguntaba alguno con ansiedad.

(2) Gabarra: chiatta.

—Eso no se puede decir aunque se sepa — contestaba seriamente Yurumendi—; pero hay quien asegura que dentro se ve una mujer.

—Alguna sirena —decía el padre de Zelayeta, con ironía.

—¡Quién sabe lo que será! —replicaba el viejo marino.

Siempre que Yurumendi hablaba de sí mismo, lo hacía como si se tratara de un extraño, en tercera persona. Así decía: “Entonces Yurumendi comprendió... Entonces Yurumendi dijo tal cosa.”

Parecía que sentía ciertas dudas sobre su personalidad.

Yurumendi tenía una fantasía extraordinaria. Era el inventor más grande de quimeras que he conocido. Según él, detrás del monte Izarra, un poco más lejos de Frayburu, había en el mar una sima sin fondo. Muchas veces él echó el escandallo; pero nunca dió con arena ni con roca. Se le decía que su sonda era, seguramente, corta; pero Yurumendi aseguraba que, aunque fuera de cien millas, no se encontraría el fondo.

Respecto a la cueva que hay en el Izarra, frente a Frayburu, él no quería hablar y contar con detalles las mil cosas extraordinarias y sobrenaturales de que estaba llena; le bastaba con decir que un hombre, entrando en ella, salía, si es que salía, como loco. Tales cosas se presenciaban allí. Bastaba decir que las sirenas, los unicornios navales y los caballos de mar andaban como moscas, y que un gigante con los ojos encarnados tenía en la cueva su misteriosa morada.

Este gigante debía ser hermano, o por lo menos primo, de otro, no se sabe si tan grande, pero sí con los ojos rojos, que en época de mayor candidez y de mayor temor de Dios aparecía en Donosti, entre las rocas de la Zurriola, con un pez en la mano, y a quien se le preguntaba:

*¿Onentzarro begui gorri
Nun arrapatu dec array hori?*

(¿Onentzarro, el de los ojos encarnados, ¿dónde has cogido ese pez?)

Y el pobre gigante de los ojos encarnados, en vez de desdeñar la pregunta impertinente de su interlocutor, contestaba con amabilidad:

*Bart arratzean amaiquetan
Zuniyolaco arroquetan.*

(Ayer noche, a las once, en las rocas de la Zurriola.)

No sé a punto fijo en qué categoría colocaba Yurumendi a su gigante de los ojos encarnados; pero creo que no le consideraba a la altura de la *Egan suguia*, la gran serpiente alada del Izarra, con sus alas de buitre, su cara siniestra de vieja y su aliento infeccioso.

Nos hablaba, también, Yurumendi de esos pulpos gigantes con sus inmensos tentáculos, que pueden hacer naufragar una fragata; del mar de los Sargazos, en donde se navega por tierra, por verdadera tierra, que se abre para dejar pasar un buque; de los países donde nievan plumas; de los delfines, que tienen esa extraña simpatía mal explicada por los hombres; de las sentimentales ballenas, cuya desgracia es pensar que la Humanidad estima más su aceite que su melancólico corazón; de los mil enanos jorobados y extravagantes de las costas de Noruega; de las serpientes de mar que persiguen, aullando, a los barcos; de la araña del Kraken, en el pino de Portland, en Inglaterra, y de ese monstruo terrible del Maëlstrom, cuyas fauces sorben el mal y tragan las imprudentes naves haciéndolas desaparecer en sus gigantescas entrañas. También le daba mucha importancia a la *Curcushada* (los cuernos de la luna), que creía que tenía una gran relación con la vida de los hombres.

Otro de los motivos favoritos de Yurumendi era la descripción de la isla del Fuego, en donde él había estado alguna vez. En la cumbre de esta montaña inaccesible arde un fuego intermitente que se enciende de noche y se apaga de día.

Alguno pensaba que quizá se trataba de un volcán cuyas llamas no se pueden ver a la luz del sol; pero Yurumendi aseguraba que esta hoguera la hacían todas las noches las almas de los marineros del célebre pirata Kidd, que guardan allí un inmenso tesoro escondido.

Otra de las cosas más interesantes que algunos llegaban a ver en el mar, según Yurumendi, era un buque fantasma, tripulado por un capitán holandés. Este perdido, borracho, blasfemador y cínico pirata, anda, con un equipaje de canallas, haciendo fechorías por el mar. Si el maldito holandés se acerca al barco de uno, el vino se agría; el agua se enturbia; la carne se pudre. Si le envía a uno una carta, ya puede no leerla, porque se vuelve loco inmediatamente; tales absurdos y mentiras dice.

Yurumendi contaba que sólo una vez había visto, a lo lejos, al maldito holandés; pero, afortunadamente, no se le había acercado.

Otras veces, el viejo marino nos contaba una serie de crueldades horribles: piratas que mandaban cortar la lengua o las manos a los que caían en su poder; otros que echaban al agua a sus enemigos, metidos en una jaula y con los ojos vaciados. Nos hacía temblar, pero le oíamos. Hay un fondo de crueldad en el hombre, y sobre todo en el niño, que goza oscuramente cuando la barbarie humana sale a la superficie.

Casi siempre, al hablar de las piraterías y de las brutalidades de los barcos negreros, Yurumendi solía recordar una canción en vasco.

—Esta canción —solía decir— la cantaba Gastibeltza, un piloto paisano nuestro, de un barco negrero en donde yo estuve de grumete. Gastibeltza solía cantarla cuando dábamos vuelta al cabrestante para levantar el ancla o cuando se izaba algún fardo.

—¿Cómo era la canción? —le decíamos nosotros, aunque la sabíamos de memoria—. ¡Cántela usted!

Y él cantaba con su voz ronca de marino, formada por los fríos, las nieblas, el alcohol y el humo de la pipa:

Ateraquiyo
Emanaquiyo
Aurreco orri
Elduaquiyo
Orra! Orra!
Cinzaliyo
Itsastarra oh! oh!
Balesaquiyo.

Lo que quería decir en castellano: “¡Sácale! ¡Dale! A ése de adelante, agárrale. Ahí está, ahí está, cuélgale, marinero, ¡oh!, ¡oh! Puedes estar satisfecho.”

Nadie cantaba esta canción como Yurumendi; al oírla, yo me figuraba una tripulación de piratas al abordaje, trepando por las escaleras de un barco, con el cuchillo entre los dientes.

Para Zelayeta y para mí, los relatos de Yurumendi fueron una revelación. Estábamos decididos; seríamos piratas, y después de aventuras sin fin, de desvalijar navíos y bergantines, y burlarnos de los cruceros ingleses; después de realizar el tesoro de viejas onzas mejicanas y piedras preciosas, que tendríamos en una isla desierta, volveríamos a Lúzaro a contar, como Yurumendi, nuestras hazañas. Si por si acaso teníamos loro, para que no nos denunciase, como contaba la *Inure*, le ataríamos una piedra al cuello y lo tiraríamos al mar.

Zelayeta hizo el plano de la casa que construiríamos fuera del pueblo, en un alto, cuando volviéramos a Lúzaro.

En aquella época, Yurumendi era nuestro modelo; solíamos andar, como él, balanceándonos, con las piernas dobladas y los puños cerrados, y fumábamos en pipa, aunque yo, por mi parte, a los dos chupadas no podía con el mareo.

Cuando nuestro amigo, el viejo lobo de mar, estaba más alegre que de ordinario, contaba cuentos. Sus cuentos no se diferenciaban gran cosa de las historias que él tenía por verdaderas.

Pero entre ellos había uno al que él daba infinitas variantes.

El asunto se reducía a un marinero, buena persona, aunque un poco borracho, que se encontraba con un viejo mendigo zarrapastroso y sucio. El mendigo pedía, humildemente, un ligero favor; el marinero se lo hacía, y el viejo resultaba nada menos que San Pedro, que en agradecimiento concedía al marinero un don.

Esto don variaba en los diferentes cuentos; en unos era una bolsa, de donde salía todo lo que deseaba con decir unas cuantas frases sacramentales; en otros, una semilla maravillosa que, plantada, se convertía en poco tiempo en un árbol de tal naturaleza que daba madera para diez o doce fragatas y otros tantos bergantines y todavía sobraba.

Le gustaba a Yurumendi, cuando relataba estos cuentos extraordinarios, documentar sus narraciones con una exactitud matemática, y así decía: “Una vez, en Liverpool, en la taberna del Dragón Rojo...” O si no: “Nos encontrábamos en el Atlántico, a la altura de Cabo Verde...”

Cuando se trataba de un barco, siempre tenía que explicar con detalles la clase de su aparejo, su tonelaje y sus condiciones marineras.

Últimamente, las serpientes aladas, las sirenas, las brujas y la *Curcushada*, en combinación con la vejez y con el alcohol, le trastornaron un poco. Yo, que de muchacho tenía cierto ascendiente sobre él, intentaba convencerle de que debía tomar aquel mundo fantástico como real, si quería, pero sin darle demasiada importancia.

Él solía replicarme, de una manera solemne:

—Shanti, tú sabes más que nosotros, porque has estudiado; pero otros de más edad y de más saber que yo han visto estas cosas.

—Es verdad —decía algún viejo amigo suyo.

¡Pobre Yurumendi! Daría cualquier cosa por verle en la tienda de poleas de Zelayeta o en el *Guezurrechape de Cay Luce*, contando sus cuentos; pero los años no pasan en balde, y hace ya mucho tiempo que Yurumendi duerme el sueño eterno en el camposanto de Lúzaro.

SILVESTRE PARADOX

VI

Cuando se tiene la honra de dedicarse al estudio de las ciencias físico-naturales se simpatiza con el orden. Ordenar es clasificar. Este gran pensamiento ha sido expresado por alguien, cuyo nombre en este momento, desgraciadamente para el lector, no recuerdo. Silvestre era ordenado, aun dentro del mismo desorden. No en balde se pasa un hombre la vida estudiando la clasificación de Cuvier.

La guardilla de Paradox, aunque bastante sucia, mal blanqueada y llena de telas de araña, era grande y tenía condiciones por esto para servir de museo y conservar los tesoros zoológicos, geológicos y mineralógicos que Silvestre guardaba. Paradox empezó el arreglo de su habitación por el fin. Sólo los grandes hombres son capaces de hacer esto. En el fondo de la guardilla había un cuarto muy chico, que había servido de gallinero. Silvestre rascó las paredes, y al hacer esto halló una agradable sorpresa: una puerta condenada, que por una escalerilla comunicaba con una azotea pequeña. Silvestre inmediatamente la destinó para observatorio.

—Aquí pondré —dijo— un magnífico antejo astronómico de cartón, construido con hermosas lentes de *flin* y *crown-glass* traídas de Alemania, y el verano me dedicaré a contemplar las constelaciones en las noches estrelladas.

Después de saborear la sorpresa, empapeló con papel continuo el cuarto que había servido de gallinero, y lo destinó para alcoba. Después hizo un biombo con listones y telas de sacos y dividió la guardilla en dos partes: una pequeña, que serviría de cocina, comedor y despacho; la otra grande, para los talleres, museos y bibliotecas.

Hecho esto se dedicó de lleno al arreglo de los talleres, y sus primeras ocupaciones fueron los previos y científicos trabajos preliminares para la iluminación.

Entonces entraron en juego los pedazos de carbón y de cinc, que tanto habían preocupado al señor Ramón el portero, y se utilizó el bicromato potásico, y el ácido sulfúrico, y los vasos porosos. Silvestre formó dos baterías eléctricas de veinte pilas. Una lámpara puso en la alcoba, otra en el despacho-comedor-cocina y las demás, hasta seis, colgando del techo.

Ya resuelta la cuestión importante del alumbrado comenzó la clasificación de sus colecciones. En medio del taller colocó su gran estantería. Ciertamente era ésta un tanto primitiva y tosca, pues estaba formada con tablas de cajones, y además tenía el inconveniente de que, como no estaba muy segura, solían caerse los estantes; pero, a falta de otra cumplía bien su misión. En las paredes fué colocando tablas a modo de aparadores, sujetas a la pared, unas con palomillas y otras con cuerdas.

En la estantería central puso su admirable colección mineralógica, zoológica y geológica, formada en sus viajes. Aquí el trozo de planta nativa de Hiendelaencina, allá la *eurita* ⁽¹⁾ de la Peña de Haya, ahora el *ammonites cycloides* recogido en el valle de Baztán, ya la *annularia brevifolia* hallada en la falda del monte Larrun.

Los ejemplares zoológicos más notables, todos disecados por Silvestre, eran: una avutarda, un gran *duque* ⁽²⁾, un *gipaeto* ⁽³⁾ barbudo, un hurón, un caimán, varias ratas blancas y una comadreja.

Silvestre tenía ideas propias acerca de la disecación. Creía buenamente que disecando animales era el número uno en España.

—Porque disecar —decía Paradox— no es rellenar la piel de un animal de paja y ponerle después ojos de cristal. Hay algo más en la disecación, la parte del espíritu; y para definir esto —añadía— hay que dar idea de la actitud, marcar la expresión propia del

animal, sorprender su gesto, dar idea de su temperamento, de su idiosincrasia, de las condiciones generales de la raza y de las particulares del individuo.

Y como muestra de sus teorías enseñaba su buho, un bicho huraño, grotesco y pensativo, que parecía estar recitando por lo bajo el soliloquio de Hamlet, y la obesa avutarda, toda candor, pudor y cortedad, y su caimán, que colgaba del techo por un alambre, con su sonrisa macabra, llena de doblez y de falsía, y sus ojos entornados, hipócritas y mefistofélicos.

En el centro de la estantería expuso Silvestre los modelos de sus trabajos de inventor, y en medio de todos ellos colocó un cuadro, en el cual se veía una figura alegórica de la Fama, coronando con laureles su retrato. A un lado de la figura se leían los dieciséis inventos hechos por Paradox hasta aquella época en el orden siguiente:

La cola cristal.

El salvadidas químico.

El torpedo dirigible desde la costa.

El pan reconstituyente (glicero-ferro-fosfatado glutinoso).

El pulsómetro Paradox.

El disecol (el mejor compuesto para la conservación de las pieles).

La caja reguladora de la fermentación del pan.

La mano remo y el pie remo (aparatos para nadar).

La anti-plombaginita (borrador universal).

La contra-tinta (ídem, ídem.)

El biberón del árbol (aparato para alimentar el árbol sin mover para nada la tierra próxima al pie, por medio de la inyección del guano intensivo).

La ratonera Speculum.

El refrigerador Xodarap (para enfriar en verano las habitaciones).

La melino-piróxilo-paradoxita (explosivo).

La fotografía galvano-plástica (para obtener fotografías de relieve), y

El cepo langostífero.

En los estantes de las paredes fue colocando Silvestre los ejemplares de su modesta colección de

especies fluviátiles recogidos en España, entre los cuales se distinguían: un *Acipenser sturio*, pescado en el *Arga* ⁽⁴⁾, un *Ciprinus carpio* de la *Albufera* ⁽⁵⁾ y un *Barbus bocagei* del *Manzanares* ⁽⁶⁾, tan bien disecados, que estaban pidiendo la sartén.

En el suelo, debajo de la estantería, estaban los minerales de gran peso, hermosos trozos de galena argentífera y de piritas de cobre.

Junto a la ventana de la pared, en cuyo alféizar colocó jacintos en cacharros llenos de agua, puso su mesa de escribir, muy ancha y grande, de pino sin pintar, y al lado de ésta un banco de carpintero con su tornillo de presión. La mesa tenía su misterio: levantando la tabla aparecía que no era tal mesa, sino un acuario de zinc y de portland con ventanillas de cristal, sostenido por cuatro tablones gruesos.

El acuario era un océano en pequeño. Allí había manifestaciones de todos los períodos geológicos, acuáticos y terrestres; grutas balsáticas con estalactitas y estalacmitas, rocas minerales brillantes... En el suelo del acuario, sobre una capa de finísima arena, se veían conchas de mar de los más esplendentes colores, tales como helix, rostellarias, volutas, olivas y taladros. Esta aparición de moluscos de mar en agua dulce no tenía más objeto que dar un aspecto pintoresco al fondo del abismo.

El acuario era interesante, sobre todo por los anfibios que guardaba. El anfibio interesaba mucho a Paradox; aquí estaba el axolote; allí el *menobranthus lateralis* y los interesantes tritones que solían andar cuando hacía sol alrededor del acuario, cazando moscas y cantando tiernas e incomprensibles endechas; allá se encontraban también algunos moluscos de agua dulce, como el *neritina fluviatilis*, el *ampullaria cornu arietis*, que es como un caracol, con

⁽⁴⁾ Arga: fiume che bagna Pamplona.

⁽⁵⁾ Albufera: laguna in prossimità della costa, vicino a Valencia.

⁽⁶⁾ Manzanares: fiume di Madrid.

⁽¹⁾ Eurita: eurite, roccia del gruppo dei porfidi.

⁽²⁾ Duque: uccello.

⁽³⁾ Gipaeto: uccello rapace.

unos cuernos muy largos y muy estrechos; y dos o tres clases de *Limneas*.

Los peces interesaban muchísimo a Silvestre; los había estudiado a su manera; estaba convencido de muchas cosas que no son del dominio común. Primeramente sabía que los peces, a pesar de la brusquedad de sus movimientos, son inteligentes y susceptibles, no sólo de fácil domesticación, sino de afecciones, como dice muy bien H. de la Blanchere.

Silvestre había conseguido domesticar a una rana, pero estos instintos de sociabilidad reconocidos en los batracios, no llegó nunca a comprobarlos en los peces. Sin embargo, creía poder alcanzar su amistad.

Estos dos casos, citados en una Historia Natural, mantenían su confianza. Desmaret dice que el pez que ha sido durante largo tiempo conservado en un acuario acude algunas veces al oír la voz del amo, con el fin de recibir la comida que le acostumbran a dar. Y luego expresa el siguiente hecho, cuya gravedad no podía pasar inadvertida para un espíritu científico como el de Silvestre: «Debemos decir que tenemos una anguila que saca la cabeza a flor de agua al ver a las personas que conoce, con un fin desinteresado, porque rehúsa habitualmente el alimento que se le ofrece.» ¡Llor al reconocimiento y al desinterés de las anguilas, tan poco frecuentes en animales más perfeccionados, como el hombre!

Silvestre, cuando trabajaba en su mesa, lo hacía sobre un mar.

Víctor Hugo le hubiese envidiado.

—¡Hay tempestades en los acuarios! —decía.

Cuando Paradox concluyó de arreglar su guardilla se encontró satisfecho. La hija del señor Ramón el portero, casada con un guardia, le subía todos los días lo necesario para hacer comida; Paradox cocinaba en un hornillo de barro; hacía unos guisados y aderezos, fantásticos, inspirándose en unas recetas de cocina escritas en vasco.

En lo que tenía Silvestre una exactitud matemática, digna de sus difuntas tías doña Tadea y doña Pepa, era en el café. Lo tostaba todos los días sobre una placa de acero, luego lo molía, después pesaba la

cantidad necesaria en una balanza de precisión, la ponía en la cafetera rusa, esperaba el número necesario de minutos, tiempo fijado con el objeto de que en el agua caliente se disolviera la cafeína, y no la cafeona, y daba la vuelta.

Silvestre gozaba en aquellos días tibios de otoño del placer de vivir; el sol, algo pálido, entraba alegre y dorado en su cuarto.

Se levantaba temprano, se desayunaba y se ponía a trabajar; luego, a las diez, iba a la parada a Palacio y volvía detrás de los soldados, llevando el paso, seguido de Yock, al compás de una marcha alegre, de esas con las que el más triston se siente con sangre torera, al menos en sus actitudes y movimientos; después comía, se dedicaba nuevamente a la ciencia, y al anochecer salía de casa para no gastar mucho sus pilas iluminando la guardilla.

Era su vida una nueva infancia candorosa y humilde. Paseaba por las calles llenas de luces, como esos señores viejos que han retornado a la infancia y sonrían sin saber por qué; miraba los escaparates, leía los carteles de los teatros, veía la gente, las hermosas señoras, los caballeros elegantes, las lindas señoritas; tranquilo, sin rencores, sin deseos, como un aficionado que contempla un cuadro, el alma serena llena de piedad y de benevolencia, las ilusiones apagadas, los entusiasmos muertos.

Por las noches encendía la luz y leía. Su biblioteca literaria constaba de cuatro tomos: la Biblia, obras de Shakespeare, las comedias de Molière y el Pickwick de Dickens.

De una comedia de Molière había sacado Silvestre el nombre de su perro. Cuando éste era pequeño y aún no tenía nombre, leía Paradox en voz alta una escena de *Le Bourgeois Gentilhomme*.

Era ésta:

«El Mufti. —¿Dice, Turque, qui star quista? ¿Anabatista? ¿Anabatista?

»Los turcos. —Yoc.

El perro de Silvestre, al oír Yoc, enderezó las orejas.

«El Mufti. —¿Zuinglista?

»Los turcos. —Yoc.

«El Mufti. —¿Coffita?

»Los turcos. —Yoc.

«El Mufti. —¿Husista? ¿Morista? ¿Fronista?

»Los turcos. —Yoc, Yoc, Yoc.

El perro acompañó con un ladrido los Yoc de Silvestre, y comenzó a dar unos alaridos tan sentimentales con los últimos Yoc, que Silvestre determinó llamarle de esta manera, cambiando la ortografía en Yock, con lo cual le daba al nombre de su perro un carácter que a él se le figuraba estar más en armonía con el color y la calidad de sus lanas.

Cuando no quería leer, Silvestre se paseaba de un lado a otro de su guardilla y departía amigablemente ya con su perro, ya con su culebra.

Había prohijado la culebrilla en una de sus excursiones. Unos leñadores la encontraron enroscada en una rama, e iban a matarla cuando Paradox la cogió, la envolvió en un pañuelo y la trajo a Madrid. Viendo por experiencia que mordía, se le ocurrió ponerle unas bolitas de cola cristal en los colmillos, y como la culebrilla se hipnotizaba fácilmente con sólo pasarle la mano por el dorso, todos los meses, después de darle de comer, Paradox le colocaba las bolitas de cola cristal en los colmillos.

Silvestre estaba tan acostumbrado a la soledad, que hablaba solo o a lo más con el perro, con la avutarda disecada o con la culebrilla. Sus observaciones, aun en la calle, las hacía a media voz, no con la idea de que le oyesen, sino para discutir las. Había notado que las ideas de uno mismo, expresadas en palabras, suenan a ideas de otro y dan ganas sólo por eso de no aceptarlas y discutir las.

Silvestre experimentaba por todo lo humilde una gran simpatía; amaba a los niños, a las almas candorosas; detestaba lo petulante y lo estirado; tenía un gran cariño por los animales. Esas conversaciones de personas serias acerca de la política y de los partidos le exasperaban.

Le repugnaba la prensa, la democracia y el socialismo. Creía que si un senador necesariamente no suele ser siempre un imbécil, en general, a la mayoría les falta muy poco para serlo, y entre hablar

con un salvaje de la Tasmania o con un diputado, un académico o un periodista, hubiera preferido siempre lo primero, encontrándolo mucho más instructivo y agradable.

Paradox era casi cristiano. Por lo demás, el mismo trabajo le costaba creer que los hombres se transformaron de monos antropopitecos en hombres en la Lemuria, como opina Haeckel, que suponer que los habían fabricado con barro del Nilo.

La metafísica le parecía un lujo, la ciencia una necesidad, la religión una hermosa leyenda; no era precisamente ateo, ni tampoco deísta.

Un Dios en su sano juicio, preocupado en construir la Tierra con sus montecitos y sus arbolitos, y sus bichitos, y su sol para iluminarla y su luna para ser cantada por los poetas, le parecía un poco cándido; pero una humanidad tan imbécil, que teniendo una creencia admirable como la de un Dios que se hace niño, la destruye y la aniquila para sustituirla por estúpidas leyendas halagadoras de la canalla, le parecía idiota, mezquina y repugnante.

Silvestre reconocía el progreso y la civilización y se entusiasmaba con sus perfeccionamientos materiales, pero no le pasaba lo mismo respecto a la evolución moral; veía en el porvenir el dominio de los fuertes y la fuerza le parecía, como cualquier jerarquía social, una injusticia de la Naturaleza.

«¿Qué van a hacer el débil, el impotente —pensaba él— en una sociedad complicada como la que se presenta; en una sociedad basada en la lucha por la vida, no una lucha brutal de sangre, pero no por ser intelectual menos terrible?

»¡Tener el palenque ⁽⁷⁾ abierto y acudir a él y ser vencido en condiciones iguales por los contrarios, volver otra vez, y otra vez quedar derrotado! ¡Estar en continuo sobresalto, conquistar un empleo a fuerza de inteligencia y de trabajo y tener que abandonarlo porque otro más joven, más fuerte, más inteligente, tiene más aptitudes para desempeñarlo!

⁽⁷⁾ Palenque: steccionata.

»Nunca como en ese tiempo de progreso habrá mayores odios ni más grandes melancolías. El consuelo de achacar la culpa a algo, a algo fuera de nosotros, desaparecerá, y el suicidio tendrá que ser la solución única de la humanidad caída.»

Y a él le molestaba esto: las grandes capacidades orgullosas, y más aún la vanidad de la masa imbécil hoy dominadora, que tantas cosas destruye por el desdén, por el abandono, por el desprecio. En cambio, se entusiasmaba con todas las grandes virtudes de la gente pobre, de la gente humilde; pero no era demócrata; lo hubiera sido sólo de una manera: siendo muy rico y siendo muy noble.

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

de LUCES DE BOHEMIA ^(a)

ESCENA DUODÉCIMA

Rinconada en costanilla y una iglesia barroca por fondo. Sobre las campanas negras, la luna clara. DON LATINO y MAX ESTRELLA *filosofan sentados en el quicio de una puerta. A lo largo de su coloquio, se torna lívido el cielo. En el alero de la iglesia pían algunos pájaros. Remotos albos de amanecida. Ya se han ido los serenos, pero aún están las puertas cerradas. Despiertan las porteras.*

MAX.- ¿Debe estar amaneciendo?

DON LATINO.- Así es.

MAX.- ¡Y qué frío!

DON LATINO.- Vamos a dar unos pasos.

MAX.- Ayúdame, que no puedo levantarme. ¡Estoy aterido!

DON LATINO.- ¡Mira que haber empeñado la capa!

MAX.- Préstarme tu carrik ⁽¹⁾, Latino.

DON LATINO.- ¡Max, eres fantástico!

MAX.- Ayúdame a ponerme en pie.

DON LATINO.- ¡Arriba, carcunda ⁽²⁾!

MAX.- ¡No me tengo!

DON LATINO.- ¡Qué tuno eres!

MAX.- ¡Idiota!

DON LATINO.- ¡La verdad es que tienes una fisonomía algo rara!

MAX.- ¡Don Latino de Hispalis, grotesco personaje, te inmortalizaré en una novela!

DON LATINO.- Una tragedia, Max.

MAX.- La tragedia nuestra no es tragedia.

DON LATINO.- ¡Pues algo será!

MAX.- El Esperpento ⁽³⁾.

DON LATINO.- No tuerzas la boca, Max.

MAX.- ¡Me estoy helando!

DON LATINO.- Levántate. Vamos a caminar.

MAX.- No puedo.

DON LATINO.- Deja esa farsa. Vamos a caminar.

MAX.- Échame el aliento. ¿Adónde te has ido, Latino ⁽⁴⁾?

DON LATINO.- Estoy a tu lado.

^(a) Luces de Bohemia – Per il testo seguiamo l'ed. dei *Clásicos Castellanos* (n°180), Madrid, Espasa Calpe, 1983. Trad. ed. da Einaudi, 1975.

Resumen: en la obra se cuenta la peregrinación nocturna de Max Estrella, poeta, guiado por don Latino de Hispalis por diversos lugares madrileños, hasta su muerte en la puerta de su casa. Max Estrella es en realidad el poeta Alejandro Sawa que murió ciego y loco en Madrid, en 1909, en medio de la pobreza.

⁽¹⁾ Carrik: specie di soprabito con varie pellegrine.

⁽²⁾ Carcunda: vecchio treppiadi.

⁽³⁾ Esperpento: persona o cosa brutta e ridicola; Valle Inclán si serve del termine e delle immagini deformate degli specchi concavi del Callejón del Gato per denominare la sua tecnica di creazione artistica basata sulla visione deformatrice della realtà, specialmente della vita spagnola della sua epoca.

⁽⁴⁾ Adónde...: Max è cieco.

MAX.- Como te has convertido en buey, no podía reconocerte. Échame el aliento, ilustre buey del pesebre belenita. ¡Muge, Latino! Tú eres el cabestro, y si mugas vendrá el Buey Apis ⁽⁵⁾. Le tocaremos.

DON LATINO.- Me estás asustando. Debías dejar esa broma.

MAX.- Los ultraístas son unos farsantes. El esperpentismo lo ha inventado Goya. Los héroes clásicos han ido a pasearse en el callejón del Gato ⁽⁶⁾.

DON LATINO.- ¡Estás completamente curda ⁽⁷⁾!

MAX.- Los héroes clásicos reflejados en los espejos cóncavos dan el Esperpento. El sentido trágico de la vida española sólo puede darse con una estética sistemáticamente deformada.

DON LATINO.- ¡Miau ⁽⁸⁾! ¡Te estás contagiando!

MAX.- España es una deformación grotesca de la civilización europea.

DON LATINO.- ¡Pudiera! Yo me inhibo.

MAX.- Las imágenes más bellas en un espejo cóncavo son absurdas.

DON LATINO.- Conforme. Pero a mí me divierte mirarme en los espejos de la calle del Gato.

MAX.- Y a mí. La deformación deja de serlo cuando está sujeta a una matemática perfecta. Mi estética actual es transformar con matemática de espejo cóncavo las normas clásicas.

DON LATINO.- ¿Y dónde está el espejo?

MAX.- En el fondo del vaso.

DON LATINO.- ¡Eres genial! ¡Me quito el cráneo ⁽⁹⁾!

MAX.- Latino, deformemos la expresión en el mismo espejo que nos deforma las caras y toda la vida miserable de España.

⁽⁵⁾ Buey Apis: è il soprannome del direttore di giornale che ha licenziato Max Estrella.

⁽⁶⁾ Callejón del Gato: vi si trovava un negozio di ferramenta con specchi concavi usati per attirare i clienti.

⁽⁷⁾ Curda: ubriaco.

⁽⁸⁾ Miau: marameo.

⁽⁹⁾ Me quito el cráneo: esagerazione dell'espressione d'ammirazione "me quito el sombrero" (mi levo tanto di cappello).

DON LATINO.- Nos mudaremos al callejón del Gato.

MAX.- Vamos a ver qué palacio está desalquilado.

Arrímame a la pared. ¡Sacúdeme!

DON LATINO.- No tuerzas la boca.

MAX.- Es nervioso. ¡Ni me entero!

DON LATINO.- ¡Te traes una guasa!

MAX.- Préstame tu carrik.

DON LATINO.- ¡Mira cómo me he quedado de un aire!

MAX.- No me siento las manos y me duelen las uñas. ¡Estoy muy malo!

DON LATINO.- Quieres conmovirme, para luego tomarme la coleta ⁽¹⁰⁾.

MAX.- Idiota, llévame a la puerta de mi casa y déjame morir en paz.

DON LATINO.- La verdad sea dicha, no madrugan en nuestro barrio.

MAX.- Llama.

DON LATINO DE HISPALIS, *volviéndose de espaldas, comienza a cocear en la puerta. El eco de los golpes tolondrea por el ámbito lívido de la costanilla, y como en respuesta a una provocación, el reloj de la iglesia da cinco campanadas bajo el gallo de la veleta.*

MAX.- ¡Latino!

DON LATINO.- ¿Qué antojas? ¡Deja la mueca!

MAX.- ¡Si Collet ⁽¹¹⁾ estuviese despierta!... Ponme en pie para darle una voz.

DON LATINO.- No llega tu voz a ese quinto cielo.

MAX.- ¡Collet! ¡Me estoy aburriendo ⁽¹²⁾!

DON LATINO.- No olvides al compañero.

MAX.- Latino, me parece que recobro la vista. ¿Pero cómo hemos venido a este entierro? ¡Esa apoteosis es de París! ¡Estamos en el entierro de Víctor Hugo!

⁽¹⁰⁾ Tomarme la coleta: la *coleta* è il codino dei toreri; l'espressione equivale a "tomar el pelo" (prenderse in giro).

⁽¹¹⁾ Collet: è la moglie di Max.

⁽¹²⁾ Aburriendo: aburrir indica qui l'essere disperati, stanchi della vita.

¿Oye, Latino, pero cómo vamos nosotros presidiendo?

DON LATINO.- No te alucines, Max.

MAX.- Es incomprendible cómo veo.

DON LATINO.- Ya sabes que has tenido esa misma ilusión otras veces.

MAX.- ¿A quién enterramos, Latino?

DON LATINO.- Es un secreto que debemos ignorar.

MAX.- ¡Cómo brilla el sol en las carrozas!

DON LATINO.- Max, si todo cuanto dices no fuese una broma, tendría una significación teosófica... En un entierro presidido por mí, yo debo ser el muerto... Pero por esas coronas, me inclino a pensar que el muerto eres tú.

MAX.- Voy a complacerte. Para quitarte el miedo del augurio. me acuesto a la espera. ¡Yo soy el muerto! ¿Qué dirá mañana esa canalla de los periódicos, se preguntaba el paria catalán ⁽¹³⁾?

MAXIMO ESTRELLA *se tiende en el umbral de su puerta. Cruza la costanilla un perro golfo que corre en zigzag. En el centro, encoge la pata y se orina: El ojo legañoso, como un poeta, levantado al azul de la última estrella.*

MAX.- Latino, entona el gori-gori ⁽¹⁴⁾.

DON LATINO.- Si continúas con esa broma macabra, te abandono.

MAX.- Yo soy el que se va para siempre.

DON LATINO.- Incorporate, Max. Vamos a caminar.

MAX.- Estoy muerto.

DON LATINO.- ¡Que me estás asustando! Max, vamos a caminar. Incorporate, ¡no tuerzas la boca, condenado! ¡Max! ¡Max! ¡Condenado, responde!

MAX.- Los muertos no hablan.

DON LATINO - Definitivamente, te dejo.

⁽¹³⁾ El paria catalán: anarchico che Max ha conosciuto precedentemente al commissariato durante la sua detenzione.

⁽¹⁴⁾ Gori-gori: espressione colloquiale con cui si allude al canto dei funerali.

MAX.- ¡Buenas noches!

DON LATINO DE HISPALIS *se sopla los dedos arrecidos y camina unos pasos encorvándose bajo su carrik pingón, orlado de cascarrías (15). Con una tos gruñona retorna al lado de MAX ESTRELLA: Procura incorporarle hablándole a la oreja.*

DON LATINO.- Max, estás completamente borracho y sería un crimen dejarte la cartera encima, para que te la roben. Max, me llevo tu cartera y te la devolveré mañana.

Finalmente se eleva tras de la puerta la voz achulada de una vecina. Resuenan pasos dentro del zaguán. DON LATINO se cuela por un callejón.

LA VOZ DE LA VECINA.- ¡Señá (16) Flora! ¡Señá Flora! Se le han apegado a usted las mantas de la cama.

LA VOZ DE LA PORTERA.- ¿Quién es? Esperarse que encuentre la caja de mixtos.

LA VECINA.- ¡Señá Flora!

LA PORTERA.- Ahora salgo. ¿Quién es?

LA VECINA.- ¡Está usted marmota (17)! ¿Quién será? ¡La Cuca, que se camina (18) al lavadero!

LA PORTERA.- ¡Ay, qué centella de mixtos! ¿Son horas?

LA VECINA.- ¡Son horas y pasan de serlo!

Se oye el paso cansino de una mujer en chanclas. Sigue el murmullo de las voces. Rechina la cerradura y aparecen en el hueco de la puerta dos mujeres: La una, canosa, viva y agalgada, con un saco de ropa cargado sobre la cadera. La otra, jamona, refajo colorado, pañuelo pingón sobre los hombros, greñas y chanquetas. El cuerpo del bohemio resbala y queda acostado sobre el umbral al abrirse la puerta.

(15) Cascarrías: (o cazcarrías): zacchere.

(16) Señá: signora (volgarismo).

(17) Marmota: persona addormentata o che dorme molto.

(18) Se camina: si dirige.

LA VECINA.- ¡Santísimo Cristo, un hombre muerto!

LA PORTERA.- Es Don Max el poeta, que la ha pescado (19).

LA VECINA.- ¡Está del color de la cera!

LA PORTERA.- Cuca, por tu alma, quédate a la mira un instante, mientras subo el aviso a Madama Collet.

LA PORTERA sube la escalera chancleando. Se la oye renegar. LA CUCA, viéndose sola, con aire medroso, toca las manos del bohemio y luego se inclina a mirarle los ojos entreabiertos bajo la frente lívida.

LA VECINA.- ¡Santísimo Señor! ¡Esto no lo dimana (20) la bebida! ¡La muerte talmente represental! ¡Señá Flora! ¡Señá Flora! ¡Que no puedo demorarme! Ya se me voló un cuarto de día! ¡Que se queda esto a la vindicta (21) pública, señá Flora! ¡Propia la muerte!

TIRANO BANDERAS (b)

PRIMERA PARTE

SINFONIA DEL TROPICO

LIBRO PRIMERO

ICONO DEL TIRANO

I

Santa Fe de Tierra Firme —arenales, pitas, manglares, chumberas— en las cartas antiguas, Punta de las Serpientes.

(19) La ha pescado: si è ubriacato (pescarla).

(20) Dimanar: avere origine, qui transitivo (causare).

(21) Vindicta: ammonimento.

II

Sobre una loma, entre granados y palmas, mirando al vasto mar y al sol poniente, encendía los azulejos de sus redondas cúpulas coloniales San Martín de los Mostenses. En el campanario sin campanas levantaba el brillo de su bayoneta un centinela. San Martín de los Mostenses, aquel desmantelado convento de donde una lejana revolución había expulsado a los frailes, era por mudanzas del tiempo, Cuartel del Presidente Don Santos Banderas. — Tirano Banderas—.

III

El Generalito acababa de llegar con algunos batallones de indios, después de haber fusilado a los insurrectos de Zamalpoa: Inmóvil y taciturno, agaritado de perfil en una remota ventana, atento al relevo de guardias en la campa barcina del convento, parece una calavera con antiparras negras y corbatín de clérigo. En el Perú había hecho la guerra a los españoles, y de aquellas campañas veniale la costumbre de rumiar la coca, por donde en las comisuras de los labios tenía siempre una salivilla de verde veneno. Desde la remota ventana, agaritado en una inmovilidad de corneja sagrada, está mirando las escuadras de indios, soturnos (1) en la cruel indiferencia del dolor y de la muerte. A lo largo de la formación chinitas y soldaderas haldeaban corretonas, huroneando (2) entre las medallas y las migas del faltriquero, la pitada de tabaco y los cobres (3) para el coime (4). Un globo de colores se quemaba en la turquesa celeste, sobre la campa

(b) Tirano Banderas – Per il testo seguiamo l'ed. delle *Obras Escogidas*, Aguilar, Madrid, 1971.

(1) Soturno: taciturno.

(2) Huroneando: movendosi come hurones (furetti).

(3) Cobres: monete di rame.

(4) Coime: protettore.

invadida por la sombra morada del convento. Algunos soldados, indios comaltes de la selva, levantaban los ojos. Santa Fe celebraba sus famosas ferias de Santos y Difuntos. Tirano Banderas, en la remota ventana, era siempre el garabato de un lechuzo.

IV

Venía por el vasto zagúan frailerero una escolta de soldados con la bayoneta armada en los negros fusiles, y entre las filas un roto⁽⁵⁾ greñudo, con la cara dando sangre. Al frente, sobre el flanco derecho, fulminaba el charrasco⁽⁶⁾ del Mayor Abilio del Valle. El retinto garabato del bigote dábale fiero resalte al arregaño⁽⁷⁾ lobatón⁽⁸⁾ de los dientes que sujetan el fiador⁽⁹⁾ del pavero con toquilla de plata:

—¡Alto!

Mirando a las ventanas del convento, formó la escuadra. Destacáronse dos caporales, que, a modo de pretinas⁽¹⁰⁾, llevaban cruzadas sobre el pecho sendas pencas⁽¹¹⁾ con argollones⁽¹²⁾, y despojaron al reo del fermentido sabanil⁽¹³⁾ que le cubría las carnes. Sumiso y adoctrinado, con la espalda corita⁽¹⁴⁾ al sol, entróse el cobrizo a un hoyo profundo de tres pies, como disponen las Ordenanzas de Castigos Militares. Los dos caporales apisonaron echando tierra, y quedó soterrado hasta los estremecidos ijares. El torso desnudo, la greña, las manos con fierros, salían fuera del hoyo colmados de negra

⁽⁵⁾ Roto: emarginato.

⁽⁶⁾ Charrasco: especie di coltello a serramanico, piuttosto grande.

⁽⁷⁾ Arregaño: espressione dei denti.

⁽⁸⁾ Lobatón: da lupo.

⁽⁹⁾ Fiador: laccio del cappello.

⁽¹⁰⁾ Pretinas: cinghie.

⁽¹¹⁾ Pencas: strisce di cuoio.

⁽¹²⁾ Argollones: borchie.

⁽¹³⁾ Sabanil: lenzuolino.

⁽¹⁴⁾ Corita: nuda.

expresión dramática: Metía el chivón de la barba⁽¹⁵⁾ en el pecho, con furbo atisbo a los caporales que se desceñían las pencas. Señaló el tambor un compás alterno y dio principio el castigo del chicote⁽¹⁶⁾, clásico en los cuarteles:

—¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!

El greñudo, sin un gemido, se arqueaba sobre las manos esposadas, ocultos los hierros en la cavación del pecho. Le saltaban de los costados ramos de sangre, y sujetándose al ritmo del tambor, solfeaban los dos caporales:

—¡Siete! ¡Ocho! ¡Nueve!

V

Niño Santos se retiró de la ventana para recibir a una endomingada diputación de la Colonia Española: El abarrotero⁽¹⁷⁾, el empeñista⁽¹⁸⁾, el chulo del braguetazo⁽¹⁹⁾, el patriota jactancioso, el doctor sin reválida⁽²⁰⁾, el periodista hampón, el rico mal afamado, se inclinaban en hilera ante la momia taciturna con la verde salivilla en el canto de los labios. Don Celestino Galindo, orondo, redondo, pedante, tomó la palabra, y con aduladoras hipérboles saludó al glorioso pacificador de Zamalpoa:

—La Colonia Española eleva sus homenajes al benemérito patricio, raro ejemplo de virtud y energía, que ha sabido restablecer el imperio del orden, imponiendo un castigo ejemplar a la demagogia revolucionaria. ¡La Colonia Española, siempre noble y generosa, tiene una oración y una lágrima para las víctimas de una ilusión funesta, de un virus perturbador! Pero la Colonia Española no puede menos de reconocer que en el inflexible

⁽¹⁵⁾ Chivón de la barba: barba come di capra.

⁽¹⁶⁾ Chicote: frusta.

⁽¹⁷⁾ Abarrotero: droghiere.

⁽¹⁸⁾ Empeñista: usuraio.

⁽¹⁹⁾ Braguetazo: matrimonio con una donna ricca.

⁽²⁰⁾ Reválida: ratifica.

cumplimiento de las leyes está la única salvaguardia del orden y el florecimiento de la República.

La fila de gachupines⁽²¹⁾ asintió con murmullos: Unos eran toscos, encendidos y fuertes: Otros tenían la expresión cavilosa y hepática de los tenderos viejos: Otros, enjoyados y panzudos, exudaban zurda pedancia⁽²²⁾. A todos ponía un acento de familia el embarazo de las manos con guantes. Tirano Banderas masculió estudiadas cláusulas de dómine:

—Me congratula ver cómo los hermanos de raza aquí radicados, afirmando su fe inquebrantable en los ideales de orden y progreso, responden a la tradición de la Madre Patria. Me congratula mucho este apoyo moral de la Colonia Hispana. Santos Banderas no tiene la ambición de mando que le critican sus adversarios: Santos Banderas les garantiza que el día más feliz de su vida será cuando pueda retirarse y sumirse en la oscuridad a labrar su predio, como Cincinato. Crean, amigos, que para un viejo son fardel muy pesado las obligaciones de la Presidencia. El gobernante, muchas veces precisa ahogar los sentimientos de su corazón, porque el cumplimiento de la ley es la garantía de los ciudadanos trabajadores y honrados: El gobernante, llegado el trance de firmar una sentencia de pena capital, puede tener lágrimas en los ojos, pero a su mano no le está permitido temblar. Esta tragedia del gobernante, como les platicaba recién, es superior a las fuerzas de un viejo. Entre amigos tan leales, puedo declarar mi flaqueza, y les garantizo que el corazón se me desgarraba al firmar los fusilamientos de Zamalpoa. ¡Tres noches he pasado en vela!

—¡Atiza!

Se descompuso la ringla de gachupines. Los charolados pies juanetudos⁽²³⁾ cambiaron de loseta.

⁽²¹⁾ Gachupín: appellativo dispregiativo usato dai sudamericani per gli spagnoli.

⁽²²⁾ Pedancia: pedanteria.

⁽²³⁾ Juanetudo: con juanete (cipolla del piede).

Las manos, enguantadas y torponas, se removieron indecisas, sin saber dónde posarse.

En un tácito acuerdo, los gachupines jugaron con las brasileñas leontinas de sus relojes. Acentuó la momia:

—¡Tres días con sus noches en ayuno y en vela!

—¡Arrea!

Era el que tan castizo apostillaba un vinatero montañés, chapararro y negrote, con el pelo en erizo, y el cuello de toro desbordante sobre la tirilla de celuloide: La voz fachendosa tenía la brutalidad intempestiva de una claqué de teatro. Tirano Banderas sacó la petaca y ofreció a todos su picadura de Virginia:

—Pues, como les platicaba, el corazón se destroza, y las responsabilidades de la gobernación llegan a constituir una carga demasiado pesada. Busquen al hombre que sostenga las finanzas, al hombre que encauce las fuerzas vitales del país. La República, sin duda, tiene personalidades que podrán regirla con más acierto que este viejo valetudinario. Pónganse de acuerdo todos los elementos representativos, así nacionales como extranjeros...

Hablaba meciendo la cabeza de pergamino: La mirada, un misterio tras las verdosas antiparras. Y la ringla de gachupines balanceaba un murmullo, señalando su aduladora disidencia. Cacareó Don Celestino:

—¡Los hombres providenciales no pueden ser reemplazados sino por hombres providenciales!

La fila aplaudió, removiéndose en las losetas, como ganado inquieto por la mosca. Tirano Banderas, con un gesto cuáquero, estrechó la mano del pomposo gachupín:

—Quédese, Don Celes, y echaremos un partido de ranita.

—¡Muy complacido!

Tirano Banderas, trasmutándose sobre su última palabra, hacía a los otros gachupines un saludo frío y parco:

—A ustedes, amigos, no quiero distraerles de sus ocupaciones. Me dejan mandado.

VI

Una mulata entrecana, descalza, temblona de pechos, aportó con el refresco de limonada y chocolate, dilecto de frailes y corregidores, cuando el virreinato. Con tintín de plata y cristales en las manos prietas, miró la mucama al patroncito, dudosa, interrogante. Niño Santos, con una mueca de la calavera, le indicó la mesilla de campamento que, en el vano de un arco, abría sus compases de araña. La mulata obedeció haldeando. Sumisa, húmeda, lúbrica, se encogía y deslizaba. Mojó los labios en la limonada Niño Santos:

—Consecutivamente, desde hace cincuenta años, tomo este refresco, y me prueba muy medicinal... Se lo recomiendo, Don Celes.

Don Celes infló la botarga:

—¡Cabal, es mi propio refresco! Tenemos los gustos parejos, y me siento orgulloso. ¡Cómo no!

Tirano Banderas, con gesto huraño, esquivó el humo de la adulación, las volutas enfáticas. Manchados de verde los cantos de la boca, se recogía en su gesto soturno:

—Amigo Don Celes, las revoluciones, para acabarlas de raíz, precisan balas de plata.

Reforzó campanudo el gachupín:

—¡Balas que no llevan pólvora ni hacen estruendo!

—La momia acogió con una mueca enigmática:

—Ésas, amigo, que van calladas, son las mejores. En toda revolución hay siempre dos momentos críticos: El de las ejecuciones fulminantes, y el segundo momento, cuando convienen las balas de plata. Amigo Don Celes, recién esas balas ⁽²⁴⁾, nos ganarían las mejores batallas. Ahora la política es atraerse a los revolucionarios. Yo hago honor a mis enemigos, y no se me oculta que cuentan con muchos elementos simpaticantes en las vecinas Repúblicas. Entre los revolucionarios, hay científicos que pueden

con sus luces laborar en provecho de la Patria. La inteligencia merece respeto. ¿No le parece, Don Celes?

Don Celes asentía con el grasiento arrebol de una sonrisa:

—En un todo de acuerdo. ¡Cómo no!

—Pues para esos científicos quiero yo las balas de plata: Hay entre ellos muy buenas cabezas que lucirían en cotejo con las eminencias del Extranjero. En Europa, esos hombres pueden hacer estudios que aquí nos orienten. Su puesto está en la diplomacia... En los Congresos Científicos... En las Comisiones que se crean para el Extranjero.

Ponderó el ricacho:

—¡Eso es hacer política sabia!

Y susurró confidencial Generalito Banderas:

—Don Celes, para esa política preciso un gordo amunicionamiento de plata. ¿Qué dice el amigo? Séame leal, y que no salga de los dos ninguna cosa de lo hablado. Le tomo por consejero, reconociendo lo mucho que vale.

Don Celes soplabase los bigotes escarchados de brillantina y aspiraba, deleite de sibarita, las auras barberiles que derramaba en su ámbito. Resplandecía, como búdico vientre, el cebollón de su calva, y esfumaba su pensamiento un sueño de orientales mirajes: La contrata de vituallas para el Ejército Libertador. Cortó el encanto Tirano Banderas:

—Mucho lo medita, y hace bien, que el asunto tiene toda la importancia.

Declamó el gachupín, con la mano sobre la botarga:

—Mi fortuna, muy escasa siempre, y estos tiempos hartos quebrantada, en su corta medida está al servicio del Gobierno. Pobre es mi ayuda, pero ella representa el fruto del trabajo honrado en esta tierra generosa, a la cual amo como a una patria de elección.

Generalito Banderas interrumpió con el ademán impaciente de apartarse un tábano:

—¿La Colonia Española no cubriría un empréstito?

⁽²⁴⁾ Recién esas balas: appena (avremo) queste pallottole.

—La Colonia ha sufrido mucho estos tiempos. Sin embargo, teniendo en cuenta sus vinculaciones con la República...

El Generalito plegó la boca, reconcentrado en un pensamiento:

—¿La Colonia Española comprende hasta dónde peligran sus intereses con el ideario de la Revolución? Si lo comprende, trabájela usted en el sentido indicado. El Gobierno sólo cuenta con ella para el triunfo del orden: El país está anarquizado por las malas propagandas.

Inflóse Don Celes:

—El indio dueño de la tierra es una utopía de universitarios.

—Conformes. Por eso le decía que a los científicos hay que darles puestos fuera del país, adonde su talento no sea perjudicial para la República. Don Celestino, es indispensable un amunicionamiento de plata, y usted queda comisionado para todo lo referente. Véase con el Secretario de Finanzas. No lo dilate. El Licenciadito tiene estudiado el asunto y le pondrá al corriente: Discutan las garantías y resuelvan violento, pues es de la mayor urgencia balear con plata a los revolucionarios. ¡El extranjero acoge las calumnias que propalan las Agencias! Hemos protestado por la vía diplomática para que sea coaccionada la campaña de difamación, pero no basta. Amigo Don Celes, a su bien tajada péñola ⁽²⁵⁾ le corresponde redactar un documento que, con las firmas de los españoles preeminentes, sirva para ilustrar al Gobierno de la Madre Patria. La Colonia debe señalar una orientación, hacerles saber a los estadistas distraídos que el ideario revolucionario es el peligro amarillo en América. La Revolución representa la ruina de los estancieros españoles. Que lo sepan allá, que se capaciten. ¡Es muy grave el momento, Don Celestino! Por rumores que me llegaron, tengo noticia de cierta actuación que proyecta el Cuerpo Diplomático. Los rumores son de

una protesta por las ejecuciones de Zamalpoa. ¿Sabe usted si esa protesta piensa suscribirla el Ministro de España?

Al rico gachupín se le enrojeció la calva:

—¡Sería una bofetada a la Colonia!

—¿Y el Ministro de España, considera usted que sea sujeto para esas bofetadas?

—Es hombre apático... Hace lo que le cuesta menos trabajo. Hombre poco claro.

—¿No hace negocios?

—Hace deudas, que no paga. ¿Quiere usted mayor negocio? Mira como un destierro su radicación ⁽²⁶⁾ en la República.

—Qué se teme usted, ¿una pendejada ⁽²⁷⁾?

—Me la temo.

—Pues hay que evitarla.

El gachupín simuló una inspiración repentina, con palmada en la frente panzona:

—La Colonia puede actuar sobre el Ministro.

Dos Santos rasgó con una sonrisa su verde máscara indiana:

—Eso se llama meter el tejo por la boca de la ranita. Conviene actuar violento. Los españoles aquí radicados tienen intereses contrarios a las utopías de la Diplomacia. Todas esas lucubraciones del protocolo suponen un desconocimiento de las realidades americanas. La Humanidad, para la política de estos países, es una entelequia con tres cabezas: El criollo, el indio y el negro. Tres Humanidades. Otra política para estos climas es pura macana ⁽²⁸⁾.

El gachupín, barroco y pomposo, le tendió la mano:

—¡Mi admiración crece escuchándole!

—No se dilate, Don Celes. Quiere decirse que se remite para mañana la invitación que le hice. ¿A

usted no le complace el juego de la ranita ⁽²⁹⁾? Es mi medicina para esparcir el ánimo, mi juego desde chamaco, y lo practico todas las tardes. Muy saludable, no arruina como otros juegos.

El ricacho se arrebolaba:

—¡Asombroso cómo somos de gustos parejos!

—Don Celes, hasta luego.

Interrogó el gachupín:

—¿Lueguito será mañana?

Movió la cabeza Don Santos:

—Si antes puede ser, antes. Yo no duermo.

Encomió Don Celes:

—¡Profesor de energía, como dicen en nuestro Diario!

El Tirano le despidió, ceremonioso, desbaratada la voz en una cucaña de gallos ⁽³⁰⁾.

VII

Tirano Banderas, sumido en el hueco de la ventana, tenía siempre el prestigio de un pájaro nocharniego. Desde aquella altura figaba la campa ⁽³¹⁾ donde seguían maniobrando algunos pelotones de indios, armados con fusiles antiguos. La ciudad se encendía de reflejos sobre la marina esmeralda. La brisa era fragante, plena de azahares y tamarindos. En el cielo, remoto y desierto, subían globos de verbena, con cauda de luces. Santa Fe celebraba sus ferias otoñales, tradición que venía del tiempo de los virreyes españoles. Por la conga ⁽³²⁾ del convento, saltarán y liviano, con morisquetas ⁽³³⁾ de lechuguino ⁽³⁴⁾, rodaba el quitrí de Don Celes. La ciudad, pueril ajedrezado de blancas y rosadas

⁽²⁹⁾ Juego de la ranita: gioco consistente nel fare entrare un disco metallico (tejo) nella bocca di una rana di bronzo.

⁽³⁰⁾ Gallo: caduta del tono di voce; qui cucaña allude allo sforzo della voce per innalzarsi.

⁽³¹⁾ Campa: prateria.

⁽³²⁾ Conga: canonica.

⁽³³⁾ Morisqueta: smorfia.

⁽³⁴⁾ Lechuguino: vezzoso.

⁽²⁶⁾ Radicación: naturalizzazione.

⁽²⁷⁾ Pendejada: azione insulsa.

⁽²⁸⁾ Macana: schiocchezza.

⁽²⁵⁾ Tajada péñola: penna ben tagliata.

azoteas, tenía una luminosa palpitación, acastillada en la curva del Puerto. La marina era llena de cabrilleos ⁽³⁵⁾, y en la desolación azul, toda azul, de la tarde, encendían su roja llamarada las cornetas de los cuarteles. El quitrí ⁽³⁶⁾ del gachupín saltaba como una araña negra, en el final solanero ⁽³⁷⁾ de Cuesta Mostenses.

ANTONIO MACHADO

de SOLEDADES ^(a)

II

He andado muchos caminos,
he abierto muchas veredas;
he navegado en cien mares,
y atracado en cien riberas.

En todas partes he visto
caravanas de tristeza,
soberbios y melancólicos
borrachos de sombra negra,
y pedantones al paño
que miran, callan, y piensan
que saben, porque no beben
el vino de las tabernas.

Mala gente que camina
y va apestando la tierra...

Y en todas partes he visto
gentes que danzan o juegan,
cuando pueden, y laboran
sus cuatro palmos de tierra.

Nunca, si llegan a un sitio,
preguntan adónde llegan.
Cuando caminan, cabalgan
a lomos de mula vieja,
y no conocen la prisa
ni aun en los días de fiesta.
Donde hay vino, beben vino;
donde no hay vino, agua fresca.

NOTE – Per il testo seguiamo l'ed. delle poesie a c. di Macri, Milano, Lerici, 1961, in cui si troveranno pure tutte le traduzioni. Per il Juan de Mairena seguiamo l'ed. di Losada (*Juan de Mairena*, Buenos Aires, 1957); la traduzione del testo in *Antonio Machado-Prose* (Milano, Lerici, 1968), a c. dello stesso Macri.

^(a) Soledades – II: romance in e-a; III: romance heroico (romance di endecasillabi; si noti qui il v.8 settenario); V: cuartetas (di ottonari, di schema ABAB); XI: cuartetas di ottonari a rima alterna o incrociata (redondillas):

Son buenas gentes que viven,
laboran, pasan y sueñan,
y en un día como tantos,
descansan bajo la tierra.

III

La plaza y los naranjos encendidos
con sus frutas redondas y risueñas.

Tumulto de pequeños colegiales
que, al salir en desorden de la escuela,
llenan el aire de la plaza en sombra
con la algazara de sus voces nuevas.

¡Alegría infantil en los rincones
de las ciudades muertas!...

¡Y algo nuestro de ayer, que todavía
vemos vagar por estas calles viejas!

V (Recuerdo infantil)

Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de lluvia tras los cristales.

Es la clase. En un cartel
se representa a Caín
fugitivo, y muerto Abel,
junto a una mancha carmín.

Con timbre sonoro y hueco
truenan el maestro, un anciano
mal vestido, enjuto y seco,
que lleva un libro en la mano.

Y todo un coro infantil
va cantando la lección;
mil veces ciento, cien mil,
mil veces mil, un millón.

Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de la lluvia en los cristales.

⁽³⁵⁾ Cabrilleos: scintillii.

⁽³⁶⁾ Quitrí: carrozza.

⁽³⁷⁾ Solanero: assolato.

XI

Yo voy soñando caminos
de la tarde. ¡Las colinas
doradas, los verdes pinos,
las polvorientas encinas!...
¿Adónde el camino irá?
Yo voy cantando, viajero
a lo largo del sendero...
-la tarde cayendo está-.
"En el corazón tenía
"la espina de una pasión;
"logré arrancármela un día:
"ya no siento el corazón."
Y todo el campo un momento
se queda, mudo y sombrío,
meditando. Suena el viento
en los álamos del río.
La tarde más se oscurece;
y el camino que serpea
y débilmente blanquea
se enturbia y desaparece.
Mi cantar vuelve a plañir:
"Aguda espina dorada,
"quién te pudiera sentir
"en el corazón clavada."

de CAMPOS DE CASTILLA ^(b)

XCVII

RETRATO

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud, veinte años en tierras de Castilla;
mi historia, algunos casos que recordar no quiero.

Ni un seductor Mañara ⁽¹⁾, ni un Bradomín ⁽²⁾ he
[sido

—ya conocéis mi torpe aliño indumentario—,
mas recibí la flecha que me asignó Cupido,
y amé cuanto ellas pueden tener de hospitalario.

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,
pero mi verso brota de manantial sereno;
y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Adoro la hermosura, y en la moderna estética
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard ⁽³⁾;
mas no amo los afeites de la actual cosmética,
ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.
Desdeño las romanzas de los tenores huecos
y el coro de los grillos que cantan a la luna.
A distinguir me paro las voces de los ecos,
y escucho solamente, entre las voces, una.

¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
mi verso, como deja el capitán su espada:
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.

Converso con el hombre que siempre va conmigo
—quien habla solo espera hablar a Dios un día—;
mi soliloquio es plática con ese buen amigo
que me enseñó el secreto de la filantropía.

Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he
[escrito.

A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.

Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo, ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.

^(b) Campos de Castilla:

Retrato: quartine di alessandrini a rima alterna.

⁽¹⁾ Mañara: dalla leggenda del cavalier Mañara si sviluppò il tema di Don Juan.

⁽²⁾ Bradomín: eroe decadente, protagonista delle *Sonatas* di Valle Inclán.

⁽³⁾ Ronsard: poeta manierista francese (1524-1585).

CXIII

CAMPOS DE SORIA ⁽⁴⁾

I

Es la tierra de Soria árida y fría.
Por las colinas y las sierras calvas,
verdes pradillos, cerros cenicientos,
la primavera pasa
dejando entre las hierbas olorosas
sus diminutas margaritas blancas.
La tierra no revive, el campo sueña.
Al empezar abril está nevada
la espalda del Moncayo;
el caminante lleva en su bufanda
envueltos cuello y boca, y los pastores
pasan cubiertos con sus luengas capas.

II

Las tierras labrantías,
como retazos de estameñas pardas,
el huertecillo, el abejar, los trozos
de verde oscuro en que el merino pasta,
entre plomizos peñascales, siembran
el sueño alegre de infantil Arcadia.
En los chopos lejanos del camino,
parecen humear las yertas ramas
como un glauco vapor -las nuevas hojas-
y en las quiebras de valles y barrancas
blanquean los zarzales florecidos,
y brotan las violetas perfumadas.

⁽⁴⁾ Campos de Soria: i nn. I-IV e VII-IX sono silvas-romances con assonanza rispettivamente a-a e e-a, il VI è formato da 19 otosillabi uniti in quattro distici e tre quartine, a rima incrociata (la prima) e alternata; il v.91 è quebrado.

III

Es el campo undulado, y los caminos
ya ocultan los viajeros que cabalgan
en pardos borriquillos,
ya al fondo de la tarde arrebolada
elevan las plebeyas figurillas,
que el lienzo de oro del ocaso manchan.
Mas si trepáis a un cerro y veis el campo
desde los picos donde habita el águila,
son tornasoles de carmín y acero,
llanos plomizos, lomas plateadas,
circuídos por montes de violeta,
con las cumbres de nieve sonrosada.

IV

¡Las figuras del campo sobre el cielo!
Dos lentos bueyes aran
en un alcor, cuando el otoño empieza,
y entre las negras testas doblegadas
bajo el pesado yugo,
pende un cesto de juncos y retama,
que es la cuna de un niño;
y tras la yunta marcha
un hombre que se inclina hacia la tierra,
y una mujer que en las abiertas zanjas
arroja la semilla.
Bajo una nube de carmín y llama,
en el oro fluido y verdinoso
del poniente, las sombras se agigantan.

V

La nieve. En el mesón al campo abierto
se ve el hogar donde la leña humea
y la olla al hervir borbollonea.
El cierzo corre por el campo yerto,
alborotando en blancos torbellinos
la nieve silenciosa.
La nieve sobre el campo y los caminos,
cayendo está como sobre una fosa.
Un viejo acurrucado tiembla y tose

cerca del fuego; su mechón de lana
la vieja hila, y una niña cose
verde ribete a su estameña grana.
Padres los viejos son de un arriero
que caminó sobre la blanca tierra
y una noche perdió ruta y sendero,
y se enterró en las nieves de la sierra.
En torno al fuego hay un lugar vacío,
y en la frente del viejo, de hosco ceño,
como un tachón sombrío
-tal el golpe de un hacha sobre un leño-.
La vieja mira al campo, cual si oyera
pasos sobre la nieve. Nadie pasa.
Desierta la vecina carretera,
desierto el campo en torno de la casa.
La niña piensa que en los verdes prados
ha de correr con otras doncellitas
en los días azules y dorados,
cuando crecen las blancas margaritas.

VI

¡Soria fría, *Soria pura,*
cabeza de Extremadura,
con su castillo guerrero
arruinado, sobre el Duero;
con sus murallas roídas
y sus casas denegridas!
¡Muerta ciudad de señores
soldados o cazadores;
de portales con escudos
de cien linajes hidalgos,
y de famélicos galgos,
de galgos flacos y agudos,
que pululan
por las sórdidas callejas,
y a la medianoche ululan,
cuando graznan las cornejas!
¡Soria fría! La campana
de la Audiencia da la una.
Soria, ciudad castellana
¡tan bella! bajo la luna.

VII

¡Colinas plateadas,
grises alcores, cárdenas roquedas
por donde traza el Duero
su curva de ballesta
en torno a Soria, oscuros encinares,
ariscos pedregales, calvas sierras,
caminos blancos y álamos del río,
tardes de Soria, mística y guerrera,
hoy siento por vosotros, en el fondo
del corazón, tristeza,
tristeza que es amor! ¡Campos de Soria
donde parece que las rocas sueñan,
conmigo vais! ¡Colinas plateadas,
grises alcores, cárdenas roquedas!...

VIII

He vuelto a ver los álamos dorados,
álamos del camino en la ribera
del Duero, entre San Polo y San Saturio,
tras las murallas viejas
de Soria -barbacana
hacia Aragón, en castellana tierra-.
Estos chopos del río, que acompañan
con el sonido de sus hojas secas
el son del agua, cuando el viento sopla,
tienen en sus cortezas
grabadas iniciales que son nombres
de enamorados, cifras que son fechas.
¡Álamos del amor que ayer tuvisteis
de ruiseñores vuestras ramas llenas;
álamos que seréis mañana lirás
del viento perfumado en primavera;
álamos del amor cerca del agua
que corre y pasa y sueña,
álamos de las márgenes del Duero,
conmigo vais, mi corazón os lleva!

IX

¡Oh, sí! Conmigo vais, campos de Soria,
tardes tranquilas, montes de violeta,
alamedas del río, verde sueño
del suelo gris y de la parda tierra,
agria melancolía
de la ciudad decrepita,
me habéis llegado al alma,
¿o acaso estabais en el fondo de ella?
¡Gentes del alto llano numantino
que a Dios guardáis como cristianas viejas,
que el sol de España os llene
de alegría, de luz y de riqueza!

CXXVI

A JOSÉ MARÍA PALACIO ⁽⁵⁾

Palacio ⁽⁶⁾, buen amigo,
¿está la primavera
vistiendo ya las ramas de los chopos
del río y los caminos? En la estepa
del alto Duero, Primavera tarda,
¡pero es tan bella y dulce cuando llega!...
¿Tienen los viejos olmos
algunas hojas nuevas?
Aún las acacias estarán desnudas
y nevados los montes de las sierras.
¡Oh, mole del Moncayo blanca y rosa,
allá, en el cielo de Aragón, tan bella!
¿Hay zarzas florecidas
entre las grises peñas,
y blancas margaritas
entre la fina hierba?
Por esos campanarios
ya habrán ido llegando las cigüeñas.
Habrá trigales verdes,

⁽⁵⁾ A José María Palacio: silva romance di endecasillabi e settenari con assonanza in e-a.

⁽⁶⁾ José María Palacio: giornalista a Soria e Valladolid, buon amico di Machado.

y mulas pardas en las sementeras,
y labriegos que siembran los tardíos
con las lluvias de abril. Ya las abejas
libarán del tomillo y el romero.
¿Hay ciruelos en flor? ¿Quedan violetas?
Furtivos cazadores, los reclamamos
de la perdiz bajo las capas luengas,
no faltarán. Palacio, buen amigo,
¿tienen ya ruiseñores las riberas?
Con los primeros lirios
y las primeras rosas de las huertas,
en una tarde azul, sube al Espino ⁽⁷⁾,
al alto Espino donde está su tierra...

Barza, 29 Abril 1913.

CXXXVI (Proverbios y cantares) ⁽⁸⁾

I
Nunca perseguí la gloria
ni dejar en la memoria
de los hombres mi canción;
yo amo los mundos sutiles,
ingrávidos y gentiles
como pompas de jabón.
Me gusta verlos pintarse
de sol y grana, volar
bajo el cielo azul, temblar
súbitamente y quebrarse.

II
¿Para qué llamar caminos

⁽⁷⁾ Espino: il cimitero di Soria, dove era stata sepolta Leonor.

⁽⁸⁾ Proverbios y cantares: I: distico seguito da due redondillas; II-IV-VI-XLI-XLII, cuartetos asonantados (quartine di ottonari o vv. più brevi con assonanza in sede pari); XV-XVI: distici di alessandrini; XVIII-XXIX: romance; XX: quartina a rime alterne assonanti.

a los surcos del azar?...
Todo el que camina anda,
como Jesús, sobre el mar.
IV

Nuestras horas son minutos
cuando esperamos saber,
y siglos cuando sabemos
lo que se puede aprender.

VI

De lo que llaman los hombres
virtud, justicia y bondad,
una mitad es envidia,
y la otra no es caridad.

XV

Cantad conmigo a coro: Saber, nada sabemos,
de arcano mar vinimos, a ignota mar iremos...
Y entre los dos misterios está el enigma grave;
tres arcas cierra una desconocida llave.
La luz nada ilumina y el sabio nada enseña.
¿Qué dice la palabra? ¿Qué el agua de la peña?

XVI

El hombre es por natura la bestia paradójica,
un animal absurdo que necesita lógica.
Creó de nada un mundo y, su obra terminada,
«Ya estoy en el secreto -se dijo-, todo es nada».

XVIII

¡Ah, cuando yo era niño
soñaba con los héroes de la Ilíada!
Áyax era más fuerte que Diomedes,
Héctor, más fuerte que Áyax,
y Aquiles el más fuerte; porque era
el más fuerte... ¡Inocencias de la infancia!
¡Ah, cuando yo era niño
soñaba con los héroes de la Ilíada!

XX

¡Teresa, alma de fuego,
Juan de la Cruz, espíritu de llama,
por aquí hay mucho frío, padres, nuestros
corazoncitos de Jesús se apagan!

XXI

Ayer soñé que veía
a Dios y que a Dios hablaba;
y soñé que Dios me oía...
Después soñé que soñaba.

XXIX

Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar.

XLI

Bueno es saber que los vasos
nos sirven para beber;
lo malo es que no sabemos
para qué sirve la sed.

XLII

¿Dices que nada se pierde?
Si esta copa de cristal
se me rompe, nunca en ella
beberé, nunca jamás.

de NUEVAS CANCIONES ^(c)

CLIV (Apuntes)

I

Desde mi ventana,
¡campo de Baeza,
a la luna clara!
¡Montes de Cazorla,
Aznaitín y Mágina!
¡De luna y de piedra
también los cachorros
de Sierra Morena!

II

Sobre el olivar,
se vio a la lechuza
volar y volar.
Campo, campo, campo.
Entre los olivos,
los cortijos blancos.
Y la encina negra,
a medio camino
de Úbeda a Baeza.

III

Por un ventanal,
entró la lechuza
en la catedral.
San Cristobalón
la quiso espantar,
al ver que bebía
del velón de aceite
de Santa María.
La Virgen habló:

Déjala que beba,
San Cristobalón.

IV

Sobre el olivar,
se vio a la lechuza
volar y volar.
A Santa María
un ramito verde
volando traía.
¡Campo de Baeza,
soñaré contigo
cuando no te vea!

V

Dondequiera vaya,
José de Mairena
lleva su guitarra.
Su guitarra lleva,
cuando va a caballo,
a la bandolera.
Y lleva el caballo
con la rienda corta,
la cerviz en alto.

VI

¡Pardos borriquillos
de ramón cargados,
entre los olivos!

VII

¡Tus sendas de cabras
y tus madroñeras,
Córdoba serrana!

^(c) Nuevas canciones: Apuntes: soleares esasillabiche con 4 vv. liberi, ma VIII e IX sono romancillos ottosillabici.

VIII

¡La del Romancero,
Córdoba la llana!...
Guadalquivir hace vega,
el campo relincha y brama.

IX

Los olivos grises,
los caminos blancos.
El sol ha sorbido
la calor del campo;
y hasta tu recuerdo
me lo va secando
esta alma de polvo
de los días malos.

de JUAN DE MAIRENA

El español suele ser un buen hombre, generalmente inclinado a la piedad. Las prácticas crueles -a pesar de nuestra afición a los toros- no tendrán nunca buena opinión en España. En cambio, nos falta respeto, simpatía, y, sobre todo, complacencia en el éxito ajeno. Si veis que un torero ejecuta en el ruedo una faena impecable y que la plaza entera bate palmas estrepitosamente, aguardad un poco. Cuando el silencio se haya restablecido, veréis, indefectiblemente, un hombre que se levanta, se lleva dos dedos a la boca, y silba con toda la fuerza de sus pulmones. No creáis que ese hombre silba al torero -probablemente él lo aplaudió también-: silba al aplauso.

Yo siempre os aconsejaré que procuréis ser mejores de lo que sois; de ningún modo que dejéis de ser españoles. Porque nadie más amante que yo ni más convencido de las virtudes de nuestra raza. Entre ellas debemos contar con la de ser muy severos para juzgarnos a nosotros mismos, y bastante indulgentes

para juzgar a nuestros vecinos. Hay que ser español, en efecto, para decir las cosas que se dicen contra España. Pero nada advertiréis en esto que no sea natural y explicable. Porque nadie sabe de vicios que no tiene, ni de dolores que no le aquejan. La posición es honrada, sincera y profundamente humana. Yo os invito a perseverar en ella hasta la muerte.

Los que os hablan de España como de una razón social que es preciso a toda costa acreditar y defender en el mercado mundial, esos para quienes el reclamo, el jaleo y la ocultación de vicios son deberes patrióticos, podrán merecer, yo lo concedo, el título de buenos patriotas; de ningún modo el de buenos españoles.

Digo que podrán ser hasta buenos patriotas, porque ellos piensan que España es, como casi todas las naciones de Europa, una entidad esencialmente batallona, destinada a jugárselo todo en una gran contienda, y que conviene no enseñar el flaco y reforzar los resortes polémicos, sin olvidar el orgullo nacional, creado más o menos artificialmente. Pero pensar así es profundamente antiespañol. España no ha peleado nunca por orgullo nacional, ni por orgullo de raza, sino por orgullo humano o por amor de Dios, que viene a ser lo mismo. De esto hablaremos más despacio otro día

MANUEL MACHADO

Ocaso

Era un suspiro lánguido y sonoro
la voz del mar aquella tarde... El día,
no queriendo morir, con garras de oro
de los acantilados se prendía.

Pero su seno el mar alzó potente,

y el sol, al fin, como en soberbio lecho,
hundió en las olas la dorada frente,
en una brasa cárdena deshecho.

Para mi pobre cuerpo dolorido,
para mi triste alma lacerada,
para mi yerto corazón herido,
para mi amarga vida fatigada...
¡el mar amado, el mar apetecido,
el mar, el mar, y no pensar nada!...

ESTÍO-JUVENTUD

Calentura del año, plenitud de la vida,
verdor del alma y gloria de la vega...

Ciega

locura encendida.

Verano, juventud, orgía de colores.

Vivo carmín del labio sediento...

Violento

rojo de los claveles embriagadores.

... Y mientras aquí

Amor pronuncia su sí

(bemo!),

la verde laca del laurel

chorrea -como miel-

la luz del sol.

NOTE - Per il testo seguiamo *Poesia Spagnola del 900* a c. di Oreste Macrí, Parma, Guanda, 1974, alla stessa opera si rimanda per la traduzione.

Ocaso: da *Ars Moriendi* (Soneto ABAB CDCD EFE FEF).

Estío-Juventud: da *Phoenix*.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ (1)

«GRANADOS EN CIELO AZUL» de *Pastorales con Dios*

¡Granados en cielo azul!
¡Calle de los marineros!
qué verdes están tus árboles
¡qué alegre tienes el cielo!
¡Viento ilusorio de mar!
¡Calle de los marineros!
- ojo gris, mechón de oro,
rostro florido y moreno! -
La mujer canta a la puerta:
«¡Vida de los marineros;
el hombre siempre en el mar,
y el corazón en el viento!»
- ¡Virgen del Carmen, que estén
siempre en tus manos los remos;
que, bajo tus ojos, sean
dulce el mar y azul el cielo! -
Por la tarde, brilla el aire;
el ocaso está de ensueños;
es un oro de nostalgia,
de llanto y de pensamiento.
Como si el viento trajera
el sinfín y, en su revuelto
afán, la pena mirara
y oyera a los que están lejos -.
¡Viento ilusorio del mar!
¡Calle de los marineros
- la blusa azul, y la cinta

(1) NOTE – Per il testo seguiamo *Poesia Spagnola del 900* a c. di Oreste Macrì, cui si rimanda anche per le traduzioni, e *Leyenda*, l'ultima antologa curata dal poeta ed edita da A. Sánchez Romeraldo, Madrid, Cupsa editorial, 1978.

milagrera sobre el pecho! -.
¡Granados en cielo azul!
¡Calle de los marineros!
¡El hombre siempre en el mar,
y el corazón en el viento!

«MI SUFRIMIENTO, CON NADA» de *El Silencio de Oro*

Mi sufrimiento, con nada
se acabará, que es por nada;
flor de mi sangre preciosa
y triste, enredadera májica.
De pasión, que cuelga a mayo
con su belleza nostálgica.
¡Ay, sangre que brotas chispas
de dolor, sangre manada
de una fuente oscura y honda,
en donde algún dios echara
su corona, en una tarde
de desesperanzas áureas!

EL ADOLESCENTE de *Domingos del forastero*

(*El baúl, cerrado ya,
en el patio de mármol.*)

1
-Madre, me olvido de algo, y no me acuerdo...
Madre, ¿qué es eso que olvido?
-La ropa va toda, hijo.
-Sí, mas me falta algo, y no recuerdo...
Madre, ¿qué es eso que olvido?
-¿Van todos los libros, hijo?
-Todos, mas falta algo, y no me acuerdo...
Madre, ¿qué es eso que olvido?
-Será... tu retrato, hijo.
-¡No, no! Me falta algo, y no recuerdo...
Madre, ¿qué es eso que olvido?
-No pienses más, duerme, hijo...

2

-¡Madre! (La aurora es otra.) Tu voz viva
sonará..., ¡mas sin yo oírlo!
¡Sólo una hora por medio,
y ya está el mundo vacío!
¡No van a ninguna parte
los matinales caminos!
¡Madre, madre, ya sé lo que me faltaba:
todo, tú, yo!

Norte negro.
Silba el viento, grande y frío.

PRIMAVERA de *Sonetos Espirituales*

Abril, sin tu asistencia clara, fuera
invierno de caídos esplendores;
mas aunque abril no te abra a ti sus flores,
tú siempre exaltarás la primavera.
Eres la primavera verdadera;
rosa de los caminos interiores,
brisa de los secretos corredores,
lumbre de la recóndita ladera.
¡Qué paz, cuando en la tarde misteriosa,
abrazados los dos, sea tu risa
el surtidor de nuestra sola fuente!
Mi corazón recojerá tu rosa,
sobre mis ojos se echará tu brisa,
tu luz se dormirá sobre mi frente...

«LA LUNA BLANCA QUITA AL MAR» de *Diario de un poeta recién casado*

(15 de junio)

La luna blanca quita al mar
el mar, y le da el mar. Con su belleza,
en un tranquilo y puro vencimiento,
hace que la verdad ya no lo sea,
y que sea verdad eterna y sola

lo que no lo era.

Sí.

¡Sencillez divina,
que derrotas lo cierto y pones alma
nueva a lo verdadero!

¡Rosa no presentida, que quitara
a la rosa la rosa, que le diera
a la rosa la rosa!

«¡INTELIGENCIA, DAME!»
de *Arenal de Eternidades*

¡Inteligencia, dame
el nombre exacto de las cosas!
... Que mi palabra sea
la cosa misma,
creada por mi alma nuevamente.
Que por mí vayan todos
los que no las conocen, a las cosas;
que por mí vayan todos
los que ya las olvidan, a las cosas;
que por mí vayan todos
los mismos que las aman, a las cosas...

¡Inteligencia, dame
el nombre exacto, y tuyo,
y suyo, y mío, de las cosas!

«¡PALABRA MÍA ETERNA!»
de *Arenal de Eternidades*

¡Palabra mía eterna!
¡Oh, qué vivir supremo
—ya en la nada la lengua de mi boca—,
oh, qué vivir divino
de flor sin tallo y sin raíz,
nutrida, por la luz, con mi memoria,
sola y fresca en el aire de la vida!

«QUISIERA QUE MI LIBRO»
de *Piedra y Cielo*

Quisiera que mi libro
fuese, como es el cielo por la noche,
todo verdad presente, sin historia.
Que, como él, se diera en cada instante,
todo, con todas sus estrellas; sin
que niñez, juventud, vejez quitaran
ni pusieran encanto a su hermosura inmensa.
¡Temblor, relumbre, música
presentes y totales!
¡Temblor, relumbre, música en la frente
—cielo del corazón— del libro puro.

BAJO EL NUBARRÓN DEL RAYO
de *Estación Total*

Las flores se dan la mano
y vuelan como los pájaros.
No se van.
(Mas vuelan como los pájaros).

Tiran, se alzan allá abajo,
bajo el nubarrón del rayo.
No se van.
(Bajo el nubarrón del rayo).

Llaman con pena y con blanco,
con amarillo y con llanto.
No se van.
(Con amarillo y con llanto).

Cada trueno con su dardo
les saca un ¡ay!, al relámpago.
No se van.
(Les saca un ¡ay!, al relámpago).

Mordido su olor, es tanto
que sangra el olor mojado.
No se van.

(Que sangra su olor mojado).
Vuelan, pues huyen los pájaros,
por no secarse de espanto.
No se van.
(Por no secarse de espanto).

Las flores se dan la mano
y gritan como los pájaros.
No se van.
(Mas gritan como los pájaros).

ROSA ÍNTIMA
de *Estación Total*

Rosa, la rosa... (Pero aquella rosa...)
La primavera vuelve
con la rosa
grana, rosa, amarilla, blanca, grana;
y todos se embriagan con la rosa,
la rosa igual a la otra rosa.
¿Igual es una rosa que otra rosa?
¿Todas las rosas son la misma rosa?
Sí (pero aquella rosa...)
La rosa que se aísla en una mano,
que se huele hasta el fondo de ella y uno,
la rosa para el seno del amor,
para la boca del amor y el alma,
(... Y para el alma era aquella rosa
que se escondía dulce entre las rosas,
y que una tarde ya no se vió más.
¿De qué amarillo aquella fresca rosa?)
Todo, de rosa en rosa, loco vive,
la luz, el ala, el aire,
la onda y la mujer,
y el hombre, y la mujer y el hombre.
La rosa pende, bella
y delicada, para todos,
su cuerpo sin penumbra y sin secreto,
a un tiempo lleno y suave,
íntimo y evidente, ardiente y dulce.
Esta rosa, esa rosa, la otra rosa...
Sí (pero aquella rosa...).

FLOR QUE VUELVE
de *Estación Total*

IGUAL, la flor retorna a limitarnos el instante azul, a dar una hermandad gustosa a nuestro cuerpo, a decirnos, oliendo inmensamente, que lo breve nos basta.

Lo breve al sol de oro, al aire de oro, a la tierra de oro, al áureo mar; lo breve contra el cielo de los dioses, lo breve en medio del oscuro no, lo breve en suficiente dinamismo, conforme entre armonía y entre luz.

Y se mece la flor, con el olor más rico de la carne, olor que se entra por el ser y llega al fin de su sinfín, y allí se pierde, haciéndonos jardín. La flor se mece viva fuera, dentro, con peso exacto a su placer. Y el pájaro la ama y la estasia, y la ama, redonda, la mujer, y la ama y la besa en medio el hombre.

¡Florece y vivir, instante de central chispa detenida, abierta en una forma tentadora; instante sin pasado, en que los cuatro puntos cardinales son de igual atracción dulce y profunda; instante del amor abierto como la flor! ¡Amor y flor en perfección de forma, en mutuo sí frenético de olvido, en compensación loca; olor, sabor y olor, color, olor y tacto, olor, amor, olor.

El viento rojo la convence y se la lleva, raptó delizioso, con un vivo caer que es un morir de dulzor, de ternura, de frescor; caer de flor en su total belleza, volar, pasar, morir de flor y amor en el día mayor de la hermosura, sin dar pena en su irse ardiente al mundo, ablandando la tierra sol y sombra, perdiéndose en los ojos de la luz

ANTE LA SOMBRA VIRJEN
de *Poesías*

¡Siempre yo penetrándote,
pero tú siempre virgen,
sombra; como aquel día
en que primero vine
llamando a tu secreto,
cargado de afán libre!

¡Virgen oscura y plena,
pasada de hondos iris
que apenas se ven; negra
toda, con las sublimes
estrellas, que no llegan
—arriba— a descubrirte!

AURORA DE TRASMUROS
de *Poesías*

A todo se le ve la cara, blanca
—cal, pesadilla, adobe, anemia, frío—
contra el oriente. ¡Oh cerca de la vida;
oh, duro de la vida! ¡Semejanza
animal en el cuerpo —raíz, escoria—
(con el alma mal puesta todavía),
y mineral y vegetal!

¡Sol yerto contra el hombre,
contra el cerdo, las coles y la tapia!
—¡Falsa alegría, porque estás tan sólo
en la hora —se dice—, no en el alma!—

Todo el cielo tomado
por los montones humeantes, húmedos,
de los estercoleros horizontes.
Restos agrios aquí y allá,
de la noche. Tajadas,
medio comidas, de la luna verde,
cristalitos de estrellas falsas,
papel mal arrancado, con su yeso aún fresco
de cielo azul. Los pájaros,
aún mal despiertos, en la luna cruda,

farol casi apagado.
¡Recua de seres y de cosas!
—¡Tristeza verdadera, porque estás tan sólo
en el alma —se dice—, no en la hora!—

DEL ALBA
de *En el Otro Costado*

EL sol te empuja hacia mí por la espalda,
Ven tú que vienes del alba.

Lo que tú reluces, gloria, lo que chorreas tú, gracia,
lo que tú pintas y cantas,
bien lo sabes tú, la que vienes del alba.

Bien lo sabes, bien lo sé, porque te espero en mi alma,
porque te aguardo en mi cuerpo a ti que vienes del alba.

Esos caminos mojados son aquellos que las alas,
que las ondas, que los aires, que las chispas, que las ramas,
allá lejos, hacían caminos tuyos, míos, porque venías del alba.

Son los mismos y eres tú, vienen a mí que soy yo, de otras
[playas, de otras palmas;
vienen a mí porque venías del alba.

¡Llega, ven, no te pierdas en tus llamas
por los detrás, por los cruces de la luz! Ven tú que vienes del
[alba!

INVIERNO ANUNCIADOR
de *Una Colina Meridiana*

ESTE momento en que el invierno último
da flor y flor y flor;
flor que es entrada alegre del invierno
en las entrañas de la primavera,
y anuncio de la primavera...

¡Invierno anunciador,
con tus árboles mudos, blancos, negros,
subiendo las colinas del ocaso;
grupos bellos como escuadrones
de hombres, de mujeres y de niños desnudos,

tan hermosos de espalda que de frente;
seres entre dos vidas,
la gozada y la por gozar.

Y nosotros
(entre los árboles, los árboles desnudos
que llenan
de su redondo ser todas las lomas)
tan hermosos de frente que de espalda,
tocados de amarillo sol radiante,
tan hermosos de espalda que de frente,
que se va, no al poniente a terminar,
no al fin sino al principio;
que no nos dice, transparentes de él,
«Quedaos atrás con dios», sino «Vendré mañana,
mañana de mañana,
y bien seguro de venir».
Conque todo,
tierra, trabajo, amor y muerte ¡hasta mañana!

CON TU LUZ

CON tu luz tú me unes a ti, sol. Tú me unes a todo
lo que luces. Por tu luz soy más grande que todo lo
que veo.

Tú eres el solo que me sacas de mi fatal atmósfera
en cuyo fondo, como el pez en el agua, su agua fatal,
tengo que vivir y tengo que morir; que me sacas de
veras, a mi vista y a mi tacto casi (no como yo me
saco en sueños) y me llevas viendo y casi tocando, a
formas que se corresponden casi con mis sueños de
pez y hombre.

Tú, sol, eres el único que puedes consolarme con tu
pequeñez más grande (un poco) que mi forma, de no
poder salir del todo de mi fondo. Yo soy el único que
podré consolarte, sol, con mi grandeza interna,
mayor que tu grandeza interna (si tú algún día

puedes comprenderlo) de no ser más que un astro
que ilumina los sueños de los otros y los lleva.

Tú, sol, no eres un dios, y tú eres menos dios que
yo soy dios y hombre, porque no sabes tú qué eres,
qué es dios ni qué yo soy, y yo sé qué y quién tú eres
y no eres. Pero tú, sol, tú me llevas, tú me llevas, tú
me llevas rodando como rueda y como ruedas, sol,
tú, con tu carbón, tu ascua enllamada, tú me llevas a
más real distancia que ningún dios ni hombre.

SOY ANIMAL DE FONDO de *Animal de fondo*

«En el fondo de aire» (dije) «estoy»,
(dije) «soy animal de fondo de aire» (sobre tierra),
ahora sobre mar; pasado, como el aire, por un sol
que es carbón allá arriba, mi fuera, y me ilumina
con su carbón el ámbito segundo destinado.

Pero tú, dios, también estás en este fondo
y a esta luz ves, venida de otro astro;
tú estás y eres

lo grande y lo pequeño que yo soy,
en una proporción que es ésta mía,
infinita hacia un fondo
que es el pozo sagrado de mí mismo.

Y en este pozo estabas antes tú
con la flor, con la golondrina, el toro
y el agua; con la aurora
en un llegar carmín de vida renovada;
con el poniente, en un huir de oro de gloria.
En este pozo diario estabas tú conmigo,
conmigo niño, joven, mayor, y yo me ahogaba
sin saberte, me ahogaba sin pensar en ti.
Este pozo que era, sólo y nada más ni menos,
que el centro de la tierra y de su vida.

Y tú eras en el pozo mágico el destino
de todos los destinos de la sensualidad hermosa
que sabe que el gozar en plenitud
de conciencia amadora,

es la virtud mayor que nos trasciende.

Lo eras para hacerme pensar que tú eras tú,
para hacerme sentir que yo era tú,
para hacerme gozar que tú eras yo,
para hacerme gritar que yo era yo
en el fondo de aire en donde estoy,
donde soy animal de fondo de aire
con alas que no vuelan en el aire,
que vuelan en la luz de la conciencia
mayor que todo el sueño
de eternidades e infinitos
que están después, sin más que ahora yo, del aire.

PÉREZ DE AYALA

TROTERAS Y DANZADERAS

Lentamente y renqueando, *Sesostris*⁽¹⁾ avanzaba por
la habitación.

—¡Oh, excelente *Sesostris*! —exclamó don Sabas—.
¡Quién fuera galápago o tortuga! Como de ordinario,
sus interlocutores ignoraban si lo decía en serio o de
chanza. —Todos los males del hombre, ¿no cree
usted, señor Pajares?, se derivan de un mal original:
el de tener epidermis. Parece a primera vista que el
mal original es la inteligencia, entendiendo por
inteligencia la manera específica y necia que el
hombre tiene de conocer el Universo; pero si en lugar
de epidermis tuviéramos un caparazón, como este
animal privilegiado, o un dermatoesqueleto, como la
langosta, nuestra inteligencia sería de distinto y aun
de opuesto linaje. El hombre es el único animal que
tiene epidermis. Tener epidermis equivale a andar

NOTE – Per il testo seguiamo l'ed. di Andrés Amorós,
Madrid, Castalia, 1972.

(1) *Sesostris*: è una tartaruga.

con el alma desnuda, de suerte que de todas partes recibe heridas. Y por todas partes mendiga halagos. Por eso, cuando Platón dijo que el hombre era un bipedo sin pluma, sentaba una gran verdad que nunca ha sido bastantemente desentrañada. Tres son las fuerzas naturales de toda sociedad animal: la necesidad de alimentarse, la necesidad de reproducirse y la necesidad de moverse. ¿No se da usted cuenta, señor Pajares, de las terribles consecuencias que arrastra consigo la aparición de la epidermis, y cómo aquellas que eran fuerzas naturales se truecan en fuerzas morales, que es lo peor que pudo haber sucedido? ¡Oh, excelente *Sesostris*, la más noble de las criaturas, la de sangre más azul y aristocrática, porque tu abolengo tiene millones y millones de años de historia cierta! ¡Oh, tú, reptil insigne, cuyos antepasados reinaron en el aire, en el agua y sobre la tierra, señoreando el mundo y sus elementos! ¡Maldito el hado que os puso enfrente tan despreciable y bruto adversario como es el mamífero, y en sus bárbaros designios determinó que fuerais extirpados casi totalmente!

Sesostris como cualquier diputado de la mayoría, no prestaba atención a la elocuencia ministerial, y seguía su pausada y renqueante ruta en busca de cucarachas.

En esto entró Rosa Fernanda, que había vuelto del paseo, y fue a agazaparse en el regazo de su madre.

—Ven a darme un beso, Rosa Fernanda— dijo don Sabas —. Ven y te contaré el cuento del príncipe narigudo.

Rosa Fernanda acudió al requerimiento y se acomodó entre las piernas del ministro, el cual recibía sutil deleite físico contemplando la rosada fragilidad de la niña y acariciándole el oro resbaladizo de los cabellos. Rosa Fernanda levantó la cabeza cuando don Sabas comenzó a referir el cuento. Escuchaba como los niños acostumbran, con los ojos, como si las palabras, al desgajarse de los labios, se materializasen adquiriendo la forma y color de los objetos representados. Veía los vocablos en su religiosa desnudez originaria.

Entretanto, Rosina y Pajares pudieron hablar a solas y puntualizar la fecha y sitio de la próxima entrevista.

Rosa Fernanda se fatigó muy pronto de escuchar el cuento. Don Sabas le era antipático, así como sus caricias. Los niños, en su selección de amistades y afectos entre personas mayores, tienen el don de rehuir ínstintivamente aquellos individuos cuyo contenido ético es antivital, como la raposa huele y teme la pólvora antes de toda experiencia. No es raro encontrar este don en las mujeres. Siente apego por Don Quijote y Don Juan. Hamlet les es repulsivo. La niña volvió al regazo de la madre y allí se mantuvo en silencio, asimilándose la realidad externa con largas, inquisitivas miradas.

Hablaban don Sabas, Pajares y Rosina de cosas de poco momento y en tono indiferente, porque después de las emociones de la tarde, cada cual se recogía dentro de sí mismo laborando por extraer claras impresiones críticas.

Punto de vista de don Sabas. — Tenía conciencia de ser antipático, ínstintivamente antipático, a Rosa Fernanda, como se lo era a todos los niños (aun cuando él los amaba), y esto le acongojaba; de ser a medias antipático a Rosina y también del origen de este sentimiento fluctuante; de ser antipático por entero a Teófilo o, por mejor decir, odioso, y cómo la causa del odio era el creerse Teófilo muy por debajo de don Sabas en inteligencia, ingenio y fortuna. Y, sin embargo, don Sabas sabía que Pajares le era superior; primero, en juventud, y señaladamente en la posesión de una cualidad divina, el entusiasmo, o sea aptitud para la adoración o para el odio. Teófilo podía caer en dolorosos desalientos o subir a la cima del más apasionado raptó; podía alternativamente pensar, tan pronto que el mundo era malo sin remisión, como que era divino, el mejor de los mundos posibles. Don Sabas sabía que el mundo era tonto, comenzando por Teófilo, un tonto, como todos los tontos, susceptible de felicidad o de infelicidad.

Punto de vista de Rosina. — Don Sabas le parecía cuándo extremadamente sensible, cuándo

extremadamente embotado de nervios e indiferente. La sugestionaba como el vaivén de un péndulo brillante. Veía que aventajaba a Teófilo, con mucho, en inteligencia y agilidad para urdir frases que quizás fuesen profundas; pero con todo no se resolvía a concederle más talento que a Pajares. No podía explicárselo; pero en Pajares adivinaba la verdad oculta, y sobre todo una fuerza misteriosa que le hacía atractivo y amable.

Punto de vista de Pajares. — La presencia y sonrisa de don Sabas le hacían el efecto de insultos. Era como si después de árida jornada, cuando creemos andar por lo postrero de ella, encontrásemos otro caminante que en son de burla nos dijera haber equivocado nuestro camino y hubiéramos de desandar lo andado. La sonrisa de don Sabas sugería la posibilidad de que todo aquello que Teófilo tomaba tan a pecho eran fruslerías y nonadas, como si don Sabas estuviera en el secreto de la vida y no quisiera descubrirlo; y lo peor es que quizás don Sabas tuviera razón. Véase, pues, forzado a reconocer en don Sabas una superioridad, y viéndose en su presencia tan empequeñecido lo aborrecía.

Punto de vista de Rosa Fernanda. — Como el de todos los niños, era a ras de tierra. Podía ver la parte inferior de los muebles, la arpillera que les forraba la panza, un intestino de estopa saliendo por debajo del diván, y a *Sesostris* debajo del piano. En circunstancias normales, las personas no existían para ella sino desde las rodillas a los pies. Teófilo y su indumentaria le parecían más pintorescos que don Sabas. La parte baja de los pantalones de Teófilo, con flecos y raros matices, pero sobre todo las botas, la tenían encantada. La afición que los niños muestran a los mendigos es tan sólo el gusto de lo pintoresco. En una de las botas de Teófilo había una larga goma, como un gusanillo negro, colgando del elástico. Rosa Fernanda hubiera dado cualquiera cosa por ir a arrancarla y jugar con ella.

Sería interesante conocer el punto de vista de *Sesostris*.

Teófilo se levantó, dispuesto a irse. Don Sabas se despidió también. Bajaron juntos las escaleras. En la puerta de la calle don Sabas preguntó:

—¿Por dónde va usted?

—¿Y usted?

—Yo hacia arriba.

—Yo hacia abajo.

—Ea, pues hasta la vista.

—Hasta la vista.

PEDRO SALINAS

de *Presagios*

Yo no te había visto,
amarillo limón escondido
entre el follaje bruñido del limonero,
yo no te había visto. Pero al niño
le brotó un fuego nuevo de codicia en los ojos
y tendió las dos manos. Donde ellas no llegaban
llegó su grito.
Ahora es de noche y, como fruto cumplido del día,
te tengo en las manos,
limpio limón escondido,
limpio limón descubierto.
(El niño está ya dormido.)

...

de *La voz a ti debida*

Qué alegría, vivir
sintiéndote vivido.
Rendirse
a la gran certidumbre, oscuramente,
de que otro ser, fuera de mí, muy lejos,

me está viviendo.

Que cuando los espejos, los espías,
azogues, almas cortas, aseguran
que estoy aquí, yo, inmóvil,
con los ojos cerrados y los labios,
negándome al amor
de la luz, de la flor y de los nombres,
la verdad transvisible es que camino
sin mis pasos, con otros,
allá lejos, y allí
estoy besando flores, luces, hablo.
Que hay otro ser por el que miro el mundo,
porque me está queriendo con sus ojos.
Que hay otra voz con la que digo cosas
no sospechadas por mi gran silencio;
y es que también me quiere con su voz.
La vida — ¡qué transporte ya! —, ignorancia
de lo que son mis actos, que ella hace,
en que ella vive, doble, suya y mía.
Y cuando ella me hable
de un cielo oscuro, de un paisaje blanco,
recordaré
estrellas que no vi, que ella miraba,
y nieve que nevaba allá en su cielo.
Con la extraña delicia de acordarse
de haber tocado lo que no toqué
sino con esas manos que no alcanzo
a coger con las mías, tan distantes.
Y todo enajenado podrá el cuerpo
descansar, quieto, muerto ya. Morirse
en la alta confianza
de que este vivir mío no era sólo
mi vivir: era el nuestro. Y que me vive
otro ser por detrás de la no muerte.

...

de *Razón de Amor*

¿Cómo me vas a explicar,
di, la dicha de esta tarde,

si no sabemos porqué
fue, ni cómo, ni de qué
ha sido,
si es pura dicha de nada?
En nuestros ojos visiones,
visiones y no miradas,
no percibían tamaños,
datos, colores, distancias.
De tan desprendidamente
como estaba yo y me estabas
mirando, más que mirando,
mis miradas te soñaban,
y me soñaban las tuyas.
Palabras sueltas, palabras,
deleite en incoherencias,
no eran ya signo de cosas,
eran voces puras, voces
de su servir olvidadas.
¡Cómo vagaron sin rumbo,
y sin torpez, las caricias!
Largos goces iniciados,
caricias no terminadas,
como si aun no se supiera
en qué lugar de los cuerpos
el acariciar se acaba,
y anduviéramos buscándolo,
en lento encanto, sin ansia.
Las manos, no era tocar
lo que hacían en nosotros,
era descubrir; los tactos,
nuestros cuerpos inventaban,
allí en plena luz, tan claros
como en la plena tiniebla,
en donde sólo ellos pueden
ver los cuerpos,
con las ardorosas palmas.
Y de estas nada se ha ido
fabricando, indestructible,
nuestra dicha, nuestro amor,
nuestra tarde.
Por eso aunque no fue nada,
sé que esta noche reclinas

lo mismo que una mejilla
sobre este blancor de plumas
—almohada que ha sido alas—,
tu ser, tu memoria, todo,
y que todo te descansa,
sobre una tarde de dos,
que no es nada, nada, nada.

NOTE – Per il testo seguiamo l'ed. di *Soledad Salinas de Marichal*, Barcelona, Barral, 1975. Traduzione dei primi due testi in *Poesie* a c. di Vittorio Bodini (Salinas, *Poesie*, Milano, Lerici, 1964).

JORGE GUILLÉN

ARRANQUES ⁽¹⁾

Por el agua

Entran los pies en el mar,
que ya ondula
chispeando: sobre el agua,
luz más rubia.
Precipitándose corre
con tumulto de roturas
una alegría que cae
de bruces sobre la espuma.
El tan niño hacia su voz

NOTE – Per i testi tratti da *Cántico* seguiamo l'ed. della Editorial Sudamericana (Buenos Aires, 1950), la lirica tratta da *Clamor* è conforme al testo della *Selección de Poemas*, Madrid, Gredos, 1965.

⁽¹⁾ *Arranques*: da *Cántico* ("Al aire de tu vuelo"); quartine di ottonari e quadrisillabi assonanzati in u-a in sede pari.

se aúpa,
se multiplica, resalta,
onda aguda.
Rizándose va y creciendo
con ondulación de suma
todo un caos de salud
que se crea ya su curva.
Arrollador griterío,
absoluta
vida sin sombra ni término:
criatura.

Por la hierba

Se arroja el niño a la hierba,
que es un mar,
y por lo fresco y lo blando
nada ya.
(¿Hacia dónde tantas ondas
bajo el sol?)
-Dame el campo con el cielo,
dámelos.
¡Cuánto mar por esa hierba,
ah, ah, ah!
¡Para todos ahora mismo
quiero más!
-Dame el campo con el cielo,
dámelos.
(¿Hacia dónde tantas ondas
bajo el sol?)
La hierba es un oleaje
de verdad.
Entre las manos del niño
pasa el mar.

PRIMAVERA DELGADA ⁽²⁾

Cuando el espacio, sin perfil resume
Con una nube
Su vasta indecisión a la deriva,
-¿Dónde la orilla?-
Mientras el río con el rumbo en curva
Se perpetúa
Buscando sesgo a sesgo, dibujante,
Su desenlace,
Mientras el agua duramente verde,
Niega sus peces
Bajo el profundo equívoco reflejo
De un aire trémulo...
Cuando conduce la mañana, lentas,
Sus alamedas
Gracias a las estelas vibradoras
Entre las frondas,
A favor del avance sinuoso
Que pone en coro
La ondulación suavísima del cielo
Sobre su viento
Con el curso tan ágil de las pompas,
Que agudas bogan...
¡Primavera delgada entre los remos
De los barqueros!

RÍO ⁽³⁾

¡Qué serena va el agua!
Silencios unifica.
Espadas de cristal
A la deriva esquivan
-Lenta espera- sus filos...

⁽²⁾ *Primavera delgada*: da *Cántico* ("Las Horas Situadas"); pareados (11+5) con rima assonante.

⁽³⁾ *Río*: da *Cántico* ("Pleno Ser"); romancillo eptasillabico (o endecha).

El mar las necesita.
 Pero un frescor errante
 Por el río extravía
 Voces enamoradas.
 Piden, juran, recitan.
 ¡Pulso de la corriente!
 ¡Cómo late: delira!
 Bajo las aguas cielos
 Íntimos se deslizan.
 La corola del aire
 Profundo se ilumina.
 Van más enamoradas
 Las voces. Van, ansían.
 Yo quisiera, quisiera...
 Todo el río suspira.

LAS DOCE EN EL RELOJ ⁽⁴⁾

Dije: ¡Todo ya pleno!
 Un álamo vibró.
 Las hojas plateadas
 Sonaron con amor.
 Los verdes eran grises,
 El amor era sol.
 Entonces, mediodía,
 Un pájaro sumió
 Su cantar en el viento
 Con tal adoración
 Que se sintió cantada
 Bajo el viento la flor
 Crecida entre las mieses,
 Más altas. Era yo,
 Centro en aquel instante
 De tanto alrededor,
 Quien lo veía todo
 Completo para un dios.

⁽⁴⁾ *Las doce en el reloj*: da *Cántico* ("Pleno Ser"); romancillo eptasillabico (o endecha).

Dije: Todo, completo.
 ¡Las doce en el reloj!

AQUELLAS ROPAS CHAPADAS ⁽⁵⁾

Aquellas ropas chapadas
 JORGE MANRIQUE

Me puse a recordar. Aquella infancia...
 Infancia tan ajena,
 De aquel niño que fue, ya evaporado,
 Ahora sólo nube de recuerdo,
 Y no arriba, flotante:
 Un vapor interior
 Al alma
 Perdura entre las fibras
 Que ya son alma y tiemblan.

Un niño
 Tiernamente asomado al universo
 Que responde al saludo "Buenos días".
 Un niño a quien esculpen
 Con una lentitud autoritaria
 Los vocablos de un mundo.
 Y todo,
 Nuevo, descubre forma,
 Llega a ser la nombrada realidad.

Eran jardines. Juegos requerían
 Boscajes,
 Entonces muy remotos.
 Y por allí, la Fuente de la Fama,
 La Alameda de un Príncipe.
 Paseos conquistaban San Isidro,
 Las Arcas Reales, y entre los dos puentes,
 Río famoso por su mansedumbre.
 Y las tardes alzaban su amarilla

⁽⁵⁾ *Aquellas ropas chapadas*: da *Clamor* ("...Que van a dar en la mar"); versi liberi.

Transparencia, que el sol
 De algún invierno sometía a temple
 De otoño.

(¿Era así o la memoria
 Lo columbra allá lejos,
 Éxtasis de linterna en rayo inmóvil?)
 Tardes de infancia. Mágica palabra:
 Merienda.
 (...Y también mantecados de Portillo.)
 Ilusión convertida en efectivas
 Fruiciones
 Sin casi paladeo, por asaltos
 Rapaces.

Aquel niño revive.

(¿Imágenes de espejo
 Serán
 Como al través de sorda
 Clausura
 Bajo focos de noche iluminada,
 Seducción de un acuario?
 ¿Todo será leyenda?)

La verdad sostenía aquel hechizo,
 Entre reales vientos,
 Con un calor viviente.

Iglesias. Devociones en capillas.
 Efusión de ternura prosternada.
 Rendida a glorias de radiantes héroes
 Piadosos.
 Y la inmortalidad es luz sin fin.

Los buenos a la sombra de un amor
 Respiraban. El padre y sus trabajos,
 Jehová que está allí para nosotros.
 La madre, verdadera siempre, siempre.
 Junto a los hermanillos se convive
 La intimidad enorme de la casa.

Y la dulce figura del maestro,
Que tan humildemente comunica
Su claridad de santo franciscano.

Infancia. ¿Viva, muerta? Viva y muerta.
Por eso, conmovido, yo la evoco.
Transcurrieron las horas
De aquel raudo pasado
Que de pasar no acaba:
Fuera de mi atención se perpetúa.
Y de pronto el recuerdo,
Tal vez por algún roce
Casual
Reanimando a difuntos
Como si nada más los despertase,
Me repone en su atmósfera
-Con aquel palpitar
Dentro de mí salvado-
Los seres tan perdidos,
La luz de aquellas tardes
De octubre
Que yo contemplo aquí,
Nostálgico a su orilla.

Se insinúa una música. La oigo
Como un canto indistinto del silencio
Mientras resurgen, tácitas, ingravidas,
Aquellas no ya vidas
A la vez en su instante más vivaz
-Yo también lo comparto-,
Y en un tiempo concluso,
Que esta resurrección devuelve a un aire
Traspasado de sol. El sol me alumbró
Lo que vive no siendo en la frontera
Más temporal, muy próxima a las lágrimas.
Ahí
Siento ahora inmortales
A los que sé yacentes.

FEDERICO GARCÍA LORCA

de LIBRO DE POEMAS

VELETA

JULIO DE 1920

(Fuente Vaqueros, Granada)

Viento del Sur,
moreno, ardiente,
llegas sobre mi carne,
trayéndome semilla
de brillantes
miradas, empapado
de azahares.

Pones roja la luna
y sollozantes
los álamos cautivos, pero vienes
¡demasiado tarde!
¡Ya he enrollado la noche de mi cuento
en el estante!

Sin ningún viento,
¡hazme caso!,
gira, corazón;
gira, corazón.

Aire del Norte,
joso blanco del viento!
Llegas sobre mi carne
tembloroso de auroras
boreales,
con tu capa de espectros
capitanes,

NOTE – Per il testo seguiamo l'ed. delle *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1980 (a c. di Arturo del Hoyo). Traduzione delle liriche a c. di Carlo Bo (Guanda, Parma; e Garzanti, Milano, 1975); Traduzione del teatro in *Il teatro di Federico García Lorca* a c. di Vittorio Bodini, Torino, Einaudi, 1973.

y riyéndote a gritos
del Dante.
¡Oh pulidor de estrellas!
Pero vienes
demasiado tarde.
Mi almarío está musgoso
y he perdido la llave.

Sin ningún viento,
¡hazme caso!,
gira, corazón;
gira, corazón.

Brisas, gnomos y vientos
de ninguna parte.
Mosquitos de la rosa
de pétalos pirámides.
Alisios destilados
entre los rudos árboles,
flautas en la tormenta,
¡dejadme!
Tiene recias cadenas
mi recuerdo,
y está cautiva el ave
que dibuja con trinos
la tarde.

Las cosas que se van no vuelven nunca,
todo el mundo lo sabe,
y entre el claro gentío de los vientos
es inútil quejarse.
¿Verdad, chopo, maestro de la brisa?
¡Es inútil quejarse!

Sin ningún viento.
¡hazme caso!,
gira, corazón;
gira, corazón.

de POEMA DEL CANTE JONDO

POEMA DE LA SIGUIRIYA GITANA ⁽¹⁾

PAISAJE

El campo
de olivos
se abre y se cierra
como un abanico.
Sobre el olivar
hay un cielo hundido
y una lluvia oscura
de luceros fríos.
Tiembla junco y penumbra
a la orilla del río.
Se riza el aire gris.
Los olivos
están cargados
de gritos.
Una bandada
de pájaros cautivos,
que mueven sus larguísimas
colas en lo sombrío.

LA GUITARRA

Empieza el llanto
de la guitarra.
Se rompen las copas
de la madrugada.
Empieza el llanto
de la guitarra.
Es inútil

(1) Poema de la siguiiriya gitana: Metro: Paisaje, Guitarra, El paso presentan asonanza nei vv. pari. La siguiiriya è uno dei generi del cante jondo che prevede l'accompagnamento della chitarra.

callarla.
Llora monótona
como llora el agua,
como llora el viento
sobre la nevada.
Es imposible
callarla.
Llora por cosas
lejanas.
Arena del Sur caliente
que pide camelias blancas.
Llora flecha sin blanco,
la tarde sin mañana,
y el primer pájaro muerto
sobre la rama.
¡Oh guitarra!
Corazón malherido
por cinco espadas.

EL GRITO

La elipse de un grito,
va de monte
a monte.

Desde los olivos
será un arco iris negro
sobre la noche azul.

¡Ay!

Como un arco de viola
el grito ha hecho vibrar
largas cuerdas del viento.

¡Ay!

(Las gentes de las cuevas
asoman sus velones)

¡Ay!

EL SILENCIO

Oye, hijo mío, el silencio.
Es un silencio ondulado,
un silencio,
donde resbalan valles y ecos
y que inclina las frentes
hacia el suelo.

EL PASO DE LA SIGUIRIYA

Entre mariposas negras
va una muchacha morena
junto a una blanca serpiente
de niebla.

*Tierra de luz,
cielo de tierra.*

Va encadenada al temblor
de un ritmo que nunca llega;
tiene el corazón de plata
y un puñal en la diestra.

¿Adónde vas, siguiiriya,
con un ritmo sin cabeza?
¿Qué luna recogerá
tu dolor de cal y adelfa?

*Tierra de luz,
cielo de tierra.*

DESPUES DE PASAR

Los niños miran
un punto lejano.

Los candiles se apagan.
Unas muchachas ciegas
preguntan a la luna,
y por el aire ascienden
espirales de llanto.

Las montañas miran
un punto lejano.

Y DESPUES

Los laberintos
que crea el tiempo
se desvanecen.

(Sólo queda
el desierto.)

El corazón,
fuente del deseo,
se desvanece.

(Sólo queda
el desierto.)

La ilusión de la aurora
y los besos,
se desvanecen.

Sólo queda el desierto.
Un ondulado
desierto.

de CANCIONES

¡MI NIÑA SE FUE A LA MAR! ⁽²⁾

Mi niña se fue a la mar,
a contar olas y chinas,
pero se encontró, de pronto,
con el río de Sevilla.

Entre adelfas y campanas
cinco barcos se mecían,
con los remos en el agua
y las velas en la brisa.

¿Quién mira dentro la torre
enjaezada, de Sevilla?
Cinco voces contestaban
redondas como sortijas.

El cielo monta gallardo
al río, de orilla a orilla.
En el aire sonrosado,
cinco anillos se mecían.

CANCION DE JINETE ⁽³⁾

Córdoba.
Lejana y sola.

Jaca negra, luna grande,
y aceitunas en mi alforja.
Aunque sepa los caminos
yo nunca llegaré a Córdoba.

Por el llano, por el viento,

⁽²⁾ Mi niña se fue a la mar: Metro: romance.

⁽³⁾ Canción de jinete: Metro: romance (i due distici iniziale e finale rispettano l'assonanza o-a del resto del componimento).

jaca negra, luna roja.
La muerte me está mirando
desde las torres de Córdoba.

¡Ay qué camino tan largo!
¡Ay mi jaca valerosa!
¡Ay que la muerte me espera,
antes de llegar a Córdoba!

Córdoba.
Lejana y sola.

LUCIA MARTINEZ ⁽⁴⁾

Lucía Martínez.
Umbría de seda roja.

Tus muslos como la tarde
van de la luz a la sombra.
Los azabaches recónditos
oscurecen tus magnolias.

Aquí estoy, Lucía Martínez.
Vengo a consumir tu boca
y a arrastrarte del cabello
en madrugada de conchas.

Porque quiero, y porque puedo.
Umbría de seda roja.

⁽⁴⁾ Lucía Martínez: Metro: romance.

LA SOLTERA EN MISA ⁽⁵⁾

Bajo el Moisés del incienso,
adormecida.

Ojos de toro te miraban.
Tu rosario llovía.

Con ese traje de profunda seda,
no te muevas, Virginia.

Da los negros melones de tus pechos
al rumor de la misa.

de ROMANCERO GITANO ⁽⁶⁾

1

ROMANCE DE LA LUNA, LUNA

A CONCHITA GARCÍA LORCA

La luna vino a la fragua
con su polisón de nardos.
El niño la mira mira.
El niño la está mirando.
En el aire conmovido
mueve la luna sus brazos
y enseña, lúbrica y pura,
sus senos de duro estaño.
Huye luna, luna, luna.
Si vinieran los gitanos,
harían con tu corazón
collares y anillos blancos.
Niño, déjame que baile.
Cuando vengan los gitanos,

⁽⁵⁾ *La soltera en misa*: Metro: successione di endecasillabi e settenari aternati tra loro con assonanza nei vv. pari.

⁽⁶⁾ *Romancero gitano*: Metro: romance.

te encontrarán sobre el yunque
con los ojillos cerrados.
Huye luna, luna, luna,
que ya siento sus caballos.
Niño, déjame, no pises
mi blancor almidonado.

El jinete se acercaba
tocando el tambor del llano.
Dentro de la fragua el niño,
tiene los ojos cerrados.

Por el olivar venían,
bronce y sueño, los gitanos.
Las cabezas levantadas
y los ojos entornados.

¡Cómo canta la zumaya,
ay cómo canta en el árbol!
Por el cielo va la luna
con un niño de la mano.

Dentro de la fragua lloran,
dando gritos, los gitanos.
El aire la vela, vela.
El aire la está velando.

4

ROMANCE SONAMBULO

A GLORIA GINER
Y A FERNANDO DE LOS RÍOS

Verde que te quiero verde.
Verde viento. Verdes ramas.
El barco sobre la mar
y el caballo en la montaña.
Con la sombra en la cintura
ella sueña en su baranda,
verde carne, pelo verde,
con ojos de fría plata.

Verde que te quiero verde.
Bajo la luna gitana,
las cosas la están mirando
y ella no puede mirarlas.

*

Verde que te quiero verde.
Grandes estrellas de escarcha,
vienen con el pez de sombra
que abre el camino del alba.
La higuera frota su viento
con la lija de sus ramas,
y el monte, gato garduño,
eriza sus pitas agrias.
¿Pero quién vendrá? ¿Y por dónde?
Ella sigue en su baranda,
verde carne, pelo verde,
soñando en la mar amarga.

*

Compadre, quiero cambiar
mi caballo por su casa,
mi montura por su espejo,
mi cuchillo por su manta.
Compadre, vengo sangrando,
desde los puertos de Cabra.
Si yo pudiera, mocito,
este trato se cerraba.
Pero yo ya no soy yo,
Ni mi casa es ya mi casa.
Compadre, quiero morir,
decentemente en mi cama.
De acero, si puede ser,
con las sábanas de holanda.
¿No veis la herida que tengo
desde el pecho a la garganta?
Trescientas rosas morenas
lleva tu pechera blanca.
Tu sangre rezuma y huele
alrededor de tu faja.

Pero yo ya no soy yo.
Ni mi casa es ya mi casa.
Dejadme subir al menos
hasta las altas barandas,
¡dejadme subir!, dejadme
hasta las verdes barandas.
Barandales de la luna
por donde retumba el agua.
Ya suben los dos compadres
hacia las altas barandas.
Dejando un rastro de sangre.
Dejando un rastro de lágrimas.
Temblaban en los tejados
farolillos de hojalata.
Mil panderos de cristal,
herían la madrugada.

*

Verde que te quiero verde,
verde viento, verdes ramas.
Los dos compadres subieron.
El largo viento, dejaba
en la boca un raro gusto
de hiel, de menta y de albahaca.
¡Compadre! ¿Dónde está, dime?
¿Dónde está tu niña amarga?
¡Cuántas veces te esperó!
¡Cuántas veces te esperara,
cara fresca, negro pelo,
en esta verde baranda!

*

Sobre el rostro del aljibe,
se mecía la gitana.
Verde carne, pelo verde,
con ojos de fría plata.
Un carámbano de luna
la sostiene sobre el agua.
La noche se puso íntima
como una pequeña plaza.

Guardias civiles borrachos
en la puerta golpeaban.

Verde que te quiero verde,
Verde viento. Verdes ramas.
El barco sobre la mar.
Y el caballo en la montaña.

7

ROMANCE DE LA PENA NEGRA

A JOSÉ NAVARRO PARDO

Las piquetas de los gallos
cavan buscando la aurora,
cuando por el monte oscuro
baja Soledad Montoya.
Cobre amarillo, su carne,
huele a caballo y a sombra.
Yunques ahumados sus pechos,
gimen canciones redondas.
Soledad: ¿por quién preguntas
sin compañía y a estas horas?
Pregunte por quién pregunte,
dime: ¿a ti qué se te importa?
Vengo a buscar lo que busco,
mi alegría y mi persona.
Soledad de mis pesares,
caballo que se desboca,
al fin encuentra la mar
y se lo tragan las olas.
No me recuerdes el mar,
que la pena negra, brota
en las tierras de aceituna
bajo el rumor de las hojas.
¡Soledad, qué pena tienes!
¡Qué pena tan lastimosa!
Lloras zumo de limón
agrio de espera y de boca.
¡Qué pena tan grande! Corro
mi casa como una loca,

mis dos trenzas por el suelo,
de la cocina a la alcoba.
¡Qué pena! Me estoy poniendo
de azabache, carne y ropa.
¡Ay mis camisas de hilo!
¡Ay mis muslos de amapola!
Soledad: lava tu cuerpo
con agua de las alondras,
y deja tu corazón
en paz, Soledad Montoya.

*

Por abajo canta el río:
volante de cielo y hojas.
Con flores de calabaza,
la nueva luz se corona.
¡Oh pena de los gitanos!
Pena limpia y siempre sola.
¡Oh pena de cauce oculto
y madrugada remota!

de POETA EN NUEVA YORK

EL REY DE HARLEM

Con una cuchara
arrancaba los ojos a los cocodrilos
y golpeaba el trasero de los monos.
Con una cuchara.

Fuego de siempre dormía en los pedernales
y los escarabajos borrachos de anís
olvidaban el musgo de las aldeas.

Aquel viejo cubierto de setas
iba al sitio donde lloraban los negros
mientras crujía la cuchara del rey
y llegaban los tanques de agua podrida.

*

Las rosas huían por los fillos
de las últimas curvas del aire,
y en los montones de azafrán
los niños machacaban pequeñas ardillas
con un rubor de frenesí manchado.

Es preciso cruzar los puentes
y llegar al rubor negro
para que el perfume de pulmón
nos golpee las sienes con su vestido
de caliente piña.

Es preciso matar al rubio vendedor de aguardiente,
a todos los amigos de la manzana y de la arena,
y es necesario dar con los puños cerrados
a las pequeñas judías que tiemblan llenas de burbujas,
para que el rey de Harlem cante con su muchedumbre,
para que los cocodrilos duerman en largas filas
bajo el amianto de la luna,
y para que nadie dude de la infinita belleza
de los plumeros, los ralladores, los cobres y las cacerolas de las
cocinas.

¡Ay Harlem! ¡Ay Harlem! ¡Ay Harlem!
No hay angustia comparable a tus rojos oprimidos,
a tu sangre estremecida dentro del eclipse oscuro,
a tu violencia granate sordomuda en la penumbra,
a tu gran rey prisionero con un traje de conserje.

*

Tenía la noche una hendidura y quietas salamandras de
marfil.
Las muchachas americanas
llevaban niños y monedas en el vientre,
y los muchachos se desmayaban en la cruz del desperezo.

Ellos son.
Ellos son los que beben el whisky de plata junto a los volcanes
y tragan pedacitos de corazón por las heladas montaña del
oso.

Aquella noche el rey de Harlem,
con una durísima cuchara
arrancaba los ojos a los cocodrilos
y golpeaba el trasero de los monos.
Con una cuchara.
Los negros lloraban confundidos

entre paraguas y soles de oro,
los mulatos estiraban gomas, ansiosos de llegar al torso blanco,
y el viento empañaba espejos
y quebraba las venas de los bailarines.

Negros, Negros, Negros, Negros.

La sangre no tiene puertas en vuestra noche boca arriba.
No hay rubor. Sangre furiosa por debajo de las pieles,
viva en la espina del puñal y en el pecho de los paisajes,
bajo las pinzas y las retamas de la celeste luna de cáncer.

Sangre que busca por mil caminos muertes enharinadas y
[ceniza de nardo,
cielos yertos en declive, donde las colonias de planetas
rueden por las playas con los objetos abandonados.

Sangre que mira lenta con el rabo del ojo,
hecha de espartos exprimidos, néctares de subterráneos.
Sangre que oxida el alisio descuidado en una huella
y disuelve a las mariposas en los cristales de la ventana.

Es la sangre que viene, que vendrá
por los tejados y azoteas, por todas partes,
para quemar la clorofila de las mujeres rubias,
para gemir al pie de las camas ante el insomnio de los lavabos
y estrellarse en una aurora de tabaco y bajo amarillo.

Hay que huir,
huir por las esquinas y encerrarse en los últimos pisos,
porque el tuétano del bosque penetrará por las rendijas
para dejar en vuestra carne una leve huella de eclipse
y una falsa tristeza de guante desteñido y rosa química.

Es por el silencio sapientísimo
cuando los camareros y los cocineros y los que limpian con la
lengua
las heridas de los millonarios
buscan al rey por las calles o en los ángulos del salitre.

Un viento sur de madera, oblicuo en el negro fango,
escupe a las barcas rotas y se clava puntillas en los hombros;
un viento sur que lleva
colmillos, girasoles, alfabetos
y una pila de Volta con avispas ahogadas.

El olvido estaba expresado por tres gotas de tinta sobre el
monóculo;

el amor, por un solo rostro invisible a flor de piedra.
Médulas y corolas componían sobre las nubes
un desierto de tallos sin una sola rosa.

*

A la izquierda, a la derecha, por el Sur y por el Norte,
se levanta el muro impenetrable
para el topo, la aguja del agua.
No busquéis, negros, su grieta
para hallar la máscara infinita.
Buscad el gran sol del centro
hechos una piña zumbadora.
El sol que se desliza por los bosques
seguro de no encontrar una ninfa,
el sol que destruye números y no ha cruzado nunca un sueño,
el tatuado sol que baja por el río
y muge seguido de caimanes.

Negros, Negros, Negros, Negros.

Jamás sierpe, ni cebra, ni mula
palidecieron al morir.
El leñador no sabe cuándo expiran
los clamorosos árboles que corta.
Aguardad bajo la sombra vegetal de vuestro rey
a que cicutas y cardos y ortigas turben postreras azoteas.

Entonces, negros, entonces, entonces,
podréis besar con frenesí las ruedas de las bicicletas,
poner parejas de microscopios en las cuevas de las ardillas
y danzar al fin, sin duda, mientras las flores erizadas
asesinan a nuestro Moisés casi en los juncos del cielo.

¡Ay, Harlem, disfrazada!
¡Ay, Harlem, amenazada por un gentío de trajes sin cabeza!
Me llega tu rumor,
me llega tu rumor atravesando troncos y ascensores,
a través de láminas grises,
donde flotan sus automóviles cubiertos de dientes,
a través de los caballos muertos y los crímenes diminutos,
a través de tu gran rey desesperado,
cuyas barbas llegan al mar.

ODA A WALT WHITMAN

Por el East River y el Bronx
los muchachos cantaban enseñando sus cinturas,
con la rueda, el aceite, el cuero y el martillo.
Noventa mil mineros sacaban la plata de las rocas
y los niños dibujaban escaleras y perspectivas.

Pero ninguno se dormía,
ninguno quería ser el río,
ninguno amaba las hojas grandes,
ninguno la lengua azul de la playa.

Por el East River y el Queensborough
los muchachos luchaban con la industria,
y los judíos vendían al fauno del río
la rosa de la circuncisión
y el cielo desembocaba ⁽⁷⁾ por los puentes y los tejados
manadas de bisontes empujadas por el viento.

Pero ninguno se detenía,
ninguno quería ser nube,
ninguno buscaba los helechos
ni la rueda amarilla del tamboril.

Cuando la luna salga
las poleas rodarán para turbar el cielo;
un límite de agujas cercará la memoria
y los ataúdes se llevarán a los que no trabajan.

Nueva York de cieno,
Nueva York de alambre y de muerte.
¿Qué ángel llevas oculto en la mejilla?
¿Qué voz perfecta dirá las verdades del trigo?
¿Quién el sueño terrible de sus anémonas manchadas?

Ni un solo momento, viejo hermoso Walt Whitman,
he dejado de ver tu barba llena de mariposas,
ni tus hombros de pana gastados por la luna,
ni tus muslos de Apolo virginal,
ni tu voz como una columna de ceniza;
anciano hermoso como la niebla
que gemías igual que un pájaro

con el sexo atravesado por una aguja,
enemigo del sátiro,
enemigo de la vida
y amante de los cuerpos bajo la burda tela.
Ni un solo momento, hermosura viril
que en montes de carbón, anuncios y ferrocarriles,
soñabas ser un río y dormir como un río
con aquel camarada que pondría en tu pecho
un pequeño dolor de ignorante leopardo.

Ni un solo momento, Adán de sangre, macho,
hombre solo en el mar, viejo hermoso Walt Whitman,
porque por las azoteas,
agrupados en los bares,
saliendo en racimos de las alcantarillas,
temblando entre las piernas de los chauffeurs
o girando en las plataformas del ajeno,
los maricas, Walt Whitman, te señalan.

¡También ese! ¡También! Y se despeñan
sobre tu barba luminosa y casta,
rubios del norte, negros de la arena,
muchedumbres de gritos y ademanes,
como gatos y como las serpientes,
los maricas, Walt Whitman, los maricas
turbios de lágrimas, carne para fusta,
bota o mordisco de los domadores.

¡También ése! ¡También! Dedos teñidos
apuntan a la orilla de tu sueño
cuando el amigo come tu manzana
con un leve sabor de gasolina
y el sol canta por los ombligos
de los muchachos que juegan bajo los puentes.

Pero tú no buscabas los ojos arañados,
ni el pantano oscurísimo donde sumergen a los niños,
ni la saliva helada,
ni las curvas heridas como panza de sapo
que llevan los maricas en coches y terrazas
mientras la luna los azota por las esquinas del terror.

Tú buscabas un desnudo que fuera como un río,
toro y sueño que junte la rueda con el alga,
padre de tu agonía, camelia de tu muerte,
y gimiera en las llamas de tu ecuador oculto.

Porque es justo que el hombre no busque su deleite
en la selva de sangre de la mañana próxima.
El cielo tiene playas donde evitar la vida
y hay cuerpos que no deben repetirse en la aurora.

Agonía, agonía, sueño, fermento y sueño.
Este es el mundo, amigo, agonía, agonía.
Los muertos se descomponen bajo el reloj de las ciudades,
la guerra pasa llorando con un millón de ratas grises,
los ricos dan a sus queridas
pequeños moribundos iluminados,
y la vida no es noble, ni buena, ni sagrada.

Puede el hombre, si quiere, conducir su deseo
por vena de coral o celeste desnudo.
Mañana los amores serán rocas y el Tiempo
una brisa que viene dormida por las ramas.

Por eso no levanto mi voz, viejo Walt Whitman,
contra el niño que escribe
nombre de niña en su almohada,
ni contra el muchacho que se viste de novia
en la oscuridad del ropero,
ni contra los solitarios de los casinos
que beben con asco el agua de la prostitución,
ni contra los hombres de mirada verde
que aman al hombre y queman sus labios en silencio.
Pero sí contra vosotros, maricas de las ciudades,
de carne tumefacta y pensamiento inmundo,
madres de lodo, arpías, enemigos sin sueño
del Amor que reparte coronas de alegría.

Contra vosotros siempre, que dais a los muchachos
gotas de sucia muerte con amargo veneno.
Contra vosotros siempre,
Faeries de Norteamérica,
Pájaros de la Habana,
Jotos de Méjico,
Sarasas de Cádiz,
Ápíos de Sevilla,
Cancos de Madrid,
Floras de Alicante,
Adelaidas de Portugal.

¡Maricas de todo el mundo, asesinos de palomas!
Esclavos de la mujer, perras de sus tocadores,

(7) Desembocaba: si noti l'uso transitivo del verbo.

abiertos en las plazas con fiebre de abanico
o emboscados en yertos paisajes de cicuta.

¡No haya cuartel! La muerte
mana de vuestros ojos
y agrupa flores grises en la orilla del cieno.
¡No haya cuartel! ¡Alerta!
Que los confundidos, los puros,
los clásicos, los señalados, los suplicantes
os cierren las puertas de la bacanal.

Y tú, bello Walt Whitman, duerme a orillas del Hudson
con la barba hacia el polo y las manos abiertas.
Arcilla blanda o nieve, tu lengua está llamando
camaradas que velen tu gacela sin cuerpo.
Duerme, no queda nada.
Una danza de muros agita las praderas
y América se anega de máquinas y llanto.
Quiero que el aire fuerte de la noche más honda
quite flores y letras del arco donde duermes
y un niño negro anuncie a los blancos del oro
la llegada del reino de la espiga.

de LLANTO POR IGNACIO SANCHEZ MEJIAS

1

LA COGIDA Y LA MUERTE ⁽⁸⁾

A las cinco de la tarde.
Eran las cinco en punto de la tarde.
Un niño trajo la blanca sábana
a las cinco de la tarde.
Una espuerta de cal ya prevenida
a las cinco de la tarde.
Lo demás era muerte y solo muerte
a las cinco de la tarde.

El viento se llevó los *algodones*
a las cinco de la tarde.

⁽⁸⁾ La cogida y la muerte: endecasillabi sciolti alternati dal ritornello ottosillabico.

Y el óxido sembró cristal y níquel
a las cinco de la tarde.
Ya luchan la paloma y el leopardo
a las cinco de la tarde.
Y un muslo con un asta desolada
a las cinco de la tarde.
Comenzaron los sonos del bordón
a las cinco de la tarde.
Las campanas de arsénico y el humo
a las cinco de la tarde.
En las esquinas grupos de silencio
a las cinco de la tarde.
¡Y el toro solo corazón arriba!
a las cinco de la tarde.
Cuando el sudor de nieve fue llegando
a las cinco de la tarde,
cuando la plaza se cubrió de yodo
a las cinco de la tarde,
la muerte puso huevos en la herida
a las cinco de la tarde.
A las cinco de la tarde.
A las cinco en punto de la tarde.

Un ataúd con ruedas es la cama
a las cinco de la tarde.
Huesos y flautas suenan en su oído
a las cinco de la tarde.
El toro ya mugía por su frente
a las cinco de la tarde.
El cuarto se irisaba de agonía
a las cinco de la tarde.
A lo lejos ya viene la gangrena
a las cinco de la tarde.
Trompa de lirio por las verdes ingles
a las cinco de la tarde.
Las heridas quemaban como soles
a las cinco de la tarde,
y el gentío rompía las ventanas
a las cinco de la tarde.
A las cinco de la tarde.
¡Ay qué terribles cinco de la tarde!
¡Eran las cinco en todos los relojes!
¡Eran las cinco en sombra de la tarde!

2

LA SANGRE DERRAMADA ⁽⁹⁾

¡Que no quiero verla!

Dile a la luna que venga,
que no quiero ver la sangre
de Ignacio sobre la arena.

¡Que no quiero verla!

La luna de par en par.
Caballo de nubes quietas,
y la plaza gris del sueño
con sauces en las barreras.

¡Que no quiero verla!
Que mi recuerdo se quema.
¡Avisad a los jazmines
con su blancura pequeña!

¡Que no quiero verla!

La vaca del viejo mundo
pasaba su triste lengua
sobre un hocico de sangres
derramadas en la arena,
y los toros de Guisando,
casi muerte y casi piedra,
mugieron como dos siglos
hartos de pisar la tierra.
No.

¡Que no quiero verla!

Por las gradas sube Ignacio
con toda su muerte a cuestras.
Buscaba el amanecer,
y el amanecer no era.
Busca su perfil seguro,

⁽⁹⁾ La sangre derramada: prevale il romance ottosillabico.

y el sueño lo desorienta.
Buscaba su hermoso cuerpo
y encontró su sangre abierta.
¡No me digáis que la vea!
No quiero sentir el chorro
cada vez con menos fuerza;
ese chorro que ilumina
los tendidos y se vuelca
sobre la pana y el cuero
de muchedumbre sedienta.
¡Quién me grita que me asome!
¡No me digáis que la vea!

No se cerraron sus ojos
cuando vio los cuernos cerca,
pero las madres terribles
levantaron la cabeza.
Y a través de las ganaderías,
hubo un aire de voces secretas
que gritaban a toros celestes
mayorales de pálida niebla.
No hubo príncipe en Sevilla
que comparársele pueda,
ni espada como su espada
ni corazón tan de veras.
Como un río de leones
su maravillosa fuerza,
y como un torso de mármol
su dibujada prudencia.
Aire de Roma andaluza
le doraba la cabeza
donde su risa era un nardo
de sal y de inteligencia.
¡Qué gran torero en la plaza!
¡Qué buen serrano en la sierra!
¡Qué blando con las espigas!
¡Qué duro con las espuelas!
¡Qué tierno con el rocío!
¡Qué deslumbrante en la feria!
¡Qué tremendo con las últimas
banderillas de tiniebla!

Pero ya duerme sin fin.
Ya los musgos y la hierba
abren con dedos seguros
la flor de su calavera.
Y su sangre ya viene cantando:
cantando por marismas y praderas,
resbalando por cuernos ateridos,
vacilando sin alma por la niebla,
tropezando con miles de pezuñas
como una larga, oscura, triste lengua,
para formar un charco de agonía
junto al Guadalquivir de las estrellas.
¡Oh blanco muro de España!
¡Oh negro toro de pena!
¡Oh sangre dura de Ignacio!
¡Oh ruiseñor de sus venas!
No.
¡Que no quiero verla!
Que no hay cáliz que la contenga,
que no hay golondrinas que se la beban,
no hay escarcha de luz que la enfríe,
no hay canto ni diluvio de azucenas,
no hay cristal que la cubra de plata.
No.
¡¡Yo no quiero verla!!

3

CUERPO PRESENTE ⁽¹⁰⁾

La piedra es una frente donde los sueños gimen
sin tener agua curva ni cipreses helados,
La piedra es una espalda para llevar al tiempo
con árboles de lágrimas y cintas y planetas.

Yo he visto lluvias grises hacia las olas
levantando sus tiernos brazos acribillados,

⁽¹⁰⁾ Cuerpo presente: quartine di alessandrini.

para no ser cazadas por la piedra tendida
que desata sus miembros sin empapar la sangre.

Porque la piedra coge simientes y nublados,
esqueletos de alondras y lobos de penumbra;
pero no da sonidos, ni cristales, ni fuego,
sino plazas y plazas y otras plazas sin muros.

Ya está sobre la piedra Ignacio el bien nacido.
Ya se acabó; ¿qué pasa? Contemplad su figura:
la muerte le ha cubierto de pálidos azufres
y le ha puesto cabeza de oscuro minotauro.

Ya se acabó. La lluvia penetra por su boca.
El aire como loco deja su pecho hundido,
y el Amor, empapado con lágrimas de nieve,
se calienta en la cumbre de las ganaderías.

¿Qué dicen? Un silencio con hedores reposa.
Estamos con un cuerpo presente que se esfuma,
con una forma clara que tuvo ruiseñores
y la vemos llenarse de agujeros sin fondo.

¿Quién arruga el sudario? ¡No es verdad lo que
[dice!

Aquí no canta nadie, ni llora en el rincón,
ni pica las espuelas, ni espanta la serpiente:
aquí no quiero más que los ojos redondos
para ver ese cuerpo sin posible descanso.

Yo quiero ver aquí los hombres de voz dura.
Los que doman caballos y dominan los ríos:
los hombres que les suena el esqueleto y cantan
con una boca llena de sol y pedernales.

Aquí quiero yo verlos. Delante de la piedra.
Delante de este cuerpo con las riendas quebradas.
Yo quiero que me enseñen dónde está la salida
para este capitán atado por la muerte.

Yo quiero que me enseñen un llanto como un río
que tenga dulces nieblas y profundas orillas,

para llevar el cuerpo de Ignacio y que se pierda sin escuchar el doble resuello de los toros.

Que se pierda en la plaza redonda de la luna que finge cuando niña doliente res inmóvil; que se pierda en la noche sin canto de los peces y en la maleza blanca del humo congelado.

No quiero que le tapen la cara con pañuelos para que se acostumbre con la muerte que lleva. Vete, Ignacio: No sientas el caliente bramido. Duerme, vuela, reposa: ¡También se muere el mar!

4

ALMA AUSENTE ⁽¹¹⁾

No te conoce el toro ni la higuera,
ni caballos ni hormigas de tu casa.
No te conoce el niño ni la tarde
porque te has muerto para siempre.

No te conoce el lomo de la piedra,
ni el raso negro donde te destrozás.
No te conoce tu recuerdo mudo
porque te has muerto para siempre.

El otoño vendrá con caracolas,
uva de niebla y montes agrupados,
pero nadie querrá mirar tus ojos
porque te has muerto para siempre.

Porque te has muerto para siempre,
como todos los muertos de la Tierra,
como todos los muertos que se olvidan
en un montón de perros apagados.

No te conoce nadie. No. Pero yo te canto.
Yo canto para luego tu perfil y tu gracia.
La madurez insigne de tu conocimiento.
Tu apetencia de muerte y el gusto de su boca.
La tristeza que tuvo tu valiente alegría.

Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace,
un andaluz tan claro, tan rico de aventura.
Yo canto su elegancia con palabras que gimen
y recuerdo una brisa triste por los olivos.

de DIVAN DEL TAMARIT

V

GACELA DEL NIÑO MUERTO ⁽¹²⁾

Todas las tardes en Granada,
todas las tardes se muere un niño.
Todas las tardes el agua se sienta
a conversar con sus amigos.

Los muertos llevan alas de musgo.
El viento nublado y el viento limpio
son dos faisanes que vuelan por las torres
y el día es un muchacho herido.

No quedaba en el aire ni una brizna de alondra
cuando yo te encontré por las grutas del vino.
No quedaba en la tierra ni una miga de nube
cuando te ahogabas por el río.

Un gigante de agua cayó sobre los montes
y el valle fue rodando con perros y con lirios.
Tu cuerpo, con la sombra violeta de mis manos,
era, muerto en la orilla, un arcángel de frío.

II

CASIDA DEL LLANTO

He cerrado mi balcón
porque no quiero oír el llanto,
pero por detrás de los muros
no se oye otra cosa que el llanto.

Hay muy pocos ángeles que canten,
hay muy pocos perros que ladren,
mil violines caben en la palma de mi mano.

Pero el llanto es un perro inmenso,
el llanto es un ángel inmenso,
el llanto es un violín inmenso,
las lágrimas amordazan al viento,
y no se oye otra cosa que el llanto.

TEATRO

YERMA

Hay en la escena como un crescendo de voces y de ruidos de cascabeles y colleras de campanilleros. En un plano superior aparecen las siete MUCHACHAS, que agitan las cintas hacia la izquierda. Crece el ruido y entran dos MÁSCARAS populares. Una como macho y otra como hembra. Llevan grandes caretas. El macho empuña un cuerno de toro en la mano. No son grotescas de ningún modo, sino de gran belleza y con un sentido de pura tierra. La hembra agita un collar de grandes cascabeles. El fondo se llena de gente que grita y comenta la danza. Está muy anochecido.)

NIÑOS

¡El demonio y su mujer! ¡El demonio y su mujer!

⁽¹¹⁾ Alma ausente: le prime quattro strofe sono di endecasillabi, le ultime due di alessandrini.

⁽¹²⁾ Gacela del niño muerto: versi assonanzati in sede pari.

HEMBRA
En el río de la sierra
la esposa triste se bañaba.
Por el cuerpo le subían
los caracoles del agua.
La arena de las orillas
y el aire de la mañana
le daban fuego a su risa
y temblor a sus espaldas.
¡Ay, qué desnuda estaba
la doncella en el agua!

NIÑO
¡Ay, cómo se quejaba!

HOMBRE 1.º
¡Ay, marchita de amores
con el viento y el agua!

HOMBRE 2.º
¡Que diga a quién espera!

HOMBRE 1.º
¡Que diga a quién aguarda!

HOMBRE 2.º
¡Ay, con el vientre seco
y la color quebrada!

HEMBRA
Cuando llegue la noche lo diré
cuando llegue la noche clara.
Cuando llegue la noche de la romería
rasgaré los volantes de mi enagua.

NIÑO
Y en seguida vino la noche.
¡Ay, que la noche llegaba!
Mirad qué oscuro se pone
el chorro de la montaña.
(Empiezan a sonar unas guitarras.)

MACHO (*Se levanta y agita el cuerno.*)
¡Ay, qué blanca
la triste casada!
¡Ay, cómo se queja entre las ramas!
Amapola y clavel será luego
cuando el macho despliegue su capa.

(*Se acerca.*)

Si tú vienes a la romería
a pedir que tu vientre se abra,
no te pongas un velo de luto,
sino dulce camisa de Holanda.
Vete sola detrás de los muros,
donde están las higueras cerradas,
y soporta mi cuerpo de tierra
hasta el blanco gemido del alba.
¡Ay, cómo relumbra!
¡Ay, cómo relumbraba,
ay, cómo se cimbreaba la casada!

HEMBRA
¡Ay, que el amor le pone
coronas y guirnaldas,
y dardos de oro vivo
en su pecho se clavan!

MACHO
Siete veces gemía,
nueve se levantaba,
quince veces juntaron
jazmines con naranjas.

HOMBRE 3.º
¡Dale ya con el cuerno!

HOMBRE 2.º
¡Con la rosa y la danza!

HOMBRE 1.º
¡Ay, cómo se cimbreaba la casada!

MACHO
En esta romería
el varón siempre manda.
Los maridos son toros.
El varón siempre manda,
y las romeras flores,
para aquel que las gana.

NIÑO
¡Dale ya con el aire!

HOMBRE 2.º
¡Dale ya con la rama!

MACHO
¡Venid a ver la lumbre
de la que se bañaba!

HOMBRE 1.º
Como junco se curva.

HEMBRA
Y como flor se cansa.

HOMBRES
¡Que se aparten las niñas!

MACHO
Que se queme la danza
y el cuerpo reluciente
de la linda casada.

(*Se van bailando con son de palmas y sonrisas. Cantan.*)

El cielo tiene jardines
con rosales de alegría,
entre rosal y rosal,
la rosa de maravilla.

(*Vuelven a pasar dos MUCHACHAS gritando. Entra la VIEJA alegre.*)

VIEJA
A ver si luego nos dejáis dormir. Pero luego será ella.
(Entra YERMA.) ¡Tú! (YERMA está abatida y no habla.)
Dime, ¿para qué has venido?

YERMA
No sé.

VIEJA
¿No te convences? ¿Y tu esposo?

(YERMA da muestra de cansancio y de persona a la que una idea fija le quiebra la cabeza.)

YERMA
Ahí está.

VIEJA
¿Qué hace?

YERMA
Bebe. (Pausa. Llevándose las manos a la frente) ¡Ay!

VIEJA
¡Ay, ay! Menos ¡ay! y más alma. Antes no he podido decirte nada, pero ahora sí.

YERMA
¡Y qué me vas a decir que ya no sepa!

VIEJA
Lo que ya no se puede callar. Lo que está puesto encima del tejado. La culpa es de tu marido. ¿Lo oyes? Me dejaría cortar las manos. Ni su padre, ni su abuelo, ni su bisabuelo se portaron como hombres de casta. Para tener un hijo ha sido necesario que se junte el cielo con la tierra. Están hechos con saliva. En cambio, tu gente no. Tienes hermanos y primos a cien leguas a la redonda. Mira qué maldición ha venido a caer sobre tu hermosura!

YERMA
Una maldición. Un charco de veneno sobre las espigas.

VIEJA
Pero tú tienes pies para marcharte de tu casa.

YERMA
¿Para marcharme?

VIEJA
Cuando te vi en la romería me dio un vuelco el corazón. Aquí vienen las mujeres a conocer hombres nuevos. Y el santo hace el milagro. Mi hijo está sentado detrás de la ermita esperándote. Mi casa necesita una mujer. Vete con él y viviremos los tres juntos. Mi hijo sí es de sangre. Como yo. Si entras en mi casa, todavía queda olor de cunas. La ceniza de tu colcha se te volverá pan y sal para las crías. Anda. No te importe la gente. Y en cuanto a tu marido, hay en mi casa entrañas y herramientas para que no cruce siquiera la calle.

YERMA
¡Calla, calla, si no es eso! Nunca lo haría. Yo no puedo ir a buscar. ¿Te figuras que puedo conocer otro hombre? ¿Dónde pones mi honra? El agua no se puede volver atrás ni la luna llena sale a mediodía. Vete. Por el camino que voy seguiré. ¿Has pensado en serio que yo me pueda doblar a otro hombre? ¿Que yo vaya a pedirle lo que es mío como una esclava? Conóceme, para que nunca me hables más. Yo no busco.

VIEJA
Cuando se tiene sed, se agradece el agua.

YERMA
Yo soy como un campo seco donde caben arando mil pares de bueyes y lo que tú me das es un pequeño

vaso de agua de pozo. Lo mío es dolor que ya no está en las carnes.

VIEJA (Fuerte.)
Pues sigue así. Por tu gusto es. Como los cardos del secano, pinchosa, marchita.

YERMA (Fuerte.)
¡Marchita, sí, ¡ya lo sé! ¡Marchita! No es preciso que me lo refriegues por la boca. No vengas a solazarte como los niños pequeños en la agonía de un animalito. Desde que me casé estoy dándole vueltas a esta palabra, pero es la primera vez que la oigo, la primera vez que me la dicen en la cara. La primera vez que veo que es verdad.

VIEJA
No me das ninguna lástima, ninguna. Yo buscaré otra mujer para mi hijo.

(Se va. Se oye un gran coro lejano cantado por los romeros. YERMA se dirige hacia el carro y aparece detrás del mismo su marido.)

YERMA
¿Estabas ahí?

JUAN
Estaba.

YERMA
¿Acechando?

JUAN
Acechando.

YERMA
¿Y has oído?

JUAN
Sí.

YERMA
¿Y qué? Déjame y vete a los cantos. *(Se sienta en las mantas.)*

JUAN
También es hora de que yo hable.

YERMA
¡Habla!

JUAN
Y que me queje.

YERMA
¿Con qué motivos?

JUAN
Que tengo el amargor en la garganta.

YERMA
Y yo en los huesos.

JUAN
Ha llegado el último minuto de resistir este continuo lamento por cosas oscuras, fuera de la vida, por cosas que están en el aire.

YERMA *(Con asombro dramático.)*
¿Fuera de la vida, dices? ¿En el aire, dices?

JUAN
Por cosas que no han pasado y ni tú ni yo dirigimos.

YERMA *(Violenta.)*
¡Sigue! ¡Sigue!

JUAN
Por cosas que a mí no me importan. ¿Lo oyes? Que a mí no me importan. Ya es necesario que te lo diga. A mí me importa lo que tengo entre las manos. Lo que veo por mis ojos.

YERMA *(Incorporándose de rodillas, desesperada.)*
Así, así. Eso es lo que yo quería oír de tus labios... No se siente la verdad cuando está dentro de una misma, pero ¡qué grande y cómo grita cuando se pone fuera y levanta los brazos! ¡No le importa! ¡Ya lo he oído!

JUAN *(Acercándose.)*
Piensa que tenía que pasar así. Óyeme. *(La abraza para incorporarla.)* Muchas mujeres serían felices de llevar tu vida. Sin hijos es la vida más dulce. Yo soy feliz no teniéndolos. No tenemos culpa ninguna.

YERMA
¿Y qué buscabas en mí?

JUAN
A ti misma.

YERMA *(Excitada.)*
¡Eso! Buscabas la casa, la tranquilidad y una mujer. Pero nada más. ¿Es verdad lo que digo?

JUAN
Es verdad. Como todos.

YERMA
¿Y lo demás? ¿Y tú hijo?

JUAN *(Fuerte)*
¡No oyes que no me importa! ¡No me preguntes más! ¡Que te lo tengo que gritar al oído para que lo sepas, a ver si de una vez vives ya tranquila!

YERMA
¿Y nunca has pensado en él cuando me has visto desearlo?

JUAN
Nunca.

(Están los dos en el suelo.)

YERMA
¿Y no podré esperarlo?

JUAN
No.

YERMA
¿Ni tú?

JUAN
Ni yo tampoco. ¡Resígnate!

YERMA
¡Marchita!

JUAN
Y a vivir en paz. Uno y otro, con suavidad, con agrado. ¡Abrázame! *(La abraza.)*

YERMA
¿Qué buscas?

JUAN
A ti te busco. Con la luna estás hermosa.

YERMA
Me buscas como cuando te quieres comer una paloma.

JUAN
Bésame... así.

YERMA
Eso nunca. Nunca. *(YERMA da un grito y aprieta la garganta de su esposo. Este cae hacia atrás. Le aprieta la garganta hasta matarle. Empieza el coro de la romería.)* Marchita, marchita, pero segura. Ahora sí que lo sé de cierto. Y sola. *(Se levanta. Empieza a llegar gente.)* Voy a descansar sin despertarme sobresaltada, para ver si la sangre me anuncia otra sangre nueva. Con el cuerpo seco para siempre. ¿Qué queréis saber? ¡No

os acerquéis, porque he matado a mi hijo, yo misma he matado a mi hijo!

(Acude un grupo que queda parado al fondo. Se oye el coro de la romería.)

LA CASA DE BERNARDA ALBA

ACTO I

MENDIGA
Vengo por las sobras.
(Cesan las campanas.)

CRIADA
Por la puerta se va a la calle. Las sobras de hoy son para mí.

MENDIGA
Mujer, tú tienes quien te gane. ¡Mi niña y yo estamos solas!

CRIADA
También están solos los perros y viven.

MENDIGA
Siempre me las dan.

CRIADA
Fuera de aquí. ¿Quién os dijo que entraseis? Ya me habéis dejado los pies señalados. *(Se van. Limpia.)* Suelos barnizados con aceite, alacenas, pedestales, camas de acero, para que traguemos quina las que vivimos en las chozas de tierra con un plato y una cuchara. Ojalá que un día no quedáramos ni uno para contarlo. *(Vuelven a sonar las campanas.)* Sí, sí, ¡vengan clamores! ¡Venga caja con filos dorados y toalla para llevarla! ¡Que lo mismo estarás tú que

estaré yo! Fastídate, Antonio María Benavides, tieso con tu traje de paño y tus botas enterizas. ¡Fastídate! ¡Ya no volverás a levantarme las enaguas detrás de la puerta de tu corral! *(Por el fondo, de dos en dos, empiezan a entrar MUJERES DE LUTO, con pañuelos grandes, faldas y abanicos negros. Entran lentamente hasta llenar la escena. La CRIADA rompiendo a gritar.)* ¡Ay Antonio María Benavides, que ya no verás estas paredes ni comerás el pan de esta casa! Yo fui la que más te quiso de las que te sirvieron. *(Tirándose del cabello.)* ¿Y he de vivir yo después de haberte marchado? ¿Y he de vivir?

(Terminan de entrar las doscientas MUJERES y aparece BERNARDA y sus cinco HIJAS.)

BERNARDA *(A la CRIADA.)*
¡Silencio!

CRIADA *(Llorando)*
¡Bernarda!

BERNARDA
Menos gritos y más obras. Debías haber procurado que todo esto estuviera más limpio para recibir al duelo. Vete. No es este tu lugar. *(La CRIADA se va llorando.)* Los pobres son como los animales; parece como si estuvieran hechos de otras sustancias.

MUJER 1.º
Los pobres sienten también sus penas.

BERNARDA
Pero las olvidan delante de un plato de garbanzos.

MUCHACHA *(Con timidez.)*
Comer es necesario para vivir.

BERNARDA
A tu edad no se habla delante de las personas mayores.

MUJER 1.º
Niña, cállate.

BERNARDA
No he dejado que nadie me dé lecciones. Sentarse. *(Se sientan. Pausa. Fuerte.)* Magdalena, no llores; si quieres llorar te metes debajo de la cama. ¿Me has oído?

MUJER 2.º *(A BERNARDA)*
¿Habéis empezado los trabajos en la era?

BERNARDA
Ayer.

MUJER 3.º
Cae el sol como plomo.

MUJER 1.º
Hace años no he conocido calor igual.
(Pausa. Se abanicán todas.)

BERNARDA
¿Está hecha la limonada?

LA PONCIA
Sí, Bernarda. *(Sale con una gran bandeja llena de jarritas blancas, que distribuye.)*

BERNARDA
Dale a los hombres.

LA PONCIA
Ya están tomando en el patio.

BERNARDA
Que salgan por donde han entrado. No quiero que pasen por aquí.

MUCHACHA *(A ANGUSTIAS.)*
Pepe el Romano estaba con los hombres del duelo.

ANGUSTIAS

Allí estaba.

BERNARDA

Estaba su madre. Ella ha visto a su madre. A Pepe no lo ha visto ella ni yo.

MUCHACHA

Me pareció...

BERNARDA

Quien sí estaba era el viudo de Darajalí. Muy cerca de tu tía. A ese lo vimos todas.

MUJER 2.º (*Aparte, en voz baja.*)

¡Mala, más que mala!

MUJER 3.º (*Lo mismo.*)

¡Lengua de cuchillo!

BERNARDA

Las mujeres en la iglesia no deben mirar más hombre que al oficiante, y ese porque tiene faldas. Volver la cabeza es buscar el calor de la pana.

MUJER 1.º (*En voz baja.*)

¡Vieja lagarta recocida!

LA PONCIA (*Entre dientes.*)

¡Sarmentosa por calentura de varón!

BERNARDA

¡Alabado sea Dios!

TODAS (*Santiguándose.*)

Sea por siempre bendito y alabado.

BERNARDA

¡Descansa en paz con la santa compañía de cabecera!

TODAS

¡Descansa en paz!

BERNARDA

Con el ángel San Miguel y su espada justiciera.

TODAS

¡Descansa en paz!

BERNARDA

Con la llave que todo lo abre y la mano que todo lo cierra.

TODAS

¡Descansa en paz!

BERNARDA

Con los bienaventurados y las lucecitas del campo.

TODAS

¡Descansa en paz!

BERNARDA

Con nuestra santa caridad y las almas de tierra y mar.

TODAS

¡Descansa en paz!

BERNARDA

Concede el reposo a tu siervo Antonio María Benavides y dale la corona de tu santa gloria.

TODAS

Amén.

BERNARDA (*Se pone en pie y canta*)

«Requiem aeternam dona eis Domine.»

TODAS (*De pie y cantando al modo gregoriano.*)

«Et lux perpetua luceat eis.» (*Se santiguan.*)

MUJER 1.º

Salud para rogar por su alma. (*Van desfilando.*)

MUJER 3.º

No te faltará la hogaza de pan caliente.

MUJER 2.º

Ni el techo para tus hijas. (*Van desfilando todas por delante de BERNARDA y saliendo.*)

(*Sale ANGUSTIAS por otra puerta que da al patio.*)

MUJER 4.º

El mismo trigo de tu casamiento lo sigas disfrutando.

LA PONCIA (*Entrando con una bolsa.*)

De parte de los hombres esta bolsa de dineros para resposos.

BERNARDA

Dales las gracias y échales una copa de aguardiente.

MUCHACHA (*A MAGDALENA.*)

Magdalena...

BERNARDA (*A MAGDALENA, que inicia el llanto.*)

Chiss. (*Salen todas. A las que se han ido.*) ¡Andar a vuestras casas a criticar todo lo que habéis visto! ¡Ojalá tardéis muchos años en pasar el arco de mi puerta!

LA PONCIA

No tendrás queja ninguna. Ha venido todo el pueblo.

BERNARDA

Sí; para llenar mi casa con el sudor de sus refajos y el veneno de sus lenguas.

AMELIA

¡Madre, no hable usted así!

BERNARDA

Es así como se tiene que hablar en este maldito pueblo sin río, pueblo de pozos, donde siempre se bebe el agua con el miedo de que esté envenenada.

LA PONCIA
¡Cómo han puesto la solería!

BERNARDA
Igual que si hubiese pasado por ella una manada de cabras. (LA PONCIA *limpia el suelo.*) Niña, dame el abanico.

ADELA
Tome usted. (Le da un abanico redondo con flores rojas y verdes.)

BERNARDA (Arrojando el abanico al suelo)
¿Es este el abanico que se da a una viuda? Dame uno negro y aprende a respetar el luto de tu padre.

MARTIRIO
Tome usted el mío.

BERNARDA
¿Y tú?

MARTIRIO
Yo no tengo calor.

BERNARDA
Pues busca otro, que te hará falta. En ocho años que dure el luto no ha de entrar en esta casa el viento de la calle. Hacemos cuenta que hemos tapiado con ladrillos puertas y ventanas. Así pasó en casa de mi padre y en casa de mi abuelo. Mientras, podéis empezar a bordar el ajuar. En el arca tengo veinte piezas de hilo con el que podréis cortar sábanas y embozos. Magdalena puede bordarlas.

MAGDALENA
Lo mismo me da.

ADELA (Agría.)
Si no quieres bordarlas, irán sin bordados. Así las tuyas lucirán más.

MAGDALENA
Ni las mías ni las vuestras. Sé que yo no me voy a casar. Prefiero llevar sacos al molino. Todo menos estar sentada días y días dentro de esta sala oscura.

BERNARDA
Esto tiene ser mujer.

MAGDALENA
Malditas sean las mujeres.

BERNARDA
Aquí se hace lo que yo mando. Ya no puedes ir con el cuento a tu padre. Hilo y aguja para las hembras. látigo y mula para el varón. Eso tiene la gente que nace con posibles ⁽¹³⁾.

(Sale ADELA.)

VOZ
¡Bernarda! ¡Déjame salir!

BERNARDA (En voz alta.)
¡Dejadla ya!

(Sale la CRIADA.)

CRIADA
Me ha costado mucho sujetarla. A pesar de sus ochenta años, tu madre es fuerte como un roble.

BERNARDA
Tiene a quién parecerse. Mi abuelo fue igual.

CRIADA
Tuve durante el duelo que teparle varias veces la boca con un costal vacío porque quería llamarte para

que le dieras agua de fregar siquiera para beber, y carne de perro, que es lo que ella dice que tú le das.

MARTIRIO
¡Tiene mala intención!

BERNARDA (A la CRIADA.)
Dejadla que se desahogue en el patio.

CRIADA
Ha sacado del cofre sus anillos y los pendientes de amatista; se los ha puesto, y me ha dicho que se quiere casar.

(Las hijas ríen.)

BERNARDA
Ve con ella y ten cuidado que no se acerque al pozo.

CRIADA
No tengas miedo que se tire.

BERNARDA
No es por eso... Pero desde aquel sitio las vecinas pueden verla desde su ventana.

(Sale la CRIADA.)

MARTIRIO
Nos vamos a cambiar la ropa.

BERNARDA
Sí, pero no el pañuelo de la cabeza. (Entra ADELA.) ¿Y Angustias?

ADELA (Con intención.)
La he visto asomada a la rendijas del portón. Los hombres se acaban de ir.

BERNARDA
¿Y tú a qué fuiste también al portón?

⁽¹³⁾ Nace con posibles: nasce con beni, con rendite.

ADELA
Me llegué a ver si habían puesto ⁽¹⁴⁾ las gallinas.

BERNARDA
¡Pero el duelo de los hombres habría salido ya!

ADELA (*Con intención.*)
Todavía estaba un grupo parado por fuera.

BERNARDA (*Furiosa.*)
¡Angustias! ¡Angustias!

ANGUSTIAS (*Entrando.*)
¿Qué manda usted?

ACTO III

MARTIRIO
¡Calla!

ADELA
Sí. Sí. (*En voz baja.*) Vamos a dormir, vamos a dejar que se case con Angustias, ya no me importa, pero yo me iré a una casita sola donde él me verá cuando quiera, cuando le venga en gana.

MARTIRIO
Eso no pasará mientras yo tenga una gota de sangre en el cuerpo.

ADELA
No a ti, que eres débil; a un caballo encabritado soy capaz de poner de rodillas con la fuerza de mi dedo meñique.

MARTIRIO
No levantes esa voz que me irrita. Tengo el corazón lleno de una fuerza tan mala, que sin quererlo yo, a mí misma me ahoga.

ADELA
Nos enseñan a querer a las hermanas. Dios me ha debido dejar sola en medio de la oscuridad, porque te veo como si no te hubiera visto nunca.

(*Se oye un silbido y ADELA corre a la puerta, pero MARTIRIO le pone delante.*)

MARTIRIO
¿Dónde vas?

ADELA
¡Quítate de la puerta!

MARTIRIO
¡Pasa si puedes!

ADELA
¡Aparta! (*Lucha.*)

MARTIRIO (*A voces.*)
¡Madre, madre!

(*Aparece BERNARDA. Sale en enaguas, con un mantón negro.*)

BERNARDA
Quietas, quietas. ¡Qué pobreza la mía, no poder tener un rayo entre los dedos!

MARTIRIO (*Señalando a ADELA.*)
¡Estaba con él! ¡Mira esas enaguas llenas de paja de trigo!

BERNARDA
¡Esa es la cama de las mal nacidas! (*Se dirige furiosa hacia ADELA.*)

ADELA (*Haciéndole frente.*)
¡Aquí se acabaron las voces de presidio! (*ADELA arrebató un bastón a su madre y lo parte en dos.*) Esto hago yo con la vara de la dominadora. No dé usted un paso más. En mí no manda nadie más que Pepe.

MAGDALENA (*Saliendo.*)
¡Adela!

(*Salen LA PONCIA y ANGUSTIAS.*)

ADELA
Yo soy su mujer. (*A ANGUSTIAS.*) Entérate tú y ve al corral a decírselo. Él dominará toda esta casa. Ahí fuera está, respirando como si fuera un león.

ANGUSTIAS
¡Dios mío!

BERNARDA
¡La escopeta! ¿Dónde está la escopeta? (*Sale corriendo.*)

(*Sale detrás MARTIRIO. Aparece AMELIA por el fondo, que mira aterrada con la cabeza sobre la pared.*)

ADELA
¡Nadie podrá conmigo! (*Va a salir.*)

ANGUSTIAS (*Sujetándola.*)
De aquí no sales tú con tu cuerpo en triunfo.
¡Ladrona! ¡Deshonra de nuestra casa!

MAGDALENA
¡Déjala que se vaya donde no la veamos nunca más!

(*Suena un disparo.*)

BERNARDA (*Entrando.*)
Atrévete a buscarlo ahora.

⁽¹⁴⁾ Puesto: deposto (le uova).

MARTIRIO (*Entrando.*)
Se acabó Pepe el Romano.

ADELA
¡Pepe! ¡Dios mío! ¡Pepe! (*Sale corriendo.*)

LA PONCIA
¿Pero lo habéis matado?

MARTIRIO
No. Salió corriendo en su jaca.

BERNARDA
No fue culpa mía. Una mujer no sabe apuntar.

MAGDALENA
¿Por qué lo has dicho entonces?

MARTIRIO
¡Por ella! Hubiera volcado un río de sangre sobre su cabeza.

LA PONCIA
Maldita.

MAGDALENA
¡Endemoniada!

BERNARDA
Aunque es mejor así. (*Suena un golpe.*) ¡Adela, Adela!

LA PONCIA (*En la puerta.*)
¡Abre!

BERNARDA
Abre. No creas que los muros defienden de la vergüenza.

CRIADA (*Entrando.*)
¡Se han levantado los vecinos!

BERNARDA (*En voz baja como un rugido.*)

¡Abre, porque echaré abajo la puerta! (*Pausa. Todo queda en silencio*) ¡Adela! (*Se retira de la puerta.*) ¡Trae un martillo! (*LA PONCIA da un empujón y entra. Al entrar da un grito y sale.*) ¿Qué?

LA PONCIA (*Se lleva las manos al cuello.*)
¡Nunca tengamos ese fin!

(*Las HERMANAS se echan hacia atrás. LA CRIADA se santigua. BERNARDA da un grito y avanza.*)

LA PONCIA
¡No entres!

BERNARDA
No. ¡Yo no! Pepe, tú irás corriendo vivo por lo oscuro de las alamedas, pero otro día caerás. ¡Descolgarla! ¡Mi hija ha muerto virgen! Llevadla a su cuarto y vestirla como una doncella. ¡Nadie diga nada! Ella ha muerto virgen. Avisad que al amanecer den dos clamores las campanas.

MARTIRIO
Dichosa ella mil veces que lo pudo tener.

BERNARDA
Y no quiero llantos. La muerte hay que mirarla cara a cara. ¡Silencio! (*A otra HIJA.*) ¡A callar he dicho! (*A otra HIJA.*) ¡Las lágrimas cuando estés sola! Nos hundiremos todas en un mar de luto. Ella, la hija menor de Bernarda Alba, ha muerto virgen. ¿Me habéis oído? ¡Silencio, silencio he dicho! ¡Silencio!

DÁMASO ALONSO

de HIJOS DE LA IRA

INSOMNIO

Madrid es una ciudad de más de un millón de cadáveres (según las últimas estadísticas).
A veces en la noche yo me revuelvo y me incorporo en este nicho en el que hace 45 años que me pudro, y paso largas horas oyendo gemir al huracán, o ladrar los perros, o fluir blandamente la luz de la luna.
Y paso largas horas gimiendo como el huracán, ladrando como un perro enfurecido, fluyendo como la leche de la ubre caliente de una gran vaca amarilla.
Y paso largas horas preguntándole a Dios, preguntándole por qué se pudre lentamente mi alma, por qué se pudren más de un millón de cadáveres en esta ciudad de Madrid, por qué mil millones de cadáveres se pudren lentamente en el mundo.
Dime, ¿qué huerto quieres abonar con nuestra podredumbre?
¿Temes que se te sequen los grandes rosales del día, las tristes azucenas letales de tus noches?

de HIJOS DE LA IRA

DOLOR

Hacia la madrugada
me despertó de un sueño dulce
un súbito dolor,
un estilete
en el tercer espacio intercostal derecho.
Fino, fino,
iba creciendo y en largos arcos se irradiaba.
Proyectaba raíces, que, invasoras,
se hincaban en la carne,
desviaban, crujiendo, los tendones,

perforaban, sin astillar ⁽¹⁾, los obstinados huesos
[durísimos,
y de él surgía todo un cielo de ramas
oscilantes y aéreas,
como un sauce juvenil bajo el viento,
ahora iluminado, ahora torvo,
según los galgos-nubes galopan sobre el campo
en la mañana
primaveral.

Sí, sí, todo mi cuerpo era como un sauce
[abrileno, como un sutil dibujo,
como un sauce temblón, todo delgada tracería ⁽²⁾,
largas ramas eléctricas,
que entrechocaban con descargas breves,
entrelazándose, disgregándose,
para fundirse en nódulos o abrirse
en abanico.

¡Ay!
Yo, acurrucado junto a mi dolor,
era igual que un niño de seis años
que contemplaba absorto
a su hermano menor, recién nacido,
y de pronto le viera
crecer, crecer, crecer,
hacerse adulto, crecer
y convertirse en un gigante,
crecer, pujar, y ser ya cual los montes,
pujar, pujar, y ser como la vía láctea,
pero de fuego,
crecer aún, aún,
ay, crecer siempre.

Y yo era un niño de seis años
acurrucado en sombra junto a un gigante cósmico.
Y fue como un incendio,

NOTE – Per il testo seguiamo l'antologia *Poesia Spagnola del '900*, a c. di O. Macrì, Milano, Garzanti, 1974, in cui si troveranno anche le traduzioni.

(1) Astillar: scheggiare.

(2) Tracería: decorazione architettonica formata dalla combinazione di figure geometriche.

como si mis huesos ardieran,
como si la médula de mis huesos chorreara fundida,
como si mi conciencia se estuviera abrasando,
y abrasándose, aniquilándose,
aún incesantemente
se repusiera su materia combustible.

Fuera, había formas no ardientes,
lentas y sigilosas,
frías:
minutos, siglos, eras:
el tiempo.
Nada más: el tiempo frío, y junto a él un incendio
[universal, inextinguible.

Y rodaba, rodaba el frío tiempo, el impiadoso
[tiempo sin cesar,
mientras ardía con virutas ⁽³⁾ de llamas,
con largas serpientes de azufre,
con terribles silbidos y crujidos,
siempre,
mi gran hoguera.
Ah, mi conciencia ardía en frenesí,
ardía en la noche,
soltando un río líquido y metálico
de fuego,
como los altos hornos
que no se apagan nunca,
nacidos para arder, para arder siempre.

de HOMBRE Y DIOS

SOLEDAD EN DIOS ⁽⁴⁾

Yo estoy a solas con Dios, ¡qué espanto,
cámaras de mi mente! Compañía
ni de hombres ni de arcángeles cabría
en tumba-soledad que oprime tanto.

(3) Virutas: trucioli.

(4) Soledad en Dios: sonetto (ABBAABBACDECDE).

Él me cruje en el hueso. El amaranto
de mi sangre él desboca. Gritería
me punza en nervio vivo. Pena mía,
a él me saben las sales de mi llanto.

En soledad de Dios: ni amor, ni amigo,
padre ni madre. Acero soy; él polo.
Clavado en él, sin tiempo ya, sin nombre.

Furia y espanto, en soledad, conmigo,
mi duro Dios, mi fuerte Dios, mi solo
Dios, tú, la inmensa soledad del hombre.

de GOZOS DE LA VISTA

DESCUBRIMIENTO DE LA MARAVILLA

I

Algo se alzaba tierno, jugoso, frente a mí.
Yo era (yo, conciencia). Pero aquello se alzaba
enfrente. Y era todo lo que no era yo: cosas.
Las cosas emanaban unos hilos sutiles:
luz, luz variada, luz, con unas variaciones
inexplicables, daba tiernísimos indicios
de variedad externa a mí. Ah, sorprendente:
yo, Dámaso, era único: lo no-Dámaso, vario.

Pero yo, ¿cómo era? Una unicidad lúcida
se derramaba en mí. Cuando digo se de-
rramaba, acaso admito... Claro está: un movimiento,
un cambio temporal. Yo vivía, variaba
a cada instante; y siendo sólo un único Dámaso,
—misterio— había infinitos Dámasos en hilera;
tantos como latidos dio un corazón.

Las cosas
emanaban sutiles hilos, dardos o tallos
(yo no sé): se juntaban hacia mí, se fundían
en mí (mejor: conmigo). Nunca tapiz más bello
se tejió para bodas de lo vario y lo uno.

Tapiz, hilos; o dardos que acribillaban. Roto

mi alcázar (que sería de negrura, imagino,
en visperas de todo: negrura sobre hondura) ¹
muros se hundían: llamas. ¿Qué llamarada es ésta
multicolor?... O tallos, que crecían tenaces,
y en espacio-maraña de lianas, bejucos ⁽⁵⁾,
cuajaban selva virgen.

Qué gozos, qué portentos:
yo ardía inextinguible, no en fuego, en luz. Yo, torre,
atalaya exquisita, torre de luz; yo, faro,
vitrina de diamantes; yo, porche de una siesta
tropical.

¡Dulce espejo, retina, mi inventora!
Algo exterior te azuza: saetas, hilos, tallos
atraes, de amor antena, centro de amor fluido.
Y al Dámaso más pozo, más larva en hondo luto
problemático, cambias en Dámaso-vidriera,
torre de luz, fanal, creándose, creándote,
luz, ¿en qué nervio íntimo?, inventor de los
[Dámasos,
inventor de universos, que grita: «Luz, yo vivo.
Un infinito cabe en la luz de un segundo:
no me habléis ya de muerte».

II

He mirado mis ojos.
He mirado mis ojos en un espejo: eran
oscuros y pequeños. Alguna vez lloraban.
Por eso no eran ojos de cangrejo o de oruga,
sino de hombre: son dos agujeritos negros
y tristes. Mas la luz, que ellos crean, sorbida,
los inunda, marea irreprimible, inmensa,
inmensándolos, ojos de un ser total, sin límite.

Y esto que entra en mis ojos, recreándose en ellos,
se une en un marco único. Los dos agujeritos
(no de oruga o de tigre, aunque tristes y fieros)
que en el espejo vi, son ya una gran vidriera

⁽⁵⁾ Bejucos: liane.

de mi tamaño de hombre.

Mis pies, mi vientre o manos
los miro casi externos a mí, no-yo (tal, cosas).
Pero del pecho arriba me sube una dulzura:
es como si mi cuerpo se me rasgara todo,
acristalado: como si mi cabeza, cáscara
ya de luz, ya vitrina, toda se abriera al mundo,
absorbiendo, bebiéndolo. Bebiendo luz, las cosas,
las cosas con la luz, y yo con ellas, Dámaso
amalgamado en luz, absorbiendo, bebiendo
el mundo en luz y yo con él. ¡Óvalo ardiente
de mi vista, atalaya, fanal-Dámaso al mundo!

GERARDO DIEGO

de VERSOS HUMANOS

EL CIPRÉS DE SILOS ⁽¹⁾

A Ángel del Río

ENHIESTO surtidor de sombra y sueño
que acongojas el cielo con tu lanza.
Chorro que a las estrellas casi alcanza
devanado a sí mismo en loco empeño.

Mástil de soledad, prodigio isleño,
flecha de fe, saeta de esperanza.
Hoy llegó a ti, riberas del Arlanza,
peregrina al azar, mi alma sin dueño.

Cuando te vi, señor, dulce, firme,
qué ansiedades sentí de diluirme
y ascender como tú, vuelto en cristales,

⁽¹⁾ El ciprés de Silos – Per il testo seguiamo la *Primera Antología de sus Versos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1958; sonetto ABBAABBACCCDEDE.

como tú, negra torre de arduos fillos,
ejemplo de delirios verticales,
mudo ciprés en el fervor de Silos.

de ALONDRA DE VERDAD

CUARTO DE BAÑO ⁽²⁾

A Eusebio Oliver

Qué claridad de playa al mediodía,
qué olor de mar, qué tumbos, cerca, lejos,
sí, entre espumas y platas y azulejos,
Venus renace a la mitología.

Concha de porcelana, el baño fía
su parto al largo amor de los espejos
que, deslumbrados, ciegos de reflejos,
se empañan de un rubor de niebla fría.

He aquí, olorosa, la diosa desnuda.
Nimbo de suavidad su piel exuda
y en el aire se absuelve y se demora.

Venus, esquiva en su rebozo, huye.
Su alma por los espejos se diluye,
y solo -olvido- un grifo llora y llora.

⁽²⁾ Cuarto de baño – Per il testo seguiamo *Poesia Spagnola del '900*, a c. di O. Macrì, Milano, Garzanti, 1964; sonetto ABBAABBACCCDEED.

VICENTE ALEIXANDRE

de ESPADAS COMO LABIOS

TORO ⁽¹⁾

Esa mentira o casta
aquí mastines pronto paloma vuela salta toro
toro de luna o miel que no despega
aquí pronto escapad escapad sólo quiero
sólo quiero los bordes de la lucha 5

Oh tú toro hermosísimo piel sorprendida
ciega suavidad como un mar hacia adentro
quietud caricia toro toro de cien poderes
frente a un bosque parado de espanto al borde

Toro o mundo que no 10
que no muge. Silencio
vastedad de esta hora Cuerno o cielo ostentoso
toro negro que aguanta caricia seda mano

Ternura delicada sobre una piel de mar,
mar brillante y caliente anca pujante y dulce, 15
abandono asombroso del bulto que deshace
sus fuerzas casi cósmicas como leche de estrellas

Mano inmensa que cubre celeste toro en tierra

de LA DESTRUCCIÓN O EL AMOR

TRIUNFO DEL AMOR ⁽²⁾

Brilla la luna entre el viento de otoño,
en el cielo luciendo como un dolor largamente sufrido.
Pero no será, no, el poeta quien diga
los móviles ocultos, indescifrable signo
de un cielo líquido de ardiente fuego que anegara
[las almas, 5
si las almas supieran su destino en la tierra.

La luna como una mano,
reparte con la injusticia que la belleza usa,
sus dones sobre el mundo.
Miro unos rostros pálidos. 10
Miro rostros amados.

No seré yo quien bese ese dolor que en cada rostro asoma.
Sólo la luna puede cerrar, besando,
unos párpados dulces fatigados de vida.

Unos labios lucientes, labios de luna pálida, 15
labios hermanos para los tristes hombres,
son un signo de amor en la vida vacía,
son el cóncavo espacio donde el hombre respira
mientras vuela en la tierra ciegamente girando.

El signo del amor, a veces en los rostros queridos 20
es sólo la blancura brillante,
la rasgada blancura de unos dientes riendo.

Entonces sí que arriba palidece la luna,
los luceros se extinguen
y hay un eco lejano, resplandor en oriente, 25
vago clamor de soles por irrumpir pugnando.

¡Qué dicha alegre entonces cuando la risa fulge!
Cuando un cuerpo adorado;
erguido en su desnudo, brilla como la piedra, 30
como la dura piedra que los besos encienden.

Mirad la boca. Arriba relámpagos diurnos
cruzan un rostro bello, un cielo en que los ojos
no son sombra, pestañas, rumorosos engaños,
sino brisa de un aire que recorre mi cuerpo

como un eco de juncos espigados cantando 35
contra las aguas vivas, azuladas de besos.

El puro corazón adorado, la verdad de la vida,
la certeza presente de un amor irradiante,
su luz sobre los ríos, su desnudo mojado, 40
todo vive, pervive, sobrevive y asciende
como un ascua luciente de deseo en los cielos.

Es sólo ya el desnudo. Es la risa en los dientes.
Es la luz o su gema fulgurante: los labios.
Es el agua que besa unos pies adorados
como un misterio oculto a la noche vencida. 45

¡Ah maravilla lúcida de estrechar en los brazos
un desnudo fragante, ceñido de los bosques!
¡Ah soledad del mundo bajo los pies girando,
ciegamente buscando su destino de besos!
Yo sé quien ama y vive, quien muere y gira y vuela. 50
Sé que lunas se extinguen, renacen, viven, lloran.
Sé que dos cuerpos aman, dos almas se confunden.

de SOMBRA DEL PARAÍSO

NACIMIENTO DEL AMOR ⁽³⁾

¿Cómo nació el amor? Fue ya en otoño.
Maduro el mundo,
no te aguardaba ya. Llegaste alegre,
ligeramente rubia, resbalando en lo blando
del tiempo. Y te miré. ¡Qué hermosa 5
me pareciste aún, sonriente, vívida,
frente a la luna aún niña, prematura en la tarde,
sin luz, graciosa en aires dorados; como tú,
que llegabas sobre el azul, sin beso,
pero con dientes claros, con impaciente amor! 10

(1) Toro – Per il testo seguiamo l'ed. di José Luis Cano, Madrid, Castalia, 1977; traduzione di Sebastiano Grasso, Parma, Guanda, 1977.

(2) Triunfo del amor – Per il testo seguiamo l'ed. di José Luis Cano cit.; traduzione di F. Tentori Montalto, Torino, Einaudi, 1970.

(3) Nacimiento del amor – Per il testo seguiamo l'ed. di Leopoldo de Luis, Madrid, Castalia, 1979; traduzione nell'antologia di Aleixandre curata da D. Puccini, Milano, Accademia, 1972.

Te miré. La tristeza
 se encogía a lo lejos, llena de paños largos,
 como un poniente graso que sus ondas retira.
 Casi una lluvia fina -¡el cielo azul!- mojaba
 tu frente nueva. ¡Amante, amante era el destino 15
 de la luz! Tan dorada te miré que los soles
 apenas se atrevían a insistir, a encenderse
 por ti, de ti, a darte siempre
 su pasión luminosa, ronda tierna
 de soles que giraban en torno a ti, astro dulce, 20
 en torno a un cuerpo casi transparente, gozoso,
 que empapa luces húmedas, finales, de la tarde
 y vierte, todavía matinal, sus auroras.

Eras tú, amor, destino, final amor luciente,
 nacimiento penúltimo hacia la muerte acaso. 25
 Pero no. Tú asomaste. ¿Eras ave, eras cuerpo,
 alma solo? Ah, tu carne traslúcida
 besaba como dos alas tibias,
 como el aire que mueve un pecho respirando,
 y sentí tus palabras, tu perfume, 30
 y en el alma profunda, clarividente
 diste fondo. Calado de ti hasta el tuétano de la luz,
 sentí tristeza, tristeza del amor: amor es triste.
 En mi alma nacía el día. Brillando
 estaba de ti; tu alma en mí estaba. 35
 Sentí dentro, en mi boca, el sabor a la aurora.
 Mis sentidos dieron su dorada verdad. Sentí a los
 pájaros
 en mi frente piar, ensordeciendo
 mi corazón. Miré por dentro
 los ramos, las cañadas luminosas, las alas 40
 variantes,
 y un vuelo de plumajes de color, de encendidos
 presentes me embriagó, mientras todo mi ser a un
 mediodía,
 raudo, loco, creciente se incendiaba
 y mi sangre ruidosa se despeñaba en gozos
 de amor, de luz, de plenitud, de espuma. 45

de SOMBRA DEL PARAÍSO

VI

EL AIRE ⁽⁴⁾

Aún mas que el mar, el aire,
 más inmenso que el mar, está tranquilo.
 Alto velar de lucidez sin nadie.
 Acaso la corteza pudo un día, 5
 de la tierra, sentirte, humano. Invicto,
 el aire ignora que habitó en tu pecho.
 Sin memoria, inmortal, el aire esplende.

de SOMBRA DEL PARAÍSO

VII

EL MAR ⁽⁵⁾

¿Quién dijo acaso que la mar suspira,
 labio de amor hacia las playas, triste?
 Dejad que envuelta por la luz campee.
 ¡Gloria, gloria en la altura, y en la mar, el oro!
 ¡Ah soberana luz que envuelve, canta
 la inmarcesible edad del mar gozante!
 Allá, reverberando,
 sin tiempo, el mar existe.
 ¡Un corazón de dios sin muerte, late!

LUIS CERNUDA

de LA REALIDAD Y EL DESEO (LOS PLACERES PROHIBIDOS)

UNOS CUERPOS SON COMO FLORES

Unos cuerpos son como flores,
 Otros como puñales,
 Otros como cintas de agua;
 Pero todos, temprano o tarde,
 Serán quemaduras que en otro cuerpo se agranden, 5
 Convirtiendo por virtud del fuego a una piedra en
 un hombre.

Pero el hombre se agita en todas direcciones,
 Sueña con libertades, compite con el viento,
 Hasta que un día la quemadura se borra,
 Volviendo a ser piedra en el camino de nadie. 10

Yo, que no soy piedra, sino camino
 Que cruzan al pasar los pies desnudos,
 Muero de amor por todos ellos;
 Les doy mi cuerpo para que lo pisen,
 Aunque les lleve a una ambición o a una nube, 15
 Sin que ninguno comprenda
 Que ambiciones o nubes
 No valen un amor que se entrega.

de LA REALIDAD Y EL DESEO (LOS PLACERES PROHIBIDOS)

DONDE HABITE EL OLVIDO

Donde habite el olvido,
 En los vastos jardines sin aurora;
 Donde yo sólo sea

⁽⁴⁾ El aire – cfr. nota 3.

⁽⁵⁾ El mar – cfr. nota 3.

NOTE – Per il testo seguiamo l'ed. delle *Poesie Complete* a c.
 di Derek Harris e Luis Maristany, Barcelona, Barral, 1974.

Memoria de una piedra sepultada entre ortigas
Sobre la cual el viento escapa a sus insomnios. 5

Donde mi nombre deje
Al cuerpo que designa en brazos de los siglos,
Donde el deseo no exista.

En esa gran región donde el amor, ángel terrible,
No esconda como acero 10
En mi pecho su ala,
Sonriendo lleno de gracia aérea mientras crece el tormento.

Allí donde termine este afán que exige un dueño a
imagen suya,
Sometiendo a otra vida su vida,
Sin más horizonte que otros ojos frente a frente. 15

Donde penas y dichas no sean más que nombres,
Cielo y tierra nativos en torno de un recuerdo;
Donde al fin quede libre sin saberlo yo mismo,
Disuelto en niebla, ausencia,
Ausencia leve como carne de niño. 20

Allá, allá lejos;
Donde habite el olvido.

**de LA REALIDAD Y EL DESEO (DÍPTICO
ESPAÑOL)**

DESOLACIÓN DE LA QUIMERA

Todo el ardor del día, acumulado
En asfixiante vaho, el arenal despide.
Sobre el azul tan claro de la noche
Contrasta, como imposible gotear de un agua,
El helado fulgor de las estrellas, 5
Orgullosa cortejo junto a la nueva luna
Que, alta ya, desdeñosa ilumina
Restos de bestias en medio de un osario.
En la distancia aullan los chacales.

No hay agua, fronda, matorral ni césped. 10
En su lleno esplendor mira la luna
A la Quimera lamentable, piedra corroída
En su desierto. Como muñón, deshecha el ala;
Los pechos y las garras el tiempo ha mutilado;
Hueco de la nariz desvanecida y cabellera, 15
En un tiempo anillada, albergue son ahora
De las aves obscenas que se nutren
En la desolación, la muerte.

Cuando la luz lunar alcanza
A la Quimera, animarse parece en un sollozo, 20
Una queja que viene, no de la ruina,
De los siglos en ella enraizados, inmortales
Llorando el no poder morir, como mueren las formas
Que el hombre procreara. Morir es duro,
Mas no poder morir, si todo muere, 25
Es más duro quizá. La Quimera susurra hacia la luna
Y tan dulce es su voz que a la desolación alivia.

“Sin víctimas ni amantes. ¿Dónde fueron los hombres?
Ya no creen en mí, y los enigmas que yo les propusiera
Insolubles, como la Esfinge, mi rival y hermana, 30
Ya no les tientan. Lo divino subsiste,
Proteico y multiforme, aunque mueran los dioses.
Por eso vive en mí este afán que no pasa,
Aunque pasó mi forma, aunque ni sombra soy;
Afán que se concreta en ver rendido al hombre 35
Temeroso ante mí, ante mi tentador secreto indescifrable.

“Como animal domado por el látigo,
El hombre. Pero, qué hermoso; su fuerza y su hermosura,
Oh dioses, cuán cautivadoras. Delicia hay en el hombre;
Cuando el hombre es hermoso, en él cuánta delicia. 40
Siglos pasaron ya desde que desertara el hombre
De mí y a mis secretos desdeñoso olvidara.
Y bien que algunos pocos a mí acudan,
Los poetas, ningún encanto encuentro en ellos,
Cuando apenas les tienta mi secreto ni en ellos veo
hermosura. 45

“Flacos o flácidos, sin cabellos, con lentes,
Desdentados. Esa es la parte física
En mi tardío servidor; y, semejante a ella,
Su carácter. Aun así, no muchos buscan mi secreto hoy,
Que en la mujer encuentran su personal triste Quimera. 50
Y bien está ese olvido, porque ante mí no acudan

Tras de cambiar pañales al infante
O enjugarle nariz, mientras meditan
Reproche o alabanza de algún crítico.

“¿Es que pueden creer en ser poetas 55
Si ya no tienen el poder, la locura
Para creer en mí y en mi secreto?
Mejor les va sillón en academia
Que la aridez, la ruina y la muerte,
Recompensas que generosa di a mis víctimas, 60
Una vez ya tomada posesión de sus almas,
Cuando el hombre y el poeta preferían
Un miraje cruel a certeza burguesa.

“Bien otros fueron para mí los tiempos
Cuando feliz, ligera, hollaba el laberinto 65
Donde a tantos perdí y a tantos otros los dotaba
De mi eterna locura: imaginar dichoso, sueños de futuro,
Esperanzas de amor, periplos soleados.
Mas, si prudente, estrangulaba al hombre
Con mis garras potentes, que un grano de locura 70
Sal de la vida es. A fuerza de haber sido,
Promesas para el hombre ya no tengo.”

Su reflejo la luna deslizando
Sobre la arena sorda del desierto,
Entre sombras a la Quimera deja, 75
Calla en su dulce voz la música cautiva.
Y como el mar en la resaca, al retirarse
Deja a la playa desnuda de su magia,
Retirado el encanto de la voz, queda el desierto
Todavía más inhóspito, sus dunas 80
Ciegas y opacas, sin el miraje ⁽¹⁾ antiguo.

Muda y en sombra, parece la Quimera retraerse
A la noche ancestral del Caos primero;
Mas ni dioses, ni hombres, ni sus obras,
Se anulan si una vez son: existir deben 85
Hasta el amargo fin, perdiéndose en el polvo.
Inmóvil, triste, la Quimera sin nariz olfatea
Frescor de alba naciente, alba de otra jornada
Que no habrá de traerle piadosa la muerte,
Sino que su existir desolado prolongue todavía. 90

(1) Miraje: miraggio, gallicismo per lo spagnolo espejismo.

RAFAEL ALBERTI

de MARINERO EN TIERRA

A FEDERICO GARCÍA LORCA, POETA DE GRANADA
(1924)

I

(OTOÑO)

EN esta noche en que el puñal del viento
acuchilla el cadáver del verano,
yo he visto dibujarse en mi aposento
tu rostro oscuro de perfil gitano.

Vega florida. Alfanes de los ríos,
tintos en sangre pura de las flores.
Adelfares. Cabañas. Praderíos.
Por la sierra, cuarenta salteadores.

Despertaste a la sombra de una oliva,
junto a la pitiflor de los cantares.
Tu alma de tierra y aire fué cautiva...

Abandonando, dulce, sus altares,
quemó ante ti una anémona votiva
el ángel de los cantos populares.

II

(PRIMAVERA)

TODAS mis novias, las de mar y tierra
—Amaranta, Coral y Serpentina,
Trébol del agua, Rosa y Leontina—,
verdes del sol, del aire, de la sierra;

contigo, abiertas por la ventolina,

coronándote están sobre las dunas,
de amarantos, corales y de lunas
de tréboles del agua matutina.

¡Vientos del mar, salid, y, coronado
por mis novias, mirad al dulce amigo
sobre las altas dunas reclinado!

¡Peces del mar, salid, cantad conmigo:
—Pez azul yo te nombro, al desabrigo
del aire, pez del monte, colorado!

III

(VERANO)

SAL tú, bebiendo campos y ciudades,
en largo ciervo de agua convertido,
hacia el mar de las albas claridades,
del martín-pescador mecido nido;

que yo saldré a esperarte amortecido,
hecho junco, a las altas soledades,
herido por el aire y requerido
por tu voz, sola entre las tempestades.

Deja que escriba, débil junco frío,
mi nombre en esas aguas corredoras,
que el viento llama, solitario, río.

Disuelto ya en tu nieve el nombre mío,
vuélvete a tus montañas trepadoras,
ciervo de espuma, rey del monterío.

de MARINERO EN TIERRA

DE LA HABANA HA VENIDO UN BARCO...

DE mi ventana huye el barco
venido ayer de La Habana.
¡Saltemos del lecho al barco,

lucero de la mañana!

Al pasar por tu azotea,
me echarás una naranja
y un zapatito de oro,
lleno de almendras y agua.

¡A las Antillas me voy
por unas mares de menta
amarga!

...

de MARINERO EN TIERRA

EL mar. La mar.
El mar. ¡Sólo la mar!
¿Por qué me trajiste, padre,
a la ciudad?

¿Por qué me desenterraste
del mar?

En sueños la marejada
me tira del corazón.
Se lo quisiera llevar.

Padre, ¿por qué me trajiste
acá?

...

de MARINERO EN TIERRA

GIMIENDO por ver el mar,
un marinerito en tierra
iza al aire este lamento:

¡Ay mi blusa marinera!
Siempre me la inflaba el viento
al divisar la escollera.

...

NOTE – Per il testo seguiamo l'ed. di H. J. Becco (*Poesías Completas*), Buenos Aires, Losada, 1961.

de MARINERO EN TIERRA

BRANQUIAS quisiera tener,
porque me quiero casar.
Mi novia vive en el mar
y nunca la puedo ver.

Madruguera, plantadora,
allá en los valles salinos.
¡Novia mía, labradora
de los huertos submarinos!

¡Yo nunca te podré ver
jardinera en tus jardines
albos del amanecer!

ELEGÍA DEL NIÑO MARINERO ⁽¹⁾

A Manuel Ruiz Castillo.

MARINERITO delgado,
Luis Gonzaga de la mar,
¡qué fresco era tu pescado,
acabado de pescar!

Te fuiste, marinerito,
en una noche lunada,
¡tan alegre, tan bonito,
cantando, a la mar salada!

¡Qué humilde estaba la mar!
¡El cómo la gobernaba!
Tan dulce era su cantar,
que el aire se enajenaba.

⁽¹⁾ *Elegía del niño marinerito*: trad. in *Poesia Spagnola del '900*
a c. di O. Macrì, Milano, Garzanti, 1974.

Cinco delfines remeros
su barca le cortejaban.
Dos ángeles marineros,
invisibles, la guiaban.

Tendió las redes, ¡qué pena!
por sobre la mar helada.
Y pescó la luna llena,
sola, en su red plateada.

¡Qué negra quedó la mar!
¡La noche, qué desolada!

Derribado su cantar,
la barca fué derribada.

Flotadora va en el viento
la sonrisa amortajada
de su rostro. ¡Qué lamento
el de la noche cerrada!

¡Ay mi niño marinerito,
tan morenito y galán,
tan guapo y tan pinturero,
más puro y bueno que el pan!

¿Qué harás, pescador de oro,
allá en los valles salados
del mar? ¿Hállaste el tesoro
secreto de los pescados?

Deja, niño, el salinar
del fondo, y súbeme el cielo
de los peces y, en tu anzuelo,
mi hortelanita del mar.

de CAL Y CANTO

MADRIGAL AL BILLETE DE TRANVÍA ⁽²⁾

A DONDE el viento, impávido, subleva
torres de luz contra la sangre mía,
tú, billete, flor nueva,
cortada en los balcones del tranvía.

Huyes, directa, rectamente liso,
en tu pétalo un nombre y un encuentro
latentes, a ese centro
cerrado y por cortar del compromiso.

Y no arde en ti la rosa ni en ti priva
el finado clavel, sí la violeta
contemporánea, viva,
del libro que viaja en la chaqueta.

de SOBRE LOS ÁNGELES ⁽³⁾

EL ÁNGEL DE LOS NÚMEROS

VÍRGENES con escuadras
y compases, velando
las celestes pizarras.

Y el ángel de los números,
pensativo, volando,
del 1 al 2, del 2
al 3, del 3 al 4.

⁽²⁾ *Madrigal al billete de tranvía*: trad. in R. Alberti
Antología Lirica a c. di Marcella Ciceri, Milano, Accademia
Sansoni, 1970.

⁽³⁾ de *Sobre los Ángeles*: trad. di Vittorio Bodini edita da
Einaudi.

Tizas frías y esponjas
rayaban y borraban
la luz de los espacios.

Ni sol, luna, ni estrellas,
ni el repentino verde
del rayo y el relámpago,
ni el aire. Sólo nieblas.

Vírgenes sin escuadras,
sin compases, llorando.

Y en las muertas pizarras,
el ángel de los números,
sin vida, amortajado
sobre el 1 y el 2,
sobre el 3, sobre el 4...

de SOBRE LOS ÁNGELES

EL ÁNGEL RABIOSO

Son puertas de sangre,
milenios de odios,
lluvias de rencores, mares.

¿Qué te hice, dime,
para que los saltes?
¿Para que con tu agrio aliento
me incendies todos mis ángeles?

Hachas y relámpagos
de poco me valen.
Noches armadas, ni vientos
leales.

Rompes y me asaltas.
Cautivo me traes
a tu luz, que no es la mía,
para tornearme.

A tu luz agria, tan agria,
que no muerde nadie.

de SOBRE LOS ÁNGELES

LOS ÁNGELES COLEGIALES

NINGUNO comprendíamos el secreto nocturno de las pizarras
ni por qué la esfera armilar se exaltaba tan sola cuando la
mirábamos.
Sólo sabíamos que una circunferencia puede no ser redonda
y que un eclipse de luna equivoca a las flores
y adelanta el reloj de los pájaros.

Ninguno comprendíamos nada:
ni por qué nuestros dedos eran de tinta china
y la tarde cerraba compases para al alba abrir libros.
Sólo sabíamos que una recta, si quiere, puede ser curva o
quebrada
y que las estrellas errantes son niños que ignoran la aritmética.

...

de ENTRE EL CLAVEL Y LA ESPADA

QUERÍAS DESPERTARTE POBRE TORO

QUERÍAS despertarte, pobre toro,
abrumada de nieblas la cabeza.
Querías sacudir la hincada cola
y el obligado párpado caído refrescarlo en el mar,
mojándote de verde las pupilas.
Resollabas de sangre, rebasado, abarcado,
oprimido de noche y de terrores,
bramando por abrir una brecha en el cielo
y sonrosarte un poco de dulce aurora
los despoblados ramos de tus astas.

Gaviotas amarillas
y despistados pájaros de tierra
tejian sobre ellas
silenciosas coronas de silbos tristes y alas.

Niños muertos perdidos rodaban los delfines
por tus desfallecidas riberas
de lagares y aceite derramados,
mientras que tú, alejándote,
dejabas en mis ojos el deseo
de alzar de rodillas sobre el mar,
enciendiendo otra vez sobre tu lomo
el sol, la luna, el viento y las estrellas.

(Estrecho de Gibraltar.)

MIGUEL HERNÁNDEZ

de EL RAYO QUE NO CESA

COMO EL TORO HE NACIDO PARA EL LUTO ⁽¹⁾

23

Como el toro he nacido para el luto
y el dolor, como el toro estoy marcado
por un hierro infernal en el costado
y por varón en la ingle con un fruto.

NOTE – Per il testo seguiamo l'ed. delle *Obras Completas*,
Buenos Aires, Losada, 1960. Traduzione di tutti i testi a c.
di Dario Puccini (*Hernández-Poesie*), Milano, Feltrinelli,
1979.

⁽¹⁾ Como el toro he nacido para el luto: sonetto
ABBAABBACDECDE.

Como el toro lo encuentra diminuto
todo mi corazón desmesurado,
y del rostro del beso enamorado,
como el toro a tu amor se lo disputo.

Como el toro me crezco en el castigo,
la lengua en corazón tengo bañada
y llevo al cuello un vendaval sonoro.

Como el toro te sigo y te persigo,
y dejas mi deseo en una espada,
como el toro burlado, como el toro.

de EL RAYO QUE NO CESA

EL TORO SABE AL FIN DE LA CORRIDA ⁽²⁾

17

EL TORO sabe al fin de la corrida,
donde prueba su chorro repentino,
que el sabor de la muerte es el de un vino
que el equilibrio impide de la vida.

Respira corazones por la herida
desde un gigante corazón vecino,
y su vasto poder de piedra y pino
cesa debilitado en la caída.

Y como el toro tú, mi sangre astada,
que el cotidiano cáliz de la muerte,
edificado con un turbio acero,

vierte sobre mi lengua un gusto a espada
diluída en un vino espeso y fuerte
desde mi corazón donde me muero.

⁽²⁾ El toro sabe al fin de la corrida: sonetto
ABBAABBACDECDE.

de EL RAYO QUE NO CESA

YO QUIERO SER LLORANDO EL HORTELANO ⁽³⁾

ELEGÍA

29

*(En Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha muerto como el
rayo Ramón Sijé, con quien tanto quería.)*

Yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas,
compañero del alma, tan temprano.

Alimentando lluvias, caracolas
y órganos mi dolor sin instrumento,
a las desalentadas amapolas

daré tu corazón por alimento.
Tanto dolor se agrupa en mi costado,
que por doler me duele hasta el aliento.

Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida,
un empujón brutal te ha derribado.

No hay extensión más grande que mi herida,
lloro mi desventura y sus conjuntos
y siento más tu muerte que mi vida.

Ando sobre rastrojos de difuntos,
y sin calor de nadie y sin consuelo
voy de mi corazón a mis asuntos.

Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,

⁽³⁾ Yo quiero ser llorando el hortelano: terza rima (terzine di
endecasillabi di schema ABA BCB CDC ecc.) Ramón Sijé
mori la notte di natale del 1935.

temprano estás rodando por el suelo.

No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,
no perdono a la tierra ni a nada.

En mis manos levanto una tormenta
de piedras, rayos y hachas estridentes
sedienta de catástrofes y hambrienta.
Quiero escarbar la tierra con los dientes,
quiero apartar la tierra parte a parte
a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte
y besarte la noble calavera
y desamordazarte y regresarte ⁽⁴⁾.

Volverás a mi huerto y a mi higuera:
por los altos andamios de las flores
pajareará tu alma colmenera

de angelicales ceras y labores.
Volverás al arrullo de las rejas
de los enamorados labradores.

Alegrarás la sombra de mis cejas,
y tu sangre se irá a cada lado
disputando tu novia y las abejas.

Tu corazón, ya terciopelo ajado,
llama a un campo de almendras espumosas
mi avariciosa voz de enamorado.

A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.

(10 de enero de 1936.)

⁽⁴⁾ Regresarte: usato transitivamente (farti ritornare).

de VIENTOS DEL PUEBLO

VIENTOS DEL PUEBLO ME LLEVAN ⁽⁵⁾

VIENTOS del pueblo me llevan,
vientos del pueblo me arrastran,
me esparcen el corazón
y me aventan la garganta.

Los bueyes doblan la frente,
impotentemente mansa,
delante de los castigos:
los leones la levantan
y al mismo tiempo castigan
con su clamorosa zarpa.

No soy de un pueblo de bueyes,
que soy de un pueblo que embargan
yacimientos de leones,
desfiladeros de águilas
y cordilleras de toros
con el orgullo en el asta.
Nunca medraron los bueyes
en los páramos de España.

¿Quién habló de echar un yugo
sobre el cuello de esta raza?
¿Quién ha puesto al huracán
jamás ni yugos ni trabas,
ni quién al rayo detuvo
prisionero en una jaula?

Asturianos de braveza,
vascos de piedra blindada,
valencianos de alegría
y castellanos de alma,
labrados como la tierra
y airosos como las alas;

⁽⁵⁾ Vientos del pueblo: romance (successione di ottonari assonanzati in sede pari).

andaluces de relámpago,
nacidos entre guitarras
y forjados en los yunques
torrenciales de las lágrimas;
extremeños de centeno,
gallegos de lluvia y calma,
catalanes de firmeza,
aragoneses de casta,
murcianos de dinamita
frutalmente propagada,
leoneses, navarros, dueños
del hambre, el sudor y el hacha,
reyes de la minería,
señores de la labranza,
hombres que entre las raíces,
como raíces gallardas,
vais de la vida a la muerte,
vais de la nada a la nada:
yugos os quieren poner
gentes de la hierba mala,
yugos que habéis de dejar
rotos sobre sus espaldas.

Crepúsculo de los bueyes
está despuntando el alba.

Los bueyes mueren vestidos
de humildad y olor de cuadra;
las águilas, los leones
y los toros de arrogancia,
y detrás de ellos, el cielo
ni se enturbia ni se acaba.
La agonía de los bueyes
tiene pequeña la cara,
la del animal varón
toda la creación agranda.

Si me muero, que me muera
con la cabeza muy alta.
Muerto y veinte veces muerto,
la boca contra la grama,
tendré apretados los dientes

y decidida la barba.

Cantando espero a la muerte,
que hay ruiseñores que cantan
encima de los fusiles
y en medio de las batallas.

de VIENTOS DEL PUEBLO

CANCIÓN DEL ESPOSO SOLDADO ⁽⁶⁾

HE poblado tu vientre de amor y sementera,
he prolongado el eco de sangre a que respondo
y espero sobre el surco como el arado espera:
he llegado hasta el fondo.

Morena de altas torres, alta luz y ojos altos,
esposa de mi piel, gran trago de mi vida,
tus pechos locos crecen hacia mí dando saltos
de cierva concebida.

Ya me parece que eres un cristal delicado,
temo que te me rompas al más leve tropiezo,
y a reforzar tus venas con mi piel de soldado
fuera como el cerezo.

Espejo de mi carne, sustento de mis alas,
te doy vida en la muerte que me dan y no tomo.
Mujer, mujer, te quiero cercado por las balas,
ansiado por el plomo.

Es como un sol que eclipsa las tinieblas lunares,
es como un corazón que se extiende y absorbe,
que se despliega igual que el coral de los mares
en bandadas de sangre a todo el orbe.

⁽⁶⁾ Canción del esposo soldado: cuarteto lira (successione di quattro vv. endecasillabi ed eptasillabi di libera proporzione e disposizione; qui lo schema è ABAB).

Es un olor que alegra los olfatos
y una canción que halla sus ecos en las minas.

España suena llena de retratos
de Lenin entre hogueras matutinas.

Bajo un diluvio de hombres extinguidos,
España se defiende
con un soldado ardiendo de toda podredumbre.
Y por los Pirineos ofendidos
alza sus llamas, sus hogueras tiende
para estrechar con Rusia los cercos de la lumbre.

Sobre los ataúdes feroces en acecho,
sobre los mismos muertos sin remedio y sin fosa
te quiero, y te quisiera besar con todo el pecho
hasta en el polvo, esposa.

Cuando junto a los campos de combate te piensa
mi frente que no enfría ni aplaca tu figura,
te acercas hacia mí como una boca inmensa
de hambrienta dentadura.

Escríbeme a la lucha, siénteme en la trinchera:
aquí con el fusil tu nombre evoco y fijo,
y defendiendo tu vientre de pobre que me espera,
y defendiendo tu hijo.

Nacerá nuestro hijo con el puño cerrado,
envuelto en un clamor de victoria y guitarras,
y dejaré a tu puerta mi vida de soldado
sin colmillos ni garras.

Es preciso matar para seguir viviendo.
Un día iré a la sombra de tu pelo lejano,
y dormiré en la sábana de almidón y de estruendo
cosida por tu mano.

Tus piernas implacables al parto van derechas,
y tu implacable boca de labios indomables,
y ante mi soledad de explosiones y brechas
recorres un camino de besos implacables.

Para el hijo será la paz que estoy forjando.
Y al fin en un océano de irremediables huesos
tu corazón y el mío naufragarán, quedando
una mujer y un hombre gastados por los besos.

de EL HOMBRE ACECHA

CANCIÓN ÚLTIMA ⁽⁷⁾

PINTADA, no vacía:
pintada está mi casa
del color de las grandes
pasiones y desgracias.

Regresará del llanto
adonde fue llevada
con su desierta mesa
con su ruidosa cama.

Florecerán los besos
sobre las almohadas.
Y en torno de los cuerpos
elevantará la sábana
su intensa enredadera
nocturna, perfumada.

El odio se amortigua
detrás de la ventana.

Será la garra suave.

Dejadme la esperanza.

de ROMANCERO Y CANCIONERO DE AUSENCIAS

TRISTES GUERRAS

90

TRISTES guerras
si no es amor la empresa.
Tristes, tristes.

Tristes armas
si no son las palabras.
Tristes, tristes.

Tristes hombres
si no mueren de amores.
Tristes, tristes.

de ROMANCERO Y CANCIONERO DE AUSENCIAS

MENOS TU VIENTRE ⁽⁸⁾

49

MENOS tu vientre
todo es confuso.

Menos tu vientre
todo es futuro
fugaz, pasado,
baldío, turbio.

Menos tu vientre
todo es oculto,
menos tu vientre
todo inseguro,
todo postrero,
polvo sin mundo.

⁽⁷⁾ CanCIÓN última: romance di eptasillabi (o endecha).

⁽⁸⁾ Menos tu vientre: romancillo di pentasillabi.

Menos tu vientre
todo es oscuro,
menos tu vientre
claro y profundo.

de ÚLTIMOS POEMAS

NANAS DE LA CEBOLLA ⁽⁹⁾

(Dedicada a su hijo, a raíz de recibir una carta de su mujer, en la que le decía que no comía más que pan y cebolla.)

LA cebolla es escarcha
cerrada y pobre.
Escarcha de tus días
y de mis noches.
Hambre y cebolla,
hielo negro y escarcha
grande y redonda.

En la cuna del hambre
mi niño estaba.
Con sangre de cebolla
se amamantaba.
Pero tu sangre,
escarchada de azúcar,
cebolla y hambre.

Una mujer morena,
resuelta en luna
se derrama hilo a hilo
sobre la cuna.
Ríete, niño,
que te traigo la luna
cuando es preciso.

Alondra de mi casa,
ríete mucho.
Es tu risa en los ojos
la luz del mundo.
Ríete tanto
que en el alma al oírte
bata el espacio.

Tu risa me hace libre,
me pone alas.
Soledades me quita,
cárcel me arranca.
Boca que vuela,
corazón que en tus labios
relampaguea.

Es tu risa la espada
más victoriosa.
vencedor de las flores
y las alondras.
Rival del sol.
Porvenir de mis huesos
y de mi amor.

La carne aleteante,
súbito el párpado,
el vivir como nunca
coloreado.
¡Cuánto jilguero
se remonta, aletea,
desde tu cuerpo!

Desperté de ser niño:
nunca despiertes.
Triste llevo la boca:
ríete siempre.
Siempre en la cuna,
defendiendo la risa
pluma por pluma.

Ser de vuelo tan alto,
tan extendido,

que tu carne es el cielo
recién nacido.
¡Si yo pudiera
remontarme al origen
de tu carrera!

Al octavo mes ríes
con cinco azahares.
Con cinco diminutas
ferocidades.
Con cinco dientes
como cinco jazmines
adolescentes.

Frontera de los besos
serán mañana,
cuando en la dentadura
sientas un arma.
Sientas un fuego
correr dientes abajo
buscando el centro.

Vuela niño en la doble
luna del pecho.
él, triste de cebolla.
tú, satisfecho.
No te derrumbes.
No sepas lo que pasa
ni lo que ocurre.

⁽⁹⁾ Nanas de la cebolla: seguidilla compuesta (a7b5c7b5d5e7d5) con rima asonante.

LEÓN FELIPE

de VERSOS Y ORACIONES DE CAMINANTE

ROMERO SOLO ⁽¹⁾

Ser en la vida
romero,
romero sólo que cruza
siempre por caminos nuevos;
ser en la vida
romero,
sin más oficio, sin otro nombre
y sin pueblo...
ser en la vida
romero... romero... sólo romero.
Que no hagan callo las cosas
ni en el alma ni en el cuerpo...
pasar por todo una vez,
una vez sólo y ligero, ligero, siempre ligero.

Que no se acostumbre el pie
a pisar el mismo suelo,
ni el tablado de la farsa,
ni la losa de los templos,
para que nunca recemos
como el sacristán
los rezos,
ni como el cómico
viejo
digamos
los versos.

La mano ociosa es quien tiene
más fino el tacto en los dedos,
decía Hamlet a Horacio,

⁽¹⁾ Romero solo: testo secondo la *Obra Poética Escogida*, Madrid, 1977; traduzione in *Poesie di León Felipe* a c. di Arrigo Repetto, Milano, Lerici, 1963).

viendo
cómo cavaba una fosa
y cantaba al mismo tiempo
un
sepulturero.
-No
sabiendo
los oficios
los haremos
con respeto-.
Para enterrar
a los muertos como debemos
cualquiera sirve, cualquiera...
menos un sepulturero.
Un día todos sabemos hacer justicia;
tan bien como el rey hebreo,
la hizo
Sancho el escudero
y el villano
Pedro Crespo ⁽²⁾...
Que no hagan callo las cosas
ni en el alma ni en el cuerpo...
pasar por todo una vez,
una vez sólo y ligero, ligero, siempre ligero.

Sensibles
a todo viento
y bajo
todos los cielos,
poetas,
nunca cantemos
la vida
de un mismo pueblo,
ni la flor
de un solo huerto...
Que sean todos
los pueblos

⁽²⁾ Pedro Crespo: il contadino protagonista di *El Alcalde de Zalamea* di Calderón de la Barca.

y todos
los huertos nuestros.

de NUEVOS POEMAS

SOBRE «EL GUERNICA» ⁽³⁾

ELEGÍA PRIMERA

Ese caballo de «El Guernica»
no eres tú Rocinante.
Es tu hermano, *el bastardo*.
Es tu hermano, el bastardo.
¿Cuántos hermanos bastardos
tienes tú Rocinante?
¡Oh, no es hora de contar!
Es hora de llorar.
Todavía es hora de llorar.
¿Quién ha dicho: ya se ha llorado bastante?
¿Quién ha dicho que se han secado ya todas las lágrimas?
Mira, mira Rocinante,
mira ahora esa mujer con el niño muerto en el regazo...
Con España muerta en el regazo...
Mira, mira esa «Mater dolorosa» con el hijo muerto para
siempre...
el hijo, el primogénito,
el príncipe heredero,
el Rey
el Mesías
el viento genésico,
la estrella redentora... ¡muerta!
¡Mira la Estrella Redentora muerta!
Nada...
Nada queda.
Ya no hay nada. Nada.
Todo se ha apagado para siempre.
¿Quién ha soplado aquí?
Mira, mira Rocinante,
mira esa pálida cara blanca
grande

⁽³⁾ Sobre el «Guernica»: testo secondo la *Nueva Antología Rota*, Madrid, Visor, 1981.

llena
inmóvil
hierática
como una luna agónica
caída en el pozo profundo
del cuadro.
Todo es luz de luna muerta
de luna llena, pálida, muerta...
Y la antorcha sólo viene a denunciar
la luna muerta...
España muerta.
¿Quién ha dicho que ya no es hora de llorar?
¿Quién ha dicho que se han secado ya todas las lágrimas?
Vamos a llorar...
Rocinante, vamos a llorar.
Vamos a llorar...
vamos a llorar...
Vamos a llorar ahora tú y yo juntos
que tú también sabes llorar
y tu relincho es plañido también
lamento rabioso y delirante
llanto,
llanto es,
llanto doloroso es.
¿Por qué lloras, Rocinante,
por quién lloras?...
Y tú ¿por qué lloras y por quién lloras, León Felipe?

de EL CIERVO

TESTAMENTO ⁽⁴⁾

Todo para el fuego. Nada para el gusano
de la tierra... Todas mis pertenencias para el fuego:
estos espejos,
estos curvos y rotos espejos
con su torcido y sucio azogue fantasmal de veneno...
Sólo existen espejos:
el mar y esta lágrima... esta gotita amarga de agua.
No quiero verme más.

Nada para el gusano de la tierra
que se lo come un pez
y al pez un rey
y el rey vuelve a mirarse en un espejo.
Todas mis pertenencias para el fuego:
Mi sangre helada, mi carne paralítica también...
y mi esqueleto,
esta jaula grotesca de mis huesos,
donde cantaba ayer el mirlo ciego.
Al fuego todo... ¡También el mirlo ciego!

CAMILO JOSÉ CELA

de LA FAMILIA DE PASCUAL DUARTE

4

Usted sabrá disculpar el poco orden que llevo en el relato, que por eso de seguir por la persona y no por el tiempo me hace andar saltando del principio al fin y del fin a los principios como langosta vareada, pero resulta que de manera alguna, que ésta no sea, podría llevarlo, ya que lo suelto como me sale y a las mientes me viene, sin pararme a construirlo como una novela, ya que, a más de que probablemente no me saldría, siempre estaría a pique del peligro que me daría el empezar a hablar y a hablar para quedarme de pronto tan ahogado y tan parado que no supiera por dónde salir.

Los años pasaban sobre nosotros como sobre todo el mundo, la vida en mi casa discurría por las mismas sendas de siempre, y si no he de querer inventar, pocas noticias que usted no se figure puedo darle de entonces.

A los quince años de haber nacido la niña, y cuando por lo muy chupada que mi madre andaba y por el tiempo pasado cualquier cosa podía pensarse menos que nos había de dar un nuevo hermano, quedó la vieja con el vientre lleno, vaya usted a saber de quién, porque sospecho que, ya por la época, liada había de andar con el señor Rafael, de forma que no hubo más que esperar los días de ley para acabar recibiendo a uno más en la familia. El nacer del pobre Mario —que así hubimos de llamar al nuevo hermano— más tuvo de accidentado y de molesto que de otra cosa, porque, para colmo y por si fuera poca la escandalera de mi madre al parir, fue todo a coincidir con la muerte de mi padre, que si no hubiera sido tan trágica, a buen seguro movería a risa así pensada en frío. Dos días hacía que a mi padre lo teníamos encerrado en la alacena ⁽¹⁾ cuando Mario vino al mundo; le había mordido un perro rabioso, y aunque al principio parecía que libraba de rabiar, más tarde hubieron de acometerle unos tembleques que nos pusieron a todos sobre aviso. La señora Engracia nos enteró de que la mirada iba a hacer abortar a mi madre y, como el pobre no tenía arreglo, nos industriamos para encerrarlo con la ayuda de algunos vecinos y de tantas precauciones como pudimos, porque tiraba unos mordiscos que a más de uno hubiera arrancado un brazo de habérselo cogido; todavía me acuerdo con pena y con temor de aquellas horas... ¡Dios, y qué fuerza hubimos de hacer todos para reducirlo! Pateaba como un león, juraba que nos había de matar a todos, y tal fuego había en su mirar, que por seguro lo tengo que lo hubiera hecho si Dios lo hubiera permitido. Dos días hacía, digo, que encerrado lo teníamos, y tales voces daba y tales patadas arreaba sobre la puerta, que hubimos de apuntalar con unos maderos, que no me extraña que Mario, animado también por los gritos de la madre, viniera al mundo asustado y como

⁽⁴⁾ Testamento: texto segundo *Poesie di León Felipe*, cit.

NOTE – Per il testo seguiamo l'ed. di J. de Urrutia, Barcelona, Planeta, 1977.

⁽¹⁾ Alacena: armadio a muro.

lelo⁽²⁾; mi padre acabó por callarse a la noche siguiente —que era la del día de Reyes—, y cuando fuimos a sacarlo pensando que había muerto, allí nos lo encontramos, arrimado contra el suelo y con un miedo en la cara que mismo parecía haber entrado en los infiernos. A mí me asustó un tanto que mi madre en vez de llorar, como esperaba, se rióse, y no tuve más remedio que ahogar las dos lágrimas que quisieron asomarme cuando vi el cadáver, que tenía los ojos abiertos y llenos de sangre y la boca entreabierta con la lengua morada medio fuera. Cuando tocó a enterrarlo, don Manuel, el cura, me echó un sermoncete en cuanto me vio. Yo no me acuerdo mucho de lo que me dijo; me habló de la otra vida, del cielo y del infierno, de la Virgen María, de la memoria de mi padre, y cuando a mí se me ocurrió decir que en lo tocante al recuerdo de mi padre lo mejor sería ni recordarlo, don Manuel, pasándome una mano por la cabeza me dijo que la muerte llevaba a los hombres de un reino para otro y que era muy celosa de que odiásemos lo que ella se había llevado para que Dios lo juzgase. Bueno, no me lo dijo así; me lo dijo con unas palabras muy justas y cabales, pero lo que me quiso decir no andaría, sobre poco más o menos, muy alejado de lo que dejó escrito. Desde aquel día siempre que veía a don Manuel lo saludaba y le besaba la mano, pero cuando me casé hubo de decirme mi mujer que parecía marica haciendo tales cosas y, claro es, ya no pude saludarlo más; después me enteré que don Manuel había dicho de mí que era talmente como una rosa en un estercolero y bien sabe Dios qué ganas me entraron de ahogarlo en aquel momento; después se me fue pasando y, como soy de natural violento, pero pronto, acabé por olvidarlo, porque además, y pensándolo bien, nunca estuve muy seguro de haber entendido a derechas; a lo mejor don Manuel no había dicho nada —a la gente no hay que creerla todo lo que cuenta— y aunque lo hubiera dicho...

(2) Lelo: scemo.

¡Quién sabe lo que hubiera querido decir! ¡Quién sabe si no había querido decir lo que yo entendí!

Si Mario hubiera tenido sentido cuando dejó este valle de lágrimas, a buen seguro que no se hubiera marchado muy satisfecho de él. Poco vivió entre nosotros; parecía que hubiera olido el parentesco que le esperaba y hubiera preferido sacrificarlo a la compañía de los inocentes en el limbo. ¡Bien sabe Dios que acertó con el camino, y cuántos fueron los sufrimientos que se ahorró al ahorrarse años! Cuando nos abandonó no había cumplido todavía los diez años, que si pocos fueron para lo demasiado que había de sufrir, suficientes debieran de haber sido para llegar a hablar y a andar, cosas ambas que no llegó a conocer; el pobre no pasó de arrastrarse por el suelo como si fuese una culebra y de hacer unos ruiditos con la garganta y con la nariz como si fuese una rata: fue lo único que aprendió. En los primeros años de su vida ya a todos nosotros nos fue dado el conocer que el infeliz, que tonto había nacido, tonto había de morir; tardó año y medio en echar el primer hueso de la boca y cuando lo hizo, tan fuera de su sitio le fue a nacer, que la señora Engracia, que tantas veces fuera nuestra providencia, hubo de tirárselo con un cordel para ver que no se clavara en la lengua. Hacia los mismos días, y vaya usted a saber si como resultas de la mucha sangre que tragó por lo del diente, le salió un sarampión o sarpullido⁽³⁾ por el trasero (con perdón) que llegó a ponerle las nalguitas como desolladas y en la carne viva por habérsele mezclado la orina con la pus de las bubas; cuando hubo que curarle lo dolido con vinagre y con sal, la criatura tales lloros se dejaba arrancar que hasta al más duro de corazón hubiera enternecido. Pasó algún tiempo que otro de cierto sosiego, jugando con una botella, que era lo que más le llamaba la atención, o echadito al sol, para que reviviese, en el corral o en la puerta de la calle, y así fue tirando el inocente, unas veces mejor y otras

(3) Sarpullido: eruzione cutanea (volatica).

peor, pero ya más tranquilo, hasta que un día —teniendo la criatura cuatro años— la suerte se volvió tan de su contra que, sin haberlo buscado ni deseado, sin a nadie haber molestado y sin haber tentado a Dios, un guarro⁽⁴⁾ (con perdón) le comió las dos orejas. Don Raimundo, el boticario, le puso unos polvos amarillitos, de seroformo, y tanta dolor daba el verlo amarillado y sin orejas que todas las vecinas, por llevarle consuelo, le llevaban, las más, un tejeringo⁽⁵⁾ los domingos; otras, unas almendras; otras, unas aceitunas en aceite o un poco de chorizo... ¡Pobre Mario, y cómo agradecía con sus ojos negrillos, los consuelos! Si mal había estado hasta entonces, mucho más mal le aguardaba después de lo del guarro (con perdón); pasábase los días y las noches llorando y aullando como un abandonado, y como la poca paciencia de la madre la agotó cuanto más falta le hacía, se pasaba los meses tirado por los suelos, comiendo lo que le echaban, y tan sucio que aun a mí que, ¿para qué mentir?, nunca me lavé demasiado, llegaba a darme repugnancia. Cuando un guarro (con perdón) se le ponía a la vista, cosa que en la provincia pasaba tantas veces al día como no se quisiese, le entraban al hermano unos corajes que se ponía como loco: gritaba con más fuerza aún que la costumbre, se atosigaba por esconderse detrás de algo, y en la cara y en los ojos un temor se le acusaba que dudo que no lograrse parar al mismo Lucifer que a la Tierra subiese.

Me acuerdo que un día —era un domingo— en una de esas temblequeras tanto espanto llevaba y tanta rabia dentro, que en su huida le dio por atacar —Dios sabría por qué— al señor Rafael que en casa estaba porque, desde la muerte de mi padre, por ella entraba y salía como por terreno conquistado; no se le ocurriera peor cosa al pobre que morderle en una pierna al viejo, y nunca lo hubiera hecho, porque éste con la otra pierna le arreó tal patada en una de las

(4) Guarro: porco.

(5) Tejeringo: tipo di frittella.

cicatrices que lo dejó como muerto y sin sentido, manándole una agüilla que me dio por pensar que agotara la sangre. El vejete se reía como si hubiera hecho una hazaña y tal odio le tomé desde aquel día que, por mi gloria le juro, que de no habérselo llevado Dios de mis alcances, me lo hubiera endiñado en cuanto hubiera tenido ocasión para ello.

La criatura se quedó tirada todo lo larga que era, y mi madre —le aseguro que me asusté en aquel momento que la vi tan ruin— no lo cogía y se reía haciéndole el coro al señor Rafael; a mí, bien lo sabe Dios, no me faltaron voluntades para levantarlo, pero preferí no hacerlo... ¡Si el señor Rafael, en el momento, me hubiera llamado blando, por Dios que lo machaco delante de mi madre!

Me marché hasta las casas por tratar de olvidar; en el camino me encontré a mi hermana —que por entonces andaba por el pueblo—, le conté lo que pasó y tal odio hube de ver en sus ojos que me dio por cavilar en que había de ser mal enemigo; me acordé, no sé por qué sería, del Estirao ⁽⁶⁾, y me reía de pensar que alguna vez mi hermana pudiera ponerle aquellos ojos.

Cuando volvimos hasta la casa, pasadas dos horas largas del suceso, el señor Rafael se despedía; Mario seguía tirado en el mismo sitio donde lo dejé, gimiendo por lo bajo, con la boca en la tierra y con la cicatriz más morada y miserable que cómico en cuaresma ⁽⁷⁾; mi hermana, que creía que iba a armar el zafarrancho ⁽⁸⁾, lo levantó del suelo por ponerlo recostado en la artesa ⁽⁹⁾. Aquel día me pareció más hermosa que nunca, con su traje de color azul como el del cielo, y sus aires de madre montaraz ella, que ni lo fuera, ni lo había de ser...

⁽⁶⁾ Estirao: l'uomo che seduce la sorella di Pascual e che viene da questi ucciso.

⁽⁷⁾ Cuaresma: in quaresima i comici non potevano lavorare.

⁽⁸⁾ Armar el zafarrancho: far scompiglio.

⁽⁹⁾ Artesa: madia.

Cuando el señor Rafael acabó por marcharse, mi madre recogió a Mario, lo acunó en el regazo y le estuvo lamiendo la herida toda la noche, como una perra parida a los cachorros; el chiquillo se dejaba querer y sonreía... Se quedó dormido y en sus labios quedaba aún la señal de que había sonreído. Fue aquella noche, seguramente, la única vez en su vida que le vi sonreír...

RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO

de EL JARAMA

Se miraban en torno circunspectos, recelosos del agua ennegrecida. Llegaba el ruido de la gente cercana y la música.

—No está nada fría, ¿verdad?

—Está la mar de apetitosa.

Daba un poco de luna en lo alto de los árboles y llegaba de abajo el sosegado palabreo de las voces ocultas en lo negro del soto anochecido. Música limpia, de cristal, sonaba un poco más abajo, al ras del agua inmóvil del embalse. Sobre el espejo negro lucían ráfagas rasantes de luna y de bombillas. Aquí en lo oscuro, sentían correr el río por la piel de sus cuerpos, como un flúido y enorme y silencioso animal acariciante. Estaban sumergidos hasta el tórax en su lisa carrera. Paulina se había cogido a la cintura de su novio.

—¡Qué gusto de sentir el agua, como te pasa por el cuerpo!

—¿Lo ves? No querías bañarte.

—Me está sabiendo más rico que el de esta mañana. Sebas se estremeció.

—Sí, pero ahora ya no es como antes, que te estabas todo el rato que querías. Ahora en seguida se queda uno frío y empieza a hacer tachuelas ⁽¹⁾.

Miró Paulina detrás de Sebastián: rio arriba, la sombra del puente, los grandes arcos en tinieblas; ya una raya de luna revelaba el pretil y los ladrillos. Sebas estaba vuelto en el otro sentido. Sonaba la compuerta, aguas abajo, junto a las luces de los merenderos. Paulina se volvió.

—Lucita. ¿Qué haces tú sola por ahí? Ven acá con nosotros. ¡Luci!

—Si está ahí, ¿no la ves ahí delante? ¡Lucita!

Calló en un sobresalto repentino.

—¡¡Lucita...!!

Se oía un débil debatirse en el agua, diez, quince metros más allá, y un hipo angosto, como un grito estrangulado, en medio de un jadeo sofocado en borbotas.

—¡Se ahoga...! ¡¡Lucita se ahoga!! ¡¡Sebastián!! ¡¡Grita, grita...!!

Sebas quiso avanzar, pero las uñas de Pauhna se clavaban en sus carnes, sujetándolo.

—¡Tú, no!, ¡tú no, Sebastián! —le decía sordamente—; ¡tú, no; tú, no; tú, no...!

Resonaron los gritos de ambos, pidiendo socorro, una y otra vez, horadantes, acrecentados por el eco del agua. Se aglomeraban sombras en la orilla, con un revuelo de alarma y vocerío. Ahí cerca, el pequeño remolino de opacas convulsiones, de rotos sonidos laríngeos, se iba alejando lentamente hacia el embalse. Luego sonaron zambullidas; algunas voces preguntaban: «¿Por dónde, por dónde?» Ya se oían las brazadas de tres o cuatro nadadores, y palabras en el agua: «¡Vamos juntos, tú, Rafael, es peligroso acercarse uno solo!» Resonaban muy claras las voces en el río. «¡Por aquí! ¡más arriba!», les indicaba Sebastián. Llegó la voz de Tito desde la ribera:

NOTE – Per il testo seguiamo l'ed. Destino (Barcelona, 1975).

⁽¹⁾ Hacer tachuelas: avere la pelle d'oca.

—¡Sebastián! ¡Sebastián!

Había entrado en el agua y venía saltando hacia ellos. Sebas se había desasido de Paulina y ya nadaba al encuentro de los otros. Le gritaba Paulina: «¡Ten cuidado! ¡Ten cuidado, por Dios!»; se cogía la mandíbula con ambas manos. Todos estaban perplejos, en e) agua, nadando de acá para allá, mirando a todas partes sobre la negra superficie, «¿Dónde está?, ¿no lo veis?, ¿lo veis vosotros?» Tito llegó hasta Paulina y ella se le abrazaba fuertemente.

—¡Se ahoga Luci! —le dijo.

Él sentía el temblor de Paulina contra todo su cuerpo; miró hacia los nadadores desconcertados que exploraban el río en todas direcciones; «No la encuentran...», se veían sus bultos desplazarse a flor de agua. La luna iluminaba el gentío alineado a lo largo de la orilla. «¿No dais con él?»; «Por aquí estaba la última vez que la vimos», era la voz de Sebastián. «¿Es una chica?»; «Sí». Estaban ya muy lejos, en la parte de la presa, y se distinguían las cabezas sobre el agua, cinco o seis, a la luz de la luna rasante y el reflejo de bombillas que venía del lado de la música. «¡Llévame a tierra, Tito; tengo un miedo terrible; llévame!», se erguía encaramándose hacia Tito, como queriendo despegarse del agua; tiritaba. Se vio el brazo y el hombro de uno de los nadadores blanquear un momento, allá abajo, en la mancha de luz. Tito y Paulina se encaminaron hacia la ribera, venciendo con trabajo la resistencia de las aguas. «¡Aquí! ¡Aquí!», gritó una voz junto a la presa, «¡Aquí está!» Había sentido el cuerpo, topándolo con el brazo, casi a flor de agua.

*

La voz opaca y solitaria de Miguel cantaba junto al muro de la casa, hacia el jardín vacío. Relucieron los ojos del gato en la enramada. Miguel extendía las manos abiertas hacia todas las caras y mecía levemente la cabeza, «... y como tú no volvías —el sendero se borró —como tú ya no bebías —la fuente

se corrompió». Levantó hacia los otros la cara sonriente; aplaudían.

—¡ Sentimiento...!

—Ahora un traguito. Te enjuagas las cuerdas vocales.

Se le oía reír a Mariyayo; Fernando le había dicho que tenía una voz de extranjera, «por ejemplo italiana o cosa así».

—¿Y qué sabes tú cuál es la voz de las italianas?

—Me la imagino. Escuchándote a ti me la imagino.

Los dos se reían.

—Qué amistades han hecho, mirar los.

Los ojos de Ricardo estaban fijos en la luz que pendía en el centro del jardín. Fínfanos ⁽²⁾, mariposas, oscuros mariposones de verano, pululaban en torno a la bombilla. Discutían las dos chicas de Legazpi que si cuál de las dos estaba más morena.

—¿Qué más os da?

Zacarías se recostaba en la enramada, basculando su silla y dejándola en vilo sobre las patas traseras. Hundía la nuca entre las hojas.

—Si no es por lo moreno; es la cabeza tan dura que tiene, no querer reconocer lo que salta a la vista.

—Bueno, tú mira este brazo y el de ella, Federico, tú compara.

—A mí no me metáis en laberintos. Las dos estáis muy morenitas y muy bien.

—Claro, por no enemistarse contigo, por eso se calla.

—Dejarlo ya, ¿queréis?

—La cabezonería, lo otro es lo de menos; la rabia que me da de que exista en el mundo una persona tan cerrada de ideas.

—¡No la digáis en voz alta! —gritó Zacarías—. ¡No la quiero saber! Conmigo lo mismo que si fuera un enfermo del cáncer.

Habían preguntado la hora; Zacarías agarraba a Miguel por la muñeca, tápándole el reloj; le decía:

—¡Loco, estás loco tú ahora jugar con esos instrumentos! ¡Eso es la muerte niquelada!

—Está bien, ya sabemos la gracia, Zacarías. Suéltame, ahora.

—Me tratas duramente.

—Qué pena.

Zacarías se volvió sonriendo hacia Mely; le dijo:

—¡Es que es una cosa agobiante el hombre este! ¿Tú te crees que se puede vivir de esa manera? ¡Imposible! A la salud, y a todo, le tiene que hacer daño, ¿cómo no va a hacer daño?

Dijo ella:

—Oye, tú vuelves en el tren, ¿verdad?

—¿A Madrid? Claro, en tren, ¿pues de qué otra manera?

—Ya, no sé, una pregunta tonta, no me hagas caso. Bueno y ¿llegáis?

—Pues mira, si sale de aquí a las veintidós treinta, luego pon veinte minutos que tarde: pues a las once menos diez en... ¿De qué te ríes?

—Nada, que eres muy simpático, las cosas que dices —hizo una pausa, lo miraba sonriendo—, «a las veintidós treinta», se pone él...

—Bueno, ya te estás guaseando ⁽³⁾. No puede uno decir nada; en seguida os lanzáis como chacales, hija mía —meneó la cabeza—. ¡Mírala ella!, cómo se divierte. Con eso, ya, ¡feliz!

—Huy, pero por Dios, si no me guaseo, Zacarías, te doy mi palabra, estás equivocado por completo; si es que me ha hecho mucha gracia ese detalle, a ver si me entiendes, me había gustado como lo decías...

—¿Y cómo lo he dicho? A ver. —

—Ay, hijo, no sé, pues así, ¡qué pregunta! Nada, pues de la forma que lo has dicho, yo qué sé. Si además no es más que eso, no tiene nada que aclarar, una manera que me ha hecho gracia cómo lo decías, que me agradaba escucharlo, ¿qué quieres que te diga?... Bueno, y mira, en resumen: no hay nada que comprender, o sea que si no lo entiendes es que eres

(2) Fínfanos: moscerini.

(3) Te estás guaseando: stai prendendo in giro.

bobo; y no me hagas hablar ya más, que me encorajina armarme estos bollos cuando quiero explicar una cosa.

—Sí, desde luego, porque este explicoteo que me has dado, no te creas que me ha hecho mucha idea.

—Bueno, pues ya está, pues por eso mismo, si además es una tontería, si ni sé a qué ha venido todo esto ni qué era lo que quería yo decir ni nada...

—Vamos, ahora tampoco te impacientes, ¿con qué motivo?

—Me da rabia.

—¿Pero el qué?

—¿Eh? Pues nada, no lo sé, ¿cómo quieres que yo lo sepa?, ¡y además es igual!

—¿Y ahora a qué viene eso de hablarle a uno de esa forma?

Mely lo miró y luego dijo, bajando los ojos:

—No sé, Zacarías; que soy idiota, que se conoce que me gusta que me aguanten, ¿sabes?, eso mismo va a ser; que soy una niña gótica y me creo que...

—¡Huenó ⁽⁴⁾, huenóo, páraaa...!, ¡párate ahí ya, hija mía, no te me embales ⁽⁵⁾ ahora, por favor! Tú también es que te tiras en picado ⁽⁶⁾, ¡qué bárbara!; te zambulles del cielo al infierno, sin pasar por el purgatorio. ¡Pues vaya unos virajes, la órdiga ⁽⁷⁾! ¡Pero es que te dejas medio neumático en el asfalto, con cada viraje que pegas!, no te creas que exagero.

—Pues sí, pues no lo dudes, no es más que lo que te he dicho... que me entra rabia de una cosa mía y la pago con el prójimo. Además, es cierto, lo sé. Bueno, si vieras, ahora... Oye, palabra que ahora me están entrando ganas de llorar... ¿Tú por qué no me das una guantada ⁽⁸⁾, Zacarías?

LUIS MARTÍN SANTOS

de TIEMPO DE SILENCIO

¡Allí estaban las chabolas ⁽¹⁾! Sobre un pequeño montículo en que concluía la carretera derruida, Amador se había alzado -como muchos siglos antes Moisés sobre un monte más alto- y señalaba con ademán solemne y con el estallido de la sonrisa de sus bellos gloriosos el vallizuelo escondido entre dos montañas altivas, una de escombrera y cascote, de ya vieja y expoliada basura ciudadana la otra (de la que la busca de los indígenas colindantes había extraído toda sustancia aprovechable valiosa o nutritiva) en el que florecían, pegados los unos a los otros, los soberbios alcázares de la miseria. La limitada llanura aparecía completamente ocupada por aquellas oníricas construcciones confeccionadas con maderas de embalaje de naranjas y latas de leche condensada, con láminas metálicas provenientes de envases de petróleo o de alquitrán, con onduladas uralitas recortadas irregularmente, con alguna que otra teja dispareja, con palos torcidos llegados de bosques muy lejanos, con trozos de manta que utilizó en su día el ejército de ocupación, con ciertas piedras graníticas redondeadas en refuerzo de cimientos que un glaciar cuaternario aportó a las morrenas gastadas de la estepa, con ladrillos de «gafa» ⁽²⁾ uno a uno robados en la obra y traídos en el bolsillo de la gabardina, con adobes en que la frágil paja hace al barro lo que las barras de hierro al cemento hidráulico, con trozos redondeados de vasijas rotas en litúrgicas tabernas arruinadas, con redondeles de mimbre que antes fueron sombreros, con cabeceras de cama estilo imperio de las que se han desprendido

ya en el Rastro los latones, con fragmentos de la barrera de una plaza de toros pintados todavía de color de herrumbre o sangre, con latas amarillas escritas en negro del queso de la ayuda americana, con piel humana y con sudor y lágrimas humanas congeladas.

Que de las ventanas de esas inverosímiles mansiones pendieran colgaduras, que de los techos oscilantes al soplo de los vientos colgaran lámparas de cristal de Bohemia, que en los patizuelos cuerdas pesadamente combadas mostraran las ricas ropas de una abundante colada, que tras la puerta de manta militar se agazaparan (nítidos, ebúrneos) los refrigeradores y que gruesas alfombras de nudo ⁽³⁾ apagarán el sonido de los pasos eran fenómenos que no podían sorprender a Pedro ya que éste no era ignorante de los contrastes de la naturaleza humana y del modo loco como gentes que debieran poner más cuidado en la administración de sus precarios medios económicos dilapidan tontamente sus posibilidades. Era muy lógico, pues, encontrar en los cuartos de baño pjaras de cerdos chilladores alimentados con manjares de tercera mano, presuntuosamente cubierta con cofia de doncella de buena casa a la hija de familia que allí permaneciera por ser inútil incluso para prostituta, cubierta con una bata roja de raso y calzada con babuchas orientales de alto precio a la gruesa dueña que luce en sus manos regordetas y blancas una alianza matrimonial que carece de todo significado, en vez de ocupar sus horas en útiles labores de aguja algunas de las vecinas de aquel barrio -sentadas sobre latas vacías- jugando viciosamente a la brisca con la misma buena conciencia con que honrados trabajadores puedan hacerlo un domingo por la tarde en la taberna, álbumes con colecciones de cromos neslé ⁽⁴⁾ en las manos castigadas por la escrófula de rapaces a su edad ya malolientes, insensibles a toda

(4) Huenó: deformazione di buono.

(5) No te me embales: non scaldarti.

(6) Te tiras en picado: te la prendi.

(7) La órdiga: cavolo.

(8) Guantada: schiaffo.

NOTE – Per il testo si segue l'ed. di Seix Barral, Barcelona, 1974.

(1) Chabolas: capanne.

(2) De «gafa»: si tratta probabilmente di mattoni forati.

(3) Alfombras de nudo: tappeto annodato.

(4) Neslé: deformazione della nota marca "Nestlé".

conveniencia moral matrimonios en edad de activa vida sexual compartiendo el mismo ancho camastro con hijos ya crecidos a los que nada puede quedar oculto, abundancia de imágenes de santos escuchando sin alteración de la tornasolada sonrisa la letanía grandilocuente y magnífica de las blasfemias varoniles, una sopera firmada de Limoges henchida como orinal bajo una cama.

¡Pero, qué hermoso a despecho de estos contrastes fácilmente corregibles el conjunto de este polígono habitable! ¡De qué maravilloso modo allí quedaba patente la capacidad para la improvisación y la original fuerza constructiva del hombre ibero! ¡Cómo los valores espirituales que otros pueblos nos envidian eran palpablemente demostrados en la manera como de la nada y del detritus toda una armoniosa ciudad había surgido a impulsos de su soplo vivificador! ¡Qué conmovedor espectáculo, fuente de noble orgullo para sus compatriotas, componía el vallizuelo totalmente cubierto de una proliferante materia gárrula de vida, destellante de colores que no sólo nada tenía que envidiar, sino que incluso superaba las perfectas creaciones -en el fondo monótonas y carentes de gracia- de las especies más inteligentes: las hormigas, las laboriosas abejas, el castor norteamericano! ¡Cómo se patentizaba el brío de una civilización que sabe mostrar su poder creador tanto en la total ausencia de medios de la meseta como en la ubérrima abundancia de las selvas transoceánicas! Porque si es bello lo que otros pueblos -aparentemente superiores- han logrado a fuerza de organización, de trabajo, de riqueza y -por qué no decirlo- de aburrimiento en la haz de sus pálidos países, un grupo achabolado como aquél no deja de ser al mismo tiempo recreo para el artista y campo de estudio para el sociólogo. ¿Por qué ir a estudiar las costumbres humanas hasta la antipódica isla de Tasmania? Como si aquí no viéramos con mayor originalidad resolver los eternos problemas a hombres de nuestra misma habla. Como si no fuera el tabú del incesto tan audazmente violado en estos primitivos tálamos como en los montones de yerba

de cualquier isla paradisíaca. Como si las instituciones primarias de estas agrupaciones no fueran tan notables y mucho más complejas que las de los pueblos que aún no han sido capaces de sobrepasar el estadio tribal. Como si el invento del bumerang no estuviera tan rotundamente superado y hasta puesto en ridículo por múltiples ingeniosidades -que no podemos detenernos a describir- gracias a las cuales estas gentes sobreviven y crían. Como si no se hubiera demostrado que en el interior del iglú esquimal la temperatura en enero es varios grados Fahrenheit más alta que en la chabola de suburbio madrileño. Como si no se supiera que la edad media de pérdida de la virginidad es más baja en estas lonjas que en las tribus del África central dotadas de tan complicados y grotescos ritos de iniciación. Como si la grasa esteatopigia ⁽⁵⁾ de las hotentotes no estuviera perfectamente contrabalanceada por la lipodistrofia ⁽⁶⁾ progresiva de nuestras hembras mediterráneas. Como si la creencia en un ser supremo no se correspondiera aquí con un temor reverencial más positivo ante las fuerzas del orden público igualmente omnipotentes. Como si el hombre no fuera el mismo, señor, el mismo en todas partes: siempre tan inferior en la precisión de sus instintos a los más brutos animales y tan superior continuamente a la idea que de él logran hacerse los filósofos que comprenden las civilizaciones.

Amador seguía sonriendo con sus opulentos belfos en silencio mientras D. Pedro divagaba absorto en la contemplación de las chabolas. Allí, en algún oculto orificio, inferiores al hombre y por él dominados, los ratones de la cepa cancerígena ⁽⁷⁾ seguían consumiendo la dieta por el Muecas inventada y reproduciéndose a despecho de toda avitaminosis y

de toda neurosis carcelaria. Este pequeño grumo de vida investigable hundido en aquel revuelto mar de sufrimiento pudoroso le conmovía de un modo nuevo. Le parecía que quizá su vocación no hubiera sido clara, que quizá no era sólo el cáncer lo que podía hacer que los rostros se deformaran y llegaran a tomar el aspecto bestial e hinchado de los fantasmas que aparecen en nuestros sueños y de los que ingenuamente suponemos que no existen.

*

Como noche de sábado, Pedro comió más rápidamente. En el comedor estaba detrás del matrimonio arrugadito y entre otras dos pequeñas mesas en que se sentaban dos hombres solos. La pescadilla mordiendo la cola apareció sobre su plato, tan perfecta en sí misma, tan emblemática, que Pedro no pudo dejar de sonreír al verla. Comiendo esa pescadilla comulgaba más íntimamente con la existencia pensional ⁽⁸⁾ y se unía a la mesa de mártires de todo confort que han hecho poco a poco la esencia de un país que no es Europa. El uróvoros ⁽⁹⁾ doméstico tenía una apariencia irónica, sonriente. No se mordía la cola con verdaderas ganas, sino delicadamente, sólo lo necesario para que no se le escapara y volviera a estirar toda su larga estatura de pez innoblemente marino, aún no del todo corrompido, blanco de carne pero con rubores amoratados donde la corrupción comienza. El limón exprimido para disimular lo que pudiera haber de non sancto le recordó la limonada agria que había tomado días atrás. Sacudió la cabeza y atacó la naranja fría. Entre los huéspedes corrieron los comentarios inútiles. La criada se movió con más apresuramiento que otros días pensando en la salida.

⁽⁵⁾ Esteatopigia: steatopiga (agg.).

⁽⁶⁾ Lipodistrofia: lipodistrofia (distrofia del grasso):

⁽⁷⁾ Los ratones de la cepa cancerígena: quelli allevati dal Muecas per il ricercatore.

⁽⁸⁾ Existencia pensional: Pedro, protagonista del romanzo, vive in una pensione.

⁽⁹⁾ Uróvoros: il termine non è stato reperito in nessun lessico.

Pedro se despidió. Renunció a la extraña tertulia de otras noches con las tres generaciones embobadas ⁽¹⁰⁾. Salió por el pasillo hacia su cuarto y al volver hacia la puerta de salida, la decana le salió al paso para decirle adiós, para recomendarle que se abrigara el cuello a pesar de que todavía no era invierno y para que no volviera demasiado tarde aunque al día siguiente fuera domingo.

Pedro bajó los tres pisos de oscura escalera iluminada apenas por anémicas bombillas. Los escalones de madera vieja olían a polvo, algunos crujían. En el descansillo de abajo una pareja de novios se apretaba en un rincón. La criada del piso de abajo y un soldado de paisano del mismo pueblo. Salió a la pequeña calle. Andando con paso rápido pasó ante una taberna con cabeza de toro. Llegó a la plazuela de Tirso de Molina. En la entrada del cabaret barato había ya algunos con aspecto de chulos ⁽¹¹⁾, esperando que llegaran los primeros clientes. Siguió por una calle oblicua de escasa pendiente. El comercio de segundo orden de la calle tenía en su casi totalidad apagadas las luces. Alguna tienda solamente gastaba kilowatios. En un almacén confuso se acumulaban máquinas de hacer café de segunda mano y veladores viejos con silloncitos de mimbre. Llegó a la esquina de Antón Martín con su entrada de metro y con más luz. Había dos taxis parados y otro dando lentamente la vuelta. Algunas mujercuelas de aspecto inequívoco se estacionaban en las aceras o tomaban café con leche en turbios establecimientos con dorados falsos. Vendedores ambulantes de diversas especies ofrecían sus mercancías a pesar de la hora. Siguió adelante. De un café cantante barato salía una voz de gitano entrenándose -quizá- para más tarde, pues aún no se veían parroquianos. Venía un airecillo cortante desde

el este. Para evitarlo, dejó a un lado la cuesta de Atocha con toda su apertura desabrida y se metió por las callejas más retorcidas y resguardadas de la izquierda. Estaban casi vacías. Siguió andando por ellas, acercándose sin prisa, dando rodeos, a la zona de los grandes hoteles. Por allí había vivido Cervantes -¿o fue Lope?- o más bien los dos. Sí; por allí, por aquellas calles que habían conservado tan limpiamente su aspecto provinciano, como un quiste dentro de la gran ciudad. Cervantes, Cervantes. ¿Puede realmente haber existido en semejante pueblo, en tal ciudad como ésta, en tales calles insignificantes y vulgares un hombre que tuviera esa visión de lo humano, esa creencia en la libertad, esa melancolía desengañada tan lejana de todo heroísmo como de toda exageración, de todo fanatismo como de toda certeza? ¿Puede haber respirado este aire tan excesivamente limpio y haber sido consciente como su obra indica de la naturaleza de la sociedad en la que se veía obligado a cobrar impuestos, matar turcos, perder manos, solicitar favores, poblar cárceles y escribir un libro que únicamente había de hacer reír? ¿Por qué hubo de hacer reír el hombre que más melancólicamente haya llevado una cabeza serena sobre unos hombros vencidos? ¿Qué es lo que realmente él quería hacer? ¿Renovar la forma de la novela, penetrar el alma mezquina de sus semejantes, burlarse del monstruoso país, ganar dinero, mucho dinero, más dinero para dejar de estar tan amargado como la recaudación de alcabalas puede amargar a un hombre? No es un hombre que pueda comprenderse a partir de la existencia con la que fue hecho. Como el otro -el pintor caballero- fue siempre en contra de su oficio y hubiera querido quizás usar la pluma sólo para poner floripondias rúbricas al pie de letras de cambio contra bancas genovesas. ¿Qué es lo que ha querido decirnos el hombre que más sabía del hombre de su tiempo? ¿Qué significa que quien sabía que la locura no es sino la nada, el hueco, lo vacío, afirmara que solamente en la locura reposa el ser-moral del hombre?

Pero la cosa es muy complicada. Mientras que Pedro recorre taconeando suave el espacio que conociera el cuerpo del caballero mutilado, su propio racionalismo mórbido le va envolviendo en sus espirales sucesivas.

Primera espiral: Existe una moral -una moral vulgar y comprensible— según la cual es bueno, sensato y razonable el que lee libros de caballería y admite que estos libros son falsos. El libro de caballería intenta superponer sobre la realidad otro mundo más bello; pero este mundo -ay- es falso.

Segunda espiral: Surge, sin embargo, un hombre que intenta que lo que no puede en realidad ser, a pesar de todo sea. Decide pues creer. El mal -que sólo era virtual- se hace real con este hombre.

Tercera espiral: Quien así procede -a pesar de ello- es llamado por sus conciudadanos *El Bueno*.

Cuarta espiral: La creencia en la realidad de un mundo bueno, no le impide seguir percibiendo la constante maldad del mundo bajo. Sigue sabiendo que este mundo es malo. Su locura (si bien se mira) sólo consiste en creer en la posibilidad de mejorarlo. Al llegar a este punto es preciso reír puesto que es tan evidente -aun para el más tonto- que el mundo no sólo es malo, sino que no puede ser mejorado en un ardite ⁽¹²⁾. Riamos pues.

Quinta espiral: Pero tras la risa, surge la sospecha de si será suficiente con reír, si no será preciso más bien crucificar al hombre loco. Porque lo específicamente escandaloso de su locura es que pretende imponer y hacer real la misma moralidad en que los que de él se ríen -según afirman— creen. Si alguien dejara de reír por un momento y lo mirara fijamente pudiera llegar a contagiarse. ¿Será un peligro público?

Sexta espiral: Pero no hay que exagerar. No hay que llevar esta conjetura hasta sus límites. No debemos olvidar que el loco precisamente *está loco*.

⁽¹⁰⁾ Las tres generaciones embobadas: la nonna, la madre e la figlia che conducono la pensione, e che rinscemiscono davanti a Pedro che è un ricercatore.

⁽¹¹⁾ Chulo: il padrone di un prostibolo.

⁽¹²⁾ En un ardite: in niente (l'ardite è una moneta di poco valore).

En ese «hacer loco» a su héroe va embozada la última palabra del autor. La imposibilidad de realizar la bondad sobre la tierra, no es sino la imposibilidad con que tropieza un pobre loco para realizarla. Todas las puertas quedan abiertas. Lo que Cervantes está gritando a voces es que su loco no estaba realmente loco, sino que hacía lo que hacía para poder reírse del cura y del barbero, ya que si se hubiera reído de ellos sin haberse mostrado previamente loco, no se lo habrían tolerado y hubieran tomado sus medidas montando, por ejemplo, su pequeña inquisición local, su pequeño potro de tormento y su pequeña obra caritativa para el socorro de los pobres de la parroquia. Y el loco, manifiesto como no-loco, hubiera tenido en lugar de jaula de palo, su buena camisa de fuerza de lino reforzado con panoplias y sus ventidós sesiones de electroshockterapia.

Pero no se sabe quién fue aquel a quien llaman Don Miguel que conociera la calle provinciana, tranquila y limpia. Nunca dominado por la furiosa locura que, sin embargo, dormitaba en él: sólo la soñaba y expulsando fantasmas de su cabeza dolorida, evitó acabar siendo el Mesías. Porque él no quería ser Mesías. El quería ganar dinero, cobrar impuestos, casar la hija, conseguir mercedes, amansar y volverse benignos a los grandes. La historia del loco y todas las otras historias admirables no fueron nada esencial para él sino fatiga divertida, muñequitos pintarrajeados, hijos espurios que tuvo que ir echando al mundo para precisamente (y esta es la última verdad) al no ganar dinero, al no cobrar sus débitos, al malcasar la hija, al no lograr mercedes, al ser despreciado y olvidado hasta en las ansias de la muerte poder no enloquecer.

Ya está más lejos. Ha atravesado la fugaz ciudad nocturna tan apesadumbrada de iglesias cerradas y tabernas abiertas, de luces eléctricas oscilantes y de esos coches que se lanzan a toda velocidad en estas horas, por la confluencia de las grandes vías como conducidos por suicidas lúcidos, autos descapotables abiertos en las noches frías para que se vea la cabellera rubia de la mujer de precio o su estola de

visión, autos plateados de marcas caras cerrados para que no se vea la máscara de la brutalidad ebria de los grandes, autos inmensos, potentísimos, con formas de elegantes cetáceos que caminan lentamente, contoneándose con balanceo de lujuria tras otra que ha salido del bar de nombre famoso y que espera sólo que la noche se haga más cerrada para decidir sin esfuerzo de la portezuela de mandos automáticos, autos lanzados como proyectiles hacia un futuro de placer tangible. Desde la puerta de los hoteles le ha golpeado el calor como de boca próxima, pero no lo ha advertido porque iba hundido en su vagoroso racionalismo. Pero ahora sí, se detiene y mira pasar los autos y siente el especial ruido de los neumáticos de buena calidad al despegarse de los adoquines por la noche, cuando no pasa más que un auto por la inmensa extensión desértica de la plaza con una fuelle tirada por leones ⁽¹³⁾. Y sigue hacia el café, también caliente, con calor distinto del calor de los grandes hoteles que es calor de cuerpo de cortesana, con calor alegre de jóvenes que gritan que es calor de cuerpo de guardia.

En cuanto entra, comprende que está equivocado, que venir a este café era precisamente lo que no le apetecía, que él prefería haber seguido evocando fantasmas de hombres que derramaron sus propios cánceres sobre papeles blancos. Pero ya está allí y la naturaleza adherente del octopus lo detiene. Su pico gritón ha comenzado a cantar. Su rostro blando y múltiple, continuo y siempre renovado le contempla. Ya ha saludado, ya escucha, ya las ventosas se le adhieren inevitablemente. Ya está incorporado a una comunidad de la que, a pesar de todo, forma parte y de la que no podrá deshacerse con facilidad. Al entrar allí, la ciudad -con una de sus conciencias más agudas- de él ha tomado nota: existe.

⁽¹³⁾ Fuente tirada por leones: la Cibeles, a Madrid.

BUERO VALLEJO

de LAS MENINAS

NIETO.—Sabéis muy bien que la ejecución y exposición de imágenes lascivas está prohibida. Recordarlo a tiempo hubiera debido bastaros para no tomar el pincel.

VELÁZQUEZ.—(*Suspira.*) Lo recordé a tiempo, primo, y tomé el pincel.

EL MARQUÉS.—Es una confesión en regla.

VELÁZQUEZ.—No, excelencia. El precepto habla de pintar y exponer. (*A su primo.*) Yo no he expuesto.

[NIETO.—Estamos ante personas mucho más autorizadas que yo para aclarar el sentido de esa orden, don Diego.

VELÁZQUEZ.—Cierto. Mas yo os ruego que la interpretéis vos.]

NIETO.—Si aquí se quiere escuchar mi opinión a pesar de ser la más indigna de todas, no he de ocultarla. Mi opinión es que la primera vez que un pintor español osa tal abominación, crea un precedente muy peligroso. Y entiendo que, por desgracia, una saludable severidad es necesaria ante él. Nada se pinta sin intención de ser enseñado. Y, antes o después, lo ven otras personas... Ejecutar es ya exponer.

NOTE – Per il testo seguiamo l'ed. della collezione *El Mirlo Blanco*, Madrid, Taurus, 1974.

Tra parentesi quadre le parti del testo che secondo l'autore possono essere sopresse durante la rappresentazione dell'opera.

Resumen: Velázquez, el gran pintor barroco, es el protagonista de esta obra del mismo título que su famoso cuadro. El favor que el pintor goza del rey y su gran arte suscitan envidia en cortesanos y pintores que buscan la más mínima falta de Velázquez para denunciarlo. En este texto escogido vemos que su primo Nieto y otros lo acusan por haber pintado una Venus desnuda, cosa prohibida por la Inquisición.

VELÁZQUEZ.— [Bien razonado, primo. Decidme ahora:] Si se exponen pinturas escandalosas por persona diferente de quien la ejecutó, ¿la castigaríais con igual severidad?

NIETO.—Yo, en conciencia, así lo haría.

VELÁZQUEZ.—Debo de ser muy torpe. Después de oiros, comprendo peor esa orden.

NIETO.—Es muy clara y muy simple.

VELÁZQUEZ.—No tanto. Porque, o vos no la entendéis bien, o tendríais que haber denunciado antes a su majestad el rey.

EL MARQUÉS.—(Salta.) ¡Qué!...

EL REY.—(Le pone una mano en el brazo para imponerle silencio y mira fijamente a VELÁZQUEZ.) ¿Qué insinuáis?

VELÁZQUEZ.—Sólo insinúo, señor, que mi pariente ha sido víctima de su propio celo y que es forzoso que no haya entendido la orden. De lo contrario, no veríamos en algunos aposentos de Palacio ciertas mitologías italianas y flamencas no más vestidas que la que yo he pintado.

(Todos se miran. EL REY habla en voz baja con el dominico.)

EL REY.—Represento aquí al Santo Tribunal y puedo aclararos que no hay inconsecuencia. Lo que decís demuestra justamente los criterios de prudencia con que ejerce su vigilancia. Ante el mérito de esas obras, el hecho de estar ya pintadas y los recatados lugares donde se encuentran, puede tenerse alguna benignidad. Sus autores, además, no son españoles, y mal podríamos imponerles normas que no les atañen.

VELÁZQUEZ.—Entonces, señor, pido para mí la misma benignidad. No es justo que aceptemos de mis colegas extranjeros lo que se castiga en los españoles.

NIETO.—No, don Diego. El pintor español ha de extremar el ejemplo y el rigor. Y por eso el santo precepto cuida de que no crezca ni prospere entre nuestros pintores tan perniciosa costumbre.

VELÁZQUEZ.—¿Qué entendéis vos, primo, por una pintura lasciva?

NIETO.—La que por su asunto o sus desnudeces pueda mover a impureza.

VELÁZQUEZ.—¿Prohibiríais por consiguiente toda desnudez pictórica o escultórica?

NIETO.—Sin vacilar.

VELÁZQUEZ.—Pues si antes me referí a Palacio, ahora no tengo más remedio que referirme a las iglesias.

NIETO.—(Se sobresalta.) ¿Qué queréis decir?

VELÁZQUEZ.—¿Olvidáis que la más grandiosa imagen de nuestra Santa Religión es la de un hombre desnudo?

NIETO.—(Al REY.) ¡Señor, por piedad! ¡No permita vuestra majestad que don Diego se burle de las cosas santas!

VELÁZQUEZ.—(Grita.) ¡No me burlo! (Al REY.) Sólo digo lo que antes, señor. (Señala a su primo.) Su falta de prudencia es evidente. Se le habían olvidado las iglesias.

(Le vuelve la espalda a NIETO y se aleja.)

NIETO.— ¡No digáis más abominaciones!

VELÁZQUEZ.—(Se vuelve.) Todavía queda por dilucidar si quien ve abominación en los demás no estará viendo la que su propio corazón esconde.

NIETO.— ¡Me ofendéis!

VELÁZQUEZ.—Sólo quiero recordaros que el vestido inquieta a veces más que el desnudo... Que el vestido no quitó la tentación carnal del mundo y que vino por ella.

NIETO.— ¡Aunque así sea! ¡Siempre se debe evitar la más clara ocasión de pecado!

VELÁZQUEZ.—Todo es ocasión de pecado, primo: hasta las imágenes santas lo han sido. Y todo puede edificarnos, hasta la desnudez, si la miramos con ojos puros.

NIETO.—Nuestros ojos no son puros. Y hasta un niño os diría que unos juguetes le tientan más que otros.

VELÁZQUEZ.—El mismo niño os diría que el más tentador de los juguetes es el que más le prohíben.

NIETO.—(Sonríe, maligno.) ¿Vais a discutir una prohibición del Santo Tribunal?

VELÁZQUEZ.—No pretendáis amedrentarme con el Santo Tribunal: confío en que él me juzgará con más

cordura que vos. Los preceptos generales son inevitables y él tiene que darlos; pero su aplicación es materia mucho más sutil de lo que vuestra rigidez sabrá entender nunca. Vos habéis visto lascivia en mi pintura. Mas yo os pregunto: ¿dónde está la lascivia?

NIETO.—Vos lo decís. En la pintura.

VELÁZQUEZ.—(Se acerca.) ¡En vuestra mente, Nieto! ¡Vuestro ojo es el que peca y no mi Venus! ¡Debírais arrancaros vuestro ojo si entendiéseis la palabra divina antes de denunciar mi tela! Mi mirada está limpia; la vuestra todo lo ensucia. Mi carne está tranquila; la vuestra, turbada. ¡Antes de sospechar que vuestro primo había caído en las garras del demonio de la carne, debisteis preguntaros si no érais vos, y todos los que se os parecen, quienes estáis en sus garras y quienes, pensando en él a toda hora, mejor le servís en el mundo! ¡Porque no sois limpio. Nieto! ¡Sois de los que no se casan pero tampoco entran en religión! ¡Sois de los que no eligen ninguno de los caminos de la santificación del hombre! ¡Atrevedos a afirmar ante Dios que nos oye que la tentación carnal no es el más triste de vuestros secretos!... ¿Nada decís?

NIETO.—Somos pecado... Somos pecado.

*

EL REY.—Proseguid, maestro Nardi. Ibais a decirnos que nuestros soldados habían llegado a ser cosa de burla para Velázquez.

(EL MARQUÉS se apostaba junto al dominico.)

NARDI.—En su regocijante pintura del dios Marte, señor. Es claro que esa figura pretende representar a un soldado de Flandes. Y cuando no es burla, en la pintura de don Diego hallamos desdén o indiferencia, mas no respeto. Los mismos retratos de personas reales carecen de la majestad adecuada. Se diría que entre los perros, o los bufones que él pinta y... sus majestades, no admite distancias. Otro tanto podría decir de sus pinturas religiosas: son muy pocas y no creo que muevan a devoción ninguna, pues también parece que sólo busca en ellas lo que tiene de humano lo divino.

VELÁZQUEZ.—¿Habláis como pintor o como cortesano, maestro Nardi?

NARDI.—Hablo como lo que somos los dos, maestro Velázquez: como un pintor de la Corte.

VELÁZQUEZ.—Quizá no habéis citado mis pinturas más cortesananas...

NARDI.—Era vuestro deber pintarlas y quedaría por saber si había sido vuestro gusto. Es claro que lo que más os complace pintar es aquello que, por azar o por triste causa natural, viene a ser menos cortesano... Los bufones más feos o más bobos, pongo por caso.

VELÁZQUEZ.—Esos desdichados tienen un alma como la nuestra. ¿O creéis que son alacranes?

NARDI.—Estoy por decir que pintaríais con igual deleite a los alacranes.

VELÁZQUEZ.— ¡Yo, sí! ¡Pero vos, no! ¿Qué diría la Corte?

(El fraile sonríe.)

NARDI.—En mi opinión, señor, don Diego Velázquez se cree un leal servidor y procura serlo. Pero su natural caprichoso... le domina. Es como su famosa manera abreviada... *(Remeda despectivo, en el aire, unas flojas pinceladas.)* Casi todos los pintores la atribuyen a que ha perdido vista y ya no percibe los detalles... Yo sospecho que pinta así por capricho.

[VELÁZQUES.—Me hacéis un gran honor.

NARDI.—Sí, y sin mala intención...] Mas al pintar así desprecia al modelo sin darse cuenta..., aunque el modelo sea regio. Hablo siempre como pintor, claro. Aunque sea cortesano.

VELÁZQUEZ.—Respondedme como pintor a una pregunta, maestro. Cuando miráis a los ojos de una cabeza, ¿cómo veis los contornos de esa cabeza?

NARDI.—*(Lo piensa.)* Imprecisos.

VELÁZQUEZ.— Esa es la razón de la manera abreviada que a vos os parece un capricho.

NARDI.—Es que para pintar esos contornos, hay que dejar de mirar a los ojos de la cabeza y mirarlos a ellos.

VELÁZQUEZ.—Es vuestra opinión. Vos creéis que hay que pintar las cosas. Yo pinto el ver.

NARDI.—*(Alza las cejas.)* ¿El ver?

VELÁZQUEZ.—*(Le vuelve la espalda.)* Señor: no hablaré ya de las intenciones. Como él conmigo, estoy dispuesto a admitir que le mueve su amor al trono y no el bastardo deseo de obtener mi puesto de pintor de sus majestades. Ya que como pintor habla, me reduciré a considerar su competencia pictórica. Sé que es grande...

NARDI.—Sois muy cortés.

VELÁZQUEZ.— ¡Nada de eso! Su majestad obra con prudencia recurriendo a vuestra sabiduría, como obraría con igual prudencia no dándoos crédito si se probase que vuestra sabiduría es ficticia.

NARDI.—No pretendo yo ser el más sabio de los pintores.

VELÁZQUEZ.—Señor: creed que su sabiduría me ha llegado a desconcertar. Sobre todo, el gran hallazgo de su San Jerónimo.

(El fraile escucha muy atento.)

NARDI.—Es sólo un cuadro devota y cuidadosamente pintado.

VELÁZQUEZ.—Es también un cuadro que prueba vuestra ciencia de las leyes del color.

NARDI.—*(Sonríe.)* No os burléis, don Diego. El color no tiene leyes...

VELÁZQUEZ.—No intentéis ocultarnos las que habéis descubierto, maestro.

EL REY.—*(Intrigado.)* ¿A qué os referís?

VELÁZQUEZ.—He advertido, señor, una tenue neblina verdosa que rodea al sayo verde de su San Jerónimo. El maestro sabe algo de los colores que yo ignoro: lo confieso.

NARDI.—Exageráis... Sólo es un modo de dar blandura a las gradaciones...

VELÁZQUEZ.—¿Con una neblina verdosa alrededor del sayo?

NARDI.—Vos mismo recurrís a esas dulzuras...

VELÁZQUEZ.—¿Yo?

NARDI.—*(Ríe.)* ¿Tendré que recordaros cierta nubecilla verdosa que rodea las calzas de vuestro «Don Juan de Austria»?

VELÁZQUEZ.—¿Habéis pintado vuestra nubecilla por haber visto la mía? ¡Qué honor para mí!

NARDI.—*(Molesto.)* Es una coincidencia casual.

VELÁZQUEZ.—¿Coincidencia? Olvidáis que las calzas de mi bufón son carmesíes.

NARDI.—¿Y qué, con eso?

VELÁZQUEZ.—Yo pinté la nubecilla verdosa porque me ha parecido advertir que las tintas carmesíes suscitan a su alrededor un velo verdoso.

EL REY.— ¡Hola! Eso es curioso.

VELÁZQUEZ.—Es algo que ocurre en nuestros ojos, señor, y que aún no comprendo bien. El maestro Nardi lo comprende mejor... Yo creía que un paño verde suscitaba una nubecilla carmesí..., y él la pinta verde. ¡No por haber visto la mía, no! Es una coincidencia casual. Y una distracción... Quizá no tardemos en ver las veladuras de su «San Jerónimo» volverse carmesíes. O el sayo, pero esto requería más trabajo: os recomiendo lo primero como más sencillo, maestro.

NARDI.—*(Con los ojos bajos.)* Nada sé de esas leyes que os place fingir ahora... Las gradaciones de los colores en la pintura sólo buscan la belleza.

VELÁZQUEZ.—*(Vibrante.)* ¡Nada sabe, señor! El lo dice. [Yo sé aún muy poco de los grandes misterios de la luz: él, nada.] ¿Es este el hombre que puede juzgar mi pintura?

ÍNDICE

Quevedo . Poesía	pag. 2	Azorín . La voluntad	pag. 76
. El buscón	pag. 6	. Los pueblos	pag. 78
. Sueño de la muerte	pag. 8	Pío Baroja . Las inquietudes de Shanti Andía	pag. 79
Gracián . El criticón. Agudeza y arte de ingenio	pag. 10	. Silvestre Paradox	pag. 81
Calderón . La vida es sueño. Auto sacramental	pag. 12	Valle Inclán . Luces de bohemia	pag. 84
Torres Villaroel . Vida	pag. 23	. Tirano Banderas	pag. 86
Iriarte . Fábula XI	pag. 24	Antonio Machado . Poesía	pag. 90
Samaniego . Fábula XI	pag. 24	. Juan de Mairena	pag. 95
Feijoo . Paralelo de las lenguas	pag. 25	Manuel Machado . Poesía	pag. 95
Cadalso . Carta LI	pag. 25	Juan Ramón Jiménez . Poesía	pag. 96
Jovellanos . Oración	pag. 26	Pérez de Ayala . Troteras y danzaderas	pag. 99
Meléndez Valdés . Anacreónticas	pag. 26	Pedro Salinas . Poesía	pag. 101
Quintana . A una negrita	pag. 28	Jorge Guillén . Poesía	pag. 102
Moratín . El sí de las niñas	pag. 29	P. García Lorca . Poesía	pag. 104
Espronceda . Poesía	pag. 32	. Yerma	pag. 113
Larra . El castellano viejo	pag. 33	. La casa de Bernarda Alba	pag. 117
Duque de Rivas . Don Alvaro	pag. 36	Dámaso Alonso . Poesía	pag. 121
Zorrilla . Don Juan Tenorio	pag. 39	Gerardo Diego . Poesía	pag. 123
Fernán Caballero . La gaviota	pag. 43	Vicente Aleixandre . Poesía	pag. 125
Bécquer . Rimas	pag. 45	Luis Cernuda . Poesía	pag. 126
. Los ojos verdes	pag. 47	Rafael Alberti . Poesía	pag. 128
Rasalía de Castro . Poesía	pag. 49	Miguel Hernández . Poesía	pag. 130
Pereda . Peñas arriba	pag. 51	León Felipe . Poesía	pag. 135
Valera . Pepita Jiménez	pag. 52	C. J. Cela . La familia de Pascual Duarte	pag. 136
Galdós . Fortunata y Jacinta	pag. 54	Sánchez Ferlosio . El Jarama	pag. 138
. Misericordia	pag. 58	Luis Martín Santos . Tiempo de silencio	pag. 140
Leopoldo Alas "Clarín" . La regenta	pag. 60	Buero Vallejo . Las meninas	pag. 143
Pardo Bazán . La cuestión palpitante	pag. 66		
Rubén Darío . Poesía	pag. 67		
Ángel Ganivet . Idearium español	pag. 69		
Miguel de Unamuno . Del sentimiento trágico	pag. 70		
. Poesía	pag. 70		
. Niebla	pag. 71		
. San Manuel Bueno	pag. 72		
. Frente a Ávila	pag. 75		